

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Explicado a los obreros por

Hermann Gorter

Stuttgart 1913

&

LAS DIVERGENCIAS TÁCTICAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO

por

Anton Pannekoek

Hamburgo 1909



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

explicado a los obreros por

HERMANN GORTER

Traducido del neerlandés
(al alemán)

por Anna Pannekoek
con un prefacio de Karl Kautsky

Stuttgart 1913



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

Títulos en versión francesa:

Le matérialisme historique expliqué aux ouvriers
par **Hermann Gorter**

y

**Les divergences tactiques au sein du mouvement
ouvrier**
par **Anton Pannekoek**

Traductor y editor: Emilio Madrid Expósito

Primera edición en español: Enero de 2007

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N. 84-611-4719-7

Depósito legal:

Impresión: Publidisa

La versión francesa de los dos textos aquí publicados nos ha sido facilitada por **François Bochet**, editor de la revista francesa **(DIS)CONTINUITÉ**, a quien damos las gracias.

El presente título y los demás de esta colección se encuentran en

<http://es.geocities.com/espartacointernacional>

Correspondencia: espartacointernacional@yahoo.es

NOTA DEL TRADUCTOR

Los dos textos que ofrecemos a continuación es la primera vez que ven la luz íntegramente en lengua española. “El materialismo histórico” de Gorter no había sido traducido ni siquiera parcialmente. “Las divergencias tácticas” de Pannekoek había sido traducido de manera extractada en la edición publicada por ANAGRAMA en 1976 al verter al español el libro de Serge Bricianer “Pannekoek y los consejos obreros”, pero, como decimos, allí sólo hay extractos amplios de la obra, pero no la obra completa.

Ambos textos nos parecen interesantísimos y que pueden ser de gran utilidad para todos aquellos que no aceptan la sociedad capitalista con todos los sufrimientos que acarrea permanentemente a la gran mayoría de la población mundial y quieren sustituirla por otra sociedad en la que no haya clases sociales, ni explotación, ni opresión, ni discriminación ni ninguna otra lacra que acompaña a toda sociedad dividida en clases.

Precisamente el punto sobre el que insiste incansablemente Gorter, el desarrollo permanente de la técnica como base de la producción social y como resorte que impulsa incesantemente la revolución en la manera de producir, en el modo de producción, es también la causa de que continuamente las nuevas máquinas y procesos de producción desplacen sin cesar a los trabajadores, a los que envíen al paro y, por consiguiente, los condenan a la miseria, al hambre y a la muerte. Este punto es, no sólo importantísimo, sino vital, pues demuestra que todos los discursos de todos los gobernantes de todos los países sobre el esfuerzo que hacen y quieren seguir haciendo para acabar con el paro es pura demagogia y pura mentira, pues el propio fun-

cionamiento del capitalismo es el que engendra incesantemente el paro, y no puede dejar de hacerlo, pues si realmente quisiera hacerlo debería organizar la producción no para que cada empresa en particular obtenga beneficios, sino para satisfacer las necesidades sociales. Lo primero, la obtención de beneficios, obliga a toda empresa a ahorrar gastos, por consiguiente, a prescindir de trabajadores en cuanto puede y, por tanto, enviarlos al paro. Lo segundo, organizar la producción para satisfacer las necesidades sociales, es algo que sólo puede hacer una sociedad socialista, lo cual presupone el derrocamiento de la sociedad capitalista.

Por su parte, el análisis extremadamente lúcido y penetrante que hace Pannekoek de las clases sociales y de su consiguiente comportamiento en la defensa de sus intereses respectivos en la lucha de clases es algo totalmente fuera de lo común y que sin ningún género de duda será de gran utilidad a los trabajadores en su lucha contra el capital. Aquí sólo citaremos: “Pues **el fin positivo de la política liberal y progresista es inducir a los trabajadores al error**. El poder de una minoría dominante descansa en el hecho de que las masas populares no perciben sus propios intereses ni la contradicción entre éstos y los intereses de los que dominan.” “Los reformadores y los progresistas burgueses no son amigos benevolentes que están cerca de nosotros, sino enemigos e, incluso, enemigos más peligrosos que los reaccionarios pues intentan destruir nuestra fuerza interior, nuestro discernimiento y nuestra conciencia de clase.”

“La naturaleza de un partido no depende de su nombre y ni siquiera de la naturaleza de sus miembros, sino de los intereses que determinan su política.”

PREFACIO

El presente folleto de mi amigo Hermann Gorter se ha abierto camino entre los trabajadores de Holanda y también se abrirá camino entre los proletarios germanófonos, sin ninguna otra recomendación.

Si lo hago preceder por algunas líneas de prefacio es porque, en cierto sentido, tengo la responsabilidad de que uno de los críticos de Gorter pusiese en duda que éste comprendiese el materialismo histórico.

En 1903, en un artículo de “Neue Zeit”, yo había expresado la idea de que, en el transcurso que hasta el presente había conocido la evolución social, los preceptos de la moral social no se aplicaban de modo absoluto más que dentro de la organización social, la nación o la clase a la que se pertenecía, pero que no se extendían totalmente al enemigo de la clase o de la nación. La constatación de esta realidad es explotada gustosamente todavía hoy, especialmente por los curas católicos, contra mí e igualmente contra mi partido. Con su bien conocido amor por la verdad, desfiguran la *constatación* de una realidad observada desde hace *muchos milenios*, desde el comienzo de la evolución humana, para *todas las clases y todas las naciones*, en una *invitación* a mis *camaradas de partido* a que no tengan en cuenta los puntos de vista morales vigentes y a que mientan descaradamente a las *masas populares* cuando lo exige el interés del partido. La ironía de este asunto es que mi exposición figuraba en un artículo que polemizaba contra el antiguo revisionista, hoy ex-socialdemócrata-

ta, G. Bernhardt, porque éste reclamaba, para los camaradas de partido “que se situaban en un escalón superior”, el derecho a engañar a las masas.

Ahora bien, Gorter ha ratificado más tarde esta misma constatación, pero él ha hecho de ella un uso más serio que yo. Ha sido atacado por esto no por adversarios, sino por camaradas. Se le ha reprochado que no comprendía el marxismo, que Marx mismo se expresaba de manera muy distinta a Gorter.

Como prueba, se han remitido a los estatutos de la Internacional que contienen esta afirmación:

“La Asociación Internacional de los Trabajadores, así como las sociedades y los individuos que se adhieren a ella, reconocen la verdad, la justicia y la moralidad como las reglas de su actitud mutua y hacia todos los hombres, sin consideración de color, de creencia o de nacionalidad.”

Esta frase estaría en desacuerdo total con la afirmación de Gorter. Ahora bien, la frase es de Marx, el redactor de los estatutos de la Internacional.

Muy en primer lugar, hay que señalar que la frase no tiene nada que ver con la afirmación de Gorter. Ésta constata algo que ha tenido lugar hasta el presente en todas partes desde tiempos inmemoriales. En los estatutos no se constatan hechos históricos sino que se emiten exigencias respecto a los miembros de la Internacional.

Ahora bien, no se puede pretender que estas exigencias estén formuladas de manera especialmente feliz y clara. Pues, ¿qué son la verdad, la justicia y la moralidad? ¿No tiene cada clase puntos de vista particulares sobre la justicia y la moralidad? La solidaridad, por ejemplo, ¿no pertenece a la moralidad proletaria? ¿Y queremos extender de modo absoluto la solidaridad proletaria a los capitalis-

tas? Sin duda, hay muchas situaciones en las que los capitalistas y los proletarios se encuentran frente a frente con los mismos intereses. En casos semejantes, el proletariado pondrá en obra mucho más rápidamente aún que los capitalistas la solidaridad exigida por su moralidad. Tras el terremoto de Mesina, los proletarios que volaban en auxilio de las víctimas sepultadas no se preguntaron si eran ricos o pobres; intentaron salvar seres humanos, en la medida en que podían. No fueron consideraciones proletarias, sino capitalistas, las que obstaculizaron la acción de salvamento, porque ponían en primer plano la salvación de la propiedad.

Ahora bien, allí donde no son los *seres humanos* los que se encuentran frente a frente con la *naturaleza*, sino que son los *capitalistas* los que están recíprocamente frente a frente con los *proletarios*, en tanto que tales en la *sociedad*, es imposible hablar de solidaridad entre ellos; unos intentan comprimir los salarios, los otros intentan hacerlos aumentar. Lo primero, como lo segundo, no puede producirse más que perjudicando a una de las dos partes.

Y allí donde los proletarios chocan con el antagonismo de los capitalistas, tampoco están obligados a una sinceridad absoluta hacia ellos. ¿Quién querría exigir a los obreros en huelga que comunicasen a los capitalistas toda la verdad acerca de la cuantía de su caja de resistencia? Engañar a los capitalistas enemigos sobre eso puede ser, en algunas circunstancias, literalmente un *deber moral* para un proletario dotado de conciencia de clase.

Por supuesto, esta posición de los estatutos de la Internacional contiene un núcleo muy justo. Debemos reconocer la verdad, la justicia y la moralidad como reglas de nuestra actitud en las relaciones entre nosotros. Entre todos los combatientes de un ejército debe reinar la ver-

dad; por tanto, tampoco tenemos derecho a decir a los camaradas una mentira cuando creemos que va en interés del partido. Por eso, en el artículo de la “Neue Zeit” de 1903 ya citado, yo decía:

“De igual modo que hay leyes económicas que son válidas para toda forma de sociedad, existen también principios morales de los que nadie puede eximirse. Uno de los más importantes de ellos es el *deber de sinceridad* hacia los camaradas. Jamás se ha reconocido este deber para con el enemigo; por el contrario, sin él no hay cooperación duradera entre camaradas puestos en el mismo rango. Es válido para toda *sociedad sin contradicciones de clase*, es válido dentro de una sociedad llena de contradicciones de clase para todo partido específico de camaradas de clase. Mentir a los camaradas de partido era considerado hasta ahora como permitido en los partidos en los que dos clases actuaban concertadamente, asociándose una de ellas a la otra a fin de explotar su fuerza en interés propio. Es la moral de partido del *jesuitismo*, del clericalismo en general.”¹

Que los estatutos de la Internacional hayan rechazado expresamente esta moral de jesuitas es totalmente legítimo.

La única vez, que yo sepa, que Marx ha invocado este principio de los estatutos, lo ha hecho igualmente en el sentido en que encontraba reprehensible mentir a los camaradas. Él atacaba a los bakuninistas porque formaban una organización secreta dentro de la Internacional; dicha organización “prescribía como primer deber a sus adeptos engañar a los internacionales profanos acerca de la exis-

¹ “Neue Zeit”, XXII, 1, página 5.

tencia de la organización secreta, sobre los motivos e incluso sobre los fines de sus palabras y de sus actos.”²

Sin una sinceridad mutua, sin una confianza recíproca entre sus miembros, es imposible a un partido democrático llevar una lucha enérgica.

Pero, sin embargo, es inconcebible establecer un deber de sinceridad hacia *todos* los hombres, en *todas* las circunstancias, por ejemplo, hacia los policías que persiguen a nuestros amigos.

Si, por tanto, el pasaje en cuestión de los estatutos de la Internacional provenía de Marx, no se podría decir entonces que había sido muy afortunado en su redacción y que a una idea digna de consideración había dado una forma poco oportuna. Ciertamente, esto sorprendería mucho viniendo de Marx. Pero Marx no redactó este pasaje. Esto ha sido demostrado por primera vez, que yo sepa, por Jäckh en su Historia de la Internacional. Yo he llegado a la misma conclusión y ésta me ha sido confirmada por la hija de Marx, la camarada Laura Lafargue.

No se debe olvidar que Marx no era un autócrata en la Internacional. Estaba obligado, en interés de la unidad de la lucha de clase proletaria, a aceptar muchas decisiones con las que verdaderamente no estaba encantado.

Los estatutos de la Internacional no han sido redactados sólo por él. Los partidarios de Proudhon y de Mazzini participaron igualmente en ello. Si se quisiese hacer a Marx responsable del pasaje en cuestión porque se encontraba en los estatutos de la Internacional, entonces también sería corresponsable de la frase siguiente de los estatutos que, desde el punto de vista tanto del estilo como de la lógica, constituye una unidad con ella. Las dos frases en relación son:

² “Un complot contra la internacional”, 1874, página 33.

“La Asociación Internacional de los Trabajadores, así como las sociedades y los individuos que se adhieren a ella, reconocen la verdad, la justicia y la moralidad como las reglas de su actitud mutua y hacia todos los hombres, sin consideración de color, de creencia o de nacionalidad.

Considera como deber de cada uno reclamar los derechos cívicos y los derechos del hombre no sólo para sí sino también para todos los que cumplen con su deber. Ningún derecho sin deber, ningún deber sin derecho.”

Quien pudiese tener todavía alguna duda sobre el hecho de que el pasaje a propósito de la verdad y del derecho proviniese o no de Marx, vería desvanecerse esta duda cuando constataste que este pasaje está en estrecha relación con ese otro pasaje que no reclama los derechos cívicos más que para aquéllos que “cumplen con su deber”. Aquí nos encontramos con una disposición simplemente risible, pues su interpretación es elástica. En efecto, ¿qué autoridad decidirá sobre quién cumple con su deber y, por consiguiente, quién es digno de los derechos cívicos? No eran sólo los burgueses y los obreros los que tenían opiniones muy diferentes sobre los deberes del ciudadano, pues incluso entre los obreros había todavía grandes diferencias en la época de la Internacional. Y es que, en efecto, todavía estaban, de muchas maneras, en la estela de las concepciones burguesas. Entre los partidarios de Proudhon la huelga era considerada como una falta al deber. Por tanto, ¿fuera el derecho de voto para los huelguistas! Jamás se le habría ocurrido a Marx reclamar, por ejemplo, el sufragio universal sólo para los “que cumpliesen con su deber.”

Oficialmente, Marx no podía, naturalmente, oponerse a las dos frases del estatuto en cuya redacción había participado y que había aceptado como un todo. Pero a tí-

tulo privado manifestó, según se me ha informado de fuente segura, su descontento a propósito de estos párrafos. Pero hay también un indicio de este descontento que ha acabado por ser accesible al público.

La primera publicación de los estatutos provisionales tuvo lugar en 1864 en Londres como anexo a la edición inglesa del mensaje inaugural. En abril de 1866 estos estatutos fueron publicados en lengua alemana en el “Vorbo-te” de Ginebra por Jean Philipp Becker. *Los dos párrafos en cuestión están completamente ausentes ahí.* Es inútil pensar que Jean Philipp Becker haya estado en contra de ellos. Las cuestiones de teoría no le preocupaban sino rara vez.

¿No sería Marx quien estaba en el origen de su eliminación del estatuto provisional? Fue la ausencia de estos dos párrafos en la edición alemana del estatuto lo que llamó mi atención por primera vez, independientemente de Jäckh, sobre el hecho de que había diferencias en la redacción del estatuto y que los dos párrafos se enfrentaban a una contradicción.

Que varias frases que horrorizaban a Marx habían sido insertadas en el estatuto por los proudhonianos se deduce de lo que sigue. Los estatutos provisionales habían contenido en el § 9 esta resolución:

“Todo miembro de la Asociación Internacional de los Trabajadores recibirá, en caso de trasladar su domicilio de un país a otro, la asistencia fraternal de los trabajadores asociados”.

Esto no era suficiente para la comisión de programa y para el pleno del Congreso de Ginebra que estableció los estatutos definitivos, y que añadió:

“Esta asistencia consiste:

- a) en el derecho a la información sobre todo lo que concierne a su profesión en el lugar al que va;
- b) en el derecho al crédito en las condiciones determinadas en el reglamento de su sección y al montante garantizado por ella.”

Es aquí donde aparece innegablemente con toda claridad la fuente de las inserciones; se trata del proudhonismo pequeño-burgués que quería emancipar al proletariado con sus bancos de cambio y con el crédito mutuo gratuito, de la misma manera que soñaba con una justicia eterna que transformaría la propiedad privada por una razón de egoísmo en una institución ideal.

El proudhonismo dominó todo el congreso de 1866. La resolución sobre los sindicatos que había sido propuesta por el consejo general y que todavía hoy es ejemplar, apenas le interesó. Su discusión fue breve. La resolución siguiente, que fue propuesta por los delegados parisinos, fue tanto más ardientemente discutida y adoptada por unanimidad:

“Organización de establecimientos de crédito internacionales.

1) El Congreso recomienda a todas las secciones que hagan estudios sobre el *crédito internacional* y que envíen los trabajos correspondientes al consejo general, que los pondrá en conocimiento de todos los camaradas en sus “comunicados”, de manera que, en el próximo congreso, puedan tomarse algunas resoluciones a este respecto.

2) El Congreso recomienda estudiar inmediatamente la idea de la fusión cooperativa de todos los *establecimientos de crédito obreros* fundados, o por fundar todavía, en un futuro *banco central* de la Asociación Internacional de los Trabajadores.”

Sólo una resolución más para caracterizar el Congreso de Ginebra. Se refiere al *trabajo de las mujeres*.

Varlin y Bourdon propusieron declarar:

“La falta de instrucción, la sobrecarga de trabajo, una remuneración demasiado escasa y malas condiciones de higiene en las fábricas son hoy, para las mujeres que trabajan en ellas, las causas de una decadencia física y moral. Estas causas pueden ser suprimidas por una mejor organización del trabajo, es decir, por la cooperación. Hay que intentar, no alejar a la mujer del trabajo que necesita para vivir, sino de adaptarlo a su fuerza.”

Esta excelente resolución fue *rechazada*; por el contrario, se adoptó la resolución siguiente, que provenía de los proudhonianos Chemale, Tolain y Fribourg:

“Bajo el aspecto físico, moral y social, hay que rechazar el trabajo de las mujeres como causa de la degeneración (¿de los trabajadores?) y uno de los resortes del declive moral de la clase capitalista.

La mujer ha recibido de la naturaleza ciertas tareas, y su lugar está en la familia; su deber consiste en criar a los niños, acostumar al hombre al orden, a la vida de familia y a costumbres más afables. Estos son los servicios que la mujer debe prestar, los trabajos que debe realizar; imponerle otras tareas es una mala cosa.”

Esta concepción limitada del trabajo femenino es también auténticamente proudhoniana.

Por tanto, se llega a las concepciones más falsas cuando simplemente se hace recaer todas las declaraciones de la Internacional sobre las espaldas de Marx. Muchas de ellas han sido suscitadas precisamente por elementos antimarxistas. Quien quiera invocar las declaraciones de la Internacional para caracterizar el pensamiento marxista,

debe haber aprehendido ya claramente este pensamiento mismo y sus diferencias con respecto al espíritu de las otras escuelas socialistas de la época de la Internacional.

Se puede ser muy buen marxista, comprender muy bien el materialismo histórico y, sin embargo, estar en contradicción con numerosas resoluciones de la Internacional y con muchas frases de sus estatutos.

Esto concierne *a priori* a las frases que no provienen de Marx. Pero no sería muy marxista querer detenernos ante las frases de Marx e inclinarnos ante ellas sin dar prueba de espíritu crítico. Ninguna persona, desde el momento en que se ha puesto en contacto con su método, quiere naturalmente entrar sin necesidad en contradicción con un pensador tan importante, con un gigante del pensamiento como Marx. En el caso presente, tampoco es necesario.

Ahora bien, su contradicción con los estatutos de la Internacional es, que yo sepa, la única objeción que ha sido presentada contra la comprensión del materialismo histórico por parte de Gorter. Que los lectores alemanes sometan ahora su folleto mismo a su juicio.

K. Kautsky

I

El tema del folleto

La socialdemocracia no abarca sólo la aspiración a transformar la propiedad privada de los medios de producción, es decir, de las fuerzas naturales y de las herramientas, así como la del suelo, en propiedad común, y ello gracias al combate político, a la conquista del poder del Estado; la socialdemocracia no abarca sólo una lucha política y económica; ella es más: abarca también un combate *de ideas* por una concepción del mundo, combate que es llevado contra las clases poseedoras.

El trabajador que quiere ayudar a vencer a la burguesía y que quiere llevar a su clase al poder, debe superar en su cabeza las ideas burguesas que le han sido inculcadas desde su juventud por el Estado y por la Iglesia. No basta que forme parte del sindicato y del partido político. No podrá nunca vencer con ellos si no se transforma a sí mismo interiormente en un ser humano distinto al que han hecho de él los que dominan. Existe una cierta concepción, una convicción, una filosofía, se podría decir, que la burguesía rechaza pero que el trabajador debe apropiarse si quiere poder vencer a la burguesía.

Los burgueses quieren persuadir a los trabajadores de que el espíritu está por encima del ser social material, de que el espíritu domina y desarrolla por sí mismo la materia. Han utilizado hasta ahora el espíritu como un medio de dominación: disponen de la ciencia, de la ley, del derecho, de la política, del arte, de la Iglesia, y es con todo esto

como dominan. Quisieran hacer creer ahora a los trabajadores que esto está en la naturaleza de las cosas, que el espíritu, por naturaleza, domina al ser social material, que domina el trabajo de los obreros en la fábrica, en la mina, en el campo, en el ferrocarril y el barco. El trabajador que cree esto, que cree que el espíritu crea por sí mismo la producción, que produce el trabajo y las clases sociales, ese trabajador se somete a la burguesía y a sus cómplices, los curas, los eruditos, etc., pues la burguesía tiene la mayor parte de la ciencia, tiene la Iglesia, tiene, por tanto, el espíritu y, si esto es verdad, debe dominar.

Para conservar su poder, la clase poseedora persuade a los trabajadores de esto.

Pero el trabajador que quiere llegar a ser libre, quiere poner el Estado en poder de *su clase* y arrebatarse a las clases poseedoras los medios de producción, ese trabajador debe comprender que la burguesía, con su manera de representar las cosas, las pone al revés y que no es el espíritu el que determina al ser, sino el ser social el que determina al espíritu.

Si el trabajador comprende esto, entonces se liberará del gobierno espiritual de las clases poseedoras y opondrá a su manera de pensar su propio pensamiento, más sólido y más justo.

Pero además, porque la evolución social, el ser social mismo, van en la dirección del socialismo, porque preparan el socialismo, el trabajador, que comprende esto y que comprende que su pensamiento socialista proviene del ser social, reconocerá que lo que ocurre alrededor de él en la sociedad humana es la causa de lo que se produce en su cabeza, que el socialismo nace en su cabeza porque crece fuera, en la sociedad. Reconocerá y sentirá que posee la *verdad* sobre la realidad; esto le dará el valor y la confianza que son necesarios para la revolución social.

Por tanto, este conocimiento es tan indispensable como el sindicato y la lucha política para el combate proletario; se puede decir que la lucha económica y política sin este conocimiento no puede ser llevada completamente hasta el final. Pues la servidumbre espiritual impide al trabajador llevar correctamente la lucha material; la conciencia de ser, él, pobre proletario, más fuerte espiritualmente que sus amos, lo eleva ya por encima de ellos y le da la fuerza para vencerlos también realmente.

El materialismo histórico es la doctrina que explica que es el ser social el que determina al espíritu, el que obliga al pensamiento a tomar vías definidas y el que, por eso, decide la voluntad y los actos de las personas y de las clases.

En este folleto intentaremos demostrar a los trabajadores, tan simple y claramente como sea posible, la verdad de esta doctrina.

II

Lo que el materialismo histórico no es

Pero antes de pasar a poner en claro lo que es el materialismo histórico, y a fin de evitar ciertos prejuicios y prevenir malentendidos, queremos decir previamente lo que no es. En efecto, aparte de este materialismo histórico que es la doctrina de la socialdemocracia, doctrina particular fundada por Friedrich Engels y Karl Marx, hay también

un materialismo filosófico, y quizá incluso varios sistemas de este tipo. Y estos sistemas no tratan, como el materialismo histórico, de la cuestión de saber cómo el espíritu se ve obligado por el ser social, por el modo de producción, la técnica, el trabajo, a moverse por vías determinadas, sino de la relación entre el cuerpo y el espíritu, entre la materia y el alma, entre Dios y el mundo, etc. Estos otros sistemas, que no son históricos sino de filosofía general, intentan dar una respuesta a la cuestión: ¿cómo se comporta el pensamiento en general con relación a la materia, o bien, cómo ha nacido el pensamiento? Por el contrario, el materialismo histórico pregunta: *¿por qué en una época determinada se piensa de una manera o de otra?* El materialismo filosófico general dirá, por ejemplo: la materia es eterna, y el espíritu nace de ella en ciertas circunstancias; desaparece de nuevo cuando ya no existen sus condiciones; el materialismo histórico dirá: que los proletarios piensen de manera distinta a las clases poseedoras es una consecuencia de tales o cuales causas.

El materialismo filosófico general se pregunta sobre la *naturaleza* del pensamiento. El materialismo histórico se pregunta sobre la causa de los cambios en el pensamiento. El primero intenta explicar el origen del pensamiento, el segundo, su evolución. El primero es filosófico, el segundo, histórico. El primero supone un estado en el que no hay pensamiento, espíritu; el segundo supone la existencia del espíritu. Se notará la gran diferencia.

El que quiera examinar y aprender a conocer la doctrina de la socialdemocracia debe comenzar por tener muy en cuenta esta diferencia. En efecto, sus adversarios, y ante todo los creyentes, quieren a toda costa confundir los dos sistemas y, por la aversión de los trabajadores creyentes hacia el primero, desterrar igualmente el segundo. Los pastores de los creyentes dicen: el materialismo pro-

clama que el mundo entero no es otra cosa más que materia movida mecánicamente, que la materia y la fuerza son las únicas cosas que existen de manera eterna y absoluta, que el pensamiento es simplemente una secreción del cerebro como la bilis lo es del hígado; dicen que los materialistas son adoradores de la materia y que el materialismo histórico es la misma cosa que el materialismo filosófico. Muchos trabajadores, especialmente en las regiones católicas, que siguen todavía aferrados a la adoración servil del espíritu y que son muy pocos los que conocen las verdaderas ideas de la socialdemocracia sobre la naturaleza del espíritu, tal como han sido presentadas por Joseph Dietzgen, creen en ese discurso y tienen miedo de escuchar a los oradores socialdemócratas que quieren conducirlos a la adoración de la materia y, así, a la condena eterna.

Estas afirmaciones son falsas. Mostraremos, por medio de una serie de ejemplos, que el materialismo histórico no trata de la relación general del espíritu y de la materia, del alma y del cuerpo, de dios y del mundo, del pensamiento y del ser, sino que solamente explica los cambios en el pensamiento, producidos por las transformaciones sociales.

Pero si probamos que el materialismo histórico no es la misma cosa que el materialismo filosófico, al decirlo no queremos dar a entender que el materialismo histórico no puede conducir a una concepción general del mundo. Por el contrario, el materialismo histórico es, como toda ciencia experimental, un medio para llegar a una concepción filosófica general del mundo. Ahí reside precisamente una parte importante de su significación para el proletariado. Nos acerca a una representación general del mundo. Sin embargo, esta representación no es la representación material-mecánica, como tampoco es la representación cristiano-católica, o evangélica, o liberal; es otra concep-

ción, una nueva concepción, una nueva visión del mundo que sólo es propia de la socialdemocracia. El materialismo histórico no es esta concepción del mundo propiamente, es una vía, un medio, uno de los muchos medios para llegar a ella, como lo son asimismo el darwinismo, el conjunto de la ciencia, la doctrina del capital de Marx y la doctrina del espíritu de Dietzgen, o bien el conocimiento de estos medios. Uno solo de estos medios no basta para llegar a esta concepción del mundo pero, todos juntos, llevan a ella.

Dado que en este folleto no discutimos más que del materialismo histórico, evidentemente no hablaremos de manera detallada de la concepción filosófica general de la socialdemocracia. Con algunos de los ejemplos que nos conducirán al esclarecimiento de nuestro tema, tendremos ocasión de mostrar, sin embargo, esa concepción general del mundo, a fin de que los lectores comprendan en cierta medida esa totalidad de la que el materialismo histórico constituye una parte con tantas otras ciencias.

III

El contenido de la doctrina

¿Cuál es, pues, el contenido general de nuestra doctrina? Antes de empezar a mostrar su justeza y su verdad, daremos previamente a los lectores un esbozo general y claro de lo que hay que probar.

Para cualquiera que observe la vida social a su alrededor es evidente que los miembros de la sociedad viven en ciertas relaciones mutuas. Socialmente no son iguales

sino que se sitúan en un rango superior o inferior y se oponen los unos a los otros en grupos o clases. El espectador superficial podría pensar que estas relaciones no son más que relaciones de propiedad: unos poseen la tierra, otros las fábricas, los medios de transporte o mercancías destinadas a la venta, otros no poseen nada. El espectador superficial podría pensar también que la diferencia es principalmente una diferencia política: ciertos grupos disponen del poder del Estado, otros no tienen ninguna o casi ninguna influencia sobre éste. Pero el que mira más profundamente observa que, detrás de las relaciones de propiedad y de las relaciones políticas, hay *relaciones de producción*, es decir, relaciones en las que los hombres están unos frente a otros cuando producen lo que la sociedad necesita.

Trabajadores, empresarios, armadores, rentistas, grandes propietarios de la tierra, granjeros, mayoristas y tenderos son lo que son por el lugar que ocupan *en el proceso de producción, en la transformación y la circulación de los productos*. Esta diferencia es aún más profunda que aquella según la cual uno tiene dinero y el otro no. La transformación de las riquezas naturales es el fundamento de la sociedad. Nosotros estamos recíprocamente en relaciones de trabajo, de producción.

¿En qué se basan, pues, estas relaciones de trabajo? ¿Flotan simplemente en el aire los hombres en tanto que capitalistas y trabajadores, grandes propietarios de la tierra, granjeros y jornaleros, o de cualquier otra manera que puedan aún llamarse todos los otros miembros de la sociedad?

No, se basan en la técnica, en las herramientas con las que trabajan en la tierra, en la naturaleza. Los industriales y los proletarios se apoyan en la máquina, son dependientes de la máquina. Si no hubiese máquinas, no

habría ni industriales ni proletarios o, en todo caso, no como lo son hoy.

El oficio de tejer sencillo daba origen al trabajo en casa para toda la familia, el oficio de tejer en el taller engendraba una sociedad con sus pequeños maestros y sus oficiales, la gran máquina de tejer de hierro movida por el vapor o la electricidad, una sociedad con grandes industriales, accionistas, directores, banqueros y obreros asalariados.

Las relaciones de producción no planean en el aire como nubes de humo o de vapor; forman marcos sólidos dentro de los cuales los hombres están encerrados. El proceso de producción es un proceso material, las herramientas son los puntos del ángulo y de apoyo en los que nos encontramos.

La técnica, las herramientas, las fuerzas productivas, son la infraestructura de la sociedad, el fundamento verdadero sobre el que se levanta todo el organismo gigantesco, así desarrollado, de la sociedad. Pero estos mismos hombres que establecen sus relaciones sociales en función de su modo de producción material, forman también sus ideas, sus representaciones, sus concepciones, sus principios, en función de estas relaciones. Los capitalistas, los obreros y las otras clases, que, en razón de la técnica de la sociedad en la que viven, están obligados a situarse unos frente a otros en relaciones determinadas – en tanto que dueño y criado, propietario y sin propiedad, propietario terrateniente, granjero y jornalero – estos mismos capitalistas, obreros, etc., piensan igualmente en tanto que capitalistas, obreros, etc. Forman sus ideas, sus representaciones, no en tanto que seres abstractos sino como hombres vivos reales muy concretos que son, en tanto que hombres sociales que viven en una sociedad determinada.

Por tanto, no son sólo nuestras relaciones materiales las únicas que dependen de la técnica, las que se basan en el trabajo, en las fuerzas productivas sino que, puesto que pensamos dentro de estas relaciones materiales y bajo estas relaciones, nuestros pensamientos dependen también directamente de estas relaciones y, por tanto, indirectamente, de las fuerzas productivas.

El ser social moderno del proletario ha sido creado por la máquina. Sus pensamientos sociales, que resultan de la relación en la que se encuentra en tanto que proletario, se basan, pues, indirectamente, en el maquinismo moderno, dependen indirectamente de éste. *Y lo mismo ocurre con todas las clases de la sociedad capitalista.* En efecto, las relaciones en las que los hombres individuales están unos frente a otros, no son válidas únicamente para ellos solos. Socialmente, el hombre no está en una relación particular, que le pertenecería como cosa propia, frente a los otros; tiene muchos semejantes que están exactamente en la misma relación con los otros. Un obrero – por seguir con el mismo ejemplo – no está *solo* en tanto que trabajador asalariado con relación a otros hombres, es uno de los numerosos asalariados, es miembro de una clase de millones de asalariados que, en tanto que asalariados, se encuentran en la misma situación que él. Y lo mismo ocurre con todos los hombres en el mundo civilizado; todos pertenecen a un grupo, a una clase cuyos miembros se comportan de la misma manera en el proceso de producción. Por tanto, no sólo es cierto que un obrero, que un capitalista, que un campesino, etc., pensará socialmente como le harán pensar las relaciones de trabajo, sino que sus concepciones, sus ideas, sus representaciones, coincidirán en sus rasgos principales con las de cientos de miles de otras personas que se encuentran en la misma situación que él.

Existe un pensamiento de clase, como existe una posición de clase en el proceso de trabajo.

La forma – aquí nos seguimos ocupando del esbozo general de nuestra doctrina – la forma en que se revelan las relaciones de trabajo de las diferentes clases: de los capitalistas, de los empresarios, de los obreros, etc., es al mismo tiempo una relación de propiedad en la sociedad capitalista y, en general, en una sociedad dividida en clases. Los capitalistas, los asalariados, los comerciantes, los campesinos, no sólo ocupan una posición que les es propia en la producción, sino también en la posesión, en la propiedad. El accionista que se embolsa los dividendos juega en el proceso de producción no sólo el papel de proveedor de dinero y de parásito sino que también es copropietario de la empresa, de los medios de producción, del terreno, de las herramientas, de las materias primas, de los productos. El comerciante no es sólo alguien que hace intercambios, un intermediario, sino también un propietario de mercancías y de la ganancia comercial. El obrero no es sólo el que fabrica los bienes, sino también el propietario de su fuerza de trabajo, que vende en cada ocasión, y del precio que obtiene de ello. En otros términos, las relaciones de trabajo son, en una sociedad que está dividida en clases, relaciones de propiedad al mismo tiempo.

No siempre ha sido así. En la sociedad comunista primitiva, la tierra, la casa construida de modo comunitario, los rebaños, en una palabra, los medios de producción principales eran propiedad común. Los trabajos sociales esenciales se realizaban conjuntamente; si hacemos abstracción de la diferencia de sexo y de edad, se estaba en igualdad en el proceso de producción y no había diferencia, o sólo una pequeña diferencia, en el dominio de la propiedad.

Pero después que la división del trabajo llegó a ser tan grande que se crearon toda clase de oficios especiales, y después de que, gracias a una mejor técnica y una mejor división del trabajo, se produjo un excedente en relación con lo que era directamente necesario para vivir, algunas profesiones eminentes – por el saber o por la valentía – tales como las de los sacerdotes o de los guerreros, supieron apropiarse este excedente y, al final, también los medios de producción. De este modo nacieron las clases y así es como la propiedad privada se convirtió en la forma en la que se han revelado las relaciones de trabajo.

“Gracias al desarrollo de la técnica y a la división del trabajo se han creado las clases. Las relaciones de clase y las relaciones de propiedad descansan en el trabajo. Gracias al desarrollo de la técnica, que ha puesto a ciertas profesiones en condiciones de apoderarse de los medios de producción, han nacido los poseedores y los que no tienen propiedad y la gran mayoría del pueblo se ha transformado en esclavos, en siervos y en asalariados.”

Y el excedente que la técnica y el trabajo producen más allá de lo que es directamente necesario, ha llegado a ser cada vez más importante, y cada vez más importante es, por tanto, la riqueza de los poseedores, y cada vez más duro el contraste de clase para los que no tienen propiedad. Por tanto, en la misma medida ha aumentado la *lucha de clase*, la lucha que las clases llevan por la posesión de los productos y de los medios de producción, y de esta manera se ha convertido en la forma general de la lucha por la existencia de los hombres en la sociedad. Las relaciones de trabajo son relaciones de propiedad, y las relaciones de propiedad son relaciones entre las clases que luchan unas contra otras; y todas las relaciones, en su conjunto, descansan en el desarrollo del trabajo, resultan del proceso de trabajo, de la técnica.

Pero la técnica no es estacionaria. Está incluida en un desarrollo y un movimiento rápidos o lentos, las fuerzas productivas crecen, el modo de producción cambia. Y cuando cambia el modo de producción, necesariamente deben cambiar también las relaciones en las que se encuentran los hombres unos respecto a otros. La relación de los antiguos pequeños maestros entre sí y hacia sus oficiales es completamente diferente de la relación actual de los grandes empresarios entre sí y hacia el proletariado asalariado. La producción mecanizada ha dado como resultado una modificación de las antiguas relaciones. Y dado que en una sociedad de clases las relaciones de producción son al mismo tiempo relaciones de propiedad, las segundas son revolucionadas también junto con las primeras. Y puesto que las concepciones, las representaciones, las ideas, etc., se forman en el marco de las relaciones, y en función de las relaciones en las que los hombres viven, la conciencia se modifica igualmente cuando el trabajo, la producción y la propiedad cambian.

El trabajo y el pensamiento están incluidos en un cambio y un desarrollo continuos. “Al modificar la naturaleza por medio de su trabajo, el hombre modifica al mismo tiempo su propia naturaleza”. El modo de producción de la vida material condiciona *toda* la vida social. “No es la conciencia de los hombres la que determina su ser sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia.”

Pero, en cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción y de propiedad existentes. Las nuevas fuerzas productivas no pueden desarrollarse dentro de las antiguas relaciones, no pueden desplegarse plenamente en ellas. Es entonces cuando comienza una lucha entre los que están interesados en el manteni-

miento de las antiguas relaciones de producción y de propiedad y los que tienen interés en el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas. Se presenta una época de revolución social hasta que las nuevas fuerzas productivas consiguen la victoria y aparecen las nuevas relaciones de producción y de propiedad en las que pueden prosperar.

Y, a través de esta revolución, el pensamiento de los hombres cambia también, se modifica con ella y en ella.

He ahí resumido brevemente el contenido de nuestra doctrina. Se la puede recapitular una vez más, en una presentación clara, de la manera siguiente:

I. La técnica, las *fuerzas productivas*, forman la base de la sociedad.

Las fuerzas productivas determinan las *relaciones de producción*, las relaciones en las que los hombres están unos frente a otros en el proceso de producción.

Las relaciones de producción son al mismo tiempo *relaciones de propiedad*.

Las relaciones de producción y de propiedad no son sólo relaciones entre personas, sino entre *clases*.

Estas relaciones de clases, de propiedad y de producción (en otros términos, el ser social) determinan la conciencia de los hombres, es decir, sus concepciones del derecho, de la política, de la moral, de la religión, de la filosofía, del arte, etc.

II. La técnica se desarrolla continuamente.

Por consiguiente, las fuerzas productivas, el modo de producción, las relaciones de propiedad y de clases, se modifican de manera ininterrumpida.

Por tanto, la conciencia de los hombres, sus concepciones y sus representaciones del derecho, de la políti-

ca, de la moral, de la religión, de la filosofía, del arte, etc., se modifican también con las relaciones de producción y las fuerzas productivas.

III. La *nueva* técnica, en determinado grado de su desarrollo, entra en contradicción con las antiguas relaciones de producción y de propiedad.

Finalmente, la nueva técnica se impone.

La lucha económica entre las capas conservadoras que tienen interés en el mantenimiento de las antiguas formas y las capas progresistas que tienen interés en la aparición de nuevas fuerzas llega a su conciencia bajo formas jurídicas, políticas, religiosas, filosóficas y artísticas.

Ahora vamos a intentar demostrar la justeza de estas tesis. A través de una serie de ejemplos mostraremos la relación de causa entre el cambio de pensamiento y el cambio de la técnica humana. Si lo conseguimos, entonces habremos minado un pilar importante en el que se apoya el poder de los capitalistas frente a los obreros. De este modo quedaría probado que ninguna providencia divina ni ninguna superioridad espiritual humana pueden impedir a los trabajadores dominar el mundo cuando la técnica los transforma en dueños materiales y espirituales.

IV

Nuestros ejemplos

Los ejemplos que daremos deben ser, en primer lugar, muy simples. Deben ser comprendidos por obreros que tienen pocos conocimientos históricos. Por eso deben tener, por su claridad, una fuerza de persuasión. Por tanto, elegiremos grandes fenómenos, muy amplios, cuyo efecto es visible en todas partes.

Si nuestra doctrina es justa, debe ser válida, evidentemente, para toda la historia.

Debe poder explicar todas las luchas de clase, todos los cambios radicales en el pensamiento de las clases, de la sociedad.

Sin embargo, se necesita un gran conocimiento histórico para explicar, gracias a nuestra doctrina, ejemplos extraídos de los siglos precedentes. Más adelante mostraremos qué peligroso es querer aplicar nuestra doctrina a épocas o a situaciones que no se conocen, o que se conocen poco. Ni el lector ni el autor de este folleto disponen de conocimientos históricos tan vastos. Por tanto, sólo daremos ejemplos muy simples, pero los buscaremos principalmente en nuestra época; grandes fenómenos que todo trabajador conoce o puede conocer a partir del ambiente en el que vive, cambios en las relaciones sociales y en el pensamiento social que deben saltar a la vista de todo hombre vivo. Problemas, por lo demás, que son del mayor interés para la existencia de la clase trabajadora y que no

pueden ser resueltos de una manera satisfactoria para esta clase más que por la socialdemocracia.

Además, de este modo haremos simultáneamente buena propaganda.

Pero contra nuestra doctrina serán presentados argumentos muy importantes y aparentemente poderosos.

Por eso, cuando discutamos de toda clase de fenómenos espirituales, como los cambios en las ideas políticas, en las representaciones religiosas y otros hechos similares, dejaremos que se despliegue, y combatiremos en cada ocasión, uno de los argumentos más significativos de nuestros adversarios, a fin de que nuestra doctrina pueda ser encarada progresivamente desde todos los lados y que se obtenga de ella una buena visión de conjunto.

Las modificaciones materiales acarreadas por el cambio de la técnica pueden ser distinguidas muy fácilmente. En cada rama de industria, en los medios de transporte y también en la agricultura, por todas partes, la técnica cambia, las fuerzas productivas cambian. Todos los días vemos producirse esto ante nuestros ojos.

La composición de los caracteres, la fabricación de los impresos, se hacían recientemente todavía generalmente a mano. Pero el progreso de la técnica ha aportado la linotipia, la cual hace fundir los caracteres obedeciendo a la mano del tipógrafo, y los pone en su sitio.

El soplado del vidrio se hacía con la boca. La técnica ha inventado herramientas que fabrican el vaso de vidrio, las botellas, etc.

La mantequilla se hacía a mano. Se ha inventado una máquina que trata en un tiempo reducido grandes cantidades de leche; la máquina es utilizada ahora universalmente.

La masa es moldeada a mano en el horno del pequeño panadero, la máquina lo hace en la fábrica de pan.

La luz era producida por la madre de familia en el hogar a la antigua. Ella limpiaba la lámpara, la llenaba, vigilaba para cambiar la mecha. En el hogar moderno, el gas o la corriente eléctrica son suministrados desde muy lejos por la máquina.

Por todas partes donde se mire, se asiste a una modificación de las fuerzas productivas, en todas las ramas de la industria, así como a un cambio y a una evolución cada vez más rápidos. La máquina consigue unas habilidades que se las consideraba imposibles para ella.

Y con las fuerzas productivas cambian las relaciones de producción, cambia el modo de producción. Ya hemos hablado del oficio de tejer mecánicamente, y cómo había traído otras relaciones entre los empresarios, y entre ellos y los obreros. Antes, había numerosos pequeños artesanos con pequeños talleres unos al lado de otros, y proporcionalmente pocos asalariados. Ahora hay cientos de miles de asalariados y, proporcionalmente, pocos propietarios de fábrica, pocos empresarios. Los fabricantes se comportan unos frente a otros como grandes señores y como déspotas asiáticos frente a los obreros. ¡Qué cambio en esta relación! Y, sin embargo, todo esto no ha sido determinado más que por la máquina.

Y, en efecto, es ella la que ha proporcionado riquezas al que ha podido adquirirla, la que lo ha puesto en condiciones de vencer a sus competidores, de obtener a crédito un capital gigantesco y, quizá, de constituir un trust. Y es ella, la fuerza productiva, la que ha hecho perder su propiedad a los pequeños propietarios y la que ha forzado a miles de ellos a entrar en el salariado.

¿Y cuál es la consecuencia de la nueva fuerza productiva en la preparación de la mantequilla? La máquina,

que transforma miles de litros de leche en mantequilla, sería demasiado cara para el campesino medio, y tendría asimismo demasiada poca leche para ella. Por ello es comprada en común por un centenar de campesinos que ahora tratan su leche de manera colectiva. La fuerza productiva se ha modificado, pero también se han modificado las relaciones de producción, así como toda la manera de producir; donde antes trabajaban aisladamente cien personas, donde las mujeres y las hijas del campesino hacían la mantequilla en la explotación agrícola, ahora cooperan cien personas que hacen trabajar a obreros asalariados por cuenta de su colectividad. Los campesinos, sus mujeres, sus hijas y un cierto número de proletarios han entrado en nuevas relaciones de producción entre sí y de cara a la sociedad.

Tener a punto la lámpara de gas o de petróleo era cosa de la mujer de la casa; cientos de miles de mujeres se ocupaban, en las casa, de la producción de la luz. Pero si la municipalidad construye una fábrica de gas o una central eléctrica, entonces se modifican las relaciones de producción. No es un ser humano particular el que produce, sino un gran órgano social: el municipio. Una nueva clase de obreros, que antes eran raros, hace su aparición por miles: los obreros municipales, los cuales están con respecto a la sociedad en una relación totalmente distinta a la del productor de luz anterior.

Antaño, el carruaje de transporte de mercancías y el correo se arrastraban a través del país. La técnica ha inventado la locomotora y el telégrafo y, de este modo, ha sido posible al Estado capitalista atraer hacia él el transporte de los bienes, de los hombres y de las noticias. Cientos de miles de obreros y de empleados han entrado en nuevas relaciones de producción. Las masas humanas que, en el municipio, el Estado o el Imperio, están en una rela-

ción de producción directa con la colectividad, son mucho mayores que las multitudes armadas de otros tiempos.

No hay actividad en la que la técnica no haya introducido una nueva manera de producir. De arriba abajo, desde el establecimiento de investigación científica en química, desde el laboratorio del inventor hasta el trabajo más humilde, hasta la eliminación de las basuras en una gran ciudad moderna, la técnica y el modo de trabajar se modifican sin cesar. En cada actividad ha habido revoluciones, de manera que los inventos ya no son obra del azar o de hombres geniales sino obra de personas que son formadas a propósito para encontrarlos y que buscan conscientemente en una dirección determinada.

Una tras otra, las ramas de producción son modificadas o bien totalmente eliminadas. La vida económica de un país capitalista moderno es semejante a una ciudad moderna en la que aparecen nuevas construcciones en lugar de conjuntos antiguos de casas y calles.

La nueva técnica engendra el gran capital, engendra, pues, también el sistema bancario y de crédito moderno que multiplica aún más las fuerzas del gran capital.

Engendra el comercio moderno, engendra la exportación de bienes en masa y de capitales, y de este modo los mares se cubren de navíos y partes enteras del mundo son sometidas al capitalismo para la producción de minerales y de productos agrícolas.

Engendra los grandes intereses capitalistas que únicamente el Estado es lo bastante poderoso para defenderlos. Por consiguiente, engendra el Estado moderno mismo, con su militarismo, su gusto por la marina de guerra, su política colonial y su imperialismo, con su ejército de funcionarios y su burocracia.

¿Es necesario que, disponiendo de estos ejemplos, atraigamos la atención de los trabajadores sobre el hecho

de que las nuevas relaciones de producción son al mismo tiempo relaciones de propiedad? El número de propietarios de medios de producción en el Imperio alemán ha disminuido, desde 1895 a 1907, en 84.000 en la industria y en 68.000 en la agricultura, al tiempo que la población crecía fuertemente; por el contrario, el número de hombres que viven de la venta de su fuerza de trabajo ha aumentado en tres millones en la industria y en 1.660.000 en la agricultura. Es un cambio no sólo en las relaciones de producción sino también en las relaciones de propiedad el que ha sido provocado por la nueva técnica, la cual ha estrangulado la pequeña empresa y ha transformado cientos de miles de hijos de pequeños burgueses y de pequeños campesinos en trabajadores asalariados. ¿Y qué otra cosa es la así llamada nueva clase media sino una clase con nuevas relaciones de propiedad? Los funcionarios, en un número acrecentado enormemente, los oficiales, las profesiones científicas, la intelectualidad, los profesores mejor pagados, los ingenieros, los químicos, los abogados, los médicos, los artistas, los propietarios de sucursales comerciales, los gerentes, los viajantes de comercio, los pequeños tenderos dependientes del gran capital, todos los que reciben de la burguesía una remuneración por sus servicios, directamente, o indirectamente a través del Estado, esta nueva clase media se encuentra en una relación de propiedad distinta a la antigua clase media autónoma. Y los grandes capitalistas modernos que dominan el mundo y la política mundial con sus bancos, sus sindicatos, sus trusts y sus cárteles, están en relaciones de propiedad respecto de la sociedad completamente diferentes de los florentinos, los venecianos, los comerciantes e industriales hanseáticos o flamencos, holandeses o ingleses, de los siglos pasados.

Por consiguiente, las relaciones de producción y de propiedad no son relaciones de personas, sino relaciones de clases.

La nueva técnica crea, por un lado, un número de no-propietarios que crece continuamente y más rápido que la población, los cuales forman progresivamente la mayoría de la población y no reciben casi nada de la riqueza social, así como un número muy grande de pequeños burgueses y de pequeños campesinos, de empleados y de miembros de los oficios más diversos a los que se da extremadamente poco. Pero, de otro lado, la técnica crea un número proporcionalmente pequeño de capitalistas que, por su dominación política y económica, atraen hacia ellos la mayor parte, y de lejos, de la riqueza social.

Y lo que amasan cada año como mayores excedentes, es utilizado nuevamente para explotar a los que no poseen nada o poco, los obreros, los pequeños campesinos y los pequeños burgueses, los pueblos extranjeros de los países que todavía no están desarrollados de manera capitalista, de modo que hace su aparición una acumulación, a interés compuesto, que crece progresivamente, y se manifiesta una agravación de la insuficiencia, por un lado, y del excedente de riqueza social, por el otro.

La técnica, que continúa progresando, crea, pues, no sólo nuevas relaciones de producción y de propiedad, sino al mismo tiempo nuevas relaciones de clases y, en nuestro caso, una mayor separación de clases, una lucha de clases más grande.

Todo el mundo reconoce esto, ¿no es cierto? Verdaderamente no es difícil reconocerlo. Las clases se han alejado las unas de las otras, la lucha de clases actual es más grande, más extensa y más profunda que hace cincuenta años. Cada año, el abismo se ha ampliado, se ha

hecho más profundo y cada vez se hace mayor. Está absolutamente claro que la causa de ello es la técnica.

El lado material del asunto que queremos explicar es fácil de comprender. ¿Se necesitan muchas palabras para explicar al hijo de un campesino de Sajonia o de Westfalia, que se ha convertido en obrero de fábrica, que ha debido hacerlo a causa de la técnica, a causa del nuevo modo de producción? ¿Que no había perspectivas para él en la pequeña empresa, que la competencia actual es demasiado difícil, que el capital requerido era demasiado grande, que sólo pocas personas pueden tener éxito en la pequeña empresa, pero que la gran muchedumbre debe trabajar sin éxito? El gran capital, es la gran técnica; ¿quién es capaz de amasarlo con la gran técnica? El obrero moderno siente muy bien que la situación *material*, la pobre alimentación, la mala vivienda, la ropa bastante pobre para él y para su clase, son una consecuencia de las nuevas relaciones de producción que han nacido de las antiguas relaciones de producción gracias a la técnica. No es difícil ver el ser *material* de *todas* las clases en relación clara con las relaciones de propiedad y de producción y, por tanto, con las fuerzas productivas. Nadie puede ya señalar los trajes caros, la buena alimentación, la vivienda de lujo del fabricante, como un don de Dios, pues está claro que él ha conseguido su bienestar y su fortuna gracias a la explotación. Nadie puede ya ver la “predestinación” en la quiebra del comerciante o del especulador, pues la causa que ha originado su caída hay que encontrarla en la bolsa de mercancías o de valores. Nadie puede ya hablar de la cólera del cielo cuando un obrero es golpeado por un paro que dura meses, por la enfermedad y por la miseria continua, pues las causas *naturales* o, mejor dicho, *sociales*, de todo esto, todas las cuales tienen sus raíces en la nueva técnica,

son suficientemente conocidas, al menos por el trabajador. Tampoco se puede ya soportar que se haga a las facultades intelectuales personales o al carácter del individuo responsables de su prosperidad o de su desgracia, pues en la gran empresa que lo suplanta todo, millones de personas con talentos excelentes no *pueden* ascender.

La sociedad ha llegado a un nivel tal de desarrollo que las causas *materiales* de nuestro ser *material* residen abiertamente, a la vista de todos, tanto en la naturaleza como en la sociedad.

Lo mismo que sabemos que el sol es la fuente de toda vida *material* en la tierra, de la misma manera sabemos que el proceso de trabajo y las relaciones de producción son las causas de que las cosas sean lo que son en la vida material *social*.

Que el trabajador observe con mirada calma y firme su existencia material, la de sus compañeros y la de las clases que están por encima de él, y encontrará que lo que se ha dicho es justo. Esto le liberará ya de muchos prejuicios y supersticiones.

A simple vista, la cuestión se hace más difícil cuando se trata de reconocer la relación entre el trabajo material, las relaciones de producción y de propiedad, y el ser *espiritual*. ¡El alma, el espíritu, el corazón, la razón, nos han sido presentados durante tanto tiempo, a nosotros y a nuestros predecesores, como algo que nos es propio, como lo mejor, como lo todopoderoso (e incluso, de cuando en cuando, como lo único)!

Y sin embargo... cuando decimos: “El ser social determina la conciencia”, esta tesis es, sin duda, en su significación global, una gran verdad nueva pero, ya antes de Marx y Engels, se ha expuesto, demostrado y admitido

aquello que indicaba esta misma dirección y que preparaba la verdad superior que ellos han encontrado.

¿No cree, no sabe todo hombre instruido, ahora por ejemplo, y antes que Marx y Engels no habían demostrado muchos ya claramente, que la costumbre, la experiencia, la educación, el entorno de los hombres forman *también* espiritualmente? Y nuestras costumbres, ¿no son productos de la sociedad? Los hombres que nos educan, ¿no han sido educados ellos mismos por la sociedad, y no nos dan una educación social? Nuestra experiencia, ¿no es una experiencia social? ¡Nosotros no vivimos solos como un Robinson! Nuestro entorno es, pues, en primer lugar la sociedad; nosotros no vivimos en la naturaleza más que con nuestra sociedad. Todo esto es, y ha sido reconocido igualmente, por gentes que no son ni marxistas ni socialdemócratas.

Pero el materialismo va más lejos; resume toda la ciencia anterior, pero profundiza más al decir: la experiencia social, las costumbres sociales, la educación y el entorno son, *ellos mismos*, determinados a su vez por el trabajo social y por las *relaciones de producción* sociales. Estas últimas determinan todo el ser espiritual. El trabajo es la raíz del espíritu humano. El espíritu nace de esta raíz.

V

El ser social determina el espíritu

A. La ciencia, el saber y el aprendizaje

La ciencia es un dominio importante del espíritu, aunque no lo engloba totalmente. ¿De qué modo se determina su contenido?

El trabajador debe observarse, en el transcurso de esta lectura, en primer lugar a sí mismo. ¿De dónde viene la amplitud y la clase de saber que llena su espíritu?

Tiene algunos conocimientos en lectura, escritura y cálculo – hablamos en general, pues aquí discutimos de un miembro ordinario de la clase obrera que no se encuentra, pues, en una situación excepcional. En su juventud, quizá aprendió también algo más: un poco de geografía, un poco de historia, pero esto ha volado. ¿Por qué tiene precisamente esta miserable instrucción y nada más?

Esto está determinado por el proceso de producción, con sus relaciones de producción. La clase de los capitalistas, que domina en los países llamados civilizados, tenía necesidad, para sus talleres, de trabajadores que no fuesen totalmente ignorantes. Por ello introdujo las escuelas primarias para los niños de proletarios y fijó la edad de 12 a 14 años como el límite hasta el cual se da la enseñanza. La burguesía necesitaba, en el proceso de producción, obreros que no fuesen ni más ignorantes, ni más instrui-

dos. Más ignorantes, no habrían sido lo suficientemente rentables, más instruidos habrían sido demasiado caros y demasiado exigentes. De la misma manera que el proceso de producción necesita determinadas máquinas que funcionan cada vez más rápido y suministran más productos, de igual modo necesita también un tipo determinado de obreros, el proletariado moderno, que se distingue de los obreros anteriores. El proceso de producción impone a la sociedad esta necesidad, crea esta necesidad por su propia naturaleza. En el siglo dieciocho, por ejemplo, no había necesidad todavía de obreros de este tipo.

Y lo mismo sucede también con el saber de las otras clases.

La gran industria capitalista, las comunicaciones y la agricultura, se apoyan cada vez más en las ciencias físicas y naturales. El proceso de producción es un proceso científico consciente. La nueva técnica ha echado ella misma los cimientos de las ciencias modernas de la naturaleza inventando instrumentos para ellas y proveyéndolas de los medios de comunicación que les traen los materiales de todos los países. La producción utiliza conscientemente las fuerzas de la naturaleza. Por consiguiente, el proceso de producción *necesita* hombres que comprendan las ciencias de la naturaleza, la mecánica, la química, pues sólo esos hombres pueden hacerse cargo de la dirección de la producción y encontrar nuevos métodos y nuevos instrumentos. Por esta razón, porque es una necesidad social del proceso de producción, las escuelas secundarias y los establecimientos de enseñanza superior están organizados con frecuencia principalmente con vistas al estudio de la naturaleza y en ellos se enseñan las ciencias que son necesarias para la dirección y la extensión del proceso de producción.

El *saber*, los *conocimientos* de todos estos mecánicos, constructores navales, ingenieros, técnicos agrícolas, químicos, matemáticos, profesores de ciencias, están *determinados*, pues, por el proceso de producción.

Saquemos de las mismas clases sociales un segundo ejemplo. La actividad de los abogados, de los profesores de derecho y de economía, de los jueces, de los notarios, etc., ¿no supone un cierto derecho de propiedad, es decir, como hemos visto más arriba, ciertas relaciones de producción? Los notarios, los abogados, etc., ¿no son gentes de las que tiene necesidad la sociedad capitalista para mantener y proteger derechos de propiedad? Por consiguiente, su modo de pensar específico ¿no les es inspirado por la clase burguesa, y su pensamiento no tiene su fuente en el proceso de producción que ha engendrado estas clases?

El principado, la burocracia, el parlamento, ¿no suponen intereses de propiedad o de clases basados en relaciones de producción, intereses que deben ser protegidos, en el interior contra otras clases y en el exterior contra otros pueblos? ¿No es el gobierno el comité central de la burguesía que defiende la propiedad y los intereses de la burguesía? Ella misma, así como el saber, los conocimientos que posee con este fin, nacen de las necesidades sociales, de las necesidades del proceso de producción y de la propiedad. Los conocimientos de sus miembros sirven para el mantenimiento de las relaciones de producción y de propiedad existentes.

¿Y cuál es el papel del clero, del pastor y del cura? En la medida en que son reaccionarios sirven oficialmente – con su exigencia de que hay que someterse incondicionalmente a los dogmas de la Iglesia y a ciertos preceptos morales – para mantener la vieja sociedad. Para esto sirve su saber, con este fin ha sido formado en las instituciones

de enseñanza superior; hay una necesidad social, una necesidad de clase, de gentes que prediquen esas cosas. En la medida en que son progresistas, proclaman la dominación de Dios sobre el mundo, la dominación del alma sobre los sentidos, del espíritu sobre la materia, y así ayudan a la burguesía – a la que han educado con este fin – a conservar la dominación sobre el trabajo.

El sistema de producción y de propiedad ha necesitado cierto grado de desarrollo de los curas, de los juristas, de los físicos, de los técnicos. Los ha producido y, por necesidad social, han llegado en masa continuamente a la sociedad los protagonistas, los representantes de estos papeles sociales. El individuo se imagina que elige libremente una de las profesiones y que las concepciones que son alimentadas en ellas “son las causas características determinantes y el punto de partida de su actividad”. En realidad estas concepciones e, igualmente y en primer lugar, su elección, están determinadas por el proceso de producción.

“En la producción social de su vida”, dice Marx, “los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción”. Con seguridad es así. Las relaciones son necesarias e independientes de nuestra voluntad. Ya estaban presentes antes de que nosotros nacióramos. Nos *es necesario* entrar en esas relaciones; la sociedad, con su proceso de producción, con sus clases y sus necesidades, nos tiene en su poder.

Y todos esos tipos de profesión necesitan cierta cantidad y cierta clase de conocimientos para poder cumplir su función en la sociedad. Está claro, pues, que, como la función misma, los conocimientos requeridos por ella están determinados por el proceso de producción social.

Primera objeción de nuestros adversarios

En esta primera discusión hemos mencionado algo acerca del saber, que juega un papel importante en la sociedad y, por tanto, en nuestra doctrina, que es la imagen verdadera de la sociedad, papel que debemos, pues, mencionar aún con más frecuencia. Se trata de la *necesidad*.

Sin embargo, la *necesidad* es algo espiritual, es sentida, percibida, pensada, en el alma, el corazón, el espíritu, el cerebro del hombre.

Es con este argumento con el que los adversarios de la socialdemocracia forjan un arma contra nosotros.

Dicen que si los órganos del proceso de producción son engendrados por una necesidad de los hombres, entonces la causa de ello es, en primer lugar, espiritual y no social-material.

Esta objeción es fácil de refutar. *Pues, ¿de dónde vienen las necesidades? ¿Nacen de la libre voluntad, descansan en una opinión? ¿Son un resultado independiente del espíritu? – No, las necesidades tienen su origen en la naturaleza corporal del hombre. Ante todo, son las necesidades de alimentación, de vestidos, de cobijo, sin los cuales los hombres perecerían miserablemente. La acción de procurarse alimento, cobijo, vestidos, para la producción y la reproducción de la vida, es el fin del proceso de producción; cuando hablamos de producción, hay que comprender siempre la producción de los artículos que los hombres necesitan para vivir.*

Pero si el hombre tiene, en general, necesidades de alimentación, de vestidos, de cobijo, cada modo de producción determinado aporta respectivamente con él sus propias necesidades particulares. Las necesidades determinadas tienen siempre su raíz en el proceso de producción. La producción de nuestras necesidades vitales no es posible hoy más que por medio de la gran industria, bajo

la protección del poder del Estado; por tanto, necesita una ciencia altamente desarrollada, necesita personas que conozcan la ciencia. El estudiante, por ejemplo, necesita el conocimiento de la mecánica, del derecho, de la teología, de las ciencias políticas; *pero, ¿quién le ha proporcionado esta necesidad?* La sociedad, *su* sociedad, con su proceso de producción determinado, que, sin estos conocimientos, no podría ni existir ni producir sus medios de subsistencia. En otra forma de sociedad, quizá no habría deseado *estos* conocimientos y habría aspirado a otros completamente distintos.

El obrero también siente a su vez la necesidad de conocimiento, a saber, de conocimiento de la sociedad, de un conocimiento como el que intentamos darle en este momento – de un conocimiento de un tipo completamente diferente al que le da en la escuela la clase gobernante – pero, *¿de dónde viene esta necesidad?* Del proceso de producción. En efecto, éste transforma al obrero en miembro de una clase que se cuenta por millones, que debe luchar y puede vencer. Si no fuese así, el obrero no buscaría estos conocimientos. En el siglo dieciocho, todavía no los buscaba porque las relaciones de producción eran todavía otra cosa en aquella época y no provocaban esta necesidad en él.

Por tanto, sólo es una *ilusión* creer que es la necesidad de saber, la sensación espiritual del alma, la que nos dirige. Si reflexionamos profundamente, constatamos que esta necesidad nos es inspirada por las relaciones materiales-sociales.

Esto no es válido solamente en el caso de la necesidad espiritual “superior” de conocimiento sino que también vale para las cosas muy “inferiores”; las necesidades materiales son también determinadas con frecuencia por la técnica, por las relaciones de producción y de propiedad.

El obrero necesita, por ejemplo, alimentos como todo hombre, pero, ¿necesita margarina, necesita sucedáneos para su alimentación, sus vestidos, su confort y su belleza? Honestamente, no. Más bien habría que decir que el hombre, por su naturaleza, desea un alimento que lo fortalezca y buenas ropas para abrigarse. Pero si el sistema de producción y de propiedad ha necesitado alimentación barata para los obreros, ha experimentado la necesidad de dar salida a artículos de masa; los ha producido, y sólo de este modo, y por esta razón, ha aparecido entre los obreros la necesidad de estos artículos de masa baratos y de mala calidad.

Así, nadie necesita, *por sí mismo*, una producción de cien mil piezas a la hora o de una velocidad de cien kilómetros a la hora, pero el productor que está en una situación de competencia lo necesita como consecuencia del sistema de producción; éste produce las máquinas que alcanzan esta velocidad y esta productividad, y sólo de esta manera y por esta razón es sentida la necesidad por todos los individuos de la sociedad.

Así podríamos aportar cientos de ejemplos. El lector los encontrará fácilmente por sí mismo sólo con mirar a su alrededor.

“¿Se basa el sistema de las necesidades en su conjunto en la opinión, o bien en la organización completa de la producción? En la mayoría de los casos, las necesidades nacen de la producción o de un estado general basado en la producción. El comercio mundial gira casi exclusivamente en torno a las necesidades, no del consumo individual, sino de la producción.” Y de este modo el saber nace también de las necesidades de la producción.

Segunda objeción

Pero – dicen nuestros adversarios – ¿existe un deseo general de conocimiento, común a todos los hombres! Este deseo de un conocimiento determinado quizá sea temporal, pero el deseo general es eterno.

De ninguna manera. Hay pueblos que no tienen en absoluto ningún deseo de conocimiento, que están perfectamente satisfechos con lo poco que sus antepasados les han dejado en materia de ciencia.

En una rica comarca tropical donde la naturaleza proporciona a sus habitantes todo lo que necesitan, estos están contentos cuando pueden plantar sagús, saben construir una choza con follaje y algunas actividades más, muy antiguas, que les han sido transmitidas. En países de suelo fértil y con pequeñas explotaciones agrícolas, los habitantes pueden permanecer durante siglos en la misma situación. No buscan nuevos conocimientos porque las relaciones de producción no los exigen.

Es un ejemplo convincente – que todavía no hemos mencionado – el constituido por los pueblos que se dedicaban a la agricultura en las orillas de los grandes ríos que se desbordan regularmente: necesitaban un calendario astronómico y, por tanto, estaban obligados a estudiar los cuerpos celestes.

Eran los habitantes de Egipto, de Mesopotamia y de China, que llegaron a la astronomía a causa del Nilo, del Éufrates y del Río Amarillo. Otros pueblos, que no experimentaron la necesidad de este conocimiento, no lo alcanzaron.

Son, pues, las relaciones de producción las que empujan al conocimiento y las que determinan la cantidad y la calidad de este conocimiento.

Para constatar esta verdad, que el trabajador observe nuevamente de cerca lo que lo rodea. ¿Cuáles son los

obreros activos, los que tienen sed de aprender, los que están llenos del deseo de evolución social? Son aquellos que saben comprender el papel del proletariado *a través del proceso de producción*, es decir, los obreros de la ciudad y de la gran industria. La técnica, la máquina misma, les dicen que es posible una sociedad socialista; el gran proceso de producción que tienen ante los ojos les enseña que las antiguas relaciones de producción son demasiado estrechas para las fuerzas de la máquina. Deben venir nuevas relaciones; en tanto que iguales en derecho, debéis poseer vosotros mismos los medios de producción: son las palabras que la ciudad moderna les grita. Y gracias a estas palabras del proceso de producción, nace en los trabajadores de las ciudades un deseo de conocimiento que es mucho más fuerte que en el trabajador del campo, que no ve todavía por el momento tan de cerca las nuevas fuerzas de producción.

Observación

A partir del ejemplo de las comarcas tropicales, en donde el proceso de producción *no* empuja al conocimiento, y del de los grandes ríos, en donde suscita este deseo, el lector atento ve que el materialismo histórico no reconoce el proceso de producción como la causa *única* del desarrollo. Los factores geográficos tienen una gran importancia en él. De este modo, y para tomar aún un último ejemplo importante, el proceso de producción jamás se habría desarrollado de manera tan vigorosa y rápida en Europa si el clima hubiese sido en ella tropical y si el suelo hubiese dado cosechas en abundancia casi sin trabajo. Es precisamente la temperatura moderada y el suelo relativamente pobre los que han obligado a los hombres a trabajar allí más duramente y, por ahí mismo, a aprender a conocer la naturaleza.

Por tanto, el reproche según el cual el proceso de producción sería para los socialdemócratas la única fuerza motriz independiente, no es válido. Aparte del clima y de la calidad natural del país, aparte de las influencias de la atmósfera y del suelo, aprenderemos a conocer aún varias fuerzas motrices en el curso de nuestra argumentación.

B. Las invenciones

Hay un dominio de la ciencia que debe ser discutido en tanto que tal de manera todavía más detallada. Es el dominio de las invenciones técnicas.

Hemos dicho: las relaciones de producción descansan en la técnica. ¿No reconocemos así que las relaciones de producción descansan también en el espíritu?

Por supuesto que lo reconocemos. La técnica es la invención y la utilización conscientes de instrumentos por el hombre pensante, y cuando los defensores del materialismo histórico dicen que el conjunto de la sociedad descansa en la técnica, dicen al mismo tiempo que el conjunto de la sociedad descansa en el trabajo material y espiritual.

Pero, ¿no está esto en contradicción con lo que hemos declarado? ¿No se convierte el espíritu de esta manera nuevamente en la primera fuerza motriz de la evolución social?

Si el espíritu produce la técnica y la técnica la sociedad, entonces el espíritu es sin duda el primer creador.

Veamos la cosa un poco más de cerca todavía.

El materialismo histórico no niega lo más mínimo que el espíritu forme parte de la técnica. Los hombres son seres pensantes. Las relaciones de producción, las relaciones de propiedad, son relaciones entre hombres; es en es-

tas relaciones donde se actúa y se piensa. La técnica, las relaciones de propiedad y de producción son tan materiales como espirituales. No es esto lo que impugnamos.

Únicamente negamos lo que es *autónomo, arbitrario, espontáneo, sobrenatural, incomprendible* en el espíritu y en su actividad. Nosotros decimos: si el espíritu encuentra una nueva ciencia, una nueva técnica, *no lo hace por su propia voluntad sino por un impulso o una necesidad de la sociedad.*

En otros tiempos, la mayoría de las invenciones técnicas han sido hechas por hombres que estaban implicados ellos mismos en el proceso de producción. ¡Había en ellos el deseo de realizar el trabajo mejor y más rápido a fin de hacerse más ricos o para que todo el mundo se hiciese más rico!

Cualquiera que pueda ser la naturaleza de la sociedad, sea pequeña o grande, aún una horda nómada o una tribu, una sociedad feudal o capitalista, este deseo era social, era engendrado por una necesidad económica. En las sociedades en que la propiedad era común, era el deseo social de hacer algo por la comunidad; en las sociedades de clases en que la propiedad era privada, era el deseo social de hacer algo por el individuo social, por el propietario privado o por la clase de los propietarios privados.

No hay de qué asombrarse. Puesto que el hombre es un ser social y el trabajo de los hombres es social, el deseo de mejorar el trabajo no es algo que resulte del espíritu del individuo, sino algo que proviene de sus relaciones sociales. El deseo de una técnica mejorada, de invenciones, es un deseo social; nace de necesidades sociales.

He aquí lo que dicen los defensores del materialismo histórico: niegan la independencia, la arbitrariedad, la superioridad del espíritu; dicen que la necesidad social existente obliga al espíritu a seguir una vía determinada y

que la necesidad es engendrada también por relaciones materiales de producción determinadas. Por tanto, niegan también que el espíritu sea el dueño absoluto.

Esto, la relación entre la técnica y la ciencia, es tan importante que bien podemos detenernos todavía un poco en ella para considerarla más a fondo.

Vamos a dar aún algunos ejemplos detallados.

Pensemos en un tejedor a mano de la Edad Media. El oficio de tejer a mano es suficiente, en general, para las necesidades sociales. El comercio, la circulación, el mercado extranjero no se han desarrollado todavía hasta el punto de que sean necesarias grandes fuerzas productivas. Todavía no se sentía la necesidad de ellas. Sin embargo, la mirada atenta de un tejedor especialmente sagaz no puede desprenderse de su instrumento, pues sabe que una producción más rápida, más cómoda, significa una ventaja personal para él. Inventa una pequeña mejora y la aplica. Dentro de su círculo, es conocida e imitada. Las cosas quedan ahí. Es un pequeño cambio en el proceso de producción que apenas significa un progreso y que quizá siga siendo el único cambio durante decenios o siglos. Resulta de la necesidad de un individuo.

Sin embargo, supongamos que la circulación y el comercio hayan aumentado mucho (por ejemplo, en los siglos quince, dieciséis y diecisiete), que el mercado extranjero se haya desarrollado de manera extraordinaria, que se hayan fundado colonias que demandan artículos manufacturados a su metrópolis; entonces la necesidad social y el deseo de una técnica mejorada, de una producción mayor del trabajo, se hacen generales; entonces no es un hombre el que reflexiona sobre mejoras técnicas, sino cien hombres los que reflexionan sobre ello, entonces nace un nuevo instrumento como resultado de numerosos cambios que se acumulan rápidamente.

Pensemos en uno de los primeros inventores de la máquina de vapor, en un Papin, por ejemplo.

En muchos hombres hay un talento y un amor especiales por la técnica; los millones de años de la evolución humana nos han legado esto; y en algunos, cuando las relaciones de producción aportan su concurso, este amor y este talento aparecen como grandes llamas. La sociedad en la que viven tiene ya una técnica evolucionada; reflexionan sobre una mejora que podría hacer progresar más la producción social. Su pensamiento social, orientado en esta dirección, pone atención en la fuerza del vapor de agua comprimido. Idean un nuevo aparato sobre la base de antiguos instrumentos movidos por los hombres, los animales, el agua o el viento. Su sentimiento social es tan grande, su alegría y su deseo de producir así algo son tan fuertes, que sacrifican su tiempo, su salud y su fortuna para perfeccionarlo y hacerlo admitir.

No obstante, la necesidad *general* no existe todavía, *este* progreso de la técnica es demasiado grande, los costes son quizá demasiado elevados. La invención no es introducida, los ensayos deben ser detenidos y caen en el olvido. El inventor muere frecuentemente como un hombre arruinado. Ciertamente ha captado la necesidad social, pero la sociedad no la ha sentido todavía o, en todo caso, no lo suficiente; él llegó demasiado pronto.

Tomemos ahora un inventor de nuestro tiempo, un Edison. Es un técnico, su vida consiste en pensar *única-mente* en la técnica. Pero no es una golondrina temprana que piensa en lo que todavía no es posible. La sociedad, o en todo caso la clase poseedora, quiere la misma cosa que él. Para los capitalistas, la técnica mejorada significa un aumento colosal de la ganancia. Toda invención que hace posible una producción más rápida y barata es adoptada inmediatamente. Esto fortalece su fuerza de trabajo y con-

lleva que él mismo puede plantear sus problemas, que ya no depende del azar sino de su propia voluntad.

El deseo de invención de un Edison es un deseo social, su amor por la técnica es un amor engendrado en la sociedad y por ella, un amor social; la base sobre la que trabaja es igualmente social; que él tenga éxito y pueda fijarse conscientemente de antemano su objetivo, se lo debe a la sociedad.

Con frecuencia ocurre en nuestros días que se inventen nuevas máquinas, pero que no sean introducidas porque son demasiado caras. En la agricultura, por ejemplo, hay máquinas excelentes que, en su mayoría, todavía no son utilizadas en absoluto o sólo lo son parsimoniosamente. Las relaciones de producción son aún demasiado limitadas para estas nuevas fuerzas. Por tanto, si aparece una invención como consecuencia de una necesidad social sentida por un individuo sobre la base de una técnica ya existente, sólo serán adoptadas, no obstante, las invenciones de las que la sociedad tiene necesidad en la práctica y que puede introducir en sus relaciones determinadas. Y por consiguiente, tanto el nacimiento como el desarrollo del instrumento son de naturaleza social. Sus raíces no hay que buscarlas en el espíritu del individuo sino en la sociedad.

En conclusión, he aquí un ejemplo sacado de la época en que el hombre tan sólo comenzaba a fabricar sus primeras herramientas. Lo recogemos del libro de Kautsky: "La ética y la concepción materialista de la historia". En él leemos (página 83):

"Desde que el hombre primitivo poseyó el venablo, fue capaz de cazar animales más grandes. Si su alimento había consistido de manera preponderante hasta entonces en frutos de los árboles y en insectos, así como en huevos de pájaro y en polluelos de pájaro, ahora podía matar tam-

bién animales más grandes, y la carne se hizo a partir de entonces más importante para su alimentación. Pero la mayoría de los animales están en tierra y no en los árboles; por tanto, la caza le hizo descender de sus regiones expuestas al aire hasta el suelo. Más aún. Los animales que pueden ser cazados, los rumiantes, no se encuentran sino muy raramente en el bosque virgen; prefieren las vastas planicies de las praderas. Cuanto más cazador se hizo el hombre, más pudo salir del bosque virgen tropical en el que el hombre prehistórico estuvo arrinconado.

Esta descripción es, como se dice, una descripción puramente basada en suposiciones. El curso de la evolución pudo también haber sido a la inversa. Lo mismo que la invención de la herramienta y del arma ha podido empujar al hombre a salir del bosque virgen para ir a la pradera más descubierta, con bosquecillos diseminados, de igual modo causas que han despojado al hombre primitivo de su morada de origen, pueden asimismo haber sido la ocasión para él de inventar armas y utensilios. Supongamos, por ejemplo, que el número de hombres haya aumentado más allá del margen de alimentación... o bien que una sequía creciente del clima haya aclarado cada vez más los bosques vírgenes, y que haga surgir en ellos cada vez más praderas. En todos estos casos el hombre prehistórico ha sido empujado a renunciar a su vida arborícola y a desplazarse por el suelo; entonces ha debido buscar más alimento animal y ya no ha podido alimentarse en un grado tan elevado de frutos de los árboles. El nuevo modo de vida le ha dado la posibilidad de utilizar más frecuentemente piedras y palos y de esta manera lo ha acercado a la invención de las primeras herramientas y de las primeras armas.

Cualquiera que sea el curso de la evolución que se suponga, el primero o el segundo – y ambos pueden haber

tenido lugar independientemente uno de otro en diferentes lugares – se deduce claramente de cada uno de ellos la interacción estrecha que existe entre nuevos medios de producción y nuevos modos de vida, nuevas necesidades. Cada uno de estos factores engendra al otro por necesidad objetiva, cada uno se convierte por necesidad en la causa de cambios que encierran a su vez nuevos cambios en su interior. *Así toda invención produce efectos inevitables que dan impulso a otras invenciones y, por tanto, también a nuevas necesidades y modos de vida, los cuales suscitan a su vez nuevas invenciones, etc.*, una cadena de desarrollo infinito que se hace cada vez más variada y rápida a medida que avanza y que con ella aumenta la posibilidad y la facilidad de nuevas invenciones.”

Kautsky cuenta más adelante cómo el hombre, una vez que ha llegado a las llanuras de hierba, se ha dedicado a la agricultura, a la construcción de habitáculos, a la utilización del fuego y a la cría de ganado, y cómo después “*toda la vida del hombre, sus necesidades, sus moradas, sus medios de subsistencia, han sido modificados y cómo una invención ha conllevado finalmente muchas más después de ella, una vez que ha sido realizada, una vez que se ha logrado la fabricación del venablo u otra cosa*”.

Observación

La invención de la nueva técnica sobre la que, como hemos visto, reposa la ciencia, tiene lugar por el deseo social y la necesidad social que actúa en el individuo, y no tiene éxito completamente más que cuando la necesidad es sentida por el conjunto de la sociedad. Sin embargo, hasta ese momento el espíritu del inventor no podía prever la mayoría de las veces las *consecuencias* posibles de la invención.

¿Veían los inventores de la máquina de vapor, e incluso los inventores de la poderosa técnica de nuestra época ven ahora la lucha de clases entre el trabajo y el capital, que sus invenciones desencadenan de manera cada vez más vigorosa y agravan de manera cada vez más aguda? ¿Ven la sociedad socialista que debe nacer de su invención? El hombre, incluso el más genial, ha permanecido hasta ahora ciego ante el devenir de la sociedad. Estaba obligado a actuar en función de las necesidades sociales. Bajo el capitalismo, estas necesidades le eran conocidas, aun cuando sea de manera imprecisa, pero no sabía adónde conduciría a la sociedad la satisfacción de sus necesidades. Vivía en el reino de la necesidad.

Sólo en una sociedad socialista, cuando los medios de producción sean propiedad colectiva, cuando sean conscientemente aplicados y dominados, únicamente entonces el hombre conocerá no sólo las fuerzas y las necesidades sociales que lo obligan a actuar, sino también el fin hacia el que le conduce su acción y las consecuencias que brotan de su acción. Cada mejora de la técnica tendrá como consecuencia una felicidad mayor, más libertad para el desarrollo espiritual y físico. Ninguna invención engendrará adversidades espantosas imprevistas sino que todas proporcionarán a los individuos la libertad de un desarrollo perfecto y perfeccionarán así continuamente la condición para la felicidad de todos los hombres.

A decir verdad, las fuerzas productivas, las relaciones materiales de producción, nos empujan hacia el socialismo y, *en* la sociedad socialista también, dependemos de las fuerzas productivas, del modo de producción socialista. En la medida en que el ser social dominará siempre el espíritu, nunca seremos libres. Pero si ya no sufrimos esto ciegamente, pasivamente, si no somos arrastrados por el movimiento desencadenado de la técnica co-

mo pobres “átomos dispersos”, si producimos conscientemente como *un todo*, si *prevemos las consecuencias de nuestras acciones sociales*, entonces somos, por comparación a hoy, *libres*, entonces hemos pasado del reino oscuro del destino ciego a la luz espléndida de la libertad. Tampoco tendremos entonces la libertad absoluta, que sólo existe en el cerebro de los anarquistas y de los clericales o liberales místicos; nosotros estamos ligados a las fuerzas productivas disponibles. Pero podemos aplicarlas según nuestra voluntad común, según nuestro bien colectivo. Y es todo lo que pedimos.

Segunda observación

Naturalmente, una vez que una ciencia ha sido engendrada por una necesidad social, puede continuar desarrollándose, independientemente de una etapa determinada de su desarrollo, sin relación *inmediata* con la necesidad social. Aunque los comienzos de la astronomía hayan resultado de una necesidad social, después continuó desarrollándose fuera de toda relación *directa* con las necesidades de la vida social. Sin embargo, la relación entre la ciencia llegada a ser autónoma, la técnica y la necesidad, hay que descubrirla siempre si no se limita uno solamente a las ramas o a las flores de las extremidades, sino que se buscan las raíces de la ciencia.

D. El derecho

El derecho trata de lo mío y de lo tuyo. El derecho es la concepción general de una sociedad acerca de lo que me pertenece a mí, a ti y a otro. Mientras las fuerzas productivas y las relaciones de producción sean estables, estas

nociones de propiedad no cambiarán. Pero si las primeras comienzan a vacilar, las segundas vacilan también. No es sorprendente. Las relaciones de producción son, en efecto, al mismo tiempo relaciones de propiedad, como hemos demostrado claramente más arriba.

Vamos a aportar algunos ejemplos importantes, conocidos de todos, sacados de nuestra propia época, para estos cambios.

No hace tanto tiempo que, en una gran ciudad como Ámsterdam, reinaba la opinión general según la cual el suministro de luz y de agua, así como la carga del transporte de personas era un asunto gracias al cual personas privadas podían ganar dinero; instalaciones de gas, conducciones de agua y tranvías debían ser propiedad de personas privadas. Ahora, esto ha cambiado. Hoy se admite generalmente que estas actividades, y muchas otras ramas de industria también, deben ser propiedad del ayuntamiento. Es una gran transformación en la concepción del derecho, en el dominio del espíritu, que tiene una opinión, una convicción o un prejuicio a propósito de lo mío y lo tuyo.

¿De dónde viene este cambio?

No es difícil mostrar que proviene directamente de un cambio de las fuerzas productivas.

Cuando Holanda sufrió la influencia de la gran industria y del comercio mundial, la situación de la clase media y de la clase obrera se degradó. Esto fue todavía peor después de 1870. Estas clases de la población reflexionaron sobre qué medio permitiría remediar esta miseria. Así nació un partido de la clase media al que los obreros se adhirieron. Cuando tuvieron el poder, introdujeron la empresa municipal para no ser sangrados más por las sociedades privadas que explotaban las instalaciones de gas, las conducciones de agua y los tranvías.

La nueva relación económica entre el gran capital, de un lado, la pequeña empresa y el artesanado, de otro, que es, en el fondo, la relación entre la gran máquina y la pequeña herramienta, ha creado para una parte de la sociedad, para ciertas clases, un nuevo estado de necesidad. Nació la necesidad de nuevas relaciones de propiedad gracias a las cuales las nuevas fuerzas productivas debían actuar de manera menos devastadora. Las clases que sufrían consiguieron tomar el poder e introdujeron las nuevas relaciones de propiedad.

Este es un ejemplo relativamente menor. En efecto, aunque la empresa municipal (y también estatal) sea una forma de propiedad completamente diferente de la empresa privada de uno o varios capitalistas, todo el mundo sabe que la municipalidad actual o el Estado son capitalistas y, por tanto, las ventajas de la empresa municipal o de la propiedad estatal no pueden ser muy grandes para el hombre ordinario. Pero por mucho que la gente humilde sea timada, desplumada, esquilmada, por el Estado tanto como por el ayuntamiento, ya no será sangrada de manera tan desvergonzada como por los concesionarios.

El ejemplo de nuestro propio movimiento es más amplio y mejor.

El socialismo quiere transformar los medios de producción en propiedad colectiva. Hay ya millones de socialistas allí donde no había prácticamente hace algunas décadas. ¿Cómo ha podido tener lugar una revolución tan grande en el pensamiento, en la conciencia de tantos hombres? ¿Cómo se ha transformado así su concepción de lo que es el *derecho*?

La respuesta es aquí todavía más clara que en el primer ejemplo.

La gran industria ha dado a luz a millones de proletarios que, mientras dure la propiedad privada de los me-

dios de producción, jamás podrán llegar a la propiedad y al bienestar. Pero si la propiedad privada es transformada en propiedad común, entonces el camino hacia el bienestar les es abierto. Por esta razón se han hecho socialistas.

Además, las crisis y la superproducción, así como, estos últimos tiempos, los trusts, con su competencia que lo engulle todo y su limitación de la producción – todos estos factores que provienen directamente de la propiedad privada actual de los medios de producción – han tenido un efecto tan nefasto sobre la clase media que ahí también muchos consideran la propiedad colectiva como el único medio de salvarse de la miseria, y se hacen socialistas.

Con el socialismo, la relación directa entre el cambio de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción y el cambio en el pensamiento, es evidente.

¿Es un dios el que nos ha puesto el socialismo en la cabeza? ¿Es una chispa mística, un espíritu santo? ¿Una luz que Dios nos ha mostrado, como muchos socialistas cristianos quieren hacernos creer?

¿Es nuestro propio espíritu libre el que ha producido para nosotros este pensamiento magnífico debido a su excelencia? ¿Es nuestra virtud especialmente elevada, una fuerza secreta en nosotros, el imperativo categórico de Kant?

¿O bien es el diablo el que nos ha instilado el deseo de la propiedad colectiva? Es lo que declaran otros cristianos.

Nada de todo eso. Es la *miseria*, la miseria social.

Esta miseria proviene de que las nuevas fuerzas productivas operan, dentro de la camisa de fuerza de las antiguas relaciones de propiedad de la pequeña empresa de otros tiempos, de manera devastadora entre los obreros y los pequeños burgueses. La solución del socialismo aparece por sí misma porque todos los obreros y muchos pe-

queños burgueses pueden sentir y comprender que esta devastación cesaría si poseyésemos colectivamente los medios de producción. El trabajo es ya ciertamente colectivo. La solución de las dificultades gracias a la propiedad común es, pues, evidente.

Y que no se diga que también se ha pensado en el socialismo en el curso de los siglos pasados y que, por tanto, el socialismo no puede ser una emanación de las fuerzas productivas dominantes hoy, sino que el principio de la igualdad de todos los hombres es un ideal eterno en el que los hombres han soñado en todos los tiempos.

El socialismo en el que pensaban los primeros cristianos era tan diferente del socialismo que la clase obrera quiere ahora como las fuerzas productivas y las relaciones de clases de estas épocas lo eran de las de hoy. Los primeros cristianos querían un consumo común, los ricos debían compartir con los pobres su excedente de *medios de consumo*. No eran el suelo, la tierra, y los medios de trabajo lo que había que tener en común, sino los *productos*. Era, pues, en el fondo un socialismo de mendigos: los pobres debían, gracias a la bondad de los ricos, compartir los productos con ellos.

De esta manera, Jesús mismo jamás predicó otra cosa, a saber, que los ricos debían ceder su riqueza. Los ricos debían amar a los pobres como a *hermanos* y recíprocamente.

Por el contrario, la socialdemocracia enseña que los que no poseen nada deben *combatir* a los propietarios y *arrebatárles* los medios de producción gracias al poder político; no quiere poseer los *productos* de manera colectiva – al contrario, lo que cada uno recibe en materia de productos, de objetos de consumo, será para él, no necesita compartirlo – sino ciertamente los *medios de producción*.

Las relaciones de producción de los primeros siglos del cristianismo no podían hacer germinar nuestras concepciones socialdemócratas, como tampoco nuestras fuerzas productivas no pueden determinarnos a alcanzar el ideal cristiano. Cuando las fuerzas productivas eran aún tan mínimas, tan fragmentadas y diseminadas que no podía dominarlas una gran comunidad, la única solución a la miseria era la filantropía, aunque sea miserable e insuficiente, puesto que no aliviaba más que una ínfima parte de la misma. En una época en la que el trabajo se hace cada vez más social, la propiedad social es el único medio contra la miseria, pero también es ahora un medio suficiente.

Otro ejemplo significativo se ofrece con el derecho penal. Aquí también ha tenido lugar una revolución en el espíritu de muchos hombres: los obreros socialistas ya no creen en la falta personal del criminal. Creen que las causas del crimen son sociales y no personales.

¿Cómo han llegado a esta opinión nueva a la que no han podido llegar ni el cristianismo clerical ni el cristianismo liberal?

Gracias a la lucha contra el capitalismo que, como hemos visto más arriba, descansa en el proceso de producción. Los autores socialistas han sido llevados por la lucha, por su crítica del orden social existente, a buscar las causas del crimen y han encontrado que estas residían en la sociedad. Son el proceso de producción y la lucha de clase los que les han llevado necesariamente a esta comprensión.

Esta conciencia penetra poco a poco en la cabeza de los obreros educados de manera socialista.

No podemos ir más lejos dentro de los límites de este folleto, pero este ejemplo muestra nuevamente la revolución que se ha realizado en el pensamiento como con-

secuencia del cambio de las relaciones de producción. Y en efecto, ¡qué diferencia! Hace todavía poco todo el mundo creía en el pecado, en la falta personal, en la libre voluntad, en la venganza de Dios y de los hombres, en el castigo; ahora, los socialistas – pero sólo ellos – ven que, cuando “sean aniquilados los focos antisociales del crimen, la sociedad capitalista, y que a cada uno se le dé su espacio social para su manifestación vital esencial”, entonces desaparecerá el crimen social.

Observación

Y aquí, al examinar conjuntamente estos ejemplos del cambio en el pensamiento a propósito del derecho y de la propiedad, vemos ahora por primera vez muy claramente una ley de evolución del pensamiento humano sobre la que aún no hemos fijado hasta ahora nuestra atención con agudeza.

Hemos visto ya suficientemente *por qué* la evolución en el pensamiento es engendrada por las fuerzas productivas, las cuales son sus resortes, sus causas. Ahora vemos *cómo* se produce. La evolución en el pensamiento se produce en la lucha, *en la lucha de clase*.

Podemos explicar esto muy claramente con los mismos ejemplos de las empresas municipales y de la concepción socialista de la propiedad y del derecho que hemos referido más arriba.

La gran industria ha hecho extremadamente difícil la situación de los pequeños burgueses y de los obreros. Los monopolios de las conducciones de gas y de agua aceptados hasta el presente se han hecho cada vez más insoportables a medida que crecía la gran industria. Los obreros y los pequeños burgueses han considerado a los monopolistas como sus enemigos, y desembarazarse de estos últimos se ha convertido para ellos en una necesidad

vital. En su cabeza ha nacido el pensamiento siguiente: lo que hacen estos hombres es injusto; lo justo, lo superiormente justo, es que la municipalidad posea esta rama de actividad. *Nosotros, las clases laboriosas, debemos combatir a estos parásitos.* Por el contrario, los parásitos pensaban: es nuestro derecho poseer estas fábricas; perderíamos, en tanto que clase, toda nuestra ganancia si se nos quitase una empresa rentable tras otra. *Debemos combatir a las clases laboriosas.*

Es, pues, en la lucha donde se ha desarrollado una nueva concepción del derecho. El desarrollo de las nuevas fuerzas productivas ha producido la nueva lucha de clase, y esta lucha ha ampliado la nueva conciencia jurídica.

Y el proletariado, que tiene el sentimiento de que perezca espiritual, moral y físicamente a causa de la gran industria, ha reconocido a los capitalistas como sus enemigos. Ha pensado en primer lugar: nosotros, los obreros de esta fábrica, somos despojados, perecemos, nuestro capitalista es nuestro enemigo; es injusto que él reciba todas las ganancias y nosotros nada. *Debemos combatirlo.* Y después el proletariado de una ciudad, de una profesión particular, ha pensado lo mismo. Y después el conjunto del proletariado de todo un país y del mundo entero. Todos han pensado: *nosotros, en tanto que clase, debemos combatir a la clase de los capitalistas.* Es justo que todos los medios de producción vengan a nuestras manos. *Luchemos por nuestro derecho.*

Pero los capitalistas han pensado exactamente lo contrario, primero individualmente, después todos juntos, de manera organizada y en tanto que Estado. Es justo que conservemos lo que es propiedad nuestra. Aplastemos esas ideas revolucionarias. *Luchemos todos juntos en tanto que clase por nuestro derecho.*

Y cuanto más se desarrollaba la técnica, cuanto más aumentaban constantemente las fuerzas productivas y las riquezas en manos de los capitalistas, más profunda, diversa e insoportable hacía la miseria entre el proletariado en continuo crecimiento; y cuanto más se reforzaba la *necesidad* de los poseedores de conservar su mayor riqueza, más se afirmaba la *necesidad* de los que no poseían nada de apoderarse de los medios de producción. Y en la misma medida ha aumentado también la lucha entre las dos clases y, por ahí mismo, la fuerza de sus ideas sobre lo que es justo e injusto.

Con este ejemplo vemos muy claramente que las concepciones de lo que es justo e injusto se desarrollan en la lucha de clase y gracias a ella, y que una clase puede considerar poco a poco como injusto lo que le parecía justo anteriormente, y que también puede sentir, al aumentar los intereses de clase, algo como justo o injusto con una pasión cada vez mayor.

La lucha material por los medios de producción es al mismo tiempo una lucha espiritual por lo que es justo e injusto. Lo que es injusto es el reflejo espiritual de lo que es justo.

Segunda observación

Ciertamente no será necesario demostrar aquí que, en esta lucha espiritual y material, la clase victoriosa será finalmente la que, debido al desarrollo del proceso de producción, se convertirá en la más poderosa, la que tendrá la fuerza espiritual más grande y la verdad mayor, la clase que, debido a las necesidades que resultan de su situación, tendrá vocación para resolver las contradicciones entre las nuevas fuerzas productivas y las antiguas relaciones de producción. Volveremos sobre ello al final de nuestra ex-

posición. Pero aquí debemos presentar otra observación que descartará una objeción de nuestros adversarios.

Hay miembros de las clases poseedoras que se pasan al lado de los que no tienen nada. ¿No es esto una prueba de que no es el ser social el que determina el pensamiento, sino quizá algo eminentemente espiritual, algo misteriosamente ético, lo que decide nuestras actuaciones sociales?

Un individuo que se pasa del campo capitalista al campo proletario puede hacerlo por dos clases de razones, que también pueden actuar conjuntamente. Quizá ha comprendido que el futuro pertenece al proletariado. Pero nadie negará que es el proceso de producción, que son las relaciones económicas, las que le han proporcionado esta comprensión y que, por tanto, no es en la “libertad” del espíritu donde hay que buscar el móvil de la acción, sino en el ser social. O bien esta acción puede tener su origen en razones sentimentales, dado, por ejemplo, que este individuo prefiere estar entre los más débiles antes que con los opresores. En el transcurso de la discusión sobre la *moralidad social* demostraremos que, también en este caso, está determinado por sentimientos cuyo origen se encuentra en la vida socio-económica de los hombres, y no por algo misterioso, sobrenatural o absolutamente espiritual.

D. La política

Si las concepciones socialistas de la propiedad y del crimen proporcionan un ejemplo claro de cómo las fuerzas productivas influyen en el pensamiento, de cómo la lucha de clases hace su aparición y debe llegar a una so-

lución, en la política encontramos ejemplos mucho más claros todavía.

Y aquí también debemos tomar como ejemplo lo que piensan los socialistas, pues es en sus cabezas donde las nuevas fuerzas productivas actúan más vigorosamente.

Las nuevas fuerzas productivas influyen también muy fuertemente en el espíritu del gran industrial, del gran banquero o del gran comerciante, del armador, etc. Él piensa en grandes empresas, en enormes beneficios, en la formación de cárteles, en los mercados extranjeros y en las colonias, en la creación de una marina nacional y de un ejército poderoso, con el fin de acrecentar su influencia, su riqueza, su poder. Pero cualquiera que sea la diferencia de *grado* de su pensamiento en relación con el de los capitalistas y las clases dominantes de los siglos precedentes, el *tipo* de su pensamiento es el mismo.

Las cabezas de la clase media también piensan de modo diferente a las de otros tiempos. El crecimiento de las fuerzas productivas los ha empujado en una dirección peligrosa desde la que podrían caer en el proletariado. Cómo escapar a ello, por el crédito, la ayuda del Estado, los sindicatos, sobre ello reflexionan - de una manera totalmente diferente de sus padres. En sus cabezas, las cosas parecen ahora distintas a como eran en el siglo dieciocho, por ejemplo. Sin embargo, este pensamiento va en la antigua dirección: ¡ganancia, ganancia, ganancia privada!

El espíritu del obrero no socialista también está lleno de un sentimiento distinto al de sus colegas de la primera mitad del siglo diecinueve, por ejemplo. Salario más elevado, tiempo de trabajo más corto, ayudas del Estado, mejor vida, es lo que zumba en su cabeza; es como en una colmena, es como una rueda de molino en estas organizaciones cristianas no socialistas. Esto zumba y gruñe, y es siempre la misma consigna la que resuena: organización,

mejor vida. Pero estos hombres siguen aún antiguos caminos: desean obtener una ventaja mayor del capital, de la propiedad privada – en el terreno de la propiedad privada.

Por el contrario, en los socialistas es algo distinto lo que vive, lo que vive es algo completamente nuevo, que jamás existió en el mundo bajo esta forma. Incluso estando en el terreno de la propiedad privada, quieren la abolición de la propiedad privada; incluso viviendo en un Estado capitalista, quieren el derrocamiento del Estado capitalista. Nacidos y alimentados en el cascarón del capitalismo, sus pensamientos quieren eliminar este cascarón, sus pensamientos *mismos* quieren convertirse en otros pensamientos. La clase obrera quiere destruir el origen de su existencia, el capital y la propiedad privada de los medios de producción. Este efecto de las fuerzas productivas es aquí completamente diferente de lo que es en las otras clases, es mucho más importante, mucho más profundo, mucho más radical; y por esto el pensamiento socialista es el mejor ejemplo de la influencia de la técnica sobre el espíritu.

Es igualmente en la política donde la relación entre el ser social y el pensamiento se abre paso de manera mucho más clara, porque la política contiene la voluntad, el deseo, la aspiración, el pensamiento, los manejos, en el Estado, toda la vida estatal moderna de todas las clases, porque el ciudadano, que tiene en nuestro Estado derechos políticos, debe reflexionar sobre la sociedad en su conjunto y en sus partes, y porque, por tanto, está concernido literalmente en toda la vida espiritual por el cambio de la sociedad.

¿Cuál es ahora la cuestión política más importante, más general, y que puede, por consiguiente, servirnos mejor de ejemplo?

Es *la cuestión social*, la cuestión de la lucha entre el trabajo y el capital.

Esta cuestión misma ha nacido a causa del capital, es decir, a causa del desarrollo de las fuerzas productivas.

Y es partiendo del modo como los hombres piensan esta cuestión como se puede reconocer mejor de qué manera el desarrollo de la técnica los constriñe a cambiar su modo de pensar.

Por ejemplo, hace sesenta años, ¿había muchas personas que pensasen en introducir una jornada legal de trabajo para los proletarios, o en la protección de las mujeres y los niños, o, aún, un seguro contra los accidentes? Sólo se las encontraba de manera aislada y los que pensaban en ello habían recibido las informaciones sobre esta protección del trabajo provenientes de países capitalistas altamente desarrollados. Hace cien años, verosíblemente, nadie pensaba en ello todavía.

¿De qué modo esta bella idea, a saber, que el proletariado debe estar protegido por la sociedad, ha llegado a los espíritus?

Es poco probable que el sentimiento cristiano la haya inspirado pues antes de que los espíritus hayan cambiado de esta manera, miles y miles de trabajadores han muerto por exceso de trabajo, por enfermedad, por penuria y por accidentes, miles y miles han tenido una vejez miserable. Y, sin embargo, había suficientemente cristianos. Por tanto, que no se haya pensado en otros tiempos en la ayuda del Estado, debe tener otra causa.

Y ésta no es difícil de descubrir. En otros tiempos, el proletariado no tenía todavía potencia y no podía constreñir a los poseedores a nada más que a la beneficencia privada y a un poco de asistencia pública.

Que en otros tiempos no haya tenido potencia se debe al proceso de producción, que aún no había *organizado* a los obreros. Su número era ya bastante grande, pero

estaban dispersos en pequeñas empresas y por esta razón no podían desplegar sino poca fuerza.

Pero cuando han sido constreñidos por el proceso de producción a trabajar por centenares en talleres y fábricas, han comenzado a ser conscientes de su fuerza y a organizarse para la lucha, de la misma manera que han sido organizados para el trabajo. Y esta lucha que ha nacido del proceso de producción, este fenómeno que se ha hecho manifiesto, ha llevado a las diferentes clases de la sociedad a pensar, y ha producido una revolución en su espíritu.

En primer lugar, naturalmente, en Inglaterra y en Francia, donde el nuevo proceso de producción se ha manifestado primeramente. No nos detenemos aquí en estos ejemplos extranjeros; sólo queremos mostrar que es allí donde, bajo el impulso de las nuevas relaciones, nació el socialismo utópico de Saint-Simon, de Fourier y de Robert Owen, y donde Friedrich Engels, gracias a su conocimiento de las relaciones de producción inglesas, y Karl Marx, gracias a su estudio de la política francesa e inglesa, han llegado a la teoría socialdemócrata, a su pensamiento.

Pero también en Alemania se puede ver la veracidad de lo que decimos de la política.

Los obreros habían salido con las manos vacías de la Revolución de 1848. El sistema prusiano de voto a tres clases* los dejaba políticamente sin influencia. Ninguna ley los preservaba de las consecuencias nefastas de la explotación capitalista en aumento.

* *Dreiklassenwahlrecht*: en este sistema de voto introducido por Federico Guillermo IV en 1849 en Prusia y que estuvo vigente en este Estado hasta 1918, la Cámara baja (Landtag) era elegida por sufragio universal indirecto, pero el cuerpo electoral estaba dividido en tres clases y la representación a la Cámara era proporcional a los impuestos pagados por estas tres clases, de manera que más del 80% del electorado no controlaba más que un tercio de los escaños. (N.d.t.f.).

Pero a comienzos de los años sesenta, los obreros empezaron a organizarse. Rechazados por la burguesía, fundaron, bajo la dirección de Lasalle, la Asociación General de los Trabajadores Alemanes (Allgemeine Deutsche Arbeiterverein, o sea, la ADAV), que emprendió la conducción de la lucha por el sufragio universal igual. La clase dominante de los junkers tomó conciencia de ello; los portavoces conservadores hablaron de la alta misión del Estado de proteger a los oprimidos.

La propaganda de la ADAV se extendió a todo el país. Bismarck *introdujo el sufragio universal*, que ya había prometido antes de la guerra contra Austria, primero en la Confederación de la Alemania del Norte* y después en el Imperio alemán creado nuevamente.

Bebel, Liebknecht, Schweitzer, cada vez más portavoces del proletariado, entraron en el Reichstag. Se crearon sindicatos. El número de los votos socialistas aumentaba en cada elección. Las dos fracciones de la socialdemocracia alemana se unificaron en Gotha. Debido a la potencia creciente del socialismo, las clases dominantes sintieron cada vez más que la inquietud, y después la angustia, se apoderaba de ellas. *Bismarck intentó amordazarlo con la ley contra los socialistas.*

Pero no se podía someter a la clase obrera sólo por la fuerza. Las elecciones de 1881 mostraron la ineficacia de esta ley. Había que hacer algo para contener el descontento. Un discurso del emperador anunció “un avance positivo en el bienestar de los trabajadores”. En 1882 se propuso en el Reichstag una ley chapuceada de prisa sobre *El seguro de enfermedad* y entró en vigor en 1884.

* *Norddeutsche Bund*: Confederación que agrupaba a los 22 Estados alemanes situados al Norte del Main, creada a iniciativa de Bismarck tras la victoria de Prusia contra Austria y que entró en vigor en 1867. (n.d.t f.)

A pesar de la ley contra los socialistas, el movimiento socialista avanza vigorosamente. En las elecciones de 1884, 1887 y 1890, su número de votos pasa de 550.000 a 760.000, después a 1.400.000. La ley contra los socialistas se viene abajo; Bismarck es despedido. Las disposiciones de febrero de 1890 prometen una protección obrera y una igualdad de derecho legal para los obreros.

¡Qué giro tan gigantesco en el pensamiento! ¡En todo un país, en todas las clases de la población! ¡Todas toman posición sobre la cuestión social, es decir, sobre la lucha de clase!

¡Y es evidente que esto está relacionado con el desarrollo de la técnica! La estadística nos muestra que la industria se ha desarrollado poderosamente a comienzos de los años sesenta y setenta, así como al final de los años ochenta, exactamente en el momento en que el socialismo ha crecido más vigorosamente. Se podría casi trazar juntas como tres paralelas las cifras de la producción creciente, del ejército creciente de los combatientes y de las opiniones políticas de las clases dominantes. El crecimiento de una serie corresponde al de las otras; la lucha de clases proviene, evidentemente, del desarrollo de la técnica.

¡Y de qué manera tan clara se presenta el carácter particular de este desarrollo: *la lucha*! El emperador y el canciller, los ministros y los hombres políticos no han llegado a sus nuevas concepciones por sentimiento cristiano, como tampoco por la libre voluntad, o por efecto espontáneo y arbitrario de la razón o bajo el impulso de un espíritu del tiempo místico cualquiera. Son los obreros mismos, apoyándose en su trabajo, los que, por su organización, su propaganda, su *lucha*, han constreñido a la burguesía a cambiar el contenido de su espíritu.

Aquí se puede prescindir de toda mística. La relación real de las cosas se presenta tan abiertamente ante nuestros ojos como los movimientos en el sistema solar.

La evolución del espíritu de los obreros ha tenido su origen en la técnica, y la evolución del espíritu de las clases poseedoras proviene del efecto que han ejercido sobre ellas las ideas de los obreros transformadas en actos.

Y esto se manifiesta aún más en la evolución ulterior. Los obreros no se han dejado desviar por las promesas del gobierno y han dado sus votos a la socialdemocracia de manera cada vez más masiva. Los gobernantes han comprendido que serían necesarias reformas más importantes que las que ellos estaban dispuestos a conceder para seducir a una clase obrera tan consciente. La reforma social se retrasaba. La potencia del proletariado se había hecho ya demasiado grande.

Los sindicatos se han transformado en el siglo diecinueve en poderosas organizaciones que han arrancado a los capitalistas muchas ventajas. Las clases poseedoras piensan de nuevo en una represión violenta; *se presentan proyectos de golpes de Estado y de cárceles*, pero falta valor para llevarlas a cabo.

La organización, la conciencia de clase, la comprensión, la potencia de los trabajadores han llegado a ser tan grandes que las clases dominantes desesperan tanto de atraparlos por medio de reformas, como de oprimirlos por la fuerza. Se dedican a reforzar sus instrumentos de poder a fin de prepararse para el combate por la dominación. En ningún lugar las clases armadas hasta los dientes se hacen frente tan hurañamente como aquí. ¿Y la causa? En ninguna parte de Europa como en Alemania en los últimos decenios, la gran industria ha experimentado un desarrollo semejante, ni ha amasado tantas riquezas, ni ha desarrollado la técnica tan vigorosamente.

A riesgo de aburrir dando demasiados detalles, vamos a adentrarnos todavía un poco más profundamente en estas cuestiones; el obrero tiene demasiado interés en *comprenderlas* a fondo.

Hasta ahora hemos puesto a las clases poseedoras en el mismo saco, como si fuesen una masa única frente al proletariado. Sin embargo, existe una diversidad importante entre ellas, y el desarrollo de la técnica no actúa de manera idéntica sobre todos los poseedores. Por tanto, necesitamos abordar estas diferencias.

La situación material y las opiniones políticas de las clases son modificadas de manera muy diferente por el desarrollo de la técnica. Tomaremos como ejemplo, por un lado, el militarismo y el imperialismo, y por otro, la legislación social.

La competencia internacional aguda obliga a los grandes capitalistas de todos los países a llevar a cabo una política colonial. Cuando un Estado tiene ya un dominio colonial en su poder, los capitalistas de este Estado pueden entonces obtener en él muchas más riquezas que en las colonias extranjeras. Penetran más fácilmente en su propia colonia desde el principio; es su Estado el que los empuja adelante, el que los apoya y los protege mejor. Una colonia es ante todo un objeto de explotación para su metrópoli. La fuerza de trabajo allí es barata, la violencia y el amordazamiento están autorizados, las ganancias coloniales son con frecuencia enormes. El capital excedente en la metrópoli puede ser invertido allí de manera ventajosa. Por esta razón, por ejemplo, los grandes capitalistas alemanes, que ven con envidia las ganancias gigantescas que los capitalistas extranjeros extraen de sus colonias, empujan a la extensión cada vez más grande de su potencia colonial.

Pero para esto se necesitan pertrechos militares y, especialmente, el armamento de una flota; no sólo para someter a las colonias mismas, sino ante todo para oponerse a las otras potencias coloniales que persiguen el mismo fin. Por esto los grandes capitalistas piden millones para el ejército y la marina.

Pero el ejército tiene también otro fin. Tiene el deber de proteger a los poseedores contra la clase obrera que se levanta de manera amenazante. Cuando los trabajadores, la mayoría de la población, se organizan sólidamente y se rebelan contra el orden existente, ¿cómo puede una minoría dominante mantenerse de otro modo que no sea por medio de un ejército bien equipado, bien disciplinado, que obedece ciegamente a las órdenes de los superiores por el entrenamiento y el miedo a penas bárbaras? El miedo al proletariado socialista tiene como resultado que la burguesía asigne cientos de millones para el ejército.

Pero aún hay más. Los medios que hay que reunir deben pesar lo más livianamente posible sobre las clases acomodadas, y lo más fuertemente posible sobre las clases más pobres. Por esta razón las clases poseedoras han introducido los impuestos indirectos que afectan principalmente a la gente humilde, los campesinos, los artesanos y los obreros.

La legislación social sería sin ninguna duda muy costosa si hubiese de satisfacer todas las reivindicaciones justas. Es imposible escapar de ellas completamente por miedo al proletariado. Pero no debe ser demasiado dispendiosa para las clases poseedoras y, por esta razón, es necesariamente insuficiente y, además, los trabajadores también tienen que soportar una parte de su coste.

He ahí, pues, sumariamente lo que piensan los grandes capitalistas, los propietarios de minas y los dueños

de las forjas, los industriales de la metalurgia, los fabricantes de textiles, los grandes armadores y los banqueros.

Cada cual comprenderá ahora que la inclinación de esta clase por más acorazados y soldados, por una potencia colonial más grande, y su aversión respecto a buenas reformas sociales, se manifiestan tanto más fuertemente a medida que los intereses de esta clase crecen. Un imperialismo y un militarismo fuertes van parejos, pues, con una reforma social insuficiente.

La clase de los junkers se comporta de manera similar respecto a esta cuestión. En tanto que constituida por gentilhombres del campo de cortos alcances, es indiferente a la política colonial y a la política de una marina de guerra poderosa; pero en la medida en que le ofrecen nuevos espacios de dominación con puestos de administración lucrativos, se reconcilia progresivamente, en tanto que partido de gobierno, con estas políticas. Por el contrario, el ejército, en el que ocupa todos los puestos de oficial, es su dominio reservado; en tanto que soberana del ejército, es indispensable a la burguesía por el temor que ésta tiene al proletariado. Prusia se ha abierto camino en tanto que Estado militar; su posición de gran potencia descansa sobre el ejército, y por esta razón los junkers siempre piden nuevos cientos de millones para el ejército.

Se comprende tanto más fácilmente que el dinero que es necesario para ello deba ser encontrado en los impuestos indirectos, en los derechos de aduana, dado que estos derechos de aduana reportan también millones personalmente a los junkers; sin los derechos de aduana, ya habrían hecho bancarrota hace tiempo.

Los junkers son enemigos venenosos de la clase obrera y los peores adversarios de la reforma social. Consideraban a los antiguos campesinos que se han sustraído a su despotismo huyendo a la ciudad, como esclavos que se

han escapado. Acelerar el éxodo rural equivaldría a mejorar su situación; y sólo este éxodo los obliga a ciertas limitaciones en sus malos tratos a los trabajadores agrícolas porque, si no, estos últimos huirían todos.

La clase media tiene una actitud diferente respecto a esta cuestión.

En absoluto tiene intereses tan grandes en lo que concierne al ejército y la flota y, especialmente, las colonias. El comercio con las colonias es reducido y, como salida comercial para la industria, aquéllas sólo tienen escasa importancia.

La clase media, que se compone de pequeños industriales, de comerciantes, de artesanos, de campesinos, es totalmente capaz, con los miembros de sus familias que no puede colocar en sus propias empresas, de ocupar puestos de empleados en el Estado y el municipio, en las grandes empresas industriales y comerciales, etc., de manera que su interés por el ejército, la flota y las colonias, que no es más que secundario, podría ser limitado.

Sin embargo, la mayor parte de la clase media sigue la política de los grandes, y vemos a los representantes parlamentarios de los comerciantes y de los campesinos, los centristas y los liberales, votar generalmente por las fortalezas, los acorazados y los gastos coloniales.

¿No hay en eso una contradicción con lo que hemos expuesto, a saber, que el desarrollo de las fuerzas productivas cambia totalmente las necesidades de los hombres, de las clases y, por ahí mismo, su política? Un campesino o un pequeño burgués alemán no tiene una necesidad tan grande de colonias y de navíos de guerra: ¿por qué paga gustosamente impuestos elevados para ello?

Para sortear con éxito esta dificultad, debemos tomar en consideración el hecho de que una gran parte de la clase media depende totalmente del capital. No sólo por-

que suministra los empleados para el servicio privado y estatal, sino ante todo porque vive del crédito. Principalmente los campesinos y los comerciantes. Un capital disponible, porque es excedente, significa para ellos crédito barato; una industria floreciente y un comercio floreciente producen un excedente de capital. Y por tanto, para esta parte de la clase media, la táctica es la siguiente: favorecer en cuanto sea posible todo lo que el Estado y el capital parecen capaces de hacer: el ejército, la flota, las colonias.

Una gran parte de la clase media, como los pequeños industriales, los artesanos que emplean a oficiales, los campesinos que emplean a criados y muchos tenderos, vive más directamente de la explotación de los obreros. Tienen en común con los grandes capitalistas, y lo experimentan, la explotación de los obreros; si se aumentasen sus cargas para una reforma social, esto haría su existencia más difícil; por esta razón luchan contra los obreros.

Una gran parte de la clase media no tiene, pues, directamente interés en el militarismo y el imperialismo, pero lo tiene indirectamente. Tiene un interés directo en la explotación de los obreros.

Así son las cosas con esta parte de la clase media que tiene más ventajas que inconvenientes en el capitalismo. Otra cosa ocurre con la parte que está más próxima al proletariado. El pequeño campesino, el pequeño arrendatario, el pequeño artesano, el pequeño tendero, el empleado inferior con unos ingresos escasos, todos dependen también del capital, pero sólo en la medida en que son oprimidos por él. No tienen crédito; por el contrario, son vecinos del proletariado, de cuya clientela deben frecuentemente vivir. Por tanto, están contra el militarismo y el imperialismo y, si bien no con tanta firmeza como los obreros, a favor de las reformas sociales.

Y a medida que el desarrollo de la técnica hace crecer el proletariado, a medida que aumenta el peligro, para la clase media pobre, de caer en el proletariado y a medida que se hace más fuerte la presión del Estado y del capital, el pensamiento de estas capas de la clase media se modifica igualmente, su voluntad se orienta cada vez más contra el capital.

Esta parte de la clase media no tiene, pues, un interés directo, pero sí indirecto, en las reformas sociales.

Y puesto que las capas superiores de la clase media no tienen interés directo en el gran capital, y las capas inferiores no tienen interés directo en las reformas sociales, el pensamiento político de todas estas capas es algo incierto y fluctuante. Lo mismo parece que las capas superiores se inclinarán un poco más hacia los obreros, como las capas inferiores se inclinarán un poco más hacia el interés capitalista, y esto, ciertamente, durante no mucho tiempo. Y estas capas se convierten fácilmente en juguete de los arribistas e intrigantes.

El efecto de las relaciones de producción y de propiedad se refleja aquí claramente.

La clase obrera – apenas es necesario decirlo – no tiene ni directa ni indirectamente interés en el imperialismo, en el militarismo y en la política colonial. Estos explotan a los trabajadores y hacen las reformas sociales serias difíciles o imposibles. La guerra y la rivalidad nacional rompen la solidaridad internacional de los obreros, la gran arma con la que, como mostraremos más adelante, vencerán al capitalismo.

El imperialismo y el militarismo son los niños mimados y acariciados por la gran burguesía, y los enemigos mortales del proletariado. La clase media duda entre el amor y el odio y la mayor parte de ella corre detrás de los poderosos.

La reforma social radical es la pesadilla de los poseedores ricos, el trampolín hacia el poder para los trabajadores. La clase media oscila entre estos dos polos.

De esta manera las relaciones de producción y de propiedad se reflejan en las ideas políticas de las clases. En efecto, la técnica moderna aporta al gran capital el monopolio, las grandes propiedades; a la clase media la hace dependiente del capital o la deja flotar entre la propiedad y la pobreza; a los proletarios les quita toda propiedad personal, todo poder personal.

El pensamiento político de las clases es el reflejo espiritual del proceso de producción, con sus relaciones de propiedad.

Objeción

Parece muy mecánico que clases enteras de hombres pensantes se vean obligados a pensar lo mismo. Es lo que nos objetan nuestros adversarios.

Pero aquel que piense, aunque sólo sea un instante, en el hecho de que las clases se mueven por su *interés*, que su interés de clase es para ellas la cuestión del ser o no ser en tanto que clase, ése no se asombrará y no se inquietará por esta objeción. *Pues las clases defienden su existencia misma.* Si el individuo debe hacer todo lo posible para mantener su existencia, eso es mucho más cierto para una clase que, por su cooperación y organización social, es mil veces más fuerte que el individuo.

Pero todo hombre lleva finalmente a cabo la lucha de clase política en función de sus capacidades. El obrero no necesita sino mirar a su alrededor para darse cuenta de que el espíritu vivo, ardiente, y el corazón apasionado responden más al llamamiento de la técnica evolucionada que el adormecido, el timorato, el cobarde. La revolución de la técnica avanza rápidamente, los hombres siguen un poco

más lentamente. Sin embargo, al final la masa sigue, al final todo el mundo sigue. El poder de las fuerzas productivas sociales es todopoderoso.

Se ve manifiestamente a millones de proletarios seguir, primero lentamente, después cada vez más rápido, a la técnica moderna y pasarse en masa a la socialdemocracia.

El *individuo* tiene, pues, una gran importancia en la evolución de la sociedad; los enérgicos, los apasionados, los sensibles, los geniales, los solícitos, aceleran la marcha de una clase, mientras que los tontos, los aletargados y los indiferentes, la retrasan; pero ningún hombre, por muy genial, activo o ardiente que sea, puede dar a la sociedad una dirección opuesta a la evolución de la técnica, y ningún imbécil, ningún holgazán o apático, puede detener la corriente. El ser social es todopoderoso. El individuo que le resiste es aplastado, y su resistencia misma será determinada por el ser social.

D. Costumbre y moral

Hemos acabado con los dominios llamados inferiores del espíritu, y ahora llegamos a los dominios llamados superiores: las costumbres, la moral social, la religión, la filosofía, el arte. Estos dominios son colocados por las clases dominantes por encima de los primeros porque éstos están todavía demasiado ligados a la materia, mientras que los últimos parecen planear por encima de todo lo que es material. El derecho, la política, la ciencia de la naturaleza, incluso si son espiritualmente elevados, sin embargo no tratan todavía más que de lo que es terrestre, de cosas y de relaciones materiales, con frecuencia feas. Por el con-

trario, la filosofía, la religión, la moral, el arte, parecen puramente espirituales, bellas y sublimes. Un abogado, un parlamentario, un ingeniero o un profesor, parecen menos eminentes que un artista, un sacerdote o un filósofo.

No quisiéramos dar nuestro aval a esta clasificación. Pero es cierto que también para nosotros, el arte, la filosofía, la religión y la moral son dominios *más difíciles*. Precisamente por el hecho de que las clases dominantes han hecho de estos dominios esferas sobrenaturales, sin vínculo con la tierra, con la sociedad, puramente espirituales, y porque esta opinión se ha insinuado como un prejuicio en todos los espíritus, es más difícil probar aquí también la relación entre el pensamiento y el ser social. Debemos obligarnos al doble de claridad pues, en efecto, aquí se trata del interés de los obreros en doble grado. El hecho de captar la verdad sobre este punto proporciona combatientes vigorosos.

Comenzamos por el más simple de los cuatro dominios: la costumbre. Aquí se debe diferenciar claramente entre la costumbre y la moral. La costumbre es una prescripción para casos determinados, la moral es algo general. Entre los pueblos civilizados, no ir completamente desnudo, por ejemplo, es una costumbre, mientras que amar al prójimo como a sí mismo es moral. Trataremos de lo más simple, de la moral, de la moralidad, después de haber estudiado la costumbre.

Dos ejemplos claros, muy generales, sacados de nuestra época, y de lo que el trabajador tiene cada día ante los ojos, demostrarán cómo la costumbre es transformada por el cambio de las relaciones de producción.

Antes, era costumbre que la clase obrera no se preocupase de los asuntos públicos. No sólo los obreros no tenían ninguna influencia sobre el gobierno, sino que los pensamientos de los obreros no se ocupaban tampoco de

ello. Sólo se despertaba su atención en épocas de gran tensión, durante una guerra con el extranjero o cuando los soberanos, los príncipes, la nobleza, el clero y la burguesía se batían entre sí; cada cual intentaba entonces ganarse a los obreros; hubo así momentos en que los obreros sintieron que también estaba en juego su interés; entonces participaron, o se dejaron utilizar. Pero no se trataba, en ellos, de una vida política duradera.

Ahora todo esto es completamente diferente. Muchos obreros no sólo participan en la vida política, sino que en los países en que la socialdemocracia ha educado al proletariado, éste se ha convertido en la clase que participa más fuertemente en la política.

Antes, la buena costumbre era que el obrero estuviese al anochecer en casa; ahora la costumbre es – y cada vez más – que el obrero vaya a esa hora a una reunión de su sindicato, de su partido o de una asociación cultural proletaria.

Estas costumbres resultan del interés de clase, y el interés de clase nace como consecuencia de las relaciones de propiedad. Antes, iba además también en interés de las clases dominantes que los obreros fuesen parcos, tranquilos, modestos, humildes, y no se ocupasen de la política más que en ocasiones especiales. Y porque la clase obrera era débil a causa de la técnica de otros tiempos, se dejaba imponer esto por las clases dominantes. Los sacerdotes, los lacayos de los gobernantes, las escuelas y, más tarde, los periódicos, les predicaban esto.

El interés de clase de los obreros ahora es otro; la técnica lo ha modificado, al mismo tiempo ha hecho a los obreros bastante fuertes para que ya no escuchen a los patronos. Gracias al interés de clase, se ha modificado la costumbre: el que no está organizado es ahora un obrero obtu-

so e indiferente, un mal obrero; pero el hombre ardiente que milita para la organización es el buen obrero.

Y por tanto - ¿está claro para todo el mundo, no es así? – se califica a alguien de bueno o malo según la costumbre en vigor.

Hoy es bueno lo contrario de lo que lo era en otros tiempos. Estar fuera, en la calle, en una concentración o una manifestación, es ahora bueno. En efecto, la técnica promete *ahora* la victoria a la clase obrera, y la victoria de los obreros es buena para ellos y buena para toda la sociedad.

Cuando un día nuestra camarada Henriette Roland-Holst dijo que las concepciones del bien y del mal “jugaban a las cuatro esquinas”, no se le perdonó. Pero el que examine tranquilamente los hechos, en lugar de indignarse por poca cosa, observará que diferentes pueblos y clases – o un pueblo o una clase en épocas diferentes – han calificado las mismas cosas de buenas o malas. Toda la historia está repleta de semejantes hechos. Aquí sólo llamaremos la atención sobre las costumbres que regulan la relación entre los dos sexos y el matrimonio, que son diferentes en pueblos y clases diferentes o en épocas diferentes.

Tomamos ahora también otro ejemplo muy general, sacado de nuestra época. Aparte de la clase obrera que aspira a elevarse, otra parte de la humanidad busca la libertad de movimiento social: las mujeres. ¿De dónde proviene el hecho de que ellas, que hasta hace no mucho tiempo eran educadas sólo con vistas al trabajo doméstico y al matrimonio, apunten por cientos también a otro objetivo: un campo de actividad en la sociedad?

En la mujer proletaria esto proviene de la gran industria. El trabajo en la máquina es frecuentemente tan fácil – incluso si se hace penoso por su *duración* – que las mujeres y las jóvenes pueden realizarlo. El salario del pa-

dre no era suficiente; las mujeres y los niños debían ir a la fábrica para que, gracias a su esfuerzo, la paga fuese suficiente para la familia. De este modo las mujeres proletarias han entrado en las empresas y su número ha aumentado cada vez más.

Y en consecuencia, el contenido del espíritu de las mujeres ha cambiado. La idea socialista, el apogeo del *trabajo* que realizan, se ha insinuado igualmente en sus cabezas. En algunos países, como en Alemania, las mujeres proletarias han recorrido una buena distancia por el camino de la organización socialista; en todos los países capitalistas han empezado a tomar este camino. ¡La mujer de la clase obrera y la joven obrera se han convertido en camaradas de lucha del hombre en el partido político y en el sindicato! ¡Qué diferencia con relación a otras veces, cuando la mujer bordaba, lavaba la ropa, se ocupaba del arreglo de la casa y de los niños, y no hacía ninguna otra cosa!

Y, en la cabeza de la mujer socialista de la clase obrera, vive también la idea de una época en la que la joven y la mujer serán *completamente* autónomas socialmente, y *completamente* libres en tanto que productoras. En la sociedad del futuro, nadie, ni hombre ni mujer, tendrá dueño, ni en el matrimonio ni en el taller, en ninguna parte. Los individuos se codearán como seres libres e iguales.

Y esta idea también ha sido dada a la mujer por el proceso de producción.

La mujer burguesa aspira igualmente a la liberación. Y en ella también, esta idea proviene del proceso de producción. En efecto, primeramente, cuando la gran industria ha tomado vuelo, las tareas domésticas de la mujer han disminuido. La gran industria ha producido tan baratas diferentes cosas, como la luz, el calor, los vestidos, los

alimentos, que ya no se ha querido hacerlos o prepararlos en casa; en segundo lugar, la competencia ha sido tan aguda que las mujeres y las hijas de la pequeña burguesía han debido ir a trabajar y han buscado un lugar en la escuela, en la oficina, en el servicio de teléfonos, en la farmacia, etc.; en tercer lugar, entre la burguesía ha disminuido el número de matrimonios a causa de la lucha violenta por la existencia, a causa de las pretensiones de vida más elevadas y de la búsqueda del placer y del lujo. Todo esto es una consecuencia del modo moderno de producción.

Por esta razón el espíritu de la joven burguesa se orienta hacia una libertad social de movimiento mayor; su pensamiento se ha modificado. Comparada con su abuela, es un nuevo ser humano.

Mientras que la mujer proletaria, por el lugar que ocupa en el proceso social de producción, tiene en el espíritu la liberación del proletariado y, por ahí mismo, de toda la humanidad, la feminista burguesa no piensa más que en la liberación de la mujer *burguesa*. Quiere llevarla al poder dentro de la sociedad burguesa; quiere darle el poder capitalista, lo que evidentemente sólo es posible si oprime a los obreros económica y políticamente de una manera tan fuerte como lo hace actualmente la burguesía masculina.

La feminista no quiere “liberar a la mujer de la propiedad, sino procurarle la libertad de la propiedad”, no quiere “liberarla de la suciedad de la ganancia, sino darle la libertad de la competencia”. La mujer de la clase obrera quiere liberarse y liberar a todas las mujeres y a todos los hombres de la presión de la propiedad y de la competencia y liberar así verdaderamente a todos los seres humanos.

Aunque el contenido de las cabezas de estas dos mujeres sea tan diferente como una lamparilla lo es con relación a la plena luz del sol, sin embargo sus pensamien-

tos nacen del proceso de producción; estos pensamientos no se distinguen más que por las diferentes relaciones de propiedad en las que están colocadas las dos “hermanas”.

¡Qué sentimientos ardientes nos inspiran la completa liberación de la mujer, la liberación del obrero, la liberación de la humanidad! ¡Qué pasión y qué resolución suscitan en millones de personas, qué fuentes de energía hacen hervir en nosotros! ¡Y qué sueños magníficos, dorados y de color rosa, nos traen en las horas de reposo que siguen al combate! ¡Puede parecer que es el espíritu del hombre el que ha hecho nacer por su propia voluntad toda esta energía, esta loca combatividad y estos sueños encantadores! Pero no olvidemos nunca, queridos amigos, que esta poderosa voluntad del proletariado, esta felicidad en la victoria y esta esperanza terca tras la derrota, este grandísimo idealismo de los trabajadores – el más elevado, el más vasto y el más magnífico, sí, el más magnífico, y de lejos, porque es el más consciente y, por tanto, la manifestación del espíritu más profundamente idealista que jamás haya conocido el mundo – que estos bellísimos fenómenos espirituales forman una sola cosa con el trabajo, con la herramienta, que, por su parte, se arraigan sólidamente a su vez en la tierra.

Estos dos ejemplos demuestran, a partir de los dos cambios más importantes en las costumbres de nuestra época, cuán justa es nuestra doctrina del materialismo histórico. Ahora vamos a pasar a la *moral* general. Mientras tanto, a fin de facilitar este paso y hacer todo el tema más comprensible, tomaremos primero un ejemplo que ya no pertenece a la costumbre del trabajo cotidiano, como la asistencia a las reuniones obreras y el trabajo de oficina femenino, pero que igualmente no pertenece tampoco a

esos dominios supuestamente muy elevados de la moral como el amor al prójimo, el amor a la verdad, etc.

Vamos a tomar como transición el amor a la patria, el patriotismo.

También en este sentimiento, en este pensamiento, vemos en nuestra época que se ha producido un cambio poderoso y, de nuevo, principalmente, sobre todo entre los obreros.

Antes, cuando la clase obrera no representaba todavía una fuerza social autónoma cualquiera, era patriota, es decir, que no sabía hacer nada mejor que seguir a las clases dominantes de su país en la lucha contra las potencias extranjeras. Ciertamente, no es probable que los proletarios de antaño y los hijos de los campesinos y de la burguesía de otros tiempos, que se enrolaban en el ejército o la marina, lo hiciesen por amor ardiente a la patria. La mayoría lo hacían por coerción y por miseria, por falta de un medio de sustento mejor, pero las clases laboriosas apenas sabían ninguna otra cosa que lo que se hacía entonces o, al menos, lo que debía ser. A su espíritu no acudía la idea de que podían declararse como una fuerza autónoma contra la guerra e impedirla, aun cuando las clases dominantes la deseasen, pues eran política y económicamente un apéndice de estas clases. No eran lo bastante fuertes ni en número ni en organización para tener una idea propia sobre esta cuestión, y menos aún para ponerla en práctica. Incluso si luchaban por el mantenimiento de la paz, lo hacían habitualmente como defensores de una parte de las clases dominantes, que veía más ventajas en la paz que en la guerra, y bajo la consigna de que esto sería bueno para la patria, que esta idea y esta acción serían el verdadero amor a la patria.

En realidad ni la guerra, como tampoco semejante amor a la patria, eran con seguridad frecuentemente útiles

o ventajosos para las clases laboriosas en general. Antaño, como hoy, *ellas* han tenido que pagar la factura frecuentemente con su sangre, su vida, su pequeña propiedad que les ha sido arrebatada por medio de pesados impuestos o que ha sido devastada por la guerra. Pero, no obstante, en sus concepciones seguían a las clases dominantes y tomaban por su cuenta las consignas que les eran predicadas, como el amor por la independencia del país, el amor a la patria o a la dinastía reinante, sin oponer ninguna otra cosa bien determinada.

¡Cómo ha cambiado esto! En todos los países se asiste cada día al aumento del número de obreros que comprenden que las guerras contra los pueblos civilizados y no civilizados son llevadas a cabo simplemente en provecho de la burguesía; que la burguesía no predica a los trabajadores el amor a la patria más que para que sean instrumentos de guerra dóciles; que el fin y el resultado de todas las guerras son un pillaje acrecentado de la clase obrera o la extensión de la explotación de más trabajadores aún; que una lucha internacional entre los pueblos es un peligro para los obreros del país vencedor, así como del país vencido.

“La guerra – piensa el trabajador moderno – va en *interés* del burgués. La producción, y el capital invertido en ella, se han hecho tan grandes que busca mercados y territorios para colocar en ellos su dinero y quiere, por medio de la guerra, eliminar de ellos o tener alejados a otros. Pero no puede conseguirlo más que recaudando impuestos todavía más gravosos, pagándome un salario menor, haciéndome trabajar más intensivamente y durante más tiempo y no aportándome ninguna reforma, o malas reformas. Por el contrario, a *mí* me interesa tener salarios elevados, un tiempo de trabajo corto, buenas leyes sociales, y no soportar ni derechos de aduana sobre los alimen-

tos ni impuestos sobre el consumo. Por tanto, debo estar contra la guerra. Además, va en mi interés que mi camarada del otro lado de la frontera goce igualmente de las mismas ventajas pues, en ese caso, la industria de su país no puede ejercer competencia desleal con salarios de miseria; a continuación, el sindicato de estos obreros se consolidará y yo podré reforzar el mío según su modelo e incluso afiliarlo a una unión internacional. Y si el partido político de los trabajadores es poderoso allí, es un estímulo para nosotros para reforzar también el nuestro, y podemos llegar a una asociación internacional de todos los partidos políticos obreros con el mismo objetivo y para un apoyo mutuo. Pero si estalla una guerra, se aniquilará nuestra fuerza económica y la suya y la burguesía sembrará el odio entre nosotros.”

El desarrollo de la industria y del comercio mundial ha transformado a los obreros en una fuerza autónoma que es capaz de alcanzar su objetivo *sola*. Pero este desarrollo, por el hecho de que ha metamorfoseado el capital en una gran fuerza que domina de manera aplastante en todos los países, ha hecho que los trabajadores no puedan vencer al capital más que internacionalmente. Es imposible que los trabajadores de *un solo* país puedan vencer a sus capitalistas sin que los capitalistas de los otros países no remuevan cielo y tierra para venir en auxilio de sus camaradas de clase. Esto se manifiesta ya ahora con toda claridad en las federaciones patronales internacionales. Partiendo de todas estas causas y motivos los obreros socialistas han comprendido que el amor a la patria ya no es una consigna para ellos, sino que es la solidaridad internacional de los obreros la que debe ser su consigna.

La técnica, es decir, el proceso de producción en su grado de desarrollo actual, hace que sea necesario para los capitalistas de un país, o bien monopolizar los mercados

de las colonias, o bien tener la mayor parte posible para ellos.

La técnica, es decir, el proceso de producción en su grado de desarrollo actual, hacen necesario que los obreros de un país se opongan a ello porque la guerra y la política colonial van siempre acompañadas de una explotación acrecentada del proletariado.

Aunque todos los capitalistas luchan unos contra otros por los mercados, la técnica ha conciliado sus intereses allí donde es esencial oprimir a los trabajadores.

La técnica ha organizado a los trabajadores de todos los países y les ha mostrado que su interés es común a todos allí donde se trata de expresar la solidaridad de todos los trabajadores.

Por tanto, los poseedores están por la guerra y la opresión de los trabajadores, los trabajadores por la prosperidad internacional y la unión internacional de los obreros.

Por tanto, la clase obrera no es ciertamente patriota en el sentido de la burguesía, es decir, en el sentido que siempre se le ha atribuido a esta palabra bajo el capitalismo y que significa: amor sólo por su propio país, desprecio, antipatía u odio hacia el país extranjero.

El capitalismo moderno es exclusivamente patriota por codicia. Realmente no considera el patriotismo como una virtud, ni la patria como sagrada, pues ciertamente les arrebató su patria a los habitantes del Transvaal, de las Filipinas, de las Indias inglesas u Holandesas, a los chinos, a los marroquíes, etc. Hace venir a los polacos, a los de Galitzia, a los croatas, chinos, a fin de hacer presión sobre los salarios de sus compatriotas, que son hijos de la misma patria.

Exige de la clase oprimida un amor a la patria que él mismo no siente. El amor a la patria de la burguesía es codicia e hipocresía.

Un amor semejante a la patria es con certeza totalmente extraño al proletariado socialista.

En el fondo, todo amor a la patria tal como es comprendido por la burguesía es extraño al trabajador.

Naturalmente, el obrero quiere conservar su lengua, la única con la que puede encontrar trabajo. Pero no es este patriotismo el que la burguesía le reclama. El obrero ama también la naturaleza, el clima, el aire de su país, en los que ha crecido desde su infancia. Pero tampoco es este patriotismo el que la burguesía le reclama. El patriotismo que la burguesía quiere imponer al trabajador es el patriotismo gracias al cual se deja utilizar dócilmente como instrumento de guerra por ella y por el cual se deja masacrar por ella cuando ella defiende su ganancia, o bien intenta sustraer la ganancia de otros capitalistas o la propiedad de pueblos desarmados. He ahí cuál es el patriotismo burgués, y es completamente extraño a los trabajadores socialistas. En el sentido de la burguesía, el obrero no tiene patria.

El obrero pregunta con ocasión de todas las complicaciones internacionales cuál es el interés de los trabajadores, y es éste, y sólo éste, el que determina su juicio.

Y puesto que ahora el interés de clase de los trabajadores exige en general el mantenimiento de la paz, *la política de los trabajadores se presenta como el medio de preservar todas las naciones*. Pues si la paz dura y la clase obrera llega al poder en todos los países, entonces ya no hay posibilidad de que un país someta a otro; a continuación, sólo puede tratarse de una desaparición progresiva de las fronteras y de las diferencias, por medios orgánicos,

sin violencia. Hasta ahí, la socialdemocracia internacional asegura la existencia de todas las naciones.

Y en los casos, que sólo son raramente imaginables, en que el proletariado aprobase una guerra – por ejemplo, para destruir un despotismo como en Rusia – no sería el patriotismo de la burguesía el que sería puesto en obra, sino el amor al proletariado internacional.

La clase obrera, que se abre paso hacia el socialismo, puede oponer tranquilamente su objetivo al patriotismo chovinista de la burguesía, que persigue la sucia ganancia, y a sus comedias pacifistas hipócritas: la unidad internacional de los trabajadores y, por ahí mismo, de todos los hombres, la paz eterna para todos los pueblos. El objetivo de la burguesía es limitado, lo mismo que un país o un pequeño trozo de tierra es limitado con relación al planeta; pero además es falso e inaccesible pues los dueños capitalistas de los países que luchan por el botín lucharán entre ellos mientras haya botín. El objetivo de la socialdemocracia es sublime, puro y espléndido, pero además es realmente accesible; la clase obrera no puede desear ninguna otra cosa más que la paz entre los trabajadores, pues esta paz va en interés suyo y es también la condición previa de su victoria.

¡Que cambio en relación con antes! El obrero de otros tiempos pensaba siguiendo servilmente las ideas limitadas de sus dueños; el obrero de hoy abarca el mundo, la humanidad entera, es independiente de sus dueños y lucha contra ellos.

Y todo este cambio ha sido producido por la máquina; es a ella a quien se le debe, pues ella ha engendrado millones de proletarios y los ha organizado.

Observación

Ya hemos discutido más arriba del hecho que el patriotismo de las clases laboriosas no se derivaba otras veces directamente de su interés, sino del interés de las clases dominantes, de las que eran dependientes. Es lo que se encontrará siempre: mientras una clase no tenga la fuerza para defender sus intereses verdaderos más profundos, mientras el interés de otra clase es, en última instancia, su interés, seguirá también en una gran parte de su pensamiento a las clases dominantes. El patriotismo de otras veces era un ejemplo claro de ello, y aún hoy lo es en muchos. “Las ideas dominantes de una época – dice Marx – han sido siempre las ideas de las clases dominantes”. Pero desde el momento en que la clase oprimida ve una ocasión, por ejemplo, en una revolución, se manifiesta con su interés más profundo, muestra su alma más profunda y rechaza las ideas que le han sido impuestas por los que dominan. Y en la medida en que una clase se hace poco a poco más fuerte, de manera que puede defender sus propios intereses, su mundo de sentimientos y de pensamientos se expresa de manera cada vez más vigorosa y, finalmente, de manera atrevida y abierta, sin falso pudor.

Ahora vamos a pasar a los dominios “superiores” de la moral. El deseo de desarrollo por parte del obrero, el deseo de igualdad jurídica social con el hombre por parte de la mujer, el patriotismo, no son más que sentimientos inferiores en relación con el desinterés, el amor al prójimo, la dedicación, la lealtad, la honestidad, la justicia.

Estas virtudes pertenecen a la moral superior, son la moral misma.

¿Qué pasa con estas virtudes? ¿De dónde vienen? ¿Son eternas, son las mismas que viven siempre en el pecho de los hombres, o bien son tan variables como todas

las otras cosas espirituales que hemos aprendido a conocer?

Estas cuestiones han permanecido insolubles para los hombres desde hace siglos, desde que el filósofo griego Sócrates y sus contemporáneos comenzaron a plantearlas.

Ofrecen también una dificultad especial.

En efecto, hay una voz en nosotros que nos dice *inmediatamente* en muchos casos lo que está bien y lo que está mal. Actos de amor al prójimo, de abnegación, se producen espontáneamente, *por sí mismos*, por orden de esta voz. El amor a la verdad, la fidelidad, la probidad, nos son prescritos imperativa y espontáneamente por ella. Nuestra *conciencia* nos advierte cuando no escuchamos esta voz. Nos *avergonzamos* cuando no hemos actuado bien, incluso sin que nadie lo sepa. La *ley moral*, los preceptos del *deber* viven en nosotros sin que la educación ni el sentimiento de placer puedan explicarlos suficientemente.

Este carácter imperativo y espontáneo es específicamente propio de la ética, de la moral. Ningún otro dominio del espíritu lo tiene, ni las ciencias de la naturaleza, ni el derecho, ni la política, ni la religión, ni la filosofía, que han sido aprendidos todos porque no podía ser de otro modo.

Se ha intentado hacer derivar la ley moral de la experiencia del individuo mismo, de su educación, de sus hábitos, de su deseo de felicidad, de un egoísmo refinado o de la simpatía por otro. Pero jamás se ha llegado *de esta manera* a explicar ni el origen de *lo que es imperioso* en la voz que nos llama al amor al prójimo, ni lo que hay de maravilloso en el hecho de que el hombre desdeñe su propia existencia para salvar la de otro.

Puesto que no se podía hacer derivar la moral de la realidad, no quedaba más que el lugar de refugio habitual de la ignorancia: la religión. Puesto que la moral no podía ser explicada por la vía terrestre, su origen debía encontrarse en lo sobrenatural. Dios había dado al hombre el sentido del bien, la noción del bien; el mal provenía de la naturaleza carnal del hombre, del mundo material, del pecado.

La ininteligibilidad del origen del “bien y del mal” es una de las causas de la religión. Los filósofos Platón y Kant han edificado un mundo sobrenatural sobre eso. Y aún hoy en que la naturaleza es comprendida mucho mejor, en que la naturaleza de la sociedad aparece mucho más claramente ante los hombres, aun hoy la moral, el deseo “del bien”, la aversión por “el mal”, son al final para muchos hombres algo tan maravilloso que no pueden explicarlo más que por una “divinidad”. Cuántos hombres no hay que, para una explicación de los fenómenos naturales o de la historia, ya no necesitan de dios, pero que, para “la satisfacción de sus necesidades éticas”, declaran como necesario tener uno. Y tienen razón pues no comprenden ni el origen, ni la naturaleza, de los grandes preceptos morales, y lo que no se comprende y, sin embargo, se considera como algo muy elevado, se lo deifica.

Y sin embargo, los más altos preceptos morales son explicados en su naturaleza y en su efecto desde hace medio siglo. Esto se lo debemos a dos investigadores: el primero ha estudiado al hombre en su existencia animal, el otro lo ha estudiado en su ser social, Darwin y Marx.

Darwin ha demostrado que todos los organismos libran una lucha por la existencia contra toda la naturaleza que los rodea, que sólo subsisten los organismos que adquieren los órganos específicos más adecuados para su *defensa* y su *alimentación*, cuyos órganos presentan la mejor

división del trabajo, que se adaptan mejor al mundo exterior. Un gran grupo del mundo orgánico, los animales, se ha desarrollado en la lucha por la existencia y ha desarrollado a través de ella su *autonomía de movimiento* y su *capacidad de comprensión*. Forman parte de la capacidad de comprensión la *observación* de las particularidades del entorno, el *discernimiento* de lo que concuerda y de lo que difiere en él, y el *recuerdo* de lo que ha pasado anteriormente. A través de la lucha por la existencia, los instintos de *auto-conservación* y de *reproducción* se han hecho cada vez más fuertes, como la división del trabajo, la autonomía de movimiento y el pensamiento. Es así como ha crecido el instinto del *amor maternal*. *Entre los animales que para poder librar la lucha por la existencia deben vivir juntos en sociedades más o menos grandes o pequeñas – como algunos carnívoros, muchos herbívoros y, entre estos, los rumiantes, muchos primates – los instintos sociales se desarrollan. El hombre pertenece también a estas especies; el hombre, a su vez, no ha podido mantenerse en la naturaleza más que de manera social, por la vida en grupos o en hordas, y es así como se han desarrollado también en él los instintos sociales.*

Pero, ¿cuáles son los instintos sociales que se han formado en el hombre y el animal a causa de la lucha por la existencia y que se han hecho cada vez más fuertes gracias a la selección natural? “Pueden ser diferentes en función de las diferentes condiciones de vida de las diferentes especies, pero una serie de instintos forma la condición previa al desarrollo de *toda* sociedad.” Hay instintos sin los cuales una sociedad no puede subsistir y, por tanto, estos instintos *deben* ser desarrollados en toda especie que, *para asegurar su conservación, debía* vivir de manera social, como el hombre. ¿Cuáles son estos instintos?

“Ante todo, *el olvido de sí*, la dedicación a la comunidad.” Si este instinto no hubiese aparecido, cada cual habría vivido para sí, y no se habría puesto la comunidad por encima de sí mismo; la sociedad habría perecido bajo los ataques de las fuerzas naturales del entorno o de los animales hostiles. Si, por ejemplo, en una manada de búfalos que viven juntos, cada individuo no se dedica a la colectividad resistiendo cuando el tigre ataca la manada en el lugar en que él se encuentra en el círculo de sus camaradas, si cada individuo huye para salvar su propia vida sin preocuparse de la comunidad, entonces esta sociedad será destruida. Por esta razón, el sacrificio espontáneo es el primer instinto social que debe nacer en una especie animal semejante.

“Después, la *bravura* en la defensa de los intereses comunes; la *lealtad* hacia la comunidad; la sumisión a las voluntades de la comunidad y, por tanto, la obediencia o la *disciplina*; la *veracidad* hacia la sociedad, cuya seguridad se pone en peligro o cuyas fuerzas se despilfarran cuando se la induce a error, por ejemplo, con falsas señales. Finalmente, la *ambición*, la receptividad a la alabanza o a la reprobación de la sociedad. Todos son instintos sociales que encontramos ya en estado pronunciado en las sociedades animales, muchos de ellos frecuentemente en un estado elevado.

“Pero estos instintos sociales no son ninguna otra cosa más que las virtudes más eminentes, en sustancia, la moral. Lo que falta aún en el punto más elevado entre ellas, es el amor por la justicia, es decir, el deseo de igualdad. A decir verdad, no hay lugar para esta evolución en las sociedades animales, porque no conocen sino desigualdades naturales, individuales, y no desigualdades sociales, producidas por relaciones sociales.” Este amor por la jus-

ticia, el deseo de igualdad social, es, por tanto, algo propio del hombre*.

La ley moral es un producto del mundo animal; existía ya en el hombre cuando éste era aún un animal gregario; es muy antigua, pues desde que el hombre ha sido un ser social, es decir, desde que ha existido, ha existido en el hombre.

Los hombres sólo han podido vencer a la naturaleza ayudándose mutuamente. Los hombres se lo deben todo, pues, a este deseo moral de ayuda mutua, a esta ley moral, a este instinto social.

La ley moral ha hablado en ellos desde el principio.

“De ahí la naturaleza misteriosa de esa voz en nosotros que, sin impulso exterior, no está ligada a ningún interés visible... Con seguridad es un deseo misterioso, pero no más misterioso que el amor físico, el amor maternal, el instinto de conservación, la naturaleza del organismo, en suma, y tantas otras cosas... que nadie considerará como productos de un mundo suprasensible.

“La ley moral es un instinto animal al igual que los instintos de auto-conservación y de reproducción, de ahí su fuerza, su empuje, a los cuales obedecemos sin reflexionar, de ahí nuestra decisión rápida en ciertos casos para saber si una acción es buena o mala, virtuosa o inmoral, de ahí la determinación y la energía de nuestro juicio

* Jamás podremos recomendar suficientemente al lector, especialmente si pertenece a la clase obrera, la lectura de “Ética y concepción materialista de la historia” de Kautsky. La ética es la última muralla tras la que se atrincheran las gentes que quieren mantener al trabajador en el estado de menor de edad gracias a la religión. Cuando se ha puesto en claro el origen terrestre de los preceptos morales más elevados, entonces quedan suprimidos muchos obstáculos espirituales. De igual modo, se reforzará la solidaridad si se reconoce que tiene su origen en los sentimientos más antiguos del género humano.

moral, de ahí la dificultad para darle un fundamento cuando la razón comienza a analizar las acciones y a cuestionar sus motivos.”

Ahora vemos claramente qué es el sentimiento del *deber*, qué es la *conciencia*. Es la voz de los instintos sociales que nos llama. Y entre estos, resuena al mismo tiempo la voz del instinto de auto-conservación y del instinto de reproducción, y con frecuencia sucede después que estos dos instintos entran en conflicto con la voz del instinto social. Cuando, después de cierto tiempo, los instintos de reproducción y de auto-conservación acaban por callarse porque están satisfechos, entonces resuena con frecuencia aún el instinto social, pero como un *pesar*. “No hay nada más equivocado que ver en la conciencia la voz del miedo a los congéneres, a su opinión o a su fuerza física. La voz actúa también – como ya hemos dicho – en relación con las acciones que nadie ha experimentado, e incluso en función de acciones que aparecen muy dignas de elogio para el entorno, y puede también actuar como agente de repulsa con relación a acciones que se han emprendido por miedo a los congéneres y a su opinión pública. La opinión pública, la alabanza o la reprobación, son ciertamente factores muy influyentes, Pero su efecto supone ya un instinto social determinado, la ambición; aquéllas no pueden producir los instintos sociales.”

Se ve así qué simple es explicar este dominio aparentemente tan maravilloso del espíritu, que abarca los preceptos más elevados de la moral, qué falso es recurrir para ello a lo sobrenatural, cuán claro queda que las causas de la moral se encuentran en nuestra existencia terrestre, animal y humana.

He ahí, pues, la *naturaleza* de la moral; esta comprensión se la demos muy en primer lugar a Darwin. Pero,

¿por qué las grandes virtudes son tan variables entre pueblos diferentes y en épocas diferentes? ¿Cómo es tan diferente cada vez el *efecto* de estos instintos sociales?

Esto, Darwin no lo ha examinado. Debemos estos conocimientos ante todo a Marx.

Es Marx quien ha descubierto las causas principales del *cambio* en los efectos de los instintos sociales en referencia a los siglos de la historia escrita, a la época de la propiedad privada, a la época de la producción de mercancías.

Marx ha puesto en claro que, debido a la propiedad privada que, a su vez, es un producto del desarrollo de la técnica, de la división creciente del trabajo gracias a la cual los oficios manuales se han separado de la agricultura, han nacido las *clases*, las de los poseedores y las de los no poseedores, cuyos miembros han librado entre sí, desde el comienzo hasta el presente, una *lucha* por los productos y por los medios de producción. Marx ha demostrado que de la técnica que no deja de desarrollarse nace una lucha que no deja de desarrollarse. Así ha mostrado las causas, las más importantes para la época moderna, de los cambios en el *efecto* de los preceptos morales.

En efecto, primeramente, surge una competición entre los propietarios privados, incluso si pertenecen a la misma clase. Y esta rivalidad actúa de manera mortífera sobre el precepto moral más elevado, el cual enuncia que hay que ayudarse mutuamente, es decir, que un individuo debe sacrificarse por otro. Este precepto se convierte en letra muerta en una sociedad que descansa en la competencia. En una sociedad así, se convierte en un precepto abstracto de origen no terrestre, sino únicamente celestial, que es deliciosamente bello pero que no es seguido, un precepto que, hablando con propiedad, es sólo para el domingo, cuando el comercio y la fábrica están parados y só-

lo la iglesia está abierta. No es *posible* aceptar que el mercado, la posición, el trabajo, se hagan la competencia, y obedecer al mismo tiempo a la voz interior que nos murmura desde la época primitiva que hay que ayudar a nuestro prójimo, ya que dos son más fuertes que uno solo. Es imposible, y toda doctrina que dice que puede y debe ser así conduce a la hipocresía.

En su análisis de la mercancía, de la producción capitalista, Marx ha descubierto que el carácter de esos hombres que producen sus productos en tanto que mercancías, independientemente los unos de los otros, debe ser necesariamente hostil y alienado, no en la relación de los hombres entre sí, sino como cosas, como trozos de tela, pacas de café, toneladas de mineral, montones de oro; Marx ha mostrado así la verdadera relación de los hombres entre sí, la relación real y no la que existe en la imaginación del poeta o en los sermones de los sacerdotes.

Pero, en segundo lugar, el desarrollo de la técnica y de la división del trabajo ha creado grupos humanos cuyos miembros, aunque estén frecuentemente en competición entre sí, tienen, no obstante, los mismos intereses frente a otros grupos: en otras palabras, las clases sociales. Los propietarios de la tierra tienen frente a los industriales, y los empresarios tienen frente a los obreros, los mismos intereses, y viceversa. Aunque pueden perjudicarse mutuamente en el mercado, todos los propietarios de la tierra tienen el mismo interés en la lucha por los derechos de aduana sobre los cereales, todos los industriales tienen el mismo interés en la lucha por los derechos de protección sobre los productos de la industria, todos los empresarios tienen el mismo interés contra las buenas leyes sociales para los obreros.

Por tanto, la lucha de clase mata en realidad una buena parte de la moral, pues el precepto moral no puede

ser válido para una clase que intenta aniquilar o debilitar la nuestra, pues esta clase no puede experimentar tampoco adhesión y lealtad hacia la nuestra. No puede haber un precepto moral cualquiera más que dentro de la clase en los dominios de la lucha de clase; el precepto moral más elevado es tan poco válido frente a la otra clase como hacia el enemigo. De la misma manera que no se piensa durante la guerra en sacrificarse por el enemigo, tampoco se le ocurre a nadie ayudar al miembro de la clase adversa, *en tanto que tal*. De la misma manera que entre ciertos animales el precepto moral no vale más que para los miembros de la misma manada, de la misma manera que entre los linajes humanos primitivos no valía más que para los miembros de la tribu, de igual modo no vale en la sociedad de clase más que para los camaradas de clase, y únicamente en la medida en que permite la competencia.

A causa del progreso de la técnica, a causa de la acumulación de riquezas gigantescas en un lado, y de lecciones de proletarios sin propiedad, en otro, la lucha de clase entre poseedores y no poseedores, capitalistas y trabajadores, se hace cada vez más aguda y violenta en nuestra época. En nuestros días, pues, a medida que pasa el tiempo, es cada vez menos posible seguir los preceptos morales más elevados, mutuamente, entre las clases. Por el contrario, los *otros* grandes instintos, los de la auto-conservación y de la preocupación por la descendencia, han tomado en las clases, y de lejos, la delantera a las antiguas virtudes sociales. El instinto de auto-conservación hace que las clases capitalistas nieguen cada vez más duramente lo necesario a los trabajadores. Sienten que, en un tiempo no demasiado lejano, deberán abandonarlo todo, todas sus posesiones, todo su poder, y, por temor a dar un solo paso en esta dirección, están cada vez menos dispuestas a dar aunque sólo sea un poquito. Y tampoco el obrero

siente amor por el prójimo respecto al capitalista, pues los instintos de auto-conservación y de amor por sus hijos le empujan a abatir a los capitalistas y a conquistar de este modo un futuro magnífico y feliz.

El desarrollo de la técnica, la riqueza social, la división del trabajo han progresado de tal manera, las clases poseedoras y no poseedoras se han alejado hasta tal punto las unas de las otras, que la lucha de clase “se ha transformado en la forma esencial, la más general, la más duradera, de la lucha por la existencia de los individuos en la sociedad.”

Con la competencia creciente, nuestro sentimiento social, nuestro sentimiento frente a los miembros de nuestra sociedad, es decir, nuestra moral, ha visto disminuir su fuerza. Con la lucha de clase, nuestro sentimiento social frente a los miembros de las otras clases, es decir, nuestra moral frente a ellos, ha disminuido igualmente, pero se ha hecho tanto más fuerte frente a los miembros de nuestra propia clase.

En efecto, la lucha de clase ha llegado ya a tal punto que, para los miembros de las clases más importantes, el bien de su clase se ha hecho idéntico al bien público, al bien de toda la sociedad. En nombre del bien público, no se apoya más que a los camaradas de clase y se entabla resueltamente la lucha contra las otras clases.

Si, por tanto, la *naturaleza* de la moral más elevada reside en la abnegación, la valentía, la lealtad, la disciplina, el apego a la verdad, el sentido de la equidad y la aspiración a respetar y a glorificar al prójimo, el *efecto* de estas virtudes o instintos se transforma continuamente debido a la propiedad, la guerra, la competencia y la lucha de clase.

Para que la cosa quede lo más clara posible, apliquemos ahora lo que hemos aprendido de Darwin y de

Marx a un ejemplo individual, sacado de nuestra época, de nuestro propio entorno directo.

Imaginemos a un empresario, propietario de una fábrica que explota, mientras que hay una viva competencia con sus colegas de clase. ¿Puede este hombre seguir los preceptos más elevados de la moral, esos preceptos que según la burguesía son eternos, respecto de sus colegas de clase, los propietarios de las fábricas competidoras? No, debe intentar conservar o conquistar el mercado para él. Puede hacer esto con los mejores o los peores medios, pero *debe* hacerlo. Quizá tenga por naturaleza un sentimiento muy social, pero esto no hace al caso, pues el instinto de auto-conservación y la preocupación que tiene por su descendencia vencerán este sentimiento. En la competencia, es una cuestión vital conservar el mercado para sí, ampliar la clientela. El estancamiento es ya el principio del retroceso.

A medida que se agudice la competencia, es decir, a medida que se desarrollen la técnica y el mercado mundial, este fabricante tendrá sentimientos menos sociales, pensará más fuertemente en la auto-conservación, es decir, en la mayor ganancia posible. Pues cuanto más aguda es la competencia, más grande es el peligro de declive.

¿Puede este fabricante seguir los preceptos más elevados de la moral respecto de sus obreros? La cuestión es risible. Incluso si por naturaleza es un buen hombre, incluso si tiene un sentimiento especialmente fuerte hacia los que sufren, a pesar de todo se verá obligado a dar a sus obreros un salario suficientemente bajo como para que su fábrica le produzca una gran ganancia. Ninguna ganancia, o una ganancia pequeña, significa el estancamiento. La empresa debe crecer, de vez en cuando hay que renovarla, si no, en unos años, quedará retrasada respecto de las otras empresas y, después de diez años, ya no será competitiva.

Por tanto, es necesario que la explotación se lleve a cabo, e incluso las medidas más suaves, las más favorables a los obreros, deben también ser tales que finalmente no perjudiquen al producto, a la ganancia. Mencionamos a propósito a un capitalista que todavía siente algo por su personal; la mayoría no son así; en la mayoría, el sentimiento social está ya matado desde hace mucho tiempo por la obtención de ganancia, y los que toman las medidas más favorables lo hacen también con frecuencia por astucia, por un interés personal bien comprendido, para encadenar a los obreros todavía más sólidamente a la fábrica y para hacer de ellos esclavos que producen todavía más.

Supongamos ahora que la *clase* de los obreros comienza a luchar contra este capitalista y su clase, que aparecen sindicatos y que estallan huelgas, que se plantea de manera más o menos violenta tal o cual reivindicación; entonces desaparece poco a poco todo sentimiento social en este capitalista y su clase hacia esa parte de sus congéneres que constituye el personal de su empresa; entonces se despierta en ellos el *odio de clase* hacia los trabajadores y, allí donde hay una lucha con los obreros (es decir, fuera de la competencia que persiste), se desarrolla la solidaridad de clase con los otros capitalistas.

Y esto también cambia, esta atmósfera espiritual se carga mucho más a medida que se desarrolla la técnica y que, simultáneamente, aumenta en violencia la lucha de clase.

Supongamos que este fabricante se hace miembro de un sindicato, de un trust o de un cártel. Es lo que *debe* hacer también con frecuencia para su auto-conservación. Entonces cae en la posición de un déspota frente a sus obreros que, porque su trust tiene un monopolio, no pueden encontrar trabajo más que en él y, por consiguiente, son totalmente dependientes de él. Este capitalista procede

después con sus obreros como lo exige su sindicato. Cuando es necesaria una restricción de la producción, el esclavo se convierte en parado; si la coyuntura vuelve a ser favorable, se le llama a la fábrica; no se trata de generosidad, ni de amor al prójimo, es el mercado mundial el que decide. En el momento en que escribimos esto, quizá se produzca un despido de trabajadores en una proporción que nunca antes se ha presentado. Los trusts americanos los arrojan a la calle por cientos de miles. Y en Europa no va mejor para los obreros. En la mayoría de estos capitalistas ya no existe el sentimiento social hacia los obreros.

Tomemos ahora como segundo ejemplo un hombre político al que las clases capitalistas le han confiado sus intereses en un parlamento. ¿Puede ese hombre seguir la moral más elevada, supuestamente eterna, respecto de la clase laboriosa? No, ni aunque quiera. En efecto, la equidad, es decir, la aspiración a dar a cada uno los mismos derechos, es un precepto de la moral más elevada. Pero la clase capitalista en cuanto tal parece si da los mismos derechos a los obreros. Los mismos derechos significa, primeramente, los mismos derechos políticos y, en segundo lugar, la posesión común de la tierra y de los medios de producción. Mientras esto no exista, no hay derecho supremo, no hay justicia suprema. ¿Puede un político burgués llegar hasta ahí? No, pues sería el suicidio de su clase. Debe negarse a ello.

Cuanto más ardiente se hace la lucha de clase a causa del desarrollo de la técnica, cuanto más progresan los trabajadores en número, en fuerza y en organización, cuanto más clara aparece la posibilidad de su predominancia, más debe el político burgués negarse de manera resuelta a hacer algo significativo por los obreros. Los políticos burgueses deben hacer callar su sentimiento social por los trabajadores y no escuchar más que la voz de la au-

to-conservación. Exactamente como para el capitalista individual, es para toda la clase una cuestión de vida o muerte.

Pero en la medida en que desaparece el sentimiento social por los trabajadores, nace un sentimiento de solidaridad con las otras clases poseedoras en el político burgués – representante de una de las clases poseedoras, como suponemos – mientras persisten la lucha y la competencia política con ellas en otros puntos.

Y este odio de clase, así como el amor por la clase, se hacen más fuertes en el político a medida que se hace más rudo el contraste entre las clases poseedoras y no poseedoras, a causa de la técnica.

Esto explica que hombres políticos que antes de encontrarse en la práctica de la política – por ejemplo, en un partido de oposición o en un joven partido burgués - estaban llenos de un sentimiento social por los trabajadores, lo pierdan desde el momento en que tienen que llevar la lucha práctica contra los trabajadores. La práctica mata este sentimiento y hace renacer la solidaridad de clase con los poseedores. Kuyper* en Holanda, Millerand, Briand y Clémenceau en Francia, son ejemplos eminentes de este fenómeno**.

* Se trata de Abraham Kuyper (1837-1920): profesor de teología, contribuyó a la fundación de la universidad libre de Ámsterdam; periodista, fundó dos periódicos, *De Standaard* y *De Heraut*, y hombre político, estuvo en el origen del Partido Anti-Revolucionario y Primer ministro de los Países Bajos de 1901 a 1905. (n.d.t.f.)

** Dos tendencias de espíritu son posibles para el político burgués o el capitalista, el cual, a causa del desarrollo de la técnica y del modo de producción, llega a estar en contradicción con la clase obrera. O bien *confiesa* que no puede seguir, y que no sigue, los preceptos de la moral más elevada hacia ella. Entonces se convierte en un cínico, ahoga con un “esto no marcha” la voz que le dice lo que él mismo reconoce como “bien”. O bien dice que reconoce y sigue la moral más elevada.

Tomemos ahora un obrero como tercer ejemplo.

¿Puede éste obedecer al precepto elevado de la generosidad con relación a su patrón, a la clase y al Estado de este último? No, pues se deslomaría hasta la muerte, su mujer y sus hijos perecerían de miseria. La pobreza, la enfermedad y el paro lo arruinarían, a él y a su clase. Contra esto se rebelan igualmente en él los poderosos instintos de auto-conservación y de reproducción, acompañados de todos los sentimientos de una fuerza irresistible que están emparentados con ellos, el amor por los hijos y el amor por los padres. No debe sacrificarse por el capitalista, por el Estado, pues si se deja gobernar sin obstáculos, lo arruinarán, lo condenarán a la esclavitud y a la muerte prematura. La historia enseña que si los trabajadores no luchan por una suerte mejor, la clase de los capitalistas los llevará a un punto en que no podrán ni vivir ni morir, y que incluso la más pequeña de las mejoras cuesta años de esfuerzo. La existencia de los obreros es frecuentemente tan sombría; el paro, el trabajo de las mujeres y de los niños, los casos de enfermedad, la competencia entre los obreros son con frecuencia tan insoportables; su vida está tan privada de todos los placeres espirituales y físicos cuya satisfacción, no obstante, sería tan fácil, que la entrega a la clase capitalista y a su Estado no significa ninguna otra cosa más que la caída desde el estrecho borde en que se encuentra el obrero, la caída en la muerte. Por esta razón el obrero se comporta respecto de la clase de los capitalistas

Entonces se convierte en un hipócrita cuyas palabras y actos están en contradicción aguda entre sí, que disimula sus actos antisociales tras bellas palabras sonoras. Y el hipócrita se hace especialmente repugnante cuando, como en el caso de Kuyper, a ello asocia la religión y la devoción. Pero tales fenómenos no son pecados personales sino, como nosotros lo demostramos, una consecuencia necesaria del desarrollo de las fuerzas productivas.

de manera contraria a la alta ley moral (que los cristianos expresan con las palabras: ama a tu prójimo como a ti mismo): se compromete en la lucha contra la clase dominante.

Y cuanto más grande es, a causa del desarrollo de la técnica, la resistencia de los capitalistas; cuanto más fuerte es su organización en uniones patronales, en trusts y en partidos políticos, más débil es en el corazón del obrero el instinto social hacia la clase capitalista; de la misma manera que en ésta, aquel se transforma en odio de clase.

Vayamos más lejos e imaginemos que este obrero ha llegado a comprender las relaciones de producción y de clases tan profundamente que se haya hecho socialista; sus instintos morales más elevados se volverán entonces cada vez más calurosos para con la clase de los no poseedores y crecerán en la misma medida en que disminuirán para con los capitalistas y su sociedad. Si es un hombre que de su natural tiene sentimientos morales elevados, éstos se reforzarán por la comprensión de que él y sus hijos, y todos sus camaradas, no podrán acceder a la felicidad más que si todos, y él también, escuchan mutuamente la voz que llama a la fidelidad, al amor a la verdad, a la valentía, a la abnegación, a la justicia.

Y cuanto más crece el malestar de las clases, es decir, debido al desarrollo de la técnica, cuanto más grande es en los trabajadores la necesidad de una sociedad socialista y más amplia es la resistencia contra ella en los poseedores, más crecerá la solidaridad, más fuerte hablará la moral en el proletariado, más oído pondrá éste a esta voz. Y, por tanto, el efecto de la moral se transformará aquí también incesantemente.

Y supongamos, para acabar, el caso de un trabajador que sabe desarrollar su espíritu de manera tan amplia que siente muy claramente la felicidad que aportará la so-

ciudad comunista a todos los hombres, la miseria que hará desaparecer; descubrirá entonces, por su odio a los poseedores y su solidaridad hacia los no poseedores, un camino para su muy elevado sentimiento moral. Siente que sólo cuando los obreros venzan y se realice la sociedad comunista, la *ley moral* podrá actuar en nosotros *hacia todos los hombres*. Por esta razón, en su aspiración, y la de su clase, a abolir la propiedad privada, la competencia y la lucha de clase, siente en lo más profundo de su corazón algo, aunque sólo sea un reflejo de la primera aurora, de la ley moral que se aplicaría a *todos* los hombres. Pues si la sociedad socialista es una bendición para todo el mundo, entonces la aspiración a provocar su advenimiento contendrá ya también algo del amor general de la humanidad que se extiende a todas las naciones* .

Con estos ejemplos, que son conocidos por todo trabajador a partir de su entorno más próximo en la vida real, se ve de modo absolutamente claro que el efecto, el contenido, el modo de existencia, de nuestra supuesta moral suprema y eterna, se modifican en nuestras cabezas y nuestros corazones en función de los cambios acaecidos en la lucha de clase, en las relaciones de clase, es decir, en las relaciones de producción y, por tanto, en última instancia,

* Dos tendencias de espíritu son posibles, tanto entre los capitalistas y sus representantes políticos como entre los trabajadores y sus representantes. O bien el trabajador no tiene en cuenta más que la lucha cotidiana. Su sentimiento moral se limita entonces a un círculo estrecho, por ejemplo, al de los colegas de su profesión. O bien tiene en cuenta ante todo el objetivo final, el socialismo. Su sentimiento moral se extiende entonces a todo el proletariado, y puede abarcar además a toda la humanidad. El cinismo o la hipocresía son los dos fenómenos generales necesarios en la clase dominante; en la clase dominada, la estrechez poco exaltante y el entusiasmo revolucionario. Entre ambos hay, naturalmente, muchos pasos.

en la producción y en la técnica. La muy elevada moral no es, pues, inmutable; vive, es decir, se modifica.

Objeción

Ya hemos hecho mención al ardor con el que se han abalanzado los adversarios de la socialdemocracia sobre el juicio de Henriette Rolan-Holst según el cual las concepciones del bien y del mal “jugaban a las cuatro esquinas”. Nuestra camarada quería decir con esta expresión que, de la misma manera que los niños cambian de sitio en el juego de las “cuatro esquinas”, de igual modo las concepciones del bien y del mal en la historia no se aplican siempre a los mismos actos, y que el “bien” se encuentra hoy en la esquina donde anteriormente se encontraba el “mal”.

Hemos *demostrado* ahora con ejemplos muy amplios que este juicio es exacto. Las nuevas virtudes femeninas, las nuevas virtudes obreras, el amor a la patria, los sentimientos internacionales, se modifican: lo que era bien se convierte en mal, e inversamente.

Nuestros adversarios nos vociferan: hay una moral eterna e invariable, sus preceptos supremos son siempre los mismos.

Nosotros respondemos: demostradlo. No con énfasis y retórica, no con una presunción autoritaria y con juicios estrepitosos de condena, sino de manera histórica, con hechos que todo el mundo pueda conocer o examinar.

No pueden.

Por el contrario, nosotros hemos demostrado, apoyándonos en Darwin y Kautsky, que, primeramente, hay en el pecho del hombre una tendencia a ayudar a otro, un precepto moral de origen puramente terrestre, e incluso animal, pero que, en segundo lugar, la expresión de esta ley moral es siempre diferente a causa de la lucha por la

propiedad, por la competencia y la lucha de clase, y que la ley moral hacia los camaradas de clase tiene un contenido completamente diferente hacia los adversarios de clase.

Todo el mundo sabe que es así; cada cual puede observar esto cotidianamente cerca de sí mismo y de otro. Nosotros hemos opuesto, pues, *realidades* a *afirmaciones vanas*.

Resalta claramente de nuestras pruebas que, frente al enemigo, sea éste de la tribu, del país o de la clase, los preceptos elevados de la moral no son válidos; que, por el contrario, la moral que nos ordena ayudar a nuestros camaradas, nos obliga al mismo tiempo a aniquilar al enemigo que los persigue. Que, por tanto, los preceptos de abnegación, de solidaridad, de honestidad y de lealtad *no* se aplican al enemigo de clase.

Nuestros adversarios encuentran asimismo espantoso que *digamos* esto, y por esta razón nos *insultan*. Pero nosotros podemos tranquilamente hacer resaltar de nuevo que ellos mismos, los conservadores, los liberales, los clericales y los demócratas, no *hacen* precisamente otra cosa de manera continuada. Pues ellos niegan día tras día, año tras año, lo que es más indispensable a los enemigos de *su* clase, los obreros; no sacrifican nada de lo que su clase posee, fuera de lo que les es arrancado por el miedo a la potencia de los obreros; no muestran la menor solidaridad con los trabajadores, sino que los encadenan cuando intentan moverse y toman medidas disciplinarias contra ellos como en la huelga holandesa de los ferrocarriles; no son ni honestos ni leales para con ellos, pero en las elecciones les hacen regularmente promesas que no cumplen. ¡Y mientras tanto predicán el amor al prójimo, a todos los prójimos!

Por el contrario, nosotros sabemos por la historia que si uno ha querido ayudar a su clase o a su pueblo, los

preceptos elevados de la moral *jamás* se han aplicado al enemigo, y nosotros confesamos francamente que no seremos ni sacrificados, ni leales, ni honestos para con la clase enemiga cuando nos lo prescriba la salvación de nuestra clase*.

Contra estas observaciones quizá se presente la objeción de que, sin embargo, en la lucha de clase no está ahogado todo sentimiento humano; si en la guerra, a pesar del deseo de aniquilar al adversario, los preceptos de la moral tienen siempre cierto valor, los prisioneros no son matados, se mantiene la palabra dada o una promesa, ¡esto vale todavía más para la lucha de clase en que las partes están mucho más cerca las unas de las otras!

Esta observación es perfectamente justa, pero no constituye una objeción a nuestras observaciones. En efecto, nosotros hacemos resaltar expresamente que los preceptos de la moral hacia el enemigo sólo son descartados *cuando lo exige la verdadera salvación de la clase*. El sentimiento humano no es ahogado generalmente en la lucha de clase, sino únicamente cuando una clase estima que es inevitable para su existencia. Si no es necesario, los trabajadores no son matados por el poder capitalista; si es necesario, son matados. En las minas prusianas, no se emplea a inspectores obreros, pues se teme que a continuación las grandes masas de mineros lleguen a ser demasiado poderosas política y económicamente. En 1903, se dejó a los ferroviarios holandeses que murieran simplemente de hambre, pero en 1871 los combatientes de la Comuna fue-

* Nuestros adversarios sacan de ello la conclusión de vez en cuando de que nosotros consideramos que todo está *siempre* permitido respecto de los capitalistas. Es falso. Como hemos dicho más arriba, sólo es así cuando ello hace avanzar la verdadera salvación de nuestra clase. La aplicación de este medio sería precisamente contraria a la moral que nos ordena actuar en interés de nuestra clase.

ron matados en masa porque la burguesía consideraba que era necesario para su poder meter mucho miedo al proletariado.

Inversamente, el obrero no mentirá a su patrón y no lo engañará si puede. En general, responde a su interés de clase no engañarle. Pero allí donde el interés de su clase exige la violación del precepto moral, lo violará.

Pero precisamente sobre este punto se presentarán objeciones por los mismos socialdemócratas, por obreros en lucha. Reconocen que los capitalistas violan incesantemente los preceptos de la moral en la lucha de clase, que actúan de modo desleal, falso, insincero, brutal, contra la clase oprimida a fin de mantener su opresión. Pero el socialismo significa justamente una moral superior; los obreros en lucha no necesitan estos medios, y cuando los aplican de manera excepcional debemos reprochárselo.

En esta objeción sólo hay una cosa justa, a saber, que la clase obrera está mucho menos obligada que la clase dominante a infringir los preceptos morales; esto se fundamenta en su situación de clase débil y oprimida que se eleva gracias al desarrollo económico, mientras que las clases dominantes intentan vanamente mantenerse. Pero en su generalidad, esta observación no es más que una prueba de que se nota siempre muy bien la violación de la moral en el enemigo de clase, pero muy difícilmente en su propia clase. Algunos ejemplos nos mostrarán – si queremos ver claramente la verdad de frente – que nosotros no censuramos las violaciones de los preceptos morales cuando se hacen *esencialmente* en interés de nuestra clase, sino que, por el contrario, las celebramos como actos excelentes.

Imaginemos una fábrica que paga bajos salarios, y un sindicato que quiere conseguir por la lucha salarios más elevados. Supongamos que no puede conseguirlo más que

por una huelga sin previo aviso. Días antes de que estalle la huelga, cuando todo está preparado, el patrón observa algo; llama a un obrero y le pregunta si ocurre algo. Si el obrero le da una respuesta evasiva, el fabricante comprenderá inmediatamente de qué se trata y hará venir romp-huelgas. Por esta razón el obrero *miente*; niega que ocurra algo ni que sepa nada. A los ojos del fabricante está mal, pero a los ojos de los obreros está bien. Semejantes casos se presentan con mucha frecuencia. La mentira puede ser una buena cosa.

Imaginemos a un empleado de oficina en un ministerio y que sea socialdemócrata. Recibe en sus manos un proyecto que constituye una amenaza para su clase. Lo *roba* y lo hace llegar a la oficina de redacción del “Vorwärts”. Nosotros encontramos este acto digno de elogio. La deshonestidad frente a la clase enemiga puede ser, pues, una virtud a los ojos de su propia clase.

En 1903, muchos ferroviarios de Holanda se pusieron de acuerdo entre sí para que no circularan los trenes después de una señal determinada. Era desleal para las compañías de ferrocarriles. Por el contrario, nosotros consideramos esto como un acto de la lealtad más elevada.

Después de la huelga holandesa de los ferrocarriles, se nombró una comisión parlamentaria para averiguar la situación de los ferroviarios y ésta descubrió las malas condiciones que padecían. Pero su informe quedó en secreto y el gobierno no se sintió obligado a intervenir por medio de la ley. Un empleado de oficina cualquiera o un funcionario, o bien un tipógrafo que tuvo este informe en sus manos, dio una copia del mismo al secretario del sindicato de los ferroviarios, y éste habló de este informe por todas partes en reuniones públicas. Ningún obrero, ningún socialdemócrata, desaprobó entonces este acto; todos sin-

tieron que la lealtad hacia su propia clase valía más que la lealtad hacia los capitalistas.

¡Para qué más ejemplos todavía para oponer nuestra verdad a la moral burguesa hipócrita! Uno más: los obreros de la Comuna no dudaron en combatir a las clases reaccionarias con sus armas. Había el crimen en los ojos del adversario, el valor supremo y la abnegación en los nuestros. Algo parecido se aplica a nuestros camaradas, los combatientes de la revolución rusa.

E inversamente, se puede demostrar con innumerables ejemplos que nuestros adversarios infringen los preceptos morales en la lucha de clase. Repetimos una vez más: todas las clases actúan en la lucha de clase según una costumbre que está en contradicción con la moral general predicada por la burguesía. Las clases capitalistas mienten, engañan y roban constantemente a la clase obrera; lo hacen en tanto que elementos dominantes, y por esta razón es aún más grave; deben hacerlo, pues su sistema social reposa sobre ello. Pero la clase obrera está obligada también con frecuencia a ser desleal, insincera, etc., en la lucha de clase^{*}

* Se dice con frecuencia que esta representación abrupta y este reconocimiento de la existencia de una moral de clase nos hace daño en la agitación, porque nuestros adversarios los explotan contra nosotros y así suscitan prevenciones de las masas ignorantes contra nosotros. Pero el que dice esto desconoce la fuerza que da la verdad teórica a una clase revolucionaria.

En lo concerniente a la práctica, yo puedo recomendar, partiendo de mi experiencia de agitador, lo siguiente a este propósito. Cuando un adversario nos reprocha que reconozcamos la *existencia* de una moral de clase – pues no se trata de *predicar* una moral de clase – se exigirá de él que relate casos determinados en los que nuestra clase ha mentido, engañado, etc. En la mayoría de los casos no podrá presentar muchos; si cita el caso del robo de un documento secreto, se expondrá a los oyentes el caso en su integridad. Si estos oyentes son obreros que están maduros para nuestra agitación, entonces enseguida hablará en

Es necesario hacer aquí una observación para una comprensión correcta. Hemos demostrado que todas las clases utilizan la mala fe como medio en la lucha de clase y que consideran esto como moral. Pero la clase poseedora está obligada por su situación a emplear mucho más que la clase obrera la mentira como medio de lucha. Esto no es válido sólo para la lucha cotidiana, sino también y sobre todo para la verdad científica sobre la sociedad misma.

La clase capitalista declina, la clase obrera se eleva; así lo quiere el proceso de producción. Pero el reconocimiento de este hecho sería ya para la burguesía una parte del declive que ella niega. Por esta razón odia todas las verdades que hacen referencia a este dominio de su declive, e intenta combatir las en todas partes donde aún domina. Pero como el proceso de producción actúa inexorablemente, esto no le es posible más que por medio de las mentiras. Por interés de clase, busca instintivamente la mentira y, en el mejor de los casos, ella misma cree que es verdad. Por el contrario, la clase obrera tiene interés en la verdad en todos los dominios de la sociedad. Ella se eleva gracias a las fuerzas sociales; quiere, pues, conocerlas; es-

ellos instintivamente el sentimiento de solidaridad con los camaradas, que es heredado de sus predecesores, y harán sentir que nosotros tenemos razón.

Si se ha rechazado el ataque del adversario de esta manera, pasará uno mismo al ataque. Tras el fracaso de la prueba de la existencia de una mala moral de clase entre nosotros, se mostrará la mala moral de clase de los capitalistas, de los sindicatos patronales, de la prensa burguesa, de los políticos, contra nosotros, contra la clase oprimida. Se continuará haciendo la comparación entre nuestra moral de clase, que defiende a los oprimidos, y su moral de clase, que los quiere reprimir; se comparará la sociedad capitalista, que implica una moral semejante, con la sociedad socialista sin clases en que toda la humanidad forma una fraternidad solidaria. ¡Sólo entonces se manifestará el efecto en los obreros! Se resaltará después nuevamente que sólo la verdad teórica nos conducirá a la victoria.

te saber le es saludable pues se transforma en una nueva fuerza de su ascensión.

Todo lo que afecta al dominio de la lucha de clase es para nosotros objeto de un estudio honesto que busca la verdad. Nosotros no tememos el conocimiento claro porque nuestra victoria se hace cada vez más cierta.

Por tanto, no podemos decir siempre la verdad; en la lucha, debemos ser a veces – nuestros ejemplos lo han mostrado – insinceros respecto del adversario; pero nosotros buscamos siempre *la verdad científica sobre la sociedad*, nunca la ocultamos. Asimismo por interés de clase.

Es una gran diferencia entre el proletariado y la burguesía.

También aquí debe el obrero decidir por sí mismo de qué lado quiere colocarse, del lado de los capitalistas o del de los socialistas.

Sin embargo, aún hay una cosa que requiere ser esclarecida, y así se habrá acabado con este punto difícil.

Quizá se pregunte un lector atento: si no flota ante los ojos de todos los hombres el mismo ideal altamente moral, y si la moral no es eterna y no es siempre un efecto idéntico, entonces ¿es verdaderamente el mismo para todo el mundo el *ideal* de igualdad, del amor general por el prójimo, de la felicidad y de la justicia?

El marxismo responde sobre eso: es justo en apariencia; se encuentra siempre las mismas palabras en la historia humana: libertad, igualdad, justicia, fraternidad. Parece, pues, que el ideal sea siempre el mismo.

Pero si se examinan las cosas más de cerca, está claro que la causa de esta apariencia reside en que, desde que existe una sociedad de clases, *todas* las clases dominantes han tomado siempre bajo su protección la esclavización, la desigualdad y la injusticia, y *todos* los dominados y oprimidos, desde el momento en que han tomado

conciencia de ello y su fuerza ha comenzado a agitarse, han reclamado la justicia, la libertad y la igualdad. Como siempre ha habido opresión, siempre ha habido el sentido de la libertad y de la igualdad. Pero si miramos detrás de los eslóganes, detrás de las palabras, encontramos que la igualdad y la libertad que unos reclamaban eran completamente diferentes de las que exigían otros, y que la diferencia provenía de las relaciones de clases y de producción en las que se encontraban los diferentes oprimidos. Ya hemos probado anteriormente esto gracias a los ejemplos del cristianismo, de la Revolución francesa y de la socialdemocracia, y por tanto no tenemos que demostrarlo una vez más.

El ideal moral es diferente igualmente para épocas y clases diferentes. Vive y se desarrolla como todas las ideas. *Toda* la moral es, pues, como la política, el derecho y las otras producciones del espíritu, un fenómeno *natural* que comprendemos muy bien y que podemos seguir en su evolución.

Observación

La moral no es un dominio del espíritu completamente separado de los otros. El hombre no es por una parte un ser político, por otra parte un ser jurídico, y después, de manera desglosada, un ser moral y, por otra parte todavía, un ser religioso. El hombre es un todo que nosotros cortamos en diferentes partes únicamente para *comprenderlo mejor*, a fin de poder considerar mejor cada parte en sí. En realidad, las concepciones políticas, morales, jurídicas, religiosas, están estrechamente entrelazadas entre sí y todas juntas constituyen *un* contenido espiritual. Para nosotros no es, pues, asombroso que *se inflúencien* mutuamente. Una vez formada la convicción política, tiene su propia fuerza e influye sobre las concepciones jurídicas y

los sentimientos morales; una vez formados los sentimientos morales, estos tienen efecto retroactivo sobre las convicciones políticas y otras.

Vamos a demostrar esto con un ejemplo.

Como todo el mundo sabe, la miseria que proviene del sistema capitalista lleva a muchas personas al abuso del alcohol. Pero el capitalismo empuja a los desvalidos a *organizarse* y a luchar, y así crea en ellos la moral siguiente: sentimientos de solidaridad, fuerza de resistencia moral mayor, valor, orgullo, etc. Esta moral, estos instintos sociales, llevan a la abstinencia o a la templanza, y estas últimas tienen por efecto que las convicciones políticas se vuelvan más claras y que la fuerza política de los antes desvalidos sea mucho mayor. La moral ha reaccionado, pues, sobre el saber, el pensamiento, sobre las ideas a propósito del derecho, de la propiedad y de la lucha de clases.

Sin embargo, no sigue siendo menos justo que el cambio en la moral proviene del desarrollo de las fuerzas productivas – en efecto, sin ellas, el desdichado no habría llegado nunca a la organización y la conciencia de su fuerza – pero hay una reacción entre todos estos dominios espirituales que, al tener todos sus raíces en el trabajo social, se influyen todos mutuamente.

Nuestros adversarios quieren frecuentemente refutarnos diciendo que ellos llaman la atención sobre la influencia de las causas espirituales, de la religión, de la moral, de la ciencia. El socialdemócrata no debe dejarse inducir a error por ello. Reconocerá de buen grado la *influencia* de las fuerzas espirituales - ¿por qué, si no, agitaría él tanto los espíritus si creyese que no sirven para nada? – pero examinará también cómo esta fuerza espiritual se ha puesto en movimiento antes de ejercer esta influencia. Y entonces descubrirá que el desarrollo de la produc-

ción y de las relaciones de producción es la causa en última instancia.

F. Religión y filosofía

Toda religión – había y hay miles de clases de religión -, toda secta religiosa, se considera como la verdadera. Y sin embargo nada depende más de la evolución de la técnica, nada cambia más con ella que la religión. Demostraremos esto en un breve esbozo.

Cuando la técnica no dominaba todavía las fuerzas de la naturaleza y, por el contrario, *la naturaleza* dominaba al hombre casi completamente, cuando éste debía utilizar todavía como herramienta lo que encontraba en la naturaleza y sólo podía fabricar algunas pocas al principio, adoraba a las *fuerzas de la naturaleza*, al sol, al cielo, al rayo, al fuego, a las montañas, a los árboles, los ríos, los animales, en función de la importancia que les concedía la tribu. Todavía ocurre lo mismo ahora entre los llamados pueblos primitivos: los habitantes de Nueva Guinea, que los holandeses están a punto de colonizar actualmente para los capitalistas, adoran el sagú como su dios; creen que descienden del sagú.

Pero desde que se ha desarrollado la técnica, desde que se ha creado la agricultura, desde que los guerreros y sacerdotes han acaparado el poder y la propiedad, desde que aparecieron los dominadores y los dominados y, por tanto, las clases, desde que ya no se ha estado completamente sometido a la naturaleza, sino *al hombre*, y *ante todo, al hombre colocado arriba*, desde que se ha ejercido el poder, han desaparecido los verdaderos dioses de la naturaleza y han sido transformados en criaturas imaginadas

como *hombres* poderosos. Las formas divinas que se encuentran en el antiguo poeta griego Homero son príncipes y princesas poderosos, siendo el príncipe el valor deificado, y la princesa la cordura, la belleza o el amor deificados. Los dioses de la naturaleza se han convertido en hombres magníficos. La técnica ha dado el poder a los hombres, los dioses se han convertido en hombres poderosos.

Pero cuando los griegos, como consecuencia de su técnica, que iba mejorando incesantemente, hubieron cubierto su país de rutas comerciales, el mar de navíos y, especialmente, las costas de ciudades, cuando el comercio y la industria hubieron prosperado, cuando, en una palabra, nació la sociedad mercantil, en la cual todo, tierra, productos, herramientas, barcos y carruajes, se convirtieron en mercancías para el comercio, entonces ni el sol, ni el fuego, ni la mar, la montaña o el árbol fueron para esta sociedad lo maravilloso, lo más importante de todo, lo todopoderoso, lo secretamente divino; se tenía ya a la naturaleza demasiado en su poder para esto. En aquella época, ya no fue la fuerza humana o la habilidad humana, el valor o la belleza, como en tiempos de Homero; estas características físicas ya no tenían la importancia anterior en la sociedad que descansaba en la competencia. Sino que otra cosa apareció en esta sociedad como lo más importante de todo, dominándolo todo, lo más maravilloso de todo, y también lo fue para ella. *Fue el espíritu, el espíritu humano.*

En la sociedad mercantil, el espíritu es el factor más importante. Cuenta, hace invenciones, mide y pesa, vende, obtiene ganancia, somete, domina a los hombres y las cosas. En la sociedad mercantil, el espíritu está en el centro de la vida, como el sagú entre los papúes y la belleza y la fuerza física en Homero. Es lo que expresa la potencia.

Los primeros grandes filósofos de la sociedad mercantil griega, Sócrates y Platón, dicen con frecuencia que lo que les interesa no es la naturaleza, sino únicamente los fenómenos del pensamiento y del alma.

Este paso es una consecuencia clara del desarrollo de la técnica que ha creado la sociedad mercantil.

Había en el espíritu humano fenómenos extraños que no se comprendía. ¿Qué eran las ideas generales que se encontraban en el espíritu, y de dónde venían? ¿Qué fuerza magnífica era el pensamiento que operaba tan fácil y tan prodigiosamente con estas ideas generales? ¿De dónde provenía?

No podía provenir de la tierra, pues en la tierra no se encuentran sino cosas particulares, y no generales. ¿Y qué eran los sentimientos morales, esas concepciones del bien y del mal que se encuentran en el espíritu humano pero que son tan difíciles de aplicar en la sociedad mercantil? En efecto, lo que en ella es bueno para uno, es malo para otro: la muerte de uno es el pan de otro, y la ventaja de una persona privada significa con frecuencia un perjuicio para la colectividad.

Todo esto constituía enigmas que, para los grandes pensadores como Platón, Sócrates, Aristóteles, Zenón y tantos otros, eran insolubles en otros tiempos, que no podían ser explicados por la naturaleza y la experiencia y que debían llevar a afirmar que el espíritu era de origen divino.

Los instintos y los sentimientos sociales son de una importancia tal para los hombres que, cuando son quebrantados por la sociedad mercantil, los hombres necesitan investigar para saber de dónde provienen y cómo se los puede recrear. Son también tan vigorosos, tan espléndidos y tan sublimes, que el actuar conforme a ellos proporciona un placer tal y un aumento de fuerza tal, que cuando se

hace imposible actuar ateniéndose a ellos, su magnificencia recibe un esplendor ideal y parece que debían provenir necesariamente de otro mundo superior.

Para explicarlos ya no era necesario un cielo con muchos dioses, como se hacía con los numerosos fenómenos naturales; un dios es suficiente. Y puesto que “el bien y el mal” son conceptos del espíritu, este dios es fácil de representar como espíritu.

En la sociedad mercantil, el trabajo intelectual domina al trabajo manual. La reglamentación, la administración de la empresa y del Estado, son asunto del trabajador intelectual; el artesano, cuando no es esclavo, es subalterno. Esto ha llevado asimismo a ver lo divino en el espíritu, a considerar a dios como un espíritu.

A esto se añadió el hecho de que, en la sociedad que produce mercancías, todo hombre se convierte en un individuo para sí que está en competición con los otros. Todo hombre se convierte aquí en el objeto más importante para sí mismo y – puesto que siente, reflexiona, determina todo en su espíritu – su espíritu se convierte en la parte más importante de este objeto. Esto debía hacer a los hombres de esta sociedad perfectamente aptos para considerar el espíritu como divino y a dios como un espíritu individualista que existe por sí mismo.

La técnica había llevado ya al hombre tan lejos que éste ya no deificaba a un toro, o un gato, o una ibis, un árbol o una fuerza física humana, pero tampoco aún lo bastante lejos como para que pudiese comprender la naturaleza del pensamiento y las concepciones del “bien” y del “mal”. Por esta razón, en otros tiempos, ese complejo espiritual y moral que era todopoderoso pero incomprendible en esta sociedad, fue declarado divino. Y esto ha permanecido inmutable en la sociedad mercantil hasta la época actual. “Dios es un espíritu”, se dice también hoy todavía,

y las concepciones morales, en su mayoría, tienen también aún hoy un origen sobrenatural.

Mientras el mundo conocido de otros tiempos no era todavía *un* todo económico y político, es decir, *una* gran sociedad mercantil, hubo espacio en ella naturalmente para varios dioses, y también para los dioses de la naturaleza. Pero cuando el comercio mundial de los griegos, primeramente, y Alejandro de Macedonia después y los romanos, por fin, hubieron creado un imperio mundial que producía mercancías a todo alrededor del mar Mediterráneo, bastó *un* dios espiritual, *un* espíritu divino, para explicar todo el mundo conocido y todas las dificultades que había en él, y para hacer desaparecer de él a los dioses de la naturaleza. La técnica romana que penetraba en todas partes, el comercio y la circulación romanos, la sociedad mercantil romana, han rechazado universalmente a los dioses de la naturaleza. “Y así se encuentra también el sistema con un solo dios, el monoteísmo, en las dos concepciones filosóficas que antaño se impusieron en el gran imperio mundial, en la doctrina de Platón y en el estoicismo.

Y cuando penetró en esta zona *una* clase determinada de monoteísmo, que encajaba específicamente con el gigantesco hundimiento económico general, con las relaciones sociales del imperio romano en la época de los Césares, el monoteísmo cristiano, encontró en todas partes el terreno preparado y sólo tuvo que recoger en él como elemento el monoteísmo griego.”

Toda la sociedad alrededor del Mediterráneo se había convertido en *una* sociedad que producía mercancías y que presentaba en todas partes los mismos misterios y contradicciones, en todas partes individuos idénticos que producían mercancías. En todas partes el espíritu era lo

que es poderoso, maravilloso, misterioso. En todas partes, el espíritu era dios.

Y en la medida en que los pueblos primitivos extranjeros, como los galos y los germanos, fueron integrados en la sociedad mercantil, perdieron también gradualmente su religión original y maduraron también ellos para el cristianismo, que atribuía todo el poder a *un* dios*.

Pero la religión cristiana no siguió siendo lo que era en los primeros siglos. De religión para una clase única, se había convertido en la religión de todas las clases, al tiempo que la producción regresaba al estado de economía natural y, por tanto, al tiempo que la gran comunidad de producción en la que bastaba *un* dios, *un* espíritu para explicar el universo, se había descompuesto en una masa de pequeñas unidades de producción separadas. A medida que se desarrollaba la sociedad medieval, se transformaba a su vez el contenido de la religión. La sociedad medieval era la sociedad de la propiedad de la tierra, en la que los hombres han sido dependientes progresivamente los unos de los otros y en la que los que eran dependientes no vendían el producto excedente de su trabajo manual, sino que se lo daban al señor. Los siervos y los que estaban sujetos a prestación personal entregaban productos de la naturaleza a sus señores nobles y religiosos. A la cabeza de la sociedad temporal se encontraba el emperador, bajo él los príncipes, bajo estos los señores feudales, bajo estos la pequeña nobleza, y bajo los nobles, la gran masa de siervos y gentes sujetas a prestación personal. En la Iglesia, que también tenía una gigantesca propiedad de la tierra, había relaciones similares. La Iglesia había evolucionado desde la antigua comunidad indigente que consumía de manera

* También hoy, los pueblos primitivos en los que penetra la sociedad mercantil son “convertidos” igualmente al monoteísmo.

comunista, a una enorme institución de explotación. A su cabeza se encontraba el papa, después seguían los grandes señores religiosos más diversos, que dependían gradualmente los unos de los otros, los cardenales, los arzobispos, los obispos, los abades y abadesas, después los eclesiásticos inferiores, monjes y monjas de todas clases, y finalmente venía la gran masa popular, la comunidad. Juntas, las potencias religiosas y laicas formaban *una* gran sociedad jerárquica que descansaba en primer lugar en el suministro de los productos de la naturaleza por los oprimidos. Y la religión cristiana se había transformado *a imagen de esta sociedad, con este modo de producción*. Ya no era un dios único el que habitaba en el cielo, sino todo un pueblo de potencias espirituales. Dios tronaba por encima de todos, no haciendo más que *uno* con su hijo y el Espíritu Santo, envolviendo y penetrándolo todo. Bajo él, progresivamente, muchas clases de ángeles con funciones diversas, y también ángeles caídos o demonios, que debían ocuparse del mal. Después, santos que, como la sociedad descansaba en su mayor parte en la entrega de productos de la naturaleza y no en las mercancías, y como dependía de la naturaleza, por ejemplo, del tiempo que hacía, se habían vuelto a transformar también en una nueva clase de dioses de la naturaleza subordinados, todos los cuales tenían asimismo su propia función: un santo para los viticultores, un santo para la siega del heno, una santa que ayudaba en los dolores del parto, etc. Dios era, por consiguiente, con los que le rodeaban, una imagen del emperador o del papa con sus poderes laicos o religiosos que les estaban sometidos. Y bajo todos estos ángeles y santos, estaban los hombres, vivos y muertos: una imagen de las comunidades terrestres y del pueblo terrestre. Las relaciones de producción y de propiedad sobre la tierra, la dependencia personal de los príncipes, de los nobles, de los

obispos, de los abades, de los siervos y del pueblo, eran representadas por las clases dominantes simplemente como el resultado, la creación precisamente de una sociedad celestial que, a decir verdad, era incomprendible pero que, precisamente a causa de su esencia divina, no necesitaba ser comprendida. Y los creyentes ingenuos aceptaron esta representación en su deseo de comprender la sociedad, la humanidad misteriosa así como el “bien” y el “mal”.

Nunca, en ninguna época conocida por nosotros, la religión ha sido tan claramente el reflejo de la sociedad. El espíritu ha creado una imagen celeste de la sociedad terrestre.

Esto volvió a cambiar cuando las ciudades crecieron cada vez más.

El burgués de las ciudades en Italia, en Alemania del Sur, en las ciudades anseáticas, en Francia, en Flandes, en los Países Bajos, se hizo poderoso e *independiente* gracias al comercio y a la industria. Se liberó de los lazos opresivos con los que la nobleza lo tenía atado.

La posesión de capital, que sólo le pertenecía a él, con el cual podía hacer lo que quería, le transformó en un *individuo* libre, autónomo, que ya no era dependiente del favor de un señor. *Se situó frente a la sociedad de una manera distinta* a la del siervo, de cuyo estado frecuentemente había salido, de manera distinta al noble o al eclesiástico.

Como se sentía de manera distinta en la sociedad, se sentía de manera distinta con relación al mundo. Por lo cual necesitaba una nueva religión, pues en la religión los hombres expresaban lo que sentían como su relación con el mundo.

Como podía hacer en el mundo lo que quería con su capital, que había adquirido con su industria, su técnica

y su comercio, como no reconocía económicamente ningún poder por encima de él – y políticamente se había hecho más libre – como, en tanto que individuo, que capitalista, que comerciante, se erguía libremente frente al mundo, de la misma manera que no aceptaba intermedio entre él y el mundo, tampoco quería aceptar intermedio entre él y Dios. *Protestó* contra tal estado de servidumbre.

Suprimió al papa y a los santos, se convirtió en su propio sacerdote. Cada cual tenía su propio sacerdote en sí mismo, cada cual se encontraba directamente en relación con Dios. Es lo que enseñaban Lutero y Calvino.

Fue la religión protestante, es decir, la conciencia burguesa, que hizo su aparición con el desarrollo de la producción mercantil *capitalista moderna* y que se reforzó en los países que se desarrollaban de manera burguesa, Francia, Suiza, Alemania, Holanda, Inglaterra, Escocia*.

Aquí también la religión es nuevamente una imagen de la vida social. De igual modo que el burgués es individualista, de la misma manera su religión es individualista; su Dios es tan solitario como él.

Cuanto más vigoroso se hace el capitalismo, especialmente desde el descubrimiento de América y de las Indias, cuanto más rápida y fuertemente crecen el comercio y la industria, más disminuye en el país la producción para las necesidades propias y aumenta para la venta, cuanto más general y difícil se hace la lucha social de todos contra todos bajo el capitalismo a causa de los instrumentos y medios de comunicación incesantemente mejores, tanto más solitario se hace el hombre en la vida económica y

* Sólo las ciudades italianas siguieron siendo católicas, por causas asimismo económicas. El poder del papa significaba el poder de Italia sobre el mundo cristiano.

también en su espíritu. Con el desarrollo del capitalismo moderno, los hombres llegan a estar cada vez más bajo la dominación de sus productos; los productos tienen de alguna manera un poder humano sobre ellos; los hombres son dominados como si fuesen cosas y todo tiene un valor de cambio abstracto además del valor de uso que tienen los productos para los hombres. En semejante sociedad, los hombres tienen que llegar, como dice Marx, a verse unos a otros como abstracciones; su dios debe convertirse en una idea abstracta.

Además, con el crecimiento del capitalismo la miseria se hace mayor, la sociedad es cada vez más desarrollada y difícil de desentrañar, y cada vez se hace más imposible discernir lo que es realmente bueno de lo que es realmente malo para todos. La introspección, la especulación, la espiritualización, se convierten en los únicos medios para encontrar la certidumbre, la estabilidad, la felicidad, en medio de la lucha y de la actividad desencadenada de la producción de mercancías y del comercio.

De esta manera vemos que la imagen de Dios se aísla cada vez más, se espiritualiza cada vez más, y se hace cada vez más abstracta. Entre los filósofos del siglo diecisiete, en Descartes, Spinoza y Leibniz, Dios ha llegado a ser *un* ser gigantesco en cuyo interior existe todo, fuera del cual no hay nada. En Spinoza, que quizá haya esbozado el sistema filosófico más acabado – se lo ha comparado gustosamente con un diamante puro perfectamente tallado – en Spinoza, pues, Dios es un cuerpo gigantesco con un espíritu gigantesco, fuera del cual no hay nada y que se mueve y piensa sin cesar para sí. Una imagen del hombre individualista, burgués.

Con el desarrollo de la técnica y del capitalismo, también el conocimiento de la naturaleza se hace cada vez mayor; la naturaleza ha sido comprendida ya en el siglo

diecisiete en su verdadera coherencia de una manera tan amplia que ha desaparecido lo que hay de incomprensible y divino en ella. Por el contrario, el espíritu, la comprensión misma, las ideas generales y, ante todo, las ideas del bien y del mal y las así llamadas ciencias espirituales, no han sido comprendidas aún. Por esta razón, la naturaleza, la materia, han pasado cada vez más a segundo plano en la religión. Dios ha llegado a ser cada vez más un espíritu fantasmal, abstracto, lejos de la realidad. El antiguo desprecio cristiano por la “carne” no ha contribuido poco a ello. Y la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, que se ha hecho más profunda a medida que se desarrollaba la técnica y que se extendía la división del trabajo, y en que el trabajo intelectual quedaba para las clases poseedoras y el trabajo manual para el proletariado, esta separación, pues, era también la causa, como en el mundo griego, de que la materia fuese completamente omitida en la religión. Por todas estas razones el filósofo Kant designó simplemente todas las cosas del tiempo y del espacio como fenómenos que no tenían existencia real. El filósofo Fichte reconocía solamente un sujeto espiritual o el yo, el filósofo Hegel veía un espíritu absoluto que establece el mundo como la manifestación de sí mismo, mundo que llega finalmente a la conciencia de sí mismo y regresa al ser espiritual absoluto.

¡La sociedad capitalista ha aislado al individuo burgués, lo ha espiritualizado y lo ha hecho incomprensible para él mismo hasta un grado tan elevado que los filósofos de los siglos dieciocho y diecinueve han creado un tal dios solitario, abstracto e incomprensible!*

* El volumen atribuido a esta obra no permite, naturalmente, tratar todos los sistemas filosóficos.

Mientras tanto, gracias a la invención de la máquina de vapor, las fuerzas productivas, los medios de comunicación y, por consiguiente, el capital, han conocido un crecimiento gigantesco. La nueva técnica ha permitido, a su vez, una mejor exploración de la naturaleza, de la que ella misma tenía necesidad. La naturaleza se ha abierto todavía más al ojo del hombre, la coherencia de las leyes que rigen todos los fenómenos naturales ha progresado también en su descubrimiento, cada vez más ha sido rechazado de la naturaleza un ser sobrenatural y, a fin de cuentas, ha desaparecido completamente de ella.

Y ahora, por primera vez, se ha hecho también más profunda la comprensión de la sociedad. Se ha explorado los tiempos prehistóricos, se ha comprendido mejor la época de la historia escrita, ha aparecido la estadística y, por primera vez, se ha discernido lo que podía obedecer a leyes en los actos del hombre. Y en la medida en que se ha comprendido mejor lo que atañía a la naturaleza en el hombre, lo sobrenatural ha desaparecido de él y de la sociedad lo mismo que de la naturaleza.

La técnica, los medios de comunicación, el modo de producción, el capital que se acumula de manera gigantesca, han proporcionado el impulso y el medio para la exploración de la naturaleza. Las vastas cuestiones sociales nacidas del proceso de producción han estimulado el espíritu del hombre para que sondee la sociedad. La técnica ha permitido explorar profundas capas terrestres, hacer lejanos viajes hasta los pueblos más primitivos, reunir materiales para la historia y la estadística. El modo de producción que ha creado las necesidades, ha creado igualmente los medios para satisfacer estas necesidades.

La clase que tenía ante todo necesidad de nuevas ciencias para aumentar su técnica y su ganancia y vencer a las antiguas clases reaccionarias de los propietarios terra-

tenientes, de la nobleza y del clero, es decir, los capitalistas de la industria y del comercio que se llamaron liberales en el dominio político, esta clase comprendió cada vez más lo que había de conforme a las leyes naturales en los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad; en ella, la religión ha desaparecido casi completamente. Lo que en ella ha quedado de la religión es la idea - que vivía en alguna parte profundamente en el último rincón de su conciencia y que no tenía ningún valor en la práctica - de que “quizá haya un Dios, después de todo”.

Los modernos y libres pensadores, que corresponden en el dominio de la religión a los liberales en el de la política, no tienen necesidad de Dios todavía más que para explicar las nociones de “bien” y de “mal”, o bien, como dicen ellos, para satisfacer sus necesidades “morales”, y a fin de poder hacer nacer el espíritu, cuya naturaleza es todavía hoy un enigma para ellos, de una naturaleza sobrenatural. Para la naturaleza y para una buena parte de la vida humana y social, ya no necesitan a Dios; la ciencia, que se apoya en la técnica, los ha ilustrado ya suficientemente sobre ello.

De esta manera, el capitalismo moderno, porque ha hecho comprender el mundo cada vez mejor, ha afinado cada vez más la religión desde la época de Lutero y Calvino, la ha hecho cada vez más nebulosa, cercenada del mundo, irreal. Se me ha hecho mucha oposición en los círculos reaccionarios, liberales e incluso socialistas cuando un día escribí que la religión huía cabizbaja de la tierra como un fantasma miedoso. Y sin embargo yo no he hecho en esto más que constatar una realidad: las representaciones religiosas se hacen cada vez más fantasmales. Sólo las clases en declive, como los pequeños burgueses y los campesinos, y las clases reaccionarias como los grandes propietarios terratenientes con sus ideólogos, viven to-

avía convencidos de sus representaciones de los siglos anteriores; a la mayor parte de las clases poseedoras y a su intelectualidad no les ha quedado más que una pizca de religión, o fingen tenerla para amordazar al proletariado, o por otra razón. Los conocimientos engendrados por el desarrollo de la producción capitalista han quitado toda su sustancia a la religión y sólo le han dejado una existencia fantasmal, ética.

Pero este mismo desarrollo económico, que ha quitado una gran parte de la religión a la burguesía liberal, la ha quitado totalmente al proletariado.

Nosotros no hacemos más que constatar un hecho cuando afirmamos que el proletariado se hace cada vez más irreligioso.

Esto es socialmente tan natural como todos los cambios en el pensamiento religioso que hemos tratado hasta ahora.

En general, hemos encontrado como razón de la religión la dominación de potencias incomprendidas. Las fuerzas de la naturaleza, los poderes sociales que no se comprenden y, sin embargo, por los cuales se siente uno dominado, son deificados.

¿Qué ocurre ahora, en este punto, con el proletario moderno, a saber, el obrero industrial de la ciudad que vive en el ambiente de la gran empresa capitalista?

La fábrica lo ha llevado a constatar con sus propios ojos que las fuerzas de la naturaleza no representan fuerzas incomprensibles. El hombre las conoce y las domina allí, juega con ellas, que, sin domar, son las fuerzas más peligrosas. Incluso si el obrero no las conoce teóricamente, son domeñadas por su mano, y él sabe que se las conoce.

Por el contrario, el proletario moderno comprende perfectamente las fuerzas sociales que son la causa de su

miseria. El modo de producción capitalista ha desencadenado la lucha de clase en la que participa, y la lucha de clase le ha enseñado a reconocer la explotación capitalista y la propiedad privada como las causas de su situación miserable, y el socialismo como su salvación. No hay, pues, para él nada de sobrenatural ni en la naturaleza ni en la sociedad. Siente que no hay nada en la naturaleza ni en la sociedad que él no *pueda* comprender, incluso si la sociedad le priva temporalmente de esta posibilidad. Siente también que lo que aún es ahora para él y para su clase una causa preponderante de miseria, no lo seguirá siendo siempre. Pero cuando falta el sentimiento de una superpotencia incomprensible, la religión no aparece en él, o si la tenía antes, muere y desaparece. Por esta razón el trabajador socialista no es antirreligioso, sino que no tiene religión, es ateo.

Si esto es ya exacto para el trabajador “ordinario”, que no tiene tiempo, ganas ni ocasión para consagrarse al estudio, ¡cuánto más válido todavía es para el que es impulsado a estudiar por sí mismo a causa de la lucha de clase! Precisamente porque es un obrero, porque la miseria del proletariado le obliga a estudiar, puede llegar a comprender la sociedad mejor que un profesor burgués de economía política, por ejemplo. El burgués no puede ver la verdad; no puede admitir que su clase esté en declive; e incluso no puede reconocer la lucha de clase en la que su clase necesariamente tendrá la peor parte. Por el contrario, el espíritu del obrero, que puede esperar todo del futuro, está preparado para la verdad como el perro de caza para la caza.

¡El obrero dispone de fuentes imponentes! Desde hace más de sesenta años, Marx ha explicado al proleta-

riado que el capital resulta del trabajo no pagado*. Hace sesenta años, Marx y Engels revelaron al proletariado la naturaleza de la lucha de clase**. Y después Marx desarrolló en *El Capital* la naturaleza de todo el proceso de producción capitalista que el trabajador encuentra explicado de una manera más clara y concisa en *Las doctrinas económicas de Marx* de Kautsky y en *El programa de Erfurt*. La burguesía no dispone de tales fuentes de conocimiento sociales. El obrero que ha apagado su sed en estas fuentes ya no verá nada de sobrenatural en la sociedad. No aparecerá en él simplemente algo *negativo*, una *falta* de religión, sino también algo *positivo*, una *concepción del mundo* clara y sólida.

Y si continúa leyendo y reflexionando, encontrará *demostrado* en las obras de Marx, de Engels, de Kautsky, Mehring y de tantos otros teóricos eminentes, que la vida espiritual del hombre está determinada por su ser social, que el derecho es un derecho de clase, la política una política de clase, que el bien y el mal son nociones sociales cambiantes, en una palabra, la verdad de todo lo que hemos discutido en este folleto y de todo lo que el materialismo histórico enseña. Después comprenderá igualmente las transformaciones que se realizan en el pensamiento y, por tanto, comprenderá su propio pensamiento. El hombre que produce la sociedad práctica-mente, con sus manos, la penetra también cada vez mejor con su espíritu. Comprende el pensamiento de clase, y de nuevo el que se hunde es el pensamiento metafísico, un soporte de la religión, que aprendía en casa y en la iglesia.

Y el proletario al que no basta el examen superficial que le dan la fábrica, la lucha sindical y política, ¡puede ir más allá en su comprensión!

* *Trabajo asalariado y capital*, de Karl Marx.

** *El manifiesto comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels.

Joseph Dietzgen, el filósofo del proletariado, como ha sido nombrado con todo derecho, y alumno, a su vez, de Marx, ¿no ha enseñado al proletariado, apoyándose en la ciencia socialista, *lo que es el espíritu?* ¿No ha explicado a los trabajadores el enigma ante el cual la burguesía permanece desconcertada, es decir, *la naturaleza del trabajo intelectual humano?* Ha demostrado que en ningún dominio del pensamiento se produce otra cosa más que el agrupamiento de lo que es particular, de la experiencia, hacia lo que es general. El espíritu no puede, pues, razonar más que sobre lo que es particular, sobre la experiencia, sobre hechos que han sido observados. Ha demostrado que *esto*, y ninguna otra cosa, es el efecto, la naturaleza del espíritu, de igual modo que el movimiento es la naturaleza del cuerpo, que, por tanto, el hecho de pensar en algo sobrenatural como si fuese algo real (cosa en sí, Dios, libertad absoluta, personalidad eterna, espíritu absoluto, etc.), es exactamente tan imposible, está tan exactamente en contradicción con la naturaleza del pensamiento, como la representación de una “hojalata sobrenatural”; que el espíritu es sin duda algo extraordinariamente magnífico, poderoso y espléndido, pero que no es más enigmático y misterioso que todos los demás fenómenos del universo a los que no se deifica. *Dietzgen ha probado que el espíritu es comprensible precisamente porque la naturaleza del espíritu consiste en comprender, es decir, en ver lo que es general**.

* Marx ha tratado de la manera como las relaciones de producción modifican *el contenido* del pensamiento. Pero *el pensamiento mismo* es explicado por los filósofos y teólogos burgueses como algo que proviene de Dios. Por eso, después de la crítica que Marx había hecho del *contenido del pensamiento*, quedaba todavía, por consiguiente, una parte inexplicada del mundo de las ideas que la burguesía podía utilizar para su propia elevación y para el rebajamiento del proletariado. Es esta parte la que Joseph Dietzgen ha estudiado. En tanto que Marx

Cuando el proletario hambriento y sediento de conocimiento, por el deseo de liberarse y de liberar a su clase, ha comprendido esto, entonces se puede decir tranquilamente que ya no queda un solo lugar en sus pensamientos donde la religión podría residir. El proceso de producción capitalista, que le ha dado el desamparo, la miseria, la necesidad y las ganas de liberarse y, a fin de cuentas, el saber, ha hecho perecer en él la religión. La idea de ella ha desaparecido para siempre; no se pide una lámpara a pleno sol.

había cogido el lado material, él tomó el asunto por el otro lado, por el lado ideal. Allí donde Marx presentaba lo que la materia social hace al espíritu, Dietzgen mostraba lo que el espíritu mismo hace. — Marx oye a la burguesía decir frecuentemente: “Pero la naturaleza de las cosas, nadie puede comprenderla; la naturaleza de las cosas está por encima o fuera de lo que se puede imaginar”. Así quiere salvar lo que es sobrenatural. Dietzgen ha probado que lo que es incomprendible para la burguesía no reside en la naturaleza de las cosas, sino en su propia comprensión. La burguesía, los filósofos y los teólogos burgueses, no comprenden lo que es comprender. Dietzgen ha explicado a los obreros lo que quiere decir comprender, y de esta manera, gracias a Marx y a Dietzgen, *toda* la relación entre el pensamiento y el ser social se ha hecho clara, puesto que uno ha estudiado las modificaciones del pensamiento, y el otro la naturaleza del pensamiento.

Marx mismo había bebido sus conocimientos sobre la sociedad en la lucha de clase del proletariado que tenía ante sus ojos en Inglaterra y en Francia. Dietzgen formó sus conocimientos sobre el espíritu a partir del conocimiento que Marx tenía sobre la sociedad. Supo distinguir en los escritos de Marx el materialismo histórico, y sólo así Dietzgen pudo llegar a su doctrina clara sobre el espíritu. Ambos, pues, han extraído sus conocimientos de la lucha de clase del proletariado. El proletariado les ha dado, por su trabajo, sus reivindicaciones y sus acciones, la experiencia, y ellos han constituido la doctrina, la teoría. Se puede decir que ellos le han devuelto al proletariado el céntuplo de lo que él les ha dado.

Cuando un día exista la sociedad socialista, la naturaleza será comprendida mucho mejor todavía. El estudio detallado de la sociedad ya no costará, como hoy, trabajo y sudor. Aparecerá clara y límpida ante nuestros ojos. La idea de religión ya no será enseñada a los niños.

Ahora hemos demostrado, pues, que las concepciones de la religión, que antaño jugaba un papel tan importante en la vida espiritual del hombre, se modifican con las relaciones de producción y por ellas. ¡Qué cambio! La creencia en un fetiche, en un árbol, en un río, en un animal, en el sol, en un bello hombre vigoroso y valiente deificado, en un espíritu, en un padre, en un soberano, en una abstracción fantasmal, y finalmente... en nada. Y sin embargo, todos estos cambios son una clara consecuencia de los cambios en la situación social del hombre, de sus relaciones modificadas con la naturaleza y con sus congéneres.

Primera objeción

Nuestros adversarios dicen que las explicaciones que han sido presentadas aquí están en contradicción con el siguiente punto del programa socialdemócrata: la religión es un asunto privado. Ven en este punto del programa una hipocresía, una astucia, destinada a ganarnos a los trabajadores creyentes disimulando nuestra verdadera convicción. Que aquí no se trata de una hipocresía por nuestra parte, sino simplemente de una incomprensión de nuestros enemigos, fue probado un día de bella manera en un artículo del camarada Anton Pannekoek que reproducimos a continuación:

“El pretendido carácter antirreligioso de la socialdemocracia forma parte de los malentendidos más tenaces que se han utilizado como arma contra nosotros. Por más que pretendamos aún de manera inequívoca que la religión

es un asunto privado, la vieja acusación siempre vuelve de nuevo. Ahora bien, es bien evidente que debe haber una razón para ello; si se tratase simplemente de una afirmación sin fundamento, sin la más ligera apariencia de justificación, se habría revelado hace ya mucho tiempo impropia como arma y habría desaparecido. En efecto, para las cabezas ignorantes hay una contradicción entre nuestra declaración y el hecho de que, con el crecimiento de la socialdemocracia, la religión desaparezca cada vez más en los medios obreros, y asimismo, que nuestra teoría, el materialismo histórico, esté en contraste abrupto con las doctrinas religiosas. Esta pretendida contradicción, que ha turbado ya a muchos camaradas, ha sido explotada por nuestros adversarios para demostrar que nuestra proposición práctica, que deja a cada uno libre en su religión, no sería más que una hipocresía, un disimulo de nuestras intenciones antirreligiosas reales, y ello verdaderamente con el fin de ganarnos en masa a los trabajadores religiosos.

Nosotros reclamamos que la religión sea considerada como asunto privado de cada individuo, que cada cual debe decidir por sí sin que otros tengan nada que decir o prescribir. Esta reivindicación ha nacido como algo evidente para las necesidades de nuestra práctica. En efecto, es totalmente exacto que de esta manera nos hemos ganado en masa a trabajadores sin religión y a trabajadores religiosos de diferentes confesiones, lo que significa que ellos quieren asociarse a una lucha común por su interés de clase. El objetivo del movimiento obrero socialdemócrata no es otro que la transformación económica de la sociedad, el paso de los medios de producción a la propiedad colectiva. Es, pues, normal que se deje a un lado todo lo que es extraño a este objetivo y todo lo que pudiese conducir a diferencias entre los obreros. Se necesita toda la estrechez de miras interesada de los teólogos para impu-

tarnos, en lugar de un objetivo reconocido abiertamente, otro objetivo secreto, la abolición de la religión. A fin de cuentas, uno no puede sorprenderse de que aquel que orienta todo su pensamiento hacia sutilezas religiosas y que no tiene una mirada para la gran miseria y la magnífica lucha de los proletarios, no vea en el derrocamiento liberador del modo de producción y el cambio espiritual y religioso que le acompaña, más que un paso a la incredulidad y pase ante la abolición de la miseria, de la opresión, de la servidumbre y de la pobreza como ante algo indiferente.

Nuestro principio práctico a propósito de la religión ha nacido de la necesidad del combate práctico; de ello resulta ya que también debe estar de acuerdo con nuestra teoría, la cual basa el socialismo totalmente en la práctica de la lucha cotidiana. El materialismo histórico ve en las relaciones económicas la base de toda la vida social; se trata siempre de necesidades materiales, de luchas de clases, de trastornos del modo de producción, allí donde la manera de encarar las cosas anteriormente, y la de los combatientes mismos, descubría discordias y luchas religiosas. Las ideas religiosas no son más que una expresión, un reflejo, una consecuencia, de las relaciones de vida reales de los hombres y, por tanto, en primer lugar, de las situaciones económicas. Hoy también se trata de un cambio económico de arriba abajo pero, por primera vez en la historia, la clase que debe realizarlo tiene clara conciencia de que no se trata de la victoria de cualquier concepción ideológica. Esta clara conciencia, que extrae de la teoría, la expresa en la reivindicación práctica: ¡la religión es un asunto privado!; por tanto, esta reivindicación es tanto una consecuencia de la clara conciencia científica como de la necesidad práctica.

De esta concepción, a saber, la que tiene el materialismo histórico de la religión, resulta que de ninguna manera puede ser puesta en el mismo saco que el ateísmo burgués. Este último se oponía de manera directa y hostil a la religión porque veía en ella la teoría de las clases reaccionarias y el obstáculo principal para el progreso. No veía en la religión más que estupidez, insuficiencia de conocimientos y de instrucción; por lo cual esperaba poder extirpar la fe ciega de los campesinos y de los pequeños burgueses estúpidos por medio del racionalismo científico, especialmente por medio de la ciencia de la naturaleza.

Por el contrario, nosotros vemos en la religión un producto necesario de las condiciones de vida, que son esencialmente de naturaleza económica. El campesino al que los caprichos del tiempo proporcionan una buena o mala cosecha, el pequeño burgués al que las condiciones de mercado y de competencia pueden ocasionar una pérdida o una ganancia, se siente dependiente de potencias misteriosas superiores. Contra este sentimiento inmediato, la ciencia libresca, a saber, que el tiempo está determinado por fuerzas naturales y que los milagros de la Biblia son leyendas inventadas completamente, no sirve para nada. Los campesinos y los pequeños burgueses se oponen a este saber, incluso si es a disgusto y con desconfianza, pues proviene de la clase que los oprime y porque ellos mismos, en tanto que clases en declive, no pueden encontrar en él un arma, la salvación, y ni siquiera consuelo. No pueden imaginarse un consuelo más que en medios sobrenaturales, en representaciones religiosas.

Es al revés para el proletario que tiene una conciencia de clase; la causa de su miseria está claramente delante de él, en la naturaleza de la producción y de la explotación capitalistas, la cual no tiene para él nada de sobrenatural. Y puesto que se le propone un futuro lleno de es-

peranza, y siente que necesita el saber para poder romper sus cadenas, se lanza con un fervor ardiente al estudio del mecanismo social. De esta manera, toda su concepción del mundo, incluso si no sabe nada de Darwin y de Copérnico, es una visión no religiosa; siente las fuerzas con las que tiene que trabajar y combatir como frías realidades seculares. Y por tanto, la irreligiosidad del proletariado no es una consecuencia de algunas lecciones que se le habrían predicado, sino un sentimiento inmediato de su situación. Recíprocamente, esta disposición de espíritu que nace de la participación en las luchas sociales tiene por efecto que los trabajadores se apoderen con diligencia de todos los escritos racionalistas y antiteológicos, de Büchner* y de Häckel**, a fin de dar, por el conocimiento de las ciencias de la naturaleza, un fundamento teórico a esta manera de pensar. Este origen del ateísmo proletario tiene como consecuencia que el proletariado nunca lo hace aparecer como objeto de lucha contra aquellos que tienen opiniones diferentes; sus únicos objetos de lucha son sus concepciones y sus fines sociales que constituyen lo esencial de su visión del mundo. Los proletarios que, en tanto que camaradas de clase, viven bajo la misma opresión, son sus camaradas de lucha naturales, incluso si los efectos mencionados están ausentes en ellos por circunstancias particulares. Hay,

* Parece que se trata de Friedrich Büchner (nacido en 1824), naturalista y filósofo materialista alemán, autor de *Fuerza y Materia* (1855) y de *Naturaleza y Espíritu* (1857). Büchner es un vulgarizador y un polemista popular que militaba por el método científico experimental. (n.d.t.f.)

** Ernst Häckel (1834-1919), biólogo y filósofo alemán, fue un partidario convencido de la teoría de la evolución y popularizó el trabajo de Darwin en Alemania. Es considerado también como el padre de la ecología. Para algunos, está en el origen de una clasificación de las razas, por su jerarquización en un cuadro evolucionista y sería, por tanto, un precursor de la doctrina biológico-política nazi. (n.d.t.f.)

efectivamente, tales circunstancias particulares, abstracción hecha de la fuerza de la tradición que opera en todas partes y que no puede ser vencida más que progresivamente. Los proletarios que trabajan en condiciones en las que fuerzas naturales poderosas, terribles, imprevisibles, los amenazan de muerte y de perdición, como los mineros y los marinos, conservarán frecuentemente un fuerte sentimiento religioso, mientras que pueden ser al mismo tiempo luchadores vigorosos contra el capitalismo. La actitud práctica que resulta de este estado de cosas es aún desconocida con frecuencia por nuestros camaradas de partido que creen tener que oponer a la creencia cristiana nuestras concepciones como “una religión superior”.

Por tanto, en lo que concierne a la relación entre el socialismo y la religión, es exactamente al revés de como se la representan nuestros enemigos teológicos. Nosotros no hacemos renunciar a los trabajadores a su creencia anterior por la prédica de nuestra teoría, el materialismo histórico, sino que ellos pierden su creencia después de observar atentamente las relaciones sociales, lo que les hace reconocer la abolición de la miseria como un objetivo al alcance de la mano. La necesidad de comprender estas relaciones cada vez más profundamente los lleva a estudiar los escritos materialistas-históricos de nuestros grandes teóricos. Éstos no actúan de manera hostil a la religión, pues ya no hay creencia; por el contrario, presentan una apreciación de la religión en tanto que fenómeno fundado históricamente que no desaparecerá sino en circunstancias futuras. Esta doctrina nos preserva, pues, de hacer resaltar las diferencias ideológicas como lo que es importante, pone en primer plano nuestro objetivo económico como la única cosa importante, y expresa esto en la reivindicación práctica: la religión es un asunto privado.”

Segunda objeción

¿Por qué, cuando relaciones de producción antiguas han debido ceder el lugar a nuevas, las viejas religiones continúan, no obstante, existiendo aún mucho tiempo?

Se debe responder a esta pregunta pues este hecho es utilizado por nuestros adversarios como una objeción contra nosotros. La respuesta no es difícil.

Primeramente, un viejo modo de producción no muere nunca súbitamente. En los siglos precedentes, este decaimiento ha tenido lugar de manera extremadamente lenta, e incluso ahora, cuando la gran industria suplanta tan rápidamente la antigua técnica, la desaparición de la pequeña empresa tardará aún mucho tiempo en efectuarse. Por tanto, quedará aún durante mucho tiempo suficiente lugar para la vieja religión.

En segundo lugar, el espíritu humano es perezoso. Incluso cuando el cuerpo se encuentra ya en nuevas relaciones de trabajo, el pensamiento no toma rápidamente nuevas formas. La *tradición*, la costumbre, hacen presión sobre el cerebro de los seres vivos. El obrero puede observar esto fácilmente a su alrededor: he aquí dos hombres que se encuentran uno al lado del otro en la misma fábrica, con la misma miseria, las mismas dificultades. Y, sin embargo, uno es un débil de espíritu que no quiere luchar, que es incapaz de aprender a pensar libremente y que sigue al sacerdote en materia de política, de religión y de sindicato. El otro está lleno de vida, todo es combatividad en él; habla sin interrupción, hace propaganda sin parar, se agita incesantemente, su consigna es: ni Dios ni amo.

Es la tradición la que actúa aquí al lado de la diferencia de temperamento. El catolicismo, aunque haya podido presentarse bajo nuevas formas, es una religión adaptada a antiguas relaciones. Como consecuencia de la inercia que queda fijada tanto en el pensamiento como en la

materia, resiste firmemente. Mucho tiempo después de que un modo de producción haya desaparecido se puede encontrar a veces todavía sus viejas flores desecadas.

En tercer lugar, las clases ascendentes y las clases amenazadas actúan de manera que su vieja manera de pensar continúa existiendo aún mucho tiempo. En otros tiempos, cuando la lucha de clase era llevada todavía bajo formas religiosas, bajo consignas religiosas, una clase ascendente, que aspiraba a otras relaciones sociales que la clase gobernante, tenía con frecuencia una nueva religión que correspondía a lo que *ella* consideraba como bueno, justo y verdadero. Así, por ejemplo, el calvinismo fue al principio una religión de rebeldes. Pero una vez que la clase ascendente suplantó a la antigua y se convirtió en la clase dominante, entonces transformó, a su vez, su religión en religión dominante; entonces la impuso a la fuerza a todo el mundo, pero de esta manera cambió el carácter revolucionario de la religión en un carácter conservador; también expresó en esta religión sus propias *nuevas* relaciones. Así el cristianismo – antaño la religión de los pobres y de los sin propiedad, y en aquella época todavía, de manera extremadamente simple y sin adornos, una religión del amor y de ayuda mutua – se convirtió, en tanto que Iglesia oficial, en un sistema muy complejo de dogmas, de ceremonias, de representantes de Dios sobre la tierra, de jerarquía y de explotación, que se parecía muy poco al primer cristianismo. La clase que llega al poder y entra en otras relaciones, cambia simplemente la naturaleza de la religión y, de medio de lucha, hace de ella un medio de opresión.

Y esto lo vemos igualmente en nuestros días.

Las clases dominantes, que reivindicaban para ellas mismas el goce, han inculcado a los oprimidos y utilizado contra los oprimidos la sumisión, la humildad y el sufrimiento resignado, esa parte de la doctrina de Jesús,

después que el cristianismo se ha convertido en la religión de estas clases. Cuando las clases poseedoras eran revolucionarias, como los calvinistas y los otros protestantes, no predicaban para sí mismas la tolerancia sino la lucha. Pero ahora que se levanta una clase que se opone a ellas, clase que no quiere sufrir sino luchar hasta la victoria, entonces la antigua religión del sufrimiento es utilizada de nuevo por todos, incluso por las sectas que antes eran revolucionarias, para alejar de la lucha al menos una parte de las clases ascendentes.

No nos sorprende que, por el efecto conjunto de las antiguas relaciones de producción que subsisten todavía, de la tradición y de la dominación de clase, una antigua religión conserve aún durante mucho tiempo su existencia y su fuerza. Y, por tanto, que ya no tenga vida interior rica sino que se parezca más bien a restos fosilizados, tampoco debe sorprendernos puesto que ahora sabemos que la religión ha nacido de la sociedad.

G. El arte

Sólo podemos tocar brevemente este dominio del espíritu, porque el proletario todavía no se aventura desgraciadamente en él.

Pero que nuestra doctrina tenga que aplicarse aquí, precisamente aquí, puede explicarse gracias a la observación siguiente y a un solo ejemplo.

El arte es, en sus líneas, sus colores o sus tonos, la representación figurativa de la vida *emocional*. El hombre no tiene sentimiento para ninguna otra cosa más que para el hombre. Por esta razón el arte debe cambiar al mismo

tiempo que cambian las relaciones del hombre con el hombre.

Lo que sigue puede servir para ilustrar esto.

El individuo de la sociedad burguesa está solo y dominado por la producción y los productos. Esto debe manifestarse en el arte; desde el arte burgués griego del siglo V antes de Jesucristo hasta hoy, esto se *manifiesta* también.

El individuo de la sociedad socialista tiene el sentimiento de que forma un todo con los demás, que tiene fuerza gracias a los demás y que domina la producción y los productos. Esto se manifestará necesariamente un día en su arte; este sentimiento de dominio, de libertad, de felicidad con *todo el mundo* debe exteriorizarse y se exteriorizará con tanta certeza como el deseo de exteriorización es inherente al hombre social. Pero este arte será tan diferente del arte burgués, es decir, enormemente diferente, como el individuo socialista lo será del individuo burgués. Y esta diferencia será provocada - ¿tenemos necesidad de repetirlo otra vez? - por el hecho de que las relaciones de producción, que ahora se basan en la propiedad privada y el trabajo asalariado, descansarán entonces en la propiedad colectiva y el trabajo en común.

VI

Conclusión

Con lo que antecede hemos resuelto el problema que nos habíamos planteado. Examinemos una vez más lo que ha resultado de ello.

Hemos visto que la ciencia, el derecho, la política, la costumbre, la religión y la filosofía, el arte, cambian porque cambian las relaciones de producción, las cuales son cambiadas a su vez por el desarrollo de la técnica.

Esto lo hemos visto confirmado por una serie de ejemplos totalmente simples, generalmente conocidos pero muy vastos, que abarcan clases y pueblos enteros.

Evidentemente, no podíamos suministrar una serie interminable de ejemplos, y sin duda hay muchos trozos de historia que, si nos fuesen propuestos para que explicásemos el materialismo histórico, nos pondrían en un apuro pues nosotros no sabemos lo bastante de ellos como para explicar todo lo que se le ocurra a nuestros adversarios. Pero precisamente por esto hemos puesto ejemplos muy vastos porque, *si* son exactos en su gran amplitud, apenas puede ponerse en duda la exactitud de la teoría.

Además, el materialismo histórico ha sido aplicado por nuestros camaradas, en primer lugar en Alemania, pero también en otros países, en todos los dominios de la historia, con un éxito tan aplastante que podemos decir tranquilamente: la experiencia ha demostrado la justeza de esta parte de la doctrina marxista.

Hemos visto además que el materialismo histórico no debe ser considerado en absoluto como una forma en la que sólo hay que introducir las cuestiones históricas. Hay que empezar por estudiar. Si se quiere saber por qué una clase, un pueblo, piensa de una manera determinada, que no se diga: pues bien, el modo de producción era esto o aquello y, por tanto, produce esta manera de pensar. En efecto, nos equivocariásemos con frecuencia, pues la misma técnica ha producido en un pueblo una manera de pensar muy diferente a otro, de la misma manera que modos de producción diferentes pueden también reposar efectiva-

mente, en pueblos diferentes, sobre la misma técnica. Asimismo deben ser examinados otros factores, la historia política del pueblo, el clima, la situación geográfica, todos los cuales, junto con la técnica, tienen también su influencia sobre el modo de producción y sobre la manera de pensar. El materialismo histórico, el efecto de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, aparece a plena luz de manera resplandeciente *en su entorno* sólo cuando se conocen los otros factores.

Quien no pueda cursar estudios históricos, que se contente con la observación de nuestra propia época, de la lucha entre el capital y el trabajo, cuyo reflejo es visible con toda claridad ante todo en el espíritu del trabajador, y a cuya comprensión puede llegar muy bien el trabajador con su esfuerzo gracias a buenas lecturas y a la asistencia a buenos cursos.

Hemos visto igualmente que los diferentes dominios del espíritu no son espacios cerrados. Juntos forman *un todo único*, todos influyen mutuamente unos sobre otros, la política sobre la economía, la costumbre sobre la política, la técnica sobre la ciencia, y recíprocamente. Hay una interacción, una retroacción, una supervivencia permanente, de la vida espiritual que floreció otras veces. Pero su fuerza motriz es el trabajo, y los canales por los que discurren los ríos espirituales son las relaciones de producción.

La tradición es también una fuerza, con frecuencia una fuerza que frena.

Todo el proceso es, como hemos visto, un proceso *humano*, que se realiza gracias al hombre, entre los hombres, y en el hombre, es decir, que no es un proceso mecánico. Hemos podido demostrar en repetidas ocasiones que la *necesidad* humana y los *instintos* humanos son el fun-

damento de todo acontecimiento, y que el instinto social es el fundamento del instinto de conservación y de reproducción. Los instintos y las necesidades no son cosas mecánicas, son igualmente cosas espirituales, son cosas vivas, son *sentimientos*, y sin duda nada simplemente mecánico. Hemos visto que nada es más estúpido o pérfido que confundir el materialismo histórico con el materialismo mecánico. La técnica misma no sólo es un proceso mecánico, es también un proceso mental.

Hemos visto igualmente que el gran medio del que se vale la naturaleza para la evolución del pensamiento humano, la lucha, es, en nuestros días, ante todo la lucha de clase. Hemos visto, por medio de numerosos ejemplos, que la técnica transfiere las clases a diferentes relaciones de producción y de propiedad y que, de esta manera, sus ideas chocan entre sí de manera agresiva; que de ello resulta una lucha entre ellas por la propiedad, y al mismo tiempo una lucha de ideas que afectan al derecho, la religión, etc.; que la victoria material de una clase es al mismo tiempo la victoria de sus ideas.

Hemos visto todo esto y creemos poder sacar tranquilamente la conclusión de que el pensamiento cambia continuamente, que el pensamiento está incesantemente en movimiento, y que no hay, en todos los dominios que hemos tratado, verdades eternas, que la única cosa que es eterna, absoluta, es el cambio, la evolución. Y es justamente también la cosa general, la gran verdad que, como decíamos al principio, si no las hubiésemos tratado de manera específica, resultarían, no obstante, de nuestras experiencias. El lector habrá observado que no hemos dado este resultado como un dogma establecido de antemano, sino como una consecuencia de los hechos, de la simple experiencia histórica.

La fuerza de la verdad

Sin embargo, en ningún caso hemos dado estos análisis para transformar a los trabajadores en *filósofos*. Esto tendrá ciertamente interés si el lector comprende que el espíritu, como todas las cosas, no es una cosa absoluta, sino *que se transforma*; esta comprensión, en tanto que verdad filosófica, por mucha influencia favorable que tenga sobre su espíritu, no deja de seguir siendo un resultado secundario.

Nosotros nos hemos fijado otro objetivo, nosotros hemos querido transformar a los trabajadores en combatientes. Y en vencedores. Mientras leían atentamente estas explicaciones, con seguridad han debido sentir que crecía su fuerza interior.

¿Qué resulta, pues, de nuestra doctrina y de nuestros ejemplos?

Si la técnica cambia de tal manera que transforma en clase poderosa una clase insignificante, en combatiente una esclava, entonces las ideas de esta clase deben también, de insignificantes, convertirse en poderosas, de serviles, convertirse en eminentes. Y si la técnica transforma, a fin de cuentas, esta clase en vencedora, sus ideas deben llegar a ser finalmente las únicas verdaderas.

Nuestra intención es dar a la clase obrera la seguridad de que tiene la *verdad*, y la confianza en su espíritu.

En efecto, la técnica hace que la clase proletaria sea tan numerosa como la arena a la orilla del mar; la organiza, la empuja al combate, la transforma espiritual, moral y materialmente en una clase poderosa. Las antiguas relaciones de producción, la propiedad privada, se han hecho demasiado estrechas para el trabajo moderno; el

trabajo se ha hecho social; sólo con la propiedad social puede ser realizado y desarrollarse libremente. La técnica, en estrechez en los restos de la pequeña empresa, en las sociedades por acciones y los trusts, exige la propiedad colectiva para poder desplegar en todas partes sus alas sin obstáculos. No quiere ser, ahora excitada artificialmente, ahora frenada. Y los obreros organizarán finalmente la técnica y las relaciones de producción a su voluntad, precisamente porque la técnica hace de ellos una clase poderosa y porque su voluntad expresa la exigencia de la técnica.

Pero, igualmente por esta razón, las ideas de los trabajadores, que descansan sobre esta convicción, *en la medida* en que descansan sobre ella, son todas *verdaderas*. En efecto, si la realidad da la razón a los trabajadores y, por tanto, si la propiedad de los medios de producción se hace colectiva, entonces todas sus ideas que apuntan a esto, *en la medida* en que apuntan a esto, son igualmente justas y las de sus adversarios, que no quieren esto, son equivocadas. Si alguna vez el suelo y las máquinas pertenecen a todo el mundo, entonces es *justo* que sea así, y la concepción de los que querían esto se *revela* verdadera; cuanto más se acerque la realidad a esta situación, tanto más *verdadera* y *justa* es la idea del proletariado sobre el derecho, tanto más *falsa* es la concepción de sus adversarios, y en contradicción con la realidad. Y lo mismo sucede con su política. Si los obreros deben llegar a ser, a causa de la técnica, la clase más fuerte en número, en organización, en potencia material, sus puntos de vista políticos que expresan esto son *verdaderos*, y los de los adversarios, que se oponen a esto, *falsos*.

La verdad es, en efecto, la concordancia entre el pensamiento y la realidad.

Si el socialismo de la clase obrera es una exigencia de la técnica, si, sin él, la producción no puede continuar desarrollándose, entonces la moral del proletariado, en la medida en que concierne a este fin, es también la moral justa.

Si la clase obrera tiene razón al creer que el socialismo no puede llegar sino por el desarrollo de las fuerzas productivas y a partir de que las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad han sido comprendidas por la clase obrera, entonces también tiene razón al no aceptar nada sobrenatural, pues ya no hay fundamento para ello, y todos sus adversarios que se adhieren a una religión están imbuidos entonces de supersticiones.

Y así ocurre en todos los dominios: el desarrollo de la técnica actúa de manera que una clase se eleva o declina no sólo material, sino también espiritualmente. Cuando se hacen realidad las relaciones que una clase quiere, sus ideas, por las cuales las quiere, se hacen entonces verdaderas. No es sorprendente puesto que la idea no es más que la teoría, la consideración, el resumen de la realidad en un concepto general.

Por esta razón hemos intentado con todas nuestras fuerzas hacer claro el materialismo histórico a los trabajadores. La fuerza de la verdad debe vivir en el espíritu del proletariado.

La fuerza del individuo

Esta última frase nos lleva por sí misma a una buena conclusión: la fuerza de la verdad debe vivir en el espíritu del trabajador.

Con seguridad, la técnica arrastra hacia el socialismo. Nosotros no hacemos la historia *por nuestra propia voluntad*.

“El trabajo se hace social”. “Las relaciones de producción deben hacerse socialistas”. “Las relaciones de propiedad exigen la socialización”.

Es cierto. La materia social es más poderosa que el espíritu del individuo. El individuo *debe* seguir allí adonde aquella conduce.

Pero la técnica se compone de máquinas y de *hombres*. El trabajo en la producción significa manos humanas, cerebros humanos y corazones humanos que toman parte en ella. Las relaciones de propiedad son ahora relaciones entre propietarios y no propietarios.

Una vez más: el proceso es un proceso vivo. La potencia social que nos arrastra no es una fatalidad muerta, una masa compacta bruta de materia. Es la sociedad, es una fuerza viva.

A decir verdad, nosotros *debemos* ir en la dirección en que ella va. El proceso de trabajo nos arrastra en una dirección que nosotros no determinamos por nosotros mismos. Nosotros no hacemos la historia *por nuestra propia voluntad*.

Pero... la hacemos nosotros.

No es un destino ciego sino la sociedad viva la que os destina a vosotros, trabajadores, a traer el socialismo.

Vosotros, en tanto que clase, no podéis hacer otra cosa. Vosotros debéis querer salarios más elevados, una vida más feliz, más descanso. Vosotros debéis organizaros. Vosotros debéis combatir al Estado, vosotros debéis conquistar el poder político, vosotros debéis vencer. Es la producción, es el trabajo vivo los que lo quieren.

Pero, ¿no depende también de vosotros personalmente que esto se realice *rápida, agradable, correctamente*? ¿No es precisamente porque debéis hacerlo en tanto que potencia *viva* por lo que dependerá de vosotros, individuos vivos, hombres, mujeres y niños vivos, no *que* se haga, sino *cómo* se hará?

Esto depende de vuestro cuerpo y de vuestro espíritu.

Proletarios físicamente vigorosos y espiritualmente fuertes realizarán mejor que proletarios débiles lo que hay de más magnífico y de más grande que jamás haya visto el mundo.

No depende de vuestros deseos el ser, bajo el capitalismo, físicamente tan saludables como lo necesitáis. El nivel de los salarios, el tiempo de trabajo, la vivienda, no dependen sólo de vosotros. Pero depende de vosotros en un grado muy importante que espiritualmente seáis sanos. Podéis acoger plenamente, completamente, en vuestro espíritu, la potencia y la fuerza de la verdad, de la verdad social socialista, aun cuando vuestro cuerpo no sea del todo tan fuerte.

Es algo característico del espíritu. El ser social lo domina de tal manera que puede estar flojo, fatigado, agotado mortalmente, que ya no tiene movimiento.

Pero que la técnica lo despierte, que le muestre en el horizonte un punto luminoso, una felicidad, una meta. Que le indique la victoria a una clase por medio del ser social, entonces el espíritu del que pertenece a esta clase se convierte en algo que se pone en movimiento; entonces se inflama, vive, aspira a algo, actúa, entonces la expresión según la cual el espíritu domina al cuerpo se hace verdad. El espíritu llega a ser entonces más que el cuerpo; por más que el cuerpo sea débil, subalimentado, anémico, con mil

penas y preocupaciones, el espíritu se hace poderoso, el espíritu se hace libre.

Trabajador, camarada, es necesario que se te diga que tu espíritu puede llegar a ser libre ya bajo el capitalismo. El proceso de producción puede hacerte libre espiritualmente desde ahora. Debes liberarte del yugo espiritual de la burguesía. El materialismo histórico te enseña la relación entre la naturaleza y los hombres. Te enseña que se aproxima el tiempo en que no sólo la humanidad dominará la naturaleza sino en que ella se dominará a sí misma. Te enseña que tú estás llamado a acelerar la llegada de este tiempo. El que comprende esto y actúa en función de esta comprensión es libre espiritualmente. *Sólo éste puede, con su fuerza individual, ayudar a que su clase llegue a la sociedad nueva.*

El espíritu debe ser revolucionado. Debe extirparse el prejuicio, la cobardía. Lo más importante es la propaganda espiritual. El saber, la potencia espiritual, es lo primordial, lo más necesario de todo.

Sólo el saber crea una buena organización, un buen movimiento sindical, la política justa y, por tanto, mejoras en los dominios económico y político.

Ninguna prosperidad será posible mientras exista el capitalismo.

Sólo el socialismo aportará la prosperidad.

Pues bien, el socialismo no podrá ser alcanzado, el combate difícil para llegar a él no podrá ser llevado más que por gentes enérgicas espiritualmente que se han liberado intelectualmente.

Hacer fuerte primero su propio espíritu y después el espíritu de sus camaradas, en eso consiste la gran y única fuerza del individuo, gracias a la cual puede hacer llegar el futuro rápidamente.

Intentadlo, trabajadores, camaradas. Bebed en el desarrollo de las fuerzas productivas que tenéis ante los ojos e incluso en vuestras manos, lo que debéis encontrar en ellas: la nueva verdad, la visión socialista del mundo. ¡Y propagadla!

LAS DIVERGENCIAS TÁCTICAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO

por Anton PANNEKOEK

HAMBURGO 1909

I. El objetivo de la lucha de clase

La táctica de la lucha de clase proletaria es una aplicación de la ciencia, de la teoría, que nos permite aprender a conocer las causas y las tendencias de la evolución social.

El modo de producción capitalista transforma la producción de valores de uso socialmente necesarios en un medio de ampliar el capital. El propietario de capitales compra la fuerza de trabajo de los obreros que no poseen medios de producción, la emplea en poner en movimiento los medios de producción que le pertenecen, y se apropia así del producto del trabajo, del valor engendrado por este trabajo. La fuerza de trabajo crea un valor mayor que el valor necesario para su reproducción; la explotación de esta fuerza de trabajo constituye un medio de acrecentar las riquezas; lo que los obreros producen por encima del valor de su fuerza de trabajo, la plusvalía, va a los capitalistas y sirve, en su mayor parte, para el aumento del capital.

No obstante, la propiedad más importante del capital no reside en esta estructura, en este carácter general de explotación, sino en su *desarrollo* rápido hacia formas cada vez más nuevas. La fuerza motriz de este desarrollo es la competencia.

Las leyes de la competencia hacen que la totalidad de la plusvalía que producen todas las empresas capitalistas no se reparta de modo proporcional entre todos los capitales. Las empresas que tienen las máquinas y los métodos más productivos y que, por consiguiente, pueden pro-

ducir a precios más bajos, consiguen una superganancia, mientras que las empresas menos productivas no obtienen más que una ganancia menor, o ninguna ganancia en absoluto, y a veces sufren pérdidas.

La primera consecuencia de esta situación es un *crecimiento constante de la productividad del trabajo social*. Los resultados de una ciencia de la naturaleza en desarrollo rápido sirven para mejorar los métodos de trabajo y para perfeccionar las máquinas. Se emprende una carrera con miras a utilizar la mejor técnica; los medios técnicos menos perfeccionados son desechados; la capacidad de producción de las máquinas y el rendimiento del trabajo aumentan incesantemente.

Por regla general, los instrumentos más grandes y más caros son también capaces del mejor rendimiento. Y gracias a estos instrumentos, las grandes empresas, en las que se ponen en obra una mayor división del trabajo y una mayor economía de gastos, trabajan a mejor precio que las pequeñas. *La gran empresa es, por lo general, la más productiva*. Por ello la gran empresa tiene ventaja en la lucha de la competencia y rechaza cada vez más lejos a la pequeña empresa. La gran empresa necesita grandes capitales para adquirir máquinas grandes y caras. De ello resulta la necesidad, para los capitalistas, de hacer crecer cada vez más sus capitales. Recíprocamente, la mayor parte, y con mucho, de la plusvalía global afluye hacia los capitales más grandes, de manera que proporcionalmente crecen mucho más rápido que los pequeños capitales.

Las consecuencias de esta evolución se manifiestan por un cambio continuo de la estructura de la sociedad. *El declive de la clase media autónoma* se ha realizado casi completamente en el dominio de la producción; ya no se encuentra la pequeña empresa más que en ramas particulares, ante todo en el trabajo de reparación. En el dominio

del comercio al por menor, el cambio está actualmente en curso. Este declive va parejo con un *aumento del proletariado que no posee nada*, el cual se recluta en parte en esta antigua pequeña burguesía, en parte entre los campesinos que emigran del campo y que es absorbido por la gran industria. *La concentración del capital*, que no va lo suficientemente rápido por la vía natural del crecimiento de los grandes capitales particulares, es acelerada por el hecho de que los pequeños capitales son reunidos en sociedades por acciones y por intermedio de los bancos y de esta manera son reagrupados en capitales más grandes. La organización de las empresas se modifica; el capitalista, que antes dirigía al mismo tiempo la producción, se aparta cada vez más; la gestión de las grandes empresas recae en empleados asalariados, los directores, que tienen a sus órdenes todo un estado mayor de jefes de servicio, de inspectores y de contra maestres, de técnicos, de ingenieros, de químicos, etc. Éstos constituyen *una nueva clase media* que se diferencia de la antigua clase media por su posición de dependencia. Los propietarios de capitales pierden así todo papel activo en el proceso de producción y se ven reducidos cada vez más a la función de *puros parásitos*. La producción sigue totalmente sin ellos, pero su interés sigue siendo, no obstante, dueño de la producción.

Esta evolución del capitalismo conduce a contradicciones cada vez mayores. Las enormes fuerzas productivas permiten una multiplicación casi ilimitada de los productos, que podrían servir para la satisfacción de las necesidades humanas; pero, a partir del momento en que son puestos sin freno en el mercado, chocan con el poder de compra limitado de las masas, y una *crisis económica* arruina a innumerables pequeñas empresas y transforma a una gran cantidad de obreros en parados. Las relaciones sociales nuevamente creadas, que condenan la masa de

productores a una pobreza constante y a una existencia cada vez más incierta, y atribuyen todos los frutos de la productividad acrecentada del trabajo a una minoría de parásitos, están en contradicción con los fundamentos jurídicos de la economía privada; *la propiedad privada de los medios de producción, que era, en la pequeña empresa, el medio para cada uno, gracias a su trabajo, de procurarse los elementos de su subsistencia, se convierte en el capitalismo en un medio de expropiar a los productores de los frutos de su trabajo.* La producción se ha hecho colectiva, social, y está en contradicción con la forma tradicional de propiedad de la apropiación privada.

Estas contradicciones se hacen todavía más agudas porque el resultado de la libre competencia, la concentración de las empresas, conduce a la abolición parcial de la libre competencia. Una vez que ha desaparecido la masa de los pequeños empresarios, es más ventajoso para los grandes empresarios que subsisten aliarse que destruirse por la competencia hasta el agotamiento. *La coalición toma el lugar de la competencia.* Estas coaliciones van en la dirección de una solidez cada vez mayor, comenzando por simples acuerdos sobre los precios y luchas intermitentes, para llegar a los sindicatos y a la forma de organización estable de los *trusts*, que reúnen a todas las empresas individuales en una empresa gigante única. Aquí queda suprimida la anarquía ilimitada de la producción privada; aparece una regulación parcial de la producción. Pero las ventajas de esta regulación no aprovechan más que a los capitalistas muy grandes que mandan en los trusts y que utilizan su control de la producción para desangrar a todos los consumidores. Sindicatos y trusts constituyen una forma superior de organización, pues es abolido el despilfarro de energía ocasionado por las pequeñas empresas poco productivas y por la competencia mutua. Pero al mismo tiem-

po desaparece también el producto de la competencia, es decir, el aguijón del crecimiento continuo de la productividad del trabajo.

Estas contradicciones, que se acrecientan cada vez más bajo el capitalismo, son suprimidas finalmente por el hecho de que es derrocado el modo de producción mismo. Al abolir el título de los capitalistas que viven como parásitos, la producción deja de servir a la pasión de la ganancia; las empresas individuales ya no se oponen como competidores, sino que se convierten en miembros de una producción social regulada conscientemente. La masa del pueblo, los productores, vuelven a ser los dueños de los medios de producción de los que se sirven ahora para la satisfacción de sus necesidades. No individualmente, sino colectivamente: trabajan como colectividad con miras a las necesidades colectivas. Entonces podrán ser liberadas las fuerzas productivas; cuanto más poderosamente se desarrollen, tanto más profusamente suministrarán una multitud de productos, tanto más reducido será el trabajo que deberán realizar los miembros de la comunidad para su subsistencia. *La socialización de los medios de producción, la producción socialista, resuelve las contradicciones del capitalismo.*

Por tanto, la evolución del capitalismo revela por sí misma el fin al que conduce; acrecienta las contradicciones del capitalismo hasta un grado en que se hacen insostenibles y en que provocan una conmoción, una revolución social, que trae consigo la substitución del capitalismo por un nuevo modo de producción, el modo de producción socialista.

Pero estas contradicciones no producen mecánicamente tal revolución. Sólo lo hacen en la medida en que son sentidas por los hombres como inconvenientes. *Todas las relaciones de producción son relaciones humanas; to-*

do lo que ocurre en la sociedad es debido a la intervención de los hombres. La invención y la introducción de nuevas máquinas, la competencia, la concentración de los capitales, la creación de fábricas cada vez más grandes, la formación de sindicatos y de trusts, todo esto es obra del hombre. Ciertamente, no se trata de acciones humanas que obedecen a un propósito global, a una voluntad clara; cada hombre no ve más que su propia situación, sólo es movido por la necesidad o la obligación inmediata; cada cual intenta servir sus propios intereses, erigirse contra los otros, superar a los demás en la competición. El desarrollo social es el producto de todas estas acciones aisladas, de esta voluntad dispersa; no es provocado intencionadamente por nadie. Por esta razón, el resultado del conjunto de estas acciones aparece, comparada con cada acción individual, como una potencia sobrehumana; actúa como una fuerza sobrenatural, de manera inexorable, ineluctable, como una necesidad natural. *La sociedad es como un organismo sin cabeza*, privado de pensamiento de conjunto, donde nada sucede tras una reflexión consciente, donde todo se produce según leyes ciegas; y sin embargo, este organismo se compone de hombres que, individualmente, reflexionan de manera consciente.

Todas las operaciones sociales se derivan, pues, únicamente del hecho de que los hombres actúan. *Las contradicciones del desarrollo social son contradicciones sentidas por los hombres y, por consiguiente, el derrocamiento de un modo de producción no puede ser más que obra de los hombres*. Pero de ninguna manera es obra de hombres que se consideran situados por encima de la sociedad, de hombres lúcidos que serían capaces de transformar la organización social según un propósito consciente, pues cada individuo jamás hace más que aquello a lo que le empuja su interés inmediato; por el contrario, son

las acciones que los hombres emprenden necesariamente, de una manera en cierto modo instintiva, para satisfacer sus intereses, las que tienen como resultado global el derrocamiento del modo de producción.

Los intereses de los miembros de una misma clase concuerdan, mientras que los de clases diferentes divergen o se oponen. La persecución de estos intereses conlleva, pues, *la lucha de las clases*. El interés del obrero explotado se opone al del capitalista explotador; el capitalista quiere acrecentar lo más posible la explotación a fin de que la plusvalía, gracias a la cual aumenta su capital, sea la mayor posible; con este fin intenta rebajar los salarios, prolongar la duración del trabajo y ampliar la intensidad de éste. El obrero, cuya fuerza vital y cuya salud decaen a causa de esto, le resiste; por el contrario, aspira a un salario más elevado, a una duración de trabajo más corta, a fin de que su existencia sea algo un poco humano. Las condiciones de trabajo se convierten, pues, en el objeto de una lucha en el curso de la cual los obreros y los capitalistas se oponen los unos a los otros, primero de manera aislada, pero, progresivamente, a medida que comprenden el carácter de clase de sus intereses, se unen con sus compañeros de clase, creando organizaciones.

La lucha de clase del proletariado se desarrolla poco a poco. Comienza con las revueltas aisladas de los obreros de ciertas fábricas contra las condiciones de trabajo por ser demasiado insoportables. Poco a poco, estos obreros constituyen asociaciones permanentes, y comienzan a ver claramente que sus intereses no entran en conflicto con los de los empresarios por casualidad, sino que están en contradicción duradera. Entonces toman conciencia de que constituyen una clase particular; su visión se extiende a toda la clase. Pero por ahí mismo, simultánea-

mente, la lucha pasa al terreno político en el que se desarrolla el enfrentamiento general entre las clases.

Mientras el Estado se les aparece como una potencia suprema que planea por encima de las clases, los trabajadores se vuelven hacia él, con ruegos o con reivindicaciones, a fin de que, por medio de leyes, ponga fin a su miseria y los proteja de una opresión demasiado fuerte. Pero, inversamente, en su lucha contra los capitalistas comprueban que éstos utilizan su hegemonía sobre el Estado para defender sus intereses de clase contra los trabajadores. Por tanto, los obreros se ven obligados a participar en el combate político. Cuanto más se dan cuenta de la dependencia del Estado de las clases explotadoras y de la importancia del poder del Estado para los intereses económicos, más deben proponerse claramente como objetivo *conquistar el poder político*. Pero si la clase obrera se propone este objetivo, debe ver claro al mismo tiempo sobre la manera como quiere utilizar su poder político; necesita un programa para el futuro. La comprensión de la naturaleza del capitalismo, que adquiere por la experiencia de la lucha de clase, le enseña que la mejora de algunos defectos del capitalismo no es suficiente. Su miseria se basa en la naturaleza más profunda del capitalismo. Es la clase que consigue percibir todas las contradicciones del capitalismo como graves males. Es ella la que sufre más con ocasión de las crisis; ella constituye la masa de los verdaderos productores que son despojados cada vez más por una minoría de parásitos inútiles de la mayor parte de sus productos. Su interés reclama la abolición de los fundamentos del capitalismo, la transformación de este modo de producción en socialismo. *Sus intereses convergen con las tendencias evolutivas del capitalismo*. Debe plantearse la revolución del orden existente, el modo de producción socialista, como objetivo final de su combate, como el programa políti-

co que debe llevar a cabo para la conquista del poder político.

Por tanto, el socialismo no llegará por la comprensión por parte de todos los hombres razonables del hecho de que es mejor que el capitalismo y suprime sus defectos. Los hombres no se dejan llevar más que por sus intereses inmediatos de clase; considerados desde el punto de vista de una regulación consciente de sus relaciones sociales, se les puede considerar, pues, como una masa inconsciente. La burguesía siente que su interés inmediato está ligado a la conservación del sistema, en el cual vive de la explotación de la clase obrera; no quiere saber nada del socialismo. Pero el socialismo es la consecuencia necesaria de una victoria de la clase obrera en la lucha de clase; sólo puede nacer de la lucha de clase. De esta manera el socialismo, objetivo social de la clase obrera, se transforma él mismo en objeto, o, mejor aún, en consigna de la lucha de clase entre la burguesía y el proletariado.

El *objetivo inmediato* de toda acción aislada en la lucha de clase cotidiana no puede ser el socialismo; éste sólo puede ser el resultado final de un largo período de lucha. *El socialismo es precisamente el objetivo final de la lucha de clase*, y, por tanto, hay que distinguir entre el objetivo final y el objetivo inmediato. En tanto que objetivo final, el socialismo ayuda a la clase en lucha a tomar conciencia de la dirección del desarrollo; en tanto que realidad futura a alcanzar, le ofrece un elemento de comparación con todas las relaciones capitalistas; por el esplendor de este ideal, incita a los mayores esfuerzos y expresa en una forma crítica nuestra comprensión científica de la naturaleza del capitalismo. Pero el fin inmediato de todas las acciones aisladas de la práctica cotidiana no puede ser más que un resultado inmediato.

Este resultado inmediato de la lucha es *el acrecentamiento de nuestro poder*. Cada clase dispone de un poder más o menos grande en la sociedad; para una clase ascendente, aumenta, y para una clase en declive, disminuye. La clase más poderosa dispone del poder; una clase que quiere conquistar el poder debe acrecentar sus fuerzas de tal manera que pueda vencer a la clase enemiga. *El acrecentamiento del poder social es, pues, el fin inmediato de la lucha de clase.*

Los factores sobre los que se construye el poder de una clase son muy diferentes para clases diferentes y dependen de las relaciones sociales generales, de las relaciones de producción, y de la función de estas últimas dentro de las primeras. El poder de la nobleza feudal en la Edad Media descansaba ante todo en la aptitud para hacer la guerra con el séquito que podía poner en pie a partir de la población que dependía de ella. El poder de la burguesía en la lucha contra el absolutismo reposaba principalmente en su dinero; la burguesía era la clase que disponía de una fuente de dinero abundante y regular, y los príncipes debían obtener de ella el dinero que necesitaban para el Estado.

El poder de la burguesía en los Estados modernos descansa en primer lugar en su carácter insustituible desde el punto de vista económico. Sus miembros están a la cabeza de las ramas de producción importantes, de la industria y del comercio, de las cuales dependen amplias capas populares. Por esta razón tiene una superioridad moral sobre estas capas, que le reconocen un papel dirigente, al menos mientras no han tomado conciencia del antagonismo de clase que les opone a ella* .

* En las últimas elecciones en América, los obreros y los pequeños burgueses han votado masivamente por el partido de los grandes trusts

Gracias a sus recursos monetarios se convierte en la clase determinante en el Estado y puede obligar a la burocracia que gobierna directamente a defender sus intereses; sus recursos monetarios hacen también que sea fuerte en el combate que le opone al proletariado. El factor importante que se añade también a esto es la conciencia popular, que reina en amplios ambientes, de que su dominación es buena y necesaria. Esto descansa parcialmente en el hecho de que una clase media muy grande se compone todavía de empresarios independientes que, aun cuando son oprimidos por el gran capital, sienten, no obstante, el mismo interés en la dominación del sistema capitalista que los grandes capitalistas mismos. Pero este factor de la conciencia popular es parcialmente un factor negativo, es decir, que consiste en una ausencia de conciencia de clase en una parte de la clase obrera. Este último factor de poder se reduce constantemente por dos razones; por un lado, disminuye continuamente el número de los que tienen un interés directo en la explotación y, por otro, cada vez más trabajadores se despiertan a la conciencia de clase y, de partidarios de la burguesía, se transforman en sus enemigos. Para una clase en declive, cuanta más importancia pierden los factores que le quedan de su poder, más se convierte cierto factor en el factor más importante de poder: *el hecho de que dispone realmente del poder de Estado*. Gracias a su poder político, una clase dominante puede todavía conservar su posición frente a una clase en ascenso, incluso si ha perdido todas las raíces del poder con las que se adhería a la tierra firme. El Estado moderno pone a disposición de la clase que lo domina grandes medios de poder, morales y físicos. Constituye una organización hábilmente articulada que, gracias a un ejército de funcio-

porque se han dicho que su interés inmediato en una buena coyuntura dependía de que los dueños de los trusts prosperasen.

narios, hace aplicar una voluntad central determinada, en todas partes, hasta en el rincón más remoto, actúa en todas partes según los mismos principios y tiene así una enorme superioridad sobre la masa del pueblo desorganizado. Dispone de una autoridad moral que mantiene artificialmente y todavía aumenta por su influencia sobre la escuela, la Iglesia y la ciencia. Dispone del medio físico de fuerza del ejército que, soldado por una disciplina firme, puede fácilmente, gracias a sus armas superiores, someter una población insubordinada, en los casos más extremos en que la justicia y la policía no bastasen para ello. Incluso si dos clases en lucha estuviesen igualadas en fuerza, la clase dominante es, por ser clase dominante, ampliamente superior a su adversario al disponer del poder de Estado.

Por tanto, la clase obrera no puede contentarse con acrecentar su poder sobre la burguesía y las clases que están aliadas con esta última, sino que debe aumentar su poder de tal manera que pueda vencer al poder de Estado y apoderarse de él.

II. El poder del proletariado

¿En qué consiste, pues, el poder social de la clase obrera?

Muy en primer lugar, en su *número*; el proletariado forma cada vez más la gran masa del pueblo; en los países desarrollados, los asalariados forman ya una importante mayoría de la población. Pero una mayoría que es dependiente de la minoría, como un numeroso lumpenproleta-

riado, por ejemplo, no puede desarrollar poder autónomo. Por tanto, al número hay que añadir la importancia económica de la clase obrera. La clase obrera se convierte cada vez más en la clase más importante económicamente de la sociedad. Los obreros que trabajan en la gran industria son mucho más importantes para la producción social que la clase todavía numerosa de los pequeños burgueses y de los pequeños campesinos proletarizados. Viven apiñados en los grandes centros, en las capitales, allí donde se concentra la vida política, mientras que el campesino, debido a su aislamiento, tiene mucha menos influencia. Las empresas que dominan, en su mayor parte, la vida social: la industria pesada, los ferrocarriles, las minas, son todas grandes empresas, y los obreros que están empleados en ellas pueden ejercer, por medio de una huelga, por ejemplo, una influencia sobre la sociedad que supera ampliamente su número. Por la importancia de su función económica, por su carácter insustituible en la producción social, el poder de la clase obrera es mucho más grande de lo que parece por su simple efectivo.

Sin embargo, el simple número y la importancia económica sola no pueden dar poder a una clase si ésta no es consciente del uno ni de la otra. Cuando una clase es incapaz de discernir su situación particular, sus intereses particulares, cuando soporta inconscientemente y sin reaccionar la dominación de sus opresores y cree que se trata del orden eterno de las cosas, entonces su número y su importancia no le sirven de nada. Por esta razón debe tener, además, *conocimiento y conciencia*. Sólo gracias a la *conciencia de clase* el gran número se convierte en un número para la clase misma, sólo así llega a ser consciente del poder que hay en su carácter económico insustituible y puede servirse de él en su propio interés, por sus propios objetivos. Sólo la conciencia de clase volverá a dar vida a ese

cuerpo monstruoso, musculoso y muerto y lo hará capaz de actuar.

El saber, que da poder a la clase obrera, no se limita a esa simple conciencia de pertenecer a una clase particular con sus intereses propios. Ésta llevará la lucha contra su adversario tanto mejor y con tanto más éxito cuanto más profunda sea la comprensión de las relaciones sociales que constituyen las condiciones de su combate. Y sobre este punto, la clase obrera tiene un gran adelanto sobre sus enemigos. Dispone de una *ciencia de la sociedad* que la capacita para esclarecer las causas de su miseria y la finalidad del desarrollo social. Dado que está familiarizada con las fuerzas que determinan los acontecimientos, y que prevé lo que va a pasar, adquiere una firmeza tranquila, una seguridad interior, que la sostiene en todas las vicisitudes de la lucha. La madurez política que manifiesta en la lucha política descansa en esta misma base. Su ciencia le permite prever las consecuencias más lejanas de sus actos y la preserva de dejarse engañar por una apariencia temporal inmediata. La certidumbre que esta ciencia le da de su victoria final futura le confiere una fuerza moral sólida, mientras que las clases que, por falta de ciencia, buscan a tientas como en la oscuridad y sienten, llenas de angustia, que se acerca su declive, oscilan sin consistencia de aquí para allá. De este modo, la comprensión de la sociedad y el saber, desde su forma más simple de la conciencia de clase que se despierta hasta su forma más elevada de las doctrinas provenientes de Marx, que nosotros llamamos socialismo científico, la teoría socialista o el marxismo, constituyen uno de los factores más importantes de poder del proletariado.

Pero la comprensión, de cualquier modo que se la trate, no basta por sí sola cuando falta la fuerza para la acción. A la cabeza pensante debe asociarse el brazo vigoroso

so, que ejecuta lo que es pensado. El gran número por sí solo no basta para una acción enérgica. Toda la historia de la humanidad civilizada nos muestra masas populares que se han dejado dominar por pequeñas minorías y que se han revuelto en vano contra este hecho porque estas minorías eran fuertes a causa de su organización. La *organización* es necesaria para hacer la masa fuerte. Mientras una clase se componga de unidades dispersas, de las que cada una quiere una cosa diferente, no puede ejercer el poder. La organización la unifica, reúne sus voluntades, orientadas de modo diferente, en una voluntad única tras la cual está a continuación toda la fuerza de la masa. La potencia enorme de un ejército, el poder del Estado mismo en su conjunto, descansan en su organización sólida y compacta que, como un solo cuerpo, es dirigido por una voluntad única.

Pero, ¿qué es lo que transforma un gran número de hombres en una organización? La subordinación del individuo, la sumisión de su voluntad personal a la voluntad que rige el conjunto, *la disciplina*. En el ejército, se trata de la sumisión a una voluntad extraña: la disciplina militar se consigue por el miedo a castigos severos que amenazan al insumiso. Entre los trabajadores, la voluntad a la que se somete el individuo es la voluntad del conjunto de la organización misma, la cual se manifiesta por decisiones tomadas por mayoría. Aquí la disciplina es voluntaria, una sumisión plenamente consentida a la voluntad del conjunto. Esto no significa que el individuo renuncie a su opinión, abdique de su personalidad, sino que reconoce conscientemente que sólo cuando la masa es dirigida por una voluntad única puede desarrollar su fuerza, y que la minoría no tiene derecho a exigir que la mayoría se avenga a sus puntos de vista. Sólo uniendo sus fuerzas con las de sus compañeros de clase el individuo puede alcanzar su

fin; sólo, no puede nada; y por esto la reflexión racional, si no es el simple instinto, le dice que debe unirse a los demás en una organización. La disciplina, que es el mortero de la organización, consiste en este lazo moral que cimienta las unidades, otras veces dispersas, en una masa pesada e imponente.

El poder de la clase obrera se compone, pues, de estos tres factores principales: el número y la importancia económica, la conciencia de clase y la comprensión, la organización y la disciplina. Este poder aumenta en función del crecimiento de estos factores. El primero de estos factores crece independientemente de nuestra voluntad o de nuestra influencia, es el resultado del desarrollo económico mismo. Este desarrollo transforma al proletariado asalariado en una parte cada vez mayor de la población; lo agrupa igualmente cada vez más en grandes empresas, hace cada vez más de la producción social el quehacer de las grandes empresas y transforma cada vez más profundamente la dependencia recíproca y la conexión de todas las ramas de producción en una economía mundial. Este crecimiento de la importancia económica del proletariado es independiente de nuestra intervención; nosotros no podemos ni acelerarlo ni retrasarlo; es el efecto de las leyes económicas.

Por el contrario, los otros dos factores son consecuencia de nuestra acción. Ciertamente, son provocados también por el desarrollo económico, el cual nos permite comprender mejor la sociedad y nos empuja a organizarnos. Pero aquí actúan las causas económicas por intermedio de los hombres, por el hecho de que nos fuerzan a trabajar para el crecimiento de estos dos factores con un proyecto consciente. Hacerlos crecer, es decir, *elegir cada vez más el saber y la conciencia de clase de todos los proletarios, y reforzar su organización, consolidar su disci-*

plina, es el fin de toda nuestra agitación, de todas nuestras luchas. En esto consiste el crecimiento del poder de la clase obrera, en la medida en que esto depende de nuestra voluntad; en esto consiste, pues, el fin de la lucha de clase. Aquí tenemos al mismo tiempo el criterio que nos permite evaluar nuestra táctica y todas nuestras acciones: todo lo que acrecienta nuestro poder es bueno y nos acerca al fin, e inversamente para todo lo que lo disminuye.

Aquí también se tiene el único sentido racional de ese “movimiento” que Bernstein oponía en su tiempo al objetivo final. Para nosotros, el movimiento a secas no sólo no es todo, sino que no es nada, una palabra vacía sin significado. Vacilar de aquí para allá, sin progresar, también es movimiento; retroceder, también es movimiento. No obstante, esta expresión descansa en un sentimiento justo, a saber, el sentimiento de que existe actualmente una transformación diaria que consume toda nuestra acción y es su único fin. Se trata del acrecentamiento de nuestro poder. Pero éste no se opone al objetivo final, es incluso idéntico a él; el objetivo final está incluido ya en el objetivo del acrecentamiento incesante de nuestro poder.

A veces se defiende la opinión según la cual *el fin inmediato de toda nuestra acción consiste en la obtención de reformas.* Pero, como ya se ha expuesto aquí, esta concepción es incorrecta. Ciertas reformas que, desde cualquier punto de vista, mejoran las condiciones de vida de los trabajadores, pueden acrecentar el poder del proletariado; pero no siempre es así. Una ley sobre la reducción del tiempo de trabajo puede rehabilitar una capa de obreros completamente desriñonada, degenerada, desmedrada espiritualmente, restablecer su salud, su fuerza física y espiritual, puede permitirle consagrar tiempo al descanso, a las actividades intelectuales, al trabajo de organización, y

traer consigo un aumento de su poder. Esto es todavía más válido para leyes que dan a los trabajadores derechos políticos, por ejemplo, el sufragio universal. Pero también puede suceder que, gracias a leyes favorables a los obreros, la burguesía adormezca su conciencia de clase que acababa de despertarse y suscite en los trabajadores la idea de que gracias a la benevolencia de los gobernantes obtendrán más fácilmente mejoras y no por la fuerza de su organización; por tanto, el poder del proletariado no es acrecentado, sino debilitado por la reforma.

Pero, a decir verdad, esto ya no ocurre sino raramente; después que el proletariado se ha despertado en todas partes a la conciencia de clase, cada ley constituye un objeto de lucha de las clases. Y esta lucha, que sea total, parcialmente o en absoluto coronada por el éxito para los trabajadores, siempre tiene como efecto acrecentar su poder. Pues la resistencia de la burguesía, los subterfugios de los politicastos, las discusiones en la prensa y en las reuniones, sacuden las masas apáticas, les infunden las primeras briznas de conciencia de clase, dan a los trabajadores más evolucionados una lección de las cosas, aumentan su discernimiento político y ponen ante sus ojos de manera evidente el carácter productivo de la acción organizada. Una reforma conquistada por una gran lucha, una ley importante para la clase obrera, no es un factor de poder del proletariado en el sentido indicado más arriba; se la podría designar de manera más justa como una *posición de poder*. La diferencia entre estas dos expresiones se manifiesta inmediatamente si se piensa en la guerra. Los factores de poder determinan la fuerza de los ejércitos, las posiciones de poder son los objetos de la lucha que pueden estar tanto en posesión de una parte como de la otra. A este respecto, la posesión de posiciones importantes da naturalmente una gran ventaja frente al adversario, y toda la lucha es una lu-

cha por tales posiciones. Ellas son el objetivo inmediato por el que se combate, aunque sean insignificantes en sí y aunque no se tenga la intención de poseerlas de modo duradero. El ejército alemán luchó en 1870 con grandes sacrificios por colinas y aldeas que le eran completamente indiferentes y conquistó plazas fuertes que no eran el objeto de la guerra y que devolvió tranquilamente después.

Lo mismo ocurre en la lucha de clases. Las posiciones de poder que tenemos y de las que nos servimos no son nuestro fin; no son los fundamentos de nuestro poder, pero son posiciones importantes de éste. Cada derecho político, el derecho de coalición, la libertad de prensa y, ante todo, el derecho de voto, son tales posiciones. Pueden sernos retiradas temporalmente; entonces debemos luchar en condiciones desfavorables, pero las fuentes más profundas de nuestro poder no quedan tocadas; simplemente, nos sentimos a la defensiva, provisionalmente. La fuerza de nuestro grupo parlamentario es una de esas posiciones de poder; aquí adelantamos cada vez más, nuestra regla es conquistar cada vez más escaños; pero si nos vemos obligados a la retirada en este dominio por circunstancias políticas o una alteración del derecho de voto, entonces hemos perdido ciertamente posiciones de poder, signos externos de nuestro poder, pero al mismo tiempo puede haberse hecho realmente más grande nuestro verdadero poder a causa de la comprensión más clara en amplios círculos y por la unión de las organizaciones. Puede incluso que las organizaciones sean aniquiladas por el despotismo de los gobernantes; pero esto no afecta más que a la forma externa, pues lo que constituye la naturaleza y la fuerza de la organización, la firme disciplina y el espíritu de organización, no puede ser aniquilado por la violencia. La destrucción de las organizaciones obreras significa la pérdida de una posición de poder importante exteriormente, pero no

toca el factor de poder mismo mientras siga habiendo ánimo de lucha.

Con los ejemplos que hemos dado de la diferencia entre los factores característicos de poder y las posiciones de poder, hay que resaltar que las últimas pueden ser ganadas o perdidas como cosas externas palpables, mientras que los primeros están localizados en el espíritu de los trabajadores y son indestructibles. Esto quiere decir que la violencia exterior no puede destruirlos pero, al igual que el duro granito, pueden perfectamente ser corrompidos lentamente desde dentro. Cuando una clase obrera deja oscurecer su ciencia clara y su conciencia de clase por concepciones burguesas, o trastornar sus organizaciones, su sólida cohesión, por una táctica incorrecta, menoscaba su poder social y se debilita frente a su enemigo. Semejante táctica trastornada no puede evidentemente mantenerse más que provisionalmente, en condiciones particulares.

Por tanto, las reformas sociales no constituyen, como se afirma frecuentemente, etapas en el camino que lleva a nuestra meta final, en el sentido en que la meta final no sería más que la suma de una serie continua de tales reformas. Actualmente luchamos por medidas que de ningún modo representan una realización parcial de lo que queremos realizar totalmente en la sociedad socialista. Así, las decisiones legales concernientes a la duración del trabajo, la prevención de los accidentes del trabajo, etc., forman parte de las reformas sociales actuales más importantes; pero si ya no hay capitalismo, tales leyes se hacen perfectamente superfluas, como todas las leyes que protegen a los trabajadores contra la arbitrariedad de los capitalistas. Sin embargo, las reformas sociales *conseguidas por una dura lucha* constituyen etapas en el camino que lleva a la meta final, pero solamente en *el* sentido en que conllevan un acrecentamiento de nuestro poder. Sólo como

tales, en tanto que acrecentamiento de poder, tienen valor para el socialismo.

Aún se debe hacer una observación sobre el segundo de los factores de poder citados más arriba. La ciencia y los conocimientos constituyen, para toda clase que los posee, un factor de poder importante. Especialmente, las minorías dominantes han afirmado siempre su poder sobre la clase oprimida gracias a su superioridad intelectual; su comprensión superior y general ha puesto en sus manos el medio que les permite reprimir incesantemente los levantamientos de los esclavos llevados al extremo. Una clase oprimida no podía, pues, elevarse progresivamente hasta una posición dominante y vencer a sus opresores más que si la evolución social le ponía en sus manos nuevas armas intelectuales y le daba una fuerza nueva gracias a un saber nuevo.

Sucede lo mismo en la lucha de clase actual. Aparentemente, la burguesía dispone de toda la ciencia, de toda la formación intelectual; sabios, profesores, curas, maestros, todo lo que significa “formación” se mantiene al lado de la “propiedad” o, más exactamente, está al servicio remunerado de la propiedad. De este modo la burguesía mantiene aún una buena parte del proletariado en una dependencia espiritual. Pero la evolución social pone nuevas armas intelectuales en las manos del proletariado, porque éste es la clase ascendente. Aunque la burguesía dispone de toda la otra formación intelectual, el proletariado posee *la ciencia de la sociedad*. Esta ciencia, de la que somos deudores al trabajo de toda una vida de Carlos Marx, nos enseña a conocer las causas, las fuerzas y el desenlace de la evolución social. Al demostrar el declive de la burguesía, es necesariamente monopolio del proletariado, dado que la burguesía la considera con odio y repugnancia; re-

conocer su verdad significaría, para la burguesía, rendirse sin esperanza ante su adversario, al que todavía supera en poder. Pero cada uno de sus miembros que, a pesar de todo, llega a elevarse hasta la comprensión de la justeza de esta doctrina, combate al lado de la clase ascendente, a la que pertenece el porvenir, y se convierte en un compañero de lucha del proletariado. Por esta razón, toda la fuerza que emana de esta ciencia va en provecho del proletariado.

Pero, por esto, el proletariado está en una situación totalmente diferente a todas las clases anteriores. En el primer capítulo hemos expuesto que las fuerzas sociales dominan a los hombres como fuerzas ciegas de la naturaleza, porque todo hombre no ve más que sus intereses más inmediatos, sigue necesariamente de modo instintivo sus impulsos y no conoce ni domina las consecuencias de sus actos. Cuanto mayor es su ciencia, más puede adaptar sus actos a fines lejanos y someter sus impulsos a la razón clarividente. Por tanto, la ciencia de la sociedad del proletariado significa un paso adelante decisivo. Ella nos enseña a conocer estas poderosas fuerzas misteriosas; sabemos cómo se han constituido a partir de los instintos particulares de los hombres y de las clases. Estamos en condiciones de determinar por adelantado, hasta cierto punto, las consecuencias de nuestros actos y de los de nuestros adversarios. Así desaparece el carácter inconsciente de las acciones sociales; por primera vez nace dentro del proletariado algo que podemos denominar *una conciencia de sí de la sociedad*. La sociedad llega a ser, en el seno de esta clase, consciente de su naturaleza y comienza a regular conscientemente su propia vida, la producción. La ciencia de la sociedad sustituye las acciones sociales ciegas e *instintivas* por acciones sociales conscientes de su fin y *racionales*. Este fenómeno alcanzará su pleno desarrollo cuando el proletariado, convertido en la clase dominante, someta la

producción social a su voluntad; entonces una economía consciente sucederá a una economía irreflexiva, en la que ya no reinarán fuerzas sobrehumanas, desconocidas, y el hombre se hará plenamente dueño de su destino. Pero por el momento esto sigue siendo imperfecto, aun cuando ya se aplica en una medida creciente al proletariado en lucha. En tanto que organización de masa que está bañada en la ciencia de la sociedad, el proletariado constituye ya *un cuerpo que puede regular sus actos teniendo conciencia del resultado*. Es cierto que aún no puede ser el dueño de la producción; le falta el poder para ello. Entretanto, sus actos no pueden ser más que actos de lucha. Pero, en tanto que clase en lucha, no necesita, como las otras clases, seguir de modo irreflexivo los impulsos de clase directos del interés inmediato, sino que puede dominar este impulso proveniente del interés de clase por la razón clarividente.

III. Las divergencias tácticas

Los orígenes de las divergencias

Después de estas discusiones, puede parecer que la clase obrera marcha con paso seguro y de modo unánime por el camino del crecimiento continuo de su poder, hacia el objetivo del socialismo, que no pueden producirse más que ocasional y temporalmente divergencias acerca del camino que hay que elegir cada vez, y concernientes a detalles secundarios. Pero la historia del movimiento obrero nos muestra precisamente, por el contrario, una lucha in-

terna continua a propósito de la táctica, de los métodos de lucha que deben ser puestos en obra contra el capitalismo. El movimiento socialista en Alemania se dividió, en el curso del primer decenio de su existencia, en dos fracciones que se combatieron frecuentemente de modo encarnizado. En la misma época, la Internacional ofreció la imagen de luchas incesantes entre las concepciones marxistas y proudhonianas; incluso después de la disolución de la Internacional continuó la división en casi todos los países con la lucha de la tendencia anarquista contra la tendencia socialdemócrata.

Se ha dicho con frecuencia que estas luchas representaban una especie de *enfermedad infantil* que el movimiento había debido superar en sus comienzos, cuando los trabajadores carecían todavía de la experiencia y de la comprensión necesarias. En cierto sentido, es exacto. La ciencia de la sociedad, la comprensión del fin y del método de la lucha, no pueden adquirirse como conocimientos librescos, antes de que los trabajadores entren en lucha provistos de estas armas; por el contrario, ellas son precisamente los frutos de esta lucha misma. Los trabajadores son empujados instintivamente a la resistencia a causa de la opresión y de la explotación que viven. Sin embargo, aún están llenos de ilusiones y prejuicios que traen de la escuela, de la iglesia y de la vida que han vivido hasta el presente; sólo han perdido una de estas ilusiones cuando se ponen en posición de defenderse: la ilusión de que los capitalistas son sus bienhechores benevolentes de cuya humanidad tienen derecho a esperar la mejora de su miseria. Las experiencias de la lucha disiparán después progresivamente las otras ilusiones y prejuicios, la confianza en el gobierno y en los partidos burgueses de oposición; su ciencia de la sociedad, su discernimiento táctico y político, su organización, aumentarán entonces continuamente. Las

teorías marxistas encuentran cada vez más comprensión porque corresponden cada vez mejor a sus propias experiencias. Así, *el campo de batalla es al mismo tiempo la escuela de aprendizaje y el terreno de ejercicio*. La historia del movimiento obrero no es la historia de una lucha que lleva a cabo un ejército equipado de pies a cabeza sino la historia de un ejército que, poco a poco, se agrupa, se ejercita y aprende la ciencia de la guerra. No puede ser de otro modo. En efecto, desde el momento en que toda la clase obrera esté equipada, con el saber más maduro y una organización vigorosa, será el final de la lucha, pues será la victoria.

Por tanto, en el transcurso de la lucha, los obreros tienen que buscar el camino, mejorar su discernimiento; para hacerlo, la ciencia contenida en los escritos teóricos es efectivamente un medio poderoso para ir más rápido, pero no sustituye la experiencia. Por esta razón las divergencias, así como las luchas tácticas, los extravíos temporales y las decepciones posteriores, constituyen un elemento inevitable del movimiento obrero ascendente.

Ahora bien, vemos ahora que la agudeza y la profundidad de las divergencias tácticas han aumentado más bien que disminuido con el crecimiento del movimiento. Mientras que el anarquismo estaba en declive en los años 90, nuevas divergencias hicieron su aparición entonces. A partir del Congreso de Erfurt no ha habido ningún congreso sin luchas a propósito de la táctica: en el curso de estas luchas resurgían casi siempre, en las cuestiones más diversas, las mismas concepciones que se oponían a la táctica seguida hasta entonces, y que a continuación recibieron el nombre de revisionismo porque Bernstein reclamaba una revisión del programa del partido. Esta lucha no se limitó a Alemania; en todos los países se presentó el mismo contraste entre las dos tendencias que son designadas como

marxismo y revisionismo en función de su concepción teórica, como radicalismo y reformismo en función de su táctica política. Los camaradas de partido de todos los países tomaron parte en los debates que, de tiempo en tiempo, con ocasión de resoluciones de congresos, tanto nacionales como internacionales – como en Hannover en 1899, en Dresde en 1903 y en Ámsterdam en 1905 - se terminaban por una decisión provisional, se agitaban sin cesar por otros motivos. Al mismo tiempo, en algunos países como Francia e Italia, apareció, como sustituto del viejo anarquismo, el sindicalismo revolucionario, al que se ha llamado anarco-socialismo aquí en Alemania, y que agravó aún más las divisiones.

Este hecho, que el movimiento obrero haya conocido realmente conflictos internos en todas partes y en todo tiempo, debe convencernos de que estas luchas no son anomalías, simples enfermedades infantiles, sino reacciones normales, inevitables, ante situaciones naturales. Por esta razón no conviene atribuirles simplemente a penderos o gruñones a los que habría que echarles la culpa. Sería tan juicioso como la concepción de la burguesía según la cual todo el movimiento obrero sería sólo obra de algunos agitadores. En lugar de indignarse por las “eternas trapacerías” – la indignación sirve ciertamente como arma, de vez en cuando, en las controversias – es necesario buscar y comprender sus causas. Si se descubre el origen de las diferentes tendencias en el interior del movimiento socialista, no por eso serán imposibles en el futuro las querellas entre hermanos, pues sus causas son de naturaleza general y no dependen de la buena voluntad del individuo inteligente. Pero el daño que, sin ninguna duda, resulta de estos conflictos para el movimiento, será menor si el mayor número posible de camaradas ya no participasen en la lucha de manera inconsciente, siguiendo un sentimiento

instintivo, sino con una comprensión nítida y clarividente de sus causas y de sus efectos. Entonces se podrá comprender y apreciar en su justo valor las ideas del adversario en el partido, aun combatiéndolas al mismo tiempo sin contemplaciones en interés del movimiento.

La expresión *crisis de crecimiento*, pues la lucha interna no sería otra cosa, proviene de la época de las controversias a propósito de Bernstein. Se descubre en esta expresión una causa general de los conflictos tácticos que enuncia que no hay por qué inquietarse respecto de ello. Aquel que no espera que el movimiento obrero sea una imagen ideal novelesca sino que intenta comprenderlo como un movimiento práctico de hombres ordinarios, reconocerá que precisamente todas estas dificultades y divergencias, que se expresan en las luchas internas de partido, provienen necesariamente de este crecimiento incesante. La fuerza creciente del movimiento socialista provoca desplazamientos en las relaciones sociales y políticas de las clases entre sí que ponen al movimiento obrero ante tareas cada vez nuevas. Atrae hacia sí círculos cada vez más vastos de la población laboriosa y esto implica que, incesantemente de nuevo, grandes masas de sus miembros son aún *reclutas inexperimentados*, sin experiencia y sin conocimientos profundos, que encuentran primero el camino poco a poco gracias a la práctica, es decir, con frecuencia gracias a una práctica equivocada y a meteduras de pata, en las tareas difíciles que les asigna la lucha de liberación socialista.

En estos nuevos miembros se repiten, pues, hasta cierto punto, las condiciones del comienzo del movimiento, cuando todo el partido tenía que buscar todavía penosamente el camino. Sin embargo, aún no pueden nacer tendencias diferentes por este solo hecho, pues los nuevos miembros inexperimentados se dejan dirigir generalmente

por la experiencia más madura, por la comprensión más profunda, por los conocimientos científicos y por la marcha adelante más segura de los camaradas más antiguos. Además, la comparación con los comienzos del movimiento sólo es admisible parcialmente; en efecto, no es totalmente necesario que cada individuo pase siempre de nuevo por todas las ilusiones de las etapas anteriores del movimiento. El resultado de estas experiencias y conocimientos adquiridos penosamente se encuentra a su disposición en la teoría socialista bajo una forma abreviada, condensada. Medio siglo de movimiento obrero ascendente y de lucha de clase entre la burguesía y el proletariado ha producido una gran cantidad de experiencias a las que el movimiento socialista actual es deudor de su táctica de lucha decidida, más segura, y su historia ofrece a los nuevos miembros y a las jóvenes generaciones una fuente inagotable de enseñanzas preciosas. Gracias a estas últimas, la doctrina del desarrollo social y de la lucha de clase, que Marx y Engels expusieron ya en 1847 en el Manifiesto comunista, se ha convertido en un saber sólido, fundado, de las capas laboriosas más amplias. Este saber da al movimiento obrero esa certidumbre de la marcha hacia delante de la que nos enorgullecemos. Se podría esperar de esto, por tanto, una unanimidad creciente de los camaradas de lucha y una disminución de las divergencias tácticas.

Si lo que acabamos de decir no se realiza, se debe a la naturaleza particular de la evolución del capitalismo y del movimiento obrero. Se pueden señalar, como causas más directas de las divergencias tácticas que siguen habiendo, las situaciones siguientes: el ritmo de desarrollo desigual en las diferentes regiones; el carácter dialéctico de la evolución social; la existencia de otras clases al lado de los capitalistas y de los trabajadores asalariados.

Las regiones atrasadas

Las concepciones y los objetivos socialistas son producto de la observación de las conmociones sociales, del desarrollo del capitalismo. Pero este desarrollo no es idéntico en todas partes. El capitalismo no se desarrolla en todas partes al mismo ritmo. Hay regiones en un país en las cuales se incrusta primeramente, en que se desarrolla de manera gigantesca, en que crea *ex nihilo* grandes empresas y grandes ciudades y en donde reúne bajo su mando ejércitos proletarios inmensos. Al lado de esto, hay otras regiones que prácticamente no son tocadas por estos cambios radicales y en donde los pequeños burgueses y las pequeñas empresas trabajan bajo las mismas formas exteriores que en siglos pasados.

El socialismo, en tanto que objetivo de clase y en tanto que organización de clase, es totalmente, por su naturaleza, *un producto de las condiciones de la gran industria desarrollada*. Estas condiciones muestran a los obreros la posibilidad y la necesidad de un orden socialista, les desvelan también su fuerza como masa, y que es necesaria para la realización de este orden. Ellas les dan confianza en su propia fuerza y en su propia capacidad para apoderarse del poder en la sociedad.

Pero un movimiento que quiere conquistar la totalidad del Estado, cambiar de arriba abajo toda la sociedad, no puede limitarse a estos grandes centros. Debe extenderse a las pequeñas ciudades, a las aldeas y al campo. Y en todas partes sus agitadores encuentran descontentos y oprimidos que prestan oído a la buena nueva. El capital ha penetrado en todas partes y ha destruido más o menos las antiguas relaciones; en todas partes se ha hecho enemigo de las grandes masas, en todas partes viven trabajadores

asalariados y por esta razón el socialismo encuentra en todas partes partidarios que quieren participar en el combate contra el capital.

Pero estos partidarios viven en condiciones que les dan una visión muy diferente de la sociedad y de nuestros fines. Y dado que la realidad que viven es la que determina siempre más fuertemente sus puntos de vista, necesariamente llegan a dudar por sí mismos de la justeza de nuestra teoría y de la táctica que se apoya en ella, puesto que éstas resultan de las condiciones del gran capitalismo. En esto reside una primera razón de las divergencias, tanto fundamentales como tácticas.

El capitalismo altamente desarrollado abre un abismo sin fondo entre la clase de los propietarios de los medios de producción y la clase de los obreros, mientras que las clases medias independientes desaparecen o pierden su autonomía. Por el contrario, en condiciones no desarrolladas, se encuentra todavía *una clase media numerosa y acomodada* que sirve de amortiguador entre las clases más extremas. Estas clases medias se componen, en parte, de artesanos y de pequeños patronos independientes que no tienen necesidad de empleados sino excepcionalmente, y en parte, de una pequeña burguesía que por lo general no emplea más que a un pequeño número de trabajadores. La frontera entre los obreros y los artesanos no está delimitada; socialmente, se frecuentan y, además, las formas de relaciones de los obreros con sus patronos tienen un carácter familiar, cordial, o bien, con los grandes empresarios, patriarcal. Frecuentemente el capitalista acaba de salir de la clase de los pequeños patronos; los obreros más viejos se acuerdan de la época en que trabajaban con él y lo tuteaban. Se necesitaría una gran fuerza de abstracción para discernir, tras estas formas bonachonas en que la condición salarial parece determinada por relaciones y circuns-

tancias personales, la explotación por el capital invasor y los comienzos de la lucha de clase. Las condiciones que nuestra teoría describe para la gran industria concuerdan menos todavía con el campo, donde aún continúa habiendo relaciones completamente primitivas entre el campesino, su familia, sus lacayos y sus sirvientes. Es cierto que no hay dificultad en constatar que las normas generales del capitalismo, la explotación, la búsqueda de la ganancia y las oposiciones de intereses, también tienen curso allí; pero si en la gran industria se reconoce su forma clara y neta, aquí hay que ir a buscarlas bajo apariencias primitivas.

En estas regiones la clase obrera constituye una minoría de la población que está diseminada y que con frecuencia es mirada por encima del hombro por los pequeños burgueses que tienen una situación un poco mejor. El socialismo despierta en ellos la idea de que *también ellos* tienen derechos y reivindicaciones. Pero la idea de querer ser todo, de conquistar el poder sobre todas las demás clases, les parece *una utopía imposible, lejana*. El objetivo de la lucha, es decir, aumentar incesantemente el poder de su clase, puede parecer imposible al obrero.

Lo que él ve ante sí es otro objetivo muy distinto. En general, en estas regiones los salarios son miserables y las condiciones de vida de los obreros bajas. Un objetivo que al menos puede alcanzarse, es mejorar su situación inmediata. Los jefes de empresa no tienen todavía la arrogancia de los nuevos ricos; también están en contacto personal con los obreros, a los que conocen individualmente. La organización y las primeras luchas unidas de la masa de los obreros, que antes apenas tomaban en consideración, les hacen dar sobresaltos y salir de su tranquilidad. La opinión pública de una numerosa pequeña burguesía se irrita ante el descubrimiento de estos abusos. Lo que estos trabajadores se esfuerzan en conseguir: que no se les piso-

tee más, sino ser tratados como *iguales en derecho*, encuentra comprensión en vastas capas de esta clase. En estas condiciones, se puede conseguir mucho por la negociación, la transacción, la comprensión.

Además, una parte significativa de los pequeños burgueses se siente amenazada por el capital y tiene todas las razones para odiarlo. Tiene tantos más motivos para irritarse por las malas condiciones que prevalecen en una fábrica cuanto que el fabricante en cuestión les hace la vida dura por su superioridad competitiva. La pequeña burguesía tiene frecuentemente ocasión de combatir en el terreno político la progresión del gran capital y, por tanto, de aliarse con los trabajadores. Estas clases pueden con frecuencia hacer causa común, especialmente en la reivindicación de una ampliación del derecho de voto. En épocas anteriores, la pequeña burguesía y la clase obrera se han encontrado regularmente en la defensa de la democracia. Esto puede repetirse en una escala menor en las regiones todavía sin desarrollar. En estas condiciones, la teoría de las contradicciones profundas de clase aparece como injustificada, y la táctica de la viva lucha de clase que reposa sobre ella, equivocada.

El marxismo, en tanto que teoría del proletariado revolucionario, provoca *un cambio completo de mentalidad*. Por esta razón no puede ser acogido totalmente y con simpatía más que por aquellos cuya mentalidad ha sido transformada fundamentalmente por los violentos cambios que han observado y que han sufrido. El desarrollo moderno de la gran industria destruye las viejas tradiciones, cambia de arriba abajo todo lo que ha sido legado, limpia los cerebros como con una escoba y así los hace capaces de aceptar una concepción del mundo completamente nueva. Pero, en los rincones del campo apenas tocados por este desarrollo, las ideologías habituales reinan aún pode-

rosamente, las viejas ideas heredadas no son derrocadas, porque las antiguas relaciones tradicionales se mantienen todavía allí. La concepción pequeño-burguesa del mundo sigue allí dominante; no se encuentra en el socialismo una visión proletaria del mundo, completamente nueva, que lo trastorna todo, sino simplemente una serie de objetivos prácticos y limitados que dejan subsistir tranquilamente a su lado las maneras de ver burguesas clásicas.

Por esto es comprensible que la progresión de nuestro partido en las regiones atrasadas conduzca necesariamente a poner en duda la teoría socialista, y a tomar en consideración otras concepciones de la táctica socialista distintas a las que se han formado en los centros de la gran industria. Esto no quiere decir que tienen el mismo derecho a prevalecer que estas últimas. La apariencia social de estas regiones atrasadas, frente al capitalismo de la gran industria, *no es más que una ilusión*, en el sentido que el capitalismo deja claramente que aparezcan tendencias y efectos, que están contenidos en germen en estas regiones, pero que no aparecen claramente a la luz si se las observa superficialmente. Las leyes del capitalismo son válidas en todas partes, incluso si están parcialmente disimuladas por influencias tradicionales en las relaciones no desarrolladas. La concentración del capital sigue siendo una verdad muy importante, incluso si no se manifiesta en cada aldea aislada. La aldea sigue siendo una parte de la sociedad en su conjunto, soporta el destino común y es dominada por él. *Y esta sociedad no es gobernada por la clase media de las pequeñas ciudades sino por el gran capital internacional. La historia se hace, no en estas regiones alejadas, sino en las grandes ciudades, en los centros del mundo.* Un obrero de una gran empresa de una gran ciudad pesa más, en las decisiones políticas, que un obrero o un campesino de una aldea aislada, porque mil obreros en la ciudad ejer-

cen, por su masa compacta, una influencia mayor que mil personas diseminadas por el campo. Por esta razón la situación de las grandes ciudades industriales, y las concepciones que crecen en ellas, prevalecen en lo concerniente a las conmociones sociales.

La situación en las regiones atrasadas no carece de influencia, pero no puede jugar más papel que como *traba al desarrollo*. Por tanto, su efecto debe ser reducido y combatido lo más posible. Pues las concepciones “moderadas” u “oportunistas” que han salido de allí actúan como un obstáculo y un debilitamiento de la marcha impetuosa hacia delante de la clase obrera revolucionaria. Incluso si es inevitable que estas concepciones nazcan de esta situación, consideradas desde el punto de vista social general son *falsas* y no hay que tener miramiento con ellas. En interés mismo de los obreros de las regiones atrasadas, las concepciones, que para ellos son naturales, no deben ser reconocidas como válidas. A pesar de la diferencia de las concepciones, sus intereses son los mismos que los del proletariado de la gran industria. No es necesario ni deseable para ellos que recorran todo el largo y torturador proceso que va desde la pequeña a la gran empresa; más bien necesitan esperar que el proletariado de las grandes ciudades pueda desplegar lo más pronto posible una fuerza lo bastante grande para abolir la dominación del capital.

Pero, ¿hay un medio para combatir estas concepciones que nacen inevitablemente de la situación? Tenemos este medio en la explicación teórica. Ésta transporta las ideas de su pequeño ambiente inmediato al vasto movimiento mundial, hace aparecer las relaciones del gran capitalismo, del capital y del proletariado, en su forma más desarrollada, y también hace comprender de esta manera la razón más profunda de la situación. Por esta razón es, ante todo, erróneo querer ganar simplemente miembros

en las regiones atrasadas condescendiendo con sus prejuicios; un trabajo intensivo de explicación teórica es allí tanto más necesario cuanto que es más difícil.

IV. Revisionismo y anarquismo

Las contradicciones del desarrollo

El carácter dialéctico del desarrollo social constituye una segunda causa de la aparición de tendencias diferentes en el movimiento obrero. La importancia del filósofo Hegel está en que fue el primero en reconocer claramente que la evolución del mundo se efectúa a través de los contrarios y que las contradicciones internas constituyen las fuerzas motrices de todo desarrollo. Hay que comprender la naturaleza del mundo únicamente como *la unidad de los contrarios*, los cuales se excluyen si se atiende uno al concepto y, por tanto, se presentan al pensamiento ingenuo como contradicciones inconciliables; por esta razón tampoco existen tranquilamente uno al lado del otro, sino que empujan a la anulación de la contradicción por el desarrollo de nuevas situaciones. Esta contradicción no constituye, pues, más que una etapa transitoria del desarrollo; pero toda la historia no está formada más que de tales etapas, que se siguen y se suceden. Gracias a esta manera dialéctica de pensar le fue posible a Marx explicar completamente la naturaleza del capitalismo *como un desarrollo contradictorio, que produce sin cesar nuevas contradicciones y que es arrastrado por ellas.*

El capitalismo no puede existir más que si despliega cada vez más enérgicamente sus fuerzas productivas y se extiende de manera cada vez más gigantesca; pero, al mismo tiempo, de este modo se hace cada vez más frágil. *Su ley vital es al mismo tiempo la causa de su muerte.* Cada vez que se desarrolla poderosamente gracias a una coyuntura económica, se hunde poco después en una crisis, a causa de la siguiente contradicción: la producción no se efectúa para el consumo, sino para la ganancia, pero, no obstante, depende del consumo. No puede remontar esta crisis más que por una extensión de su dominio, por un nuevo vuelo hacia un estadio superior y, por tanto, por el medio que prepara una nueva crisis más vasta todavía. Cada aumento de sus fuerzas productivas le acerca a su declive. Cada manifestación de una vida vigorosa y llena de brotes es al mismo tiempo una manifestación de su agonía; cada esfuerzo por apartar o retrasar su ocaso sella con tanta más seguridad su destino. Todas estas contradicciones provienen de que el capitalismo no es un orden eterno que permanece idéntico a sí mismo, sino simplemente una fase en una serie de estadios de evolución. No es algo determinado, un estado determinado, sino *un proceso*. No sólo está, sino que por eso está, *en camino de transformarse, de morir*. El capitalismo produce por sí mismo la fuerza que lo abatirá, el movimiento obrero revolucionario; cuanto más vigorosamente se desarrolla, más fortifica a su enemigo mortal; él mismo pone en sus manos las armas de lucha, le enseña a utilizarlas hasta que finalmente sea vencido por él.

La naturaleza dialéctica del capitalismo determina a su vez *el carácter contradictorio del movimiento obrero moderno*, el cual sigue siendo por eso completamente incomprendible a los observadores que razonan a la manera burguesa. Unas veces conciben el movimiento socialista

como un intento artificial de incitar a hombres pacíficos a sustituir un orden social absurdo por otro orden, imaginado por la sagacidad humana; otras veces intentan convenirse: la socialdemocracia no es, ciertamente, más que un partido de reformas que, como representante de los intereses de los trabajadores, forma parte de la existencia normal del capitalismo, que aspira a suprimir algunos abusos pero que, después de la supresión de éstos, desaparecerá por sí mismo, en una palabra, “un fenómeno pasajero”. En la primera concepción, se descuida el hecho que el nuevo orden nace de modo orgánico del antiguo; en la segunda, se olvida que esta lucha por los intereses de los obreros y las reformas conducirá a una revolución completa de la sociedad. Estas dos concepciones son falsas porque no toman en consideración más que un lado del movimiento obrero y, por tanto, excluyen al otro como su contrario. La realidad del movimiento obrero reúne en una unidad los dos lados, los cuales, si se atiende uno a una apariencia superficial, se excluyen mutuamente.

El socialismo nace *como un fruto natural* de la realidad del capitalismo y, sin embargo, es al mismo tiempo *su enemigo mortal* que lo mina y lo aniquila. No es una potencia exterior que atacará y derrocará un día al enemigo, sino que vive en su interior y recibe toda su fuerza de él. Su lucha no es de ningún modo artificial, sino que durará, por el contrario, tanto tiempo como el capitalismo mismo. Su práctica es un trabajo diario, un trabajo de hormiga, que, no obstante, sólo tiene sentido como parte de un todo. A causa de la miseria intolerable que engendra, el capitalismo incita a la clase obrera a luchar contra esta miseria y no puede impedir que obtenga así mejoras de sus condiciones de vida. Pero al mismo tiempo, el capitalismo intenta siempre hacer que se hunda de nuevo en la miseria, y la conservación de las ventajas adquiridas re-

quiere frecuentemente luchas todavía más duras que las que originaron la consecución misma de estas ventajas. Aun cuando a primera vista pueda parecer que se trata simplemente de eliminar deformidades, y de transformar así el capitalismo en un estado soportable y, por consiguiente duradero – como creen los reformadores burgueses – el curso de la lucha no tarda en demostrar que estas “deformidades” constituyen la esencia del capitalismo y que, para combatir las, se necesita llevar la lucha contra el conjunto del sistema.

Estos dos lados, que están soldados de esta manera en el socialismo en una unidad armoniosa, pueden ser designados como el lado *reformista* y el lado *revolucionario*. El socialismo intenta conseguir todas las ventajas momentáneas posibles y, sin embargo, no encuentra su fin más que en la revolución futura, el derrocamiento del modo de producción. Por eso no descuida el más pequeño trabajo de hormiga; *el trabajo cotidiano lo es todo para él; pero al mismo tiempo su objetivo final revolucionario lo es también todo para él*. Utiliza para su combate todas las instituciones de la sociedad capitalista que le ofrecen una posibilidad de aumentar su poder y, sin embargo, se opone duramente a ellas por razones de principio. Se sitúa totalmente en el terreno de lo que existe y, al mismo tiempo, se mantiene en un terreno completamente nuevo, a partir del cual rechaza y critica todo lo que existe. Vive en la exaltación entusiasta por su magnífico ideal de futuro, exaltación que hace que sus partidarios sean capaces de los actos más abnegados, más desinteresados, más heroicos; y, al mismo tiempo, practica el realismo más frío, que sólo actúa sobre el terreno sólido de la ciencia, de los hechos, y para el que la práctica lo es todo. Que el socialismo reúna en un todo unitario estos rasgos que, según la representación habitual, se contradicen y se excluyen, reside en el

hecho que es *un movimiento natural que nace de la realidad*, que es un eslabón, una etapa en un proceso incesante de devenir.

Pero está en la naturaleza del espíritu humano, a causa de una experiencia limitada, no ver bien constantemente más que uno de los diferentes aspectos de un asunto, acentuarlo y atribuirle una validez general y exclusiva, sin reconocer debidamente en su justo valor los otros aspectos opuestos. Por esta razón, los dos aspectos que van paralelos con el movimiento obrero son vistos como dos contrarios que se excluyen mutuamente y que aparecen como los caracteres generales de dos orientaciones opuestas. En función de la situación económica, de circunstancias personales y sociales, resalta la una o la otra. Allí donde la situación de los obreros es favorable – ya sea por circunstancias locales, como en la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, o por condiciones momentáneas, como en una buena coyuntura – y allí donde los intentos por mejorar esta situación son coronados por el éxito, se pierde la conciencia del carácter revolucionario del movimiento pues se cree fácilmente que se puede provocar una transformación gradual de la sociedad por medio de mejoras progresivas, con la ayuda, o, al menos, sin la resistencia seria, de las clases poseedoras y sin una revolución violenta. Lo contrario ocurre en tiempos de crisis, cuando grandes catástrofes políticas traen consigo la agitación y el descontento en amplios círculos; entonces se cree fácilmente poder derrocar el capitalismo de un golpe vigoroso, por una acción revolucionaria única, sin que sea necesario el paciente trabajo preparatorio de hormiga.

Una de las dos tendencias, en las que estas disposiciones de espíritu y estas concepciones han tomado cuerpo, constituye el *revisionismo*. Éste no pone el acento más que en el trabajo práctico de reformas y tiene todas las

consideraciones sobre la revolución y el carácter revolucionario de nuestro movimiento por frases huecas que no hacen más que desviar la mirada de la práctica. Para él, el objetivo final no es nada, el movimiento lo es todo. Descuida el antagonismo agudo entre el socialismo y el capitalismo y no constata más que su relación orgánica. Ve la sociedad evolucionar insensiblemente hacia el socialismo, sin cambios bruscos; promete una lenta evolución y designa la doctrina de la revolución política y social como la teoría de las catástrofes. Considera ya las reformas obtenidas hasta el presente como un elemento de socialismo. Por esta razón no puede trazar una línea neta entre nosotros y los reformadores sociales burgueses, los cuales desean también reformas (con un objetivo diferente al nuestro, a saber, el reforzamiento del capitalismo, contrariamente a nosotros), pero no ve en ello más que una diferencia de grado, como entre reformas sociales timoratas y reformas sociales consecuentes. La conversión al socialismo no es para él un giro completo en la manera de pensar, una ruptura con el pasado, sino una toma de posición nueva sobre simples cuestiones prácticas; por eso no quiere saber nada de un trabajo de explicación que se esfuerza en extirpar los viejos prejuicios burgueses, pues teme que haciéndolo chocará con estas opiniones preconcebidas y rechazará la masa ignorante.

La concepción unilateral del socialismo que le es opuesta es exactamente su contrario. Ésta no quiere saber nada del trabajo de hormiga, sino que, por el contrario, sólo mira hacia el objetivo final, hacia la revolución. La revolución debe realizar de un solo golpe un derrocamiento completo, crear un nuevo orden, y no hay nada más que hacer ahora sino atraer incesantemente la atención sobre este punto. No ve en el capitalismo nada más que una tiranía y una explotación injustas; pero no ve la relación orgá-

nica por la cual nace el socialismo, según leyes naturales, del capitalismo. No considera las reformas sociales como un progreso, sino como un peligro, pues podrían satisfacer a los obreros y hacerlos hostiles a una revolución. No quiere saber nada del lento trabajo que permite progresar, sino que quiere derrocar el capitalismo lo más pronto posible y de un solo golpe. En otros tiempos se encontraba esta concepción defendida en el *anarquismo*. Actualmente, el anarquismo comprende las cosas más dispares, desde el tolstoísmo más pacífico y retirado del mundo hasta la rabia mortífera mórbida de desdichados náufragos de la sociedad. Aquí no lo tomamos en consideración más que en la medida en que ha jugado un papel en el movimiento obrero y en que se ha diferenciado de la socialdemocracia por las características mencionadas más arriba. Después que fue expulsado del movimiento internacional en el Congreso de Londres en 1896, encontramos la mayor parte de sus rasgos en el *sindicalismo revolucionario*, o *anarco-socialismo*, que entretanto ha conocido cierto desarrollo.

Dado que su sentimiento de clase ingenuo e instintivo, que detesta profundamente el capitalismo, no comprende cómo es posible colocarse al mismo tiempo en el terreno de lo que existe y en el terreno de la lucha, no quiere saber nada de la utilización de las instituciones burguesas, cualesquiera que sean. Estas se le presentan, especialmente el parlamento, como otras tantas trampas que son puestas para desviar su rebelión. En el parlamentarismo, que da a los representantes de los obreros, en tanto que colegas, ocasión de discutir y negociar con los representantes de los burgueses, olfatea una fuente de corrupción. Por esto se repliega en la organización sindical, en la cual encuentra puros proletarios que no tienen ninguna otra cosa más que intereses que se oponen directamente a

los de la burguesía. Estos sindicatos deben convertirse en los órganos revolucionarios para el derrocamiento del capitalismo. Pero ahí también lo que le espera es un trabajo de hormiga, frecuentemente un trabajo cotidiano más limitado que en el parlamento. Allí resulta que no es sino por el paciente trabajo de hormiga como se puede ganar y esclarecer a las masas. *El anarquismo, que detesta este trabajo de hormiga, es incapaz de poner en obra el espíritu revolucionario, las ganas de luchar, que suscita, en el trabajo cotidiano práctico.* Pero lo que no puede manifestarse prácticamente en un trabajo enérgico y fructífero se disipa; con los fallos de algunos intentos de grandes acciones, son la decepción y el descorazonamiento los que sustituyen al entusiasmo. Las organizaciones agrupadas se dispersan si no ponen en obra a tiempo la otra táctica, la del trabajo cotidiano; decaen al rango de pequeños clubes de discusión, los cuales aguardan y esperan el “gran día” a venir, sin poder hacer nacer las fuerzas que deberán provocarlo.

El revisionismo ya no está en condiciones de ayudar a la clase obrera a acrecentar su poder. Para conseguir reformas, intenta al máximo acercarse a los partidos burgueses que defienden la democracia y las reformas. No le es útil despertar una clara conciencia de clase entre los obreros, haciendo resaltar netamente el contraste entre la burguesía y el proletariado; teme espantar de esta manera a esta parte de la burguesía, empujarla a los brazos de la reacción y hacerla desfavorable a las reformas. Por esto no atribuye ningún valor a la clarificación de los principios, que resalta la contradicción entre los obreros y *toda* la burguesía, tanto la progresista como la reaccionaria; abandona esta clarificación y, en su lugar, hace que la lucha se dirija contra la parte reaccionaria de la burguesía, la opuesta a las reformas. Su consigna no es: la burguesía de

un lado, el proletariado del otro, sino: las reformas de un lado, la reacción del otro. A fin de ayudar a la burguesía liberal progresista contra la reacción, se alía con ella en una política de bloque, o bien coloca ministros socialistas en un gobierno burgués. Desgraciadamente, esto no puede aportarle más que decepciones. En efecto, de las reformas esperadas, no habrá nada o poca cosa, pues es necesario movilizar todas las fuerzas para rechazar los ataques de la reacción. Si se consigue y llega el momento, para un tal gobierno, de mantener sus promesas y hacer concesiones sustanciales al proletariado, ocurre lo mismo que a aquel hombre que quería acostumbrar a su caballo a no comer. En el momento mismo en que el animal había aprendido a hacerlo, murió accidentalmente. En el momento mismo en que el gobierno de bloque quiere poner en obra grandes reformas, pierde como por casualidad a sus partidarios en la burguesía y es derrocado.

Si, por este lado, la ganancia es escasa, la pérdida es mucha. Al intentar inspirar en los obreros confianza en la benevolencia de la burguesía hacia los trabajadores, el revisionismo *aniquila la conciencia clara de clase adquirida penosamente*, y de este modo hace el trabajo de la burguesía. Al enseñar a esperar más de la buena voluntad o de la comprensión de la burguesía que de sus propias fuerzas, los trabajadores no son incitados a formar organizaciones enérgicas y poderosas. De esta manera son debilitadas la fuerza exterior, organizativa, y la fuerza interior, espiritual, del proletariado. Al mismo tiempo, *el movimiento pierde de esta manera su fuerza de atracción* en el proletariado. La parte de la clase obrera que, sin comprender los fundamentos del socialismo, está dotada de una conciencia de clase fuerte e instintiva, se aleja del partido que se presenta a sus ojos como un partido burgués y que es responsable de medidas de opresión del poder dominan-

te. En Francia y en Italia, la táctica reformista, la política de bloque y el ministerialismo, han reforzado grandemente en una parte de la clase obrera el sindicalismo revolucionario, la hostilidad hacia toda acción política, mientras que la organización y la conciencia de clase, esas bases del poder de los obreros, no se han acrecentado.

Naturalmente, la concepción teórica no constituye aquí la única causa fundamental; por el contrario, el débil desarrollo económico y ciertas relaciones políticas son la razón por la cual estas concepciones limitadas del socialismo han podido implantarse. Allí donde se desarrolla de manera gigantesca un gran capitalismo vigoroso, donde éste impone a los obreros una intensa lucha de clase, donde les obliga a constituir grandes organizaciones, donde un poder de Estado fuerte al servicio del capitalismo reprime de manera policíaca a los obreros, éstos deben llevar un combate de principio, esforzarse en ir adelante de modo tenaz, luchar por reformas y, sin embargo, mirar al mismo tiempo como objetivo único la conquista de todo el poder; deben llevar la lucha política y la lucha sindical de la manera más estrechamente ligada entre sí. Allí no hay lugar para la doctrina anarquista, que quiere apartarse de la actividad política y del trabajo de hormiga, considerados como la aceptación de la “ciénaga”, y tampoco hay lugar para la política de Millerand, la política de solidaridad entre las clases. Allí, los obreros son llevados cada vez más por sí mismos a la unificación de los dos lados del movimiento obrero que se encarnan en la teoría marxista. Pero allí donde el desarrollo se estanca, donde vive una numerosa clase media de pequeños burgueses y campesinos, con una mezcla de sentimientos democráticos y reaccionarios, y donde los trabajadores no tienen ninguna confianza en sus fuerzas, donde un gran grado de libertad burguesa hace difícil para los obreros discernir bien su situación de clase,

donde las clases dominantes intentan comprarlos con pequeñas concesiones, y donde el poder político constituye un objeto de lucha para camarillas ambiciosas de politicastros, allí los dos lados del socialismo se separan en dos doctrinas y tendencias unilaterales que se hacen la guerra, que, en tanto que deformaciones opuestas del marxismo, se favorecen y se refuerzan mutuamente.

La táctica de la burguesía

La actitud de la clase poseedora constituye en sí misma una de las causas directas que hacen oscilar el movimiento obrero entre diferentes tendencias. Si esta actitud fuese siempre la misma, si fuese constante, orientada según una línea determinada, también el movimiento obrero se vería obligado a adoptar una disposición de combate y un método de lucha constantes, que seguirían siendo siempre los mismos. Pero esto es imposible para la clase poseedora; ésta duda entre diferentes métodos. Pero, sin duda, siempre apunta al mismo objetivo: *mantener su dominación social*; pues sobre ésta descansa la explotación y, por tanto, toda su existencia. Ella lo desea con todas sus fuerzas, con toda su energía. Pero la naturaleza dialéctica, contradictoria, del conjunto de la sociedad capitalista, hace que la actitud de la burguesía sea necesariamente contradictoria e incierta en la persecución de este fin. No es sorprendente, pues su fin es inaccesible, su declive está dictado por la evolución social misma. Por más que haga, de nada le sirve; cada medio que emplea se revela impropio en la práctica y por esto pasa de un medio a otro sin que ninguno le satisfaga.

El capital ha creado la sociedad burguesa, cuyo fundamento jurídico es la libertad y la igualdad de derecho

de todos los hombres. *Ha aportado la libertad burguesa, la libertad y la igualdad jurídicas*; ha emancipado las masas populares de la dependencia personal y de la servidumbre ligadas al feudalismo, y las ha transformado en ciudadanos libres dotados de derechos políticos. Este gran hecho histórico no fue producto de una humanidad cualquiera, de una toma de conciencia de lo que es justo o de un impulso ético, sino que fue una *necesidad* para el modo de producción capitalista; las necesidades de este modo de producción crearon, por tanto, esa conciencia de justicia que constituyó para la burguesía revolucionaria la razón inmediata de la “liberación del trabajo”. El modo de producción capitalista supone como fundamento que el obrero se confronte al capitalista y concluya con él un trueque *en tanto que propietario de mercancía libre e igual*. Para poder vender su fuerza de trabajo al capitalista, debe poder disponer de ella de manera absoluta y no estar obligado, por ejemplo, a prestaciones de servicios personales respecto de un señor feudal. Nadie más que él debe disponer de él mismo, es decir, que es el hambre la que lo fuerza a ponerse al servicio del capitalista. Su libertad jurídica es la condición necesaria de su esclavitud económica. El capitalismo es un modo de producción muy altamente desarrollado que no necesita, para funcionar, esclavos que sólo obedezcan al látigo o coolíes privados de todo derecho. Su técnica muy evolucionada y sus imperativos comerciales exigen de los obreros que estén animados de un sentimiento desarrollado de responsabilidad y dotados – por comparación a los esclavos y los siervos – de un elevado nivel de formación.

Esta contradicción en la situación del proletariado, a saber, que es *al mismo tiempo libre y avasallado*, constituye la contradicción más importante del capitalismo; el capitalismo va a su perdición a causa, ante todo, de esta

contradicción. Esta contradicción hace imposible que pueda ser un estado duradero; la libertad que dio y que *debía* dar a la clase obrera, representa el arma que ésta tiene en sus manos para abolir su servidumbre. Y, en efecto, los trabajadores se apoyan, en su lucha de clase, en los derechos y las libertades políticas que la sociedad burguesa debe concederles (derecho de reunión, libertad de coalición, libertad de prensa, derecho de huelga, derecho de voto), y si todavía no los tienen se apoyan en su posición en el proceso de producción para conquistarlos.

La clase obrera lucha, pues, contra el capitalismo con las armas que este mismo le ha suministrado. Pero esto es insoportable para la burguesía, pues a ella le parece que se los ha dado por su propia voluntad y que, por tanto, puede volver a quitárselos. Por consiguiente, no puede tolerar que los obreros utilicen estos derechos y estas libertades contra ella. El derecho de asociación, el derecho a la libre expresión del pensamiento, la libertad de la prensa, el derecho de reunión, son empleados para criticar a la clase dominante, para atacar el orden existente, para constituir organizaciones aptas para combatir que arrancan ventajas a los capitalistas. Gracias al derecho de voto son enviados representantes obreros a los parlamentos, donde practican una crítica de principio frente al capitalismo, fuerzan a los partidos burgueses a promulgar reformas y aportan esclarecimientos a las masas. El crecimiento del poder del proletariado no se presenta como un producto de la evolución económica sino como fruto de la utilización de los derechos y de las libertades cívicas, fruto de la libertad de agitación. ¿Qué hay de más fácil para la clase dominante que restringir estos derechos y romper así ese poder que la amenaza? Continúa disponiendo del poder político y de la palanca de la legislación.

Pero ella no puede violar impunemente las leyes fundamentales del orden burgués. En otros tiempos ha intentado prohibir la difusión de las ideas subversivas e imponer pesadas condenas a aquellos que las propagaban; pero los trabajadores se han burlado de la ley. Los obreros constituyen el verdadero contenido de la sociedad, son los productores, los ejecutores de todos los actos necesarios a la sociedad, que se despliegan por todo el país en una red densa, estrechamente entrelazada, que están, como los dientes de un mecanismo, constantemente en contacto entre sí. ¿Qué pueden hacer ahí algunos policías? La ley contra los socialistas ha actuado exactamente a la inversa de lo que pretendía; no sólo la difusión de las ideas socialistas no fue detenida, sino que la represión y los actos de violencia aseguraron a las personas perseguidas la simpatía de círculos cada vez más vastos, atraieron la atención de los que hasta entonces eran indiferentes y soldaron a los obreros aún más fuertemente entre sí.

O bien la clase dominante actúa de otra manera y devuelve el derecho de voto a los obreros. Estos se lanzan entonces con tanto más ardor al empleo de la agitación a través de la prensa y de la reunión, o a manifestaciones callejeras. En ese caso, la clase dominante se ve forzada, o bien a recular, o bien a ir todavía más lejos por el camino de la reacción. Cuanto más atente contra los derechos, cuanto más tome su gobierno la forma de un poder brutal ilegítimo, más crece la rebelión, más subleva contra sí los ambientes de la población que hasta entonces estaban satisfechos y le eran devotos, porque también ellos son privados de derechos. Si llegase hasta quitar a los trabajadores todos los derechos y todas las libertades políticas, y, a fin de cuentas, el derecho de huelga y la libertad personal, y hacer de ellos coolíes, destruiría por ahí mismo los fundamentos de la producción y arruinaría la producción

misma. La industria polaca ha sufrido duramente, en la época de la revolución rusa, por haber sido destruidas, por motivos políticos, las organizaciones obreras que muchos capitalistas mismos consideraban necesarias para quitar a la lucha de intereses entre ellos y los obreros su carácter imprevisto, agriado, devastador. Generalmente no se llega tan lejos; mientras la clase obrera es débil, la clase dominante no tiene razones para amordazarla, y cuando llega a ser fuerte, el proletariado encuentra en la naturaleza insostenible de su condición económica y en su masa la fuerza para impedir tales privaciones de derechos. Por medio de manifestaciones de calle y, en los casos más extremos, por huelgas de masas, puede ejercer una presión lo bastante fuerte para saber no sólo evitar estas privaciones de derechos, sino incluso conseguir nuevos derechos.

Por tanto, será necesariamente mala cosa para la burguesía si toma el camino reaccionario de la privación de derechos. En lugar de debilitar a su enemigo, lo reforzará. El movimiento obrero crece poderosamente en partidarios y en unidad. Y este acrecentamiento de poder se manifiesta en primer lugar no como producto de la evolución económica sino como resultado de un gobierno brutal. La resistencia contra estos estúpidos métodos de lucha aumenta entre los elementos instruidos y clarividentes de la burguesía; éstos quieren quitar a los trabajadores materia de agitación concediéndoles todos los derechos cívicos.

De este modo la clase dominante oscila entre *dos métodos de gobierno* que se encarnan en dos tendencias políticas opuestas. En primer lugar, las contradicciones políticas dentro de la clase poseedora son incontestablemente contradicciones de intereses entre los diferentes grupos que componen esta clase. Históricamente, la contradicción entre los dos grandes partidos burgueses, que se

encuentra en todos los países, tiene su origen en el antagonismo entre la industria y la gran propiedad de la tierra, con la que se une enseguida la pequeña burguesía clerical. La oposición entre estos partidos desaparece cada vez más en la medida en que con el desarrollo del capitalismo, el proletariado se convierte en un peligro para todos los explotadores y donde, a causa de la penetración del capital en la agricultura y la participación de la nobleza rica en las empresas industriales, este antiguo antagonismo entre las dos clases se borra poco a poco. Pero entonces aparecen habitualmente, como nuevo antagonismo entre partidos que se mezcla con los restos del antiguo antagonismo, las concepciones divergentes a propósito del mejor método para reprimir al proletariado. El partido “conservador” o “clerical” de los agrarios y de los pequeños burgueses se convierte en el campeón del método duro, y el partido progresista y liberal, en el campeón de la libertad de movimiento más completa; pero al mismo tiempo, los antiguos límites de clase tienen tendencia a difuminarse y, a fin de cuentas, se encuentran propietarios terratenientes, fabricantes, campesinos y pequeños burgueses tanto en un partido como en el otro. A partir de entonces, los términos “conservador” y “liberal” encubren un nuevo contenido. La fracción progresista de la burguesía no puede limitarse a dar simplemente la libertad de movimiento y los derechos a los trabajadores; debe también intentar eliminar las causas de su descontento, las “deformidades” del capitalismo y, por tanto, al revés del viejo liberalismo dogmático de tipo manchesteriano, debe ser reformadora y tomar partido por la intervención del Estado en las relaciones económicas. Este “nuevo liberalismo” debe ser, pues, a la vez *reformista y democrático*.

No se encuentra esta transformación de los partidos políticos completamente acabada más que en los paí-

ses realmente constitucionales de Europa occidental. En Alemania, jamás se ha realizado del todo porque aquí no hay régimen constitucional y el gobierno representa, por el contrario, un poder autónomo sobre el que cada clase intenta ejercer su influencia. Aquí, el liberalismo ha sido siempre una estricta representación de los intereses de clase de la burguesía industrial frente a los junkers y los obreros. El “nuevo liberalismo”, el curso democrático y la benevolencia hacia los obreros, no han salido nunca, aquí, del estadio de la verborrea y de los comienzos imperceptibles que cesan enseguida.

En función de acontecimientos económicos y políticos particulares, una u otra de las dos tendencias se impone, y la masa de los electores burgueses oscila entre uno u otro de estos dos métodos. El movimiento obrero es bamboleado también de aquí para allá si, cuando hay cambios de orientación del viento, no tiene en su inteligencia teórica una brújula segura gracias a la cual se dirige activamente hacia su meta. Cuando la clase dirigente aplica una política de fuerza reaccionaria que reprime todas las organizaciones, obligatoriamente se propaga la idea de que ya no hay nada que hacer por los medios legales, que la única cosa válida es oponer la violencia a la violencia. El sentimiento de impotencia que se apodera de los trabajadores los empuja hacia una negación obstinada; la práctica, que excluye el trabajo efectivo de hormiga y no deja lugar más que a la agitación clandestina, conduce a la teoría según la cual el trabajo de hormiga es rechazado y toda la salvación es transferida a un “día de cólera” futuro. Colocarse en el terreno de lo que existe, negociar en el parlamento con los opresores, aparece casi como una traición a la causa obrera.

El sentimiento es exactamente el contrario cuando se presenta un cambio brusco y la clase dominante quiere

ensayar esta vez la política de la zanahoria. Cuando se aleja la fuerte presión, la clase obrera puede respirar de nuevo, desplegarse y organizarse libremente, y entonces le parece que ha comenzado una nueva primavera. La nueva actitud de la clase dominante es considerada como una ley de desarrollo permanente de las instituciones políticas, como *una suavización persistente de la lucha de clases, una democratización creciente de la sociedad, y una actividad reformadora que se amplía constantemente* y que, a fin de cuentas, desembocará necesariamente en el socialismo.

Las ideas liberales, cuyo apogeo, durante el cual eran la expresión de los intereses capitalistas en fase ascendente, pertenece totalmente al pasado, se le aparecen a la generación actual como algo totalmente nuevo, que sería un pariente próximo del socialismo por su carácter progresista, mientras que en realidad no son más que la expresión de un capitalismo razonable que toma el lugar del capitalismo brutal. La igualdad política, después de la fuerte presión de la privación de derechos, parece tan bella que casi hace olvidar la esclavitud económica, lo que, no obstante, le ocurre más fácilmente a los portavoces que a los obreros mismos. La doctrina del antagonismo agudo entre las clases y de la necesidad de una lucha de clase sin contemplaciones parece errónea e inútil, a pesar de que lo más que ha ocurrido es que se ha restablecido *el verdadero terreno de lucha*. “A la buena voluntad, la mano abierta, a la mala, el puño”: en esta consigna de Vollmar aparece la idea de que nuestro puño cerrado no vale para lo concerniente a la explotación capitalista y a la dominación de clase, sino para su agravación reaccionaria.

De esta manera, se puede comprender por qué, después de la promulgación de la ley contra los socialistas, las ideas anarquistas de la propaganda de Most pudieron

adquirir cierta influencia; únicamente la sólida conciencia teórica de que la socialdemocracia es fruto natural del capitalismo, y de que es imposible aplicar de modo duradero medios brutales contra ella, ha mantenido la masa de camaradas en la vía de la táctica justa. El caso inverso se presentó tras la supresión de la ley contra los socialistas. En sus “discursos de El Dorado”: “Sobre las próximas tareas de la socialdemocracia alemana”, Vollmar explicó que ahora se había instalado una nueva táctica de benevolencia. Pero, también en este caso, el partido se decidió por la conservación de la antigua táctica: lucha por todas las reformas, permaneciendo firmemente aferrados al punto de vista de la lucha de clase encarnizada. La decisión no fue difícil pues era fácil percibir el carácter mentiroso de este “nuevo curso”, que era todo menos un curso liberal y progresista.

Y fue precisamente en los debates sobre la táctica en el Congreso de Halle donde se vio claramente que las deformaciones unilaterales del socialismo en diferentes direcciones se favorecen y se refuerzan mutuamente. Los “Jóvenes” berlineses alegaron las exposiciones de Vollmar para defender su teoría según la cual la actividad parlamentaria y el trabajo de hormiga conducen al abandono del punto de vista de clase, y Vollmar atacó el punto de vista político estéril de los “Jóvenes”, que despreciaban el trabajo de hormiga, como si éste fuese el punto de vista revolucionario, firmemente aferrado a los principios.

La cuestión de la táctica interna, a propósito de la cual se combatieron la táctica marxista y la táctica revisionista en Alemania, donde el anarquismo jamás adquirió una influencia significativa, es, en el fondo, la cuestión de saber cómo se debe considerar la democracia y el carácter progresista de los partidos burgueses. El deseo juega un papel cada vez más importante en la confianza en la buena

voluntad de la burguesía, de lo cual dan prueba los revisionistas. Todos los socialistas son unánimes en *desear* una política seria de reformas y la igualdad política. Una política de reformas verdaderamente radical haría la revolución social lo más indolora y continua posible. “Cuanto más se prosigue esta evolución de una manera pacífica, ordenada y orgánica, tanto mejor para nosotros y para la colectividad”: todo socialdemócrata está de acuerdo con estas palabras de Vollmar. La utilización sin trabas de todos los derechos políticos da a la lucha de clases actual las formas civilizadas que nosotros deseamos en nuestro interés y en interés de toda la sociedad, mientras que la reacción le impone los métodos bárbaros de las épocas pasadas. Si luchásemos en el terreno de una igualdad completa de derechos y si encontrásemos en el adversario la voluntad seria de mejorar los defectos patentes de la sociedad, sería posible a la clase obrera, gracias a una serie de medidas coherentes que se encuentran en nuestro programa de reivindicaciones inmediatas, realizar el paso del capitalismo al socialismo sin revoluciones violentas. Sería mejor para nosotros, sería mejor para nuestro adversario, sería mejor para toda la sociedad, si el capitalismo se preparase, según nuestro deseo, a morir tranquilamente sin agarrarse convulsivamente a la vida, sin un último combate inútil, cuando su hora ha llegado.

Pero no son nuestros deseos los que determinan la evolución social. Ninguna clase en declive se ha resignado todavía a morir con honor y dignidad; ningún orden social se ha hundido todavía sin intentos convulsivos para mantenerse. Y hoy tampoco la clase capitalista da muestras de la menor gana de allanar las dificultades en el camino que lleva al socialismo, gracias a reformas sociales importantes y a un régimen democrático y progresista. El curso de la historia no está determinado por una supuesta “lógica de

las cosas”, que empujaría a una marcha adelante continua en el camino de las reformas sociales, una vez que se ha emprendido éste, sino por la lucha de los intereses sociales, la cual disuadirá a la clase dominante de tomar este camino desde el momento en que tema que su adversario se vea reforzado con ello y no inducido al error.

Pues *el fin positivo de la política liberal y progresista es inducir a los trabajadores al error*. El poder de una minoría dominante descansa en el hecho de que las masas populares no perciben sus propios intereses ni la contradicción entre éstos y los intereses de los que dominan. Por tanto, la burguesía debe intentar evitar que aparezca en el proletariado una clara conciencia de clase, o bien, si ya ha aparecido, corromperla o enturbiarla. Y esto es tanto más necesario cuanto que la conciencia de clase se ha desarrollado ya de manera vigorosa; y su necesidad se siente tanto más fuertemente cuanto que el proletariado es más poderoso y el peligro más amenazante. La terrible explotación y la miseria empujan las masas a la resistencia; reclaman la supresión de las deformidades más graves del capitalismo. Si la burguesía quiere reconciliarlas con el capitalismo, debe mostrar su voluntad de abolir estas deformidades por medio de reformas sociales.

El miedo al proletariado es la fuerza motriz de todas las reformas sociales burguesas. No el miedo a que estalle una revolución si no se hacen estas reformas, sino *el miedo al aumento del poder del proletariado*. Cuanto mayor es el poder del proletariado, cuanto mayor es el miedo que tiene la burguesía a que continúe aumentando, más fuerte es la tendencia a apaciguar a las masas por medio de reformas sociales. Esta reacción se cambia en su contrario en determinado grado, cuando el poder de la clase obrera es tan grande que todo intento de debilitarla de esta manera se muestra sin esperanza y la burguesía ya no cuenta

más que con las descargas de fusilería como medio de defensa.

Frente a tales intentos de la clase dominante, el proletariado debe tener la actitud siguiente: *apoyar lo más posible* los intentos de reforma de la tendencia liberal, pero *no dejarse embaucar en ningún momento por ellos*. No puede haber en ningún momento duda alguna sobre las verdaderas intenciones de este curso; los reformadores y los progresistas burgueses no son amigos benevolentes que están cerca de nosotros, sino enemigos e, incluso, enemigos más peligrosos que los reaccionarios pues intentan destruir nuestra fuerza interior, nuestro discernimiento y nuestra conciencia de clase. Y, por tanto, es precisamente en tales situaciones, en las que el trabajo práctico manifiesta los mayores éxitos ostensibles, cuando debe llevarse de manera tanto más metódica la propaganda teórica que explica la naturaleza y el significado del progreso burgués.

Es lo contrario lo que ocurre por regla general. Habitualmente, la burguesía consigue su fin. Una parte más o menos importante de los obreros y una parte de sus portavoces se dejan cegar por las reformas, creen en la benevolencia de esta fracción de la burguesía hacia los obreros y en la capacidad de mejora del capitalismo, y arrojan por la borda las antiguas ideas sobre la contradicción aguda de las clases como “dogmas superados”. En esto consiste la doctrina del revisionismo. Se dejan inducir a error por la experiencia limitada del momento, cuya brevedad y carácter pasajero no perciben, y esta política de las clases dominantes tiene como efecto que el movimiento obrero se debilite y se divida, y que las luchas internas obstaculicen de manera importante su progreso.

Si la política liberal y progresista, cuando es puesta en práctica de manera consecuente, es la más astuta para las clases dominantes, tiene, no obstante, un grave defecto:

no se la prosigue de manera consecuyente y se hunde pronto por su propia contradicción. Significa el desarme del enemigo, pero dándole todo aquello por lo que ha sacado la espada. La burguesía no encontrará *la salvación* desviando a los trabajadores de la dura lucha de clase revolucionaria por medio de reformas sociales realmente profundas, por la concesión de todos los derechos políticos, por la puesta en marcha de una verdadera democracia y por una limitación legal del poder del capital. En efecto, así defendería ella misma los intereses de los obreros y despejaría el camino al socialismo, en lugar de dejar esto a los trabajadores. La democracia significa aumento del poder político de las masas populares; y toda reforma social que actúa a favor de los obreros atenta contra los intereses inmediatos de los grupos capitalistas. Por esta razón la reforma social burguesa no podrá nunca revestir un carácter magnánimo, generoso, altruista; *la burguesía intenta siempre dar lo menos posible y hacerlo parecer como lo mayor posible*. Cuando siente que debe hacer algo porque ni no, no puede resistir los ataques de los portavoces socialdemócratas y la presión de los obreros aún burgueses, la reforma se convierte siempre en mezquina, tacaña, insignificante; el interés inmediato se abre siempre camino e intenta recuperar, por resoluciones de excepción y la inserción de cláusulas complicadas, lo que debía ser dado en las decisiones importantes. *Camelo y palabrería son las características de la reforma social burguesa*, y únicamente la crítica de los representantes de los obreros, que hacen oír continuamente las exigencias de los trabajadores, tiene por efecto que se pueda sacar algo de esto. Las frases bonitas que figuran en los programas de los partidos burgueses para atraerse a los trabajadores, son arrumbadas regularmente desde el momento en que estos partidos están en situación de ponerlas en obra. Cuando un partido

burgués democrático toma el gobierno, muestra con demasiada frecuencia la imagen híbrida de la reacción democrática, la reacción que se tapa con frases democráticas; el gobierno radical de Clémenceau en Francia nos ha ofrecido un ejemplo clásico de ello hace poco.

Las concepciones burguesa y proletaria del mundo

A primera vista, las dos tendencias que designamos con los nombres genéricos de anarquismo y revisionismo aparecen sólo como contrarios. Pero al mismo tiempo están emparentadas muy estrechamente, precisamente porque se oponen entre sí como deformaciones unilaterales antinómicas de la táctica socialdemócrata. Ambas son productos de *la misma concepción burguesa del mundo* que es radicalmente diferente de la concepción proletaria del mundo.

Ningún método de lucha es específicamente proletario o socialdemócrata, ni el derrocamiento violento y rápido, ni el trabajo paciente de hormiga y que progresa paso a paso, ni la revolución ni la evolución, ni la dedicación a un ideal futuro alejado ni la práctica limitada y orientada al momento. También la clase burguesa conoció y utilizó todas estas maneras de ver y estos métodos. También ella se entusiasmó, soñó con revoluciones y las hizo; también se ha prestado a una evolución lenta y a pequeñas reformas. Por tanto, no hay en una u otra manera de ver nada que pueda ser específicamente propio del proletariado.

Lo que es específicamente propio del proletariado es la concepción de un desarrollo social necesario que tiene un carácter dialéctico. Esto significa que los momentos de este desarrollo no pueden ser captados por el espíritu

más que como contrarios, que, en tanto que conceptos, son antagónicos; como por ejemplo, la revolución y la evolución, la teoría y la práctica, el objetivo final y el movimiento. Específicamente proletaria es la concepción según la cual todas las determinaciones aisladas, que se oponen aparentemente unas a otras, no forman más que los momentos de un gran proceso de desarrollo. El proletariado no se entrega ni a la revolución ni a la evolución, sino que por el contrario reconoce que ambas no son más que dos aspectos del mismo desarrollo; esta comprensión dialéctica de la unidad de lo que en apariencia es contradictorio – de una unidad que sólo se realiza por un desarrollo en progresión – constituye el punto importante que diferencia *el nuevo pensamiento proletario, socialdemócrata*, del pensamiento burgués.

El pensamiento burgués, no dialéctico, no tiene ni idea del curso imperturbable y del carácter verdadero del desarrollo histórico. Sólo ve lo que es accidental y que sólo se impone, la mayoría de las veces, de manera transitoria, y así pasa de un extremo al otro. Allí donde ve contrarios, sólo los ve como un “de una parte, de otra”, sin reconocerlos como fuerzas motrices del desarrollo; allí donde ve un desarrollo, éste no puede revestir más que la forma de una lenta evolución que cambia algo en la cantidad, pero que no modifica la calidad, la esencia.

Esta primera oposición entre las maneras de ver burguesa y proletaria está ligada del modo más estrecho a la segunda. *La manera de ver proletaria es materialista, la manera de ver burguesa es idealista. Pero dialéctica y materialista van juntas exactamente igual que ideológica y no dialéctica.* Para el proletariado, son fuerzas materiales, que escapan al poder del individuo, las que dirigen el desarrollo; para la burguesía, es la fuerza creadora del espíritu humano la que gobierna. La realidad material es dia-

lética, pues no puede ser captada de modo completo más que como la unidad de conceptos contradictorios. Pero en los conceptos y las ideas, que la manera de ver burguesa considera como fuerzas motrices, la contradicción es abrupta. *En tanto que conceptos*, la evolución y la revolución, la libertad y la organización, se oponen mutuamente, se excluyen recíprocamente.

Para los que no tienen en cuenta más que las ideas abstractas, que las consideran como lo esencial, y que no ven la realidad material subyacente, estas ideas son de hecho contrarios inconciliables, que se excluyen mutuamente. Para ellos, o bien se atiende uno a la revolución, o bien a la evolución, pues no hay tercer término; para ellos, el principio de pequeñas reformas es una mala cosa si han reconocido el derrocamiento como lo que es justo, o bien, si consideran las pequeñas reformas como los elementos dignos de ser alcanzados, su contrario, el derrocamiento, se excluye de esta manera por sí mismo. Los eslóganes sustituyen la clara comprensión.

En este sentido, *el anarquismo y el revisionismo son dos tendencias burguesas en el movimiento obrero; unen una concepción burguesa del mundo a sentimientos proletarios*. Se colocan del lado del proletariado y quieren defender su causa, pero sin tomar parte en la gran subversión en el pensamiento y la ciencia que caracteriza al socialismo científico. Toman sus concepciones y sus formas de pensamiento del mundo burgués y no se diferencian el uno del otro más que en que las buscan en épocas diferentes del período burgués. Dejando aparte hechos particulares, se puede decir que la burguesía se declaró primero, cuando iba en ascenso, favorable a concepciones revolucionarias y que, después, durante su declive, ya no quiso oír hablar más de catástrofes, ni siquiera en las ciencias de la naturaleza, y que profesó la evolución lenta e insensible.

El anarquismo continúa las tradiciones de las revoluciones burguesas y se emplea constantemente en poner en escena revoluciones, mientras que el revisionismo hace suya la teoría de la evolución pacífica de la burguesía en declive.

Más que como tendencias burguesas, se las puede caracterizar como *tendencias pequeño-burguesas*. Pues contrariamente a la gran burguesía, contenta de sí misma, la pequeña burguesía ha sido siempre una clase insatisfecha que ha querido oponerse a lo existente. Puesto que el desarrollo social no le es favorable, no podía tener una línea firme sino que debía caer necesariamente en un extremo o el otro; lo mismo se complacía con frases revolucionarias e intentaba apoderarse del poder por medio de golpes, como se arrastraba miedosamente tras la gran burguesía e intentaba conseguir reformas por el ardid o la mendicidad. *El anarquismo es la ideología del pequeño burgués convertido en salvaje, el revisionismo es la del pequeño burgués domesticado*. Este parentesco estrecho permite comprender por qué se transforman tan fácilmente el uno en el otro. La historia del movimiento obrero nos muestra demasiados ejemplos en que los “revolucionarios” más ardientes se transforman en los reformistas más pacíficos. Muchos revisionistas creyeron bruscamente en 1906 poder urdir una pequeña revolución y, como esto no tuvo éxito, recayeron en el reformismo más anodino. En esta ocasión no cambiaron más que en su forma exterior, pero en su fuero interno su concepción seguía siendo la misma, la concepción opuesta al marxismo, que no ve en el desarrollo la unidad de los contrarios.

Estas dos tendencias tienen también en común el culto a la persona y a la libertad personal. En esto se manifiestan también como tendencias burguesas. El marxismo ve en las poderosas fuerzas económicas, que ponen en movimiento a las masas humanas, los factores motores de

la sociedad, mientras que la doctrina burguesa coloca en el centro de su filosofía *la libre personalidad que actúa soberanamente*. El anarquismo es, en su fundamento teórico, una continuación lógica del individualismo burgués; la libertad anarquista sobrepasa incluso la libertad liberal. El antiguo liberalismo – como el de Herbert Spencer – planteaba la libertad absoluta como su ideal: entendía como tal la libertad burguesa de los productores contra la intervención del Estado. Los anarquistas no han discernido que esa libertad no era más que una expresión ideológica de los intereses burgueses; tomaron el eslogan como tal y la única crítica que encontraron es que la libertad liberal no era aún la libertad perfecta; pues el Estado oprimía a las clases laboriosas gracias a su poder. Sólo la abolición completa del poder del Estado y de toda autoridad podría realizar, pues, la libertad absoluta.

El sindicalismo revolucionario se diferencia en este punto del antiguo anarquismo puramente individualista, porque ha aparecido entre los obreros ya organizados. Por esta razón coloca la organización de la clase obrera por encima del individuo aislado, pero reclama para ella una autonomía completa. Sin embargo, no por ello pierde de vista la personalidad libre y vigorosa. “El desarrollo intelectual y moral de la personalidad individual” fue mencionado por Friedeberg, en su resolución en el Congreso de Ámsterdam, como la primera condición previa a la liberación definitiva del proletariado.

El revisionismo está prácticamente de acuerdo con esto puesto que él también invoca constantemente el derecho a la libre personalidad, lo que con frecuencia es, en sus portavoces, resultado de su pertenencia a la clase de la intelectualidad, la cual difícilmente se deja insertar en el sólido cuerpo de la disciplina proletaria. También el revisionismo se ha puesto a gritar: “¡Volvamos a Kant!”. El

culto neo-kantiano de la libertad moral de la persona, que se opone totalmente a la doctrina marxista del origen social de la moral, encuentra en la tendencia revisionista a sus representantes principales.

Junto a esta falta de comprensión del materialismo histórico y de la dialéctica, propia del revisionismo y del anarquismo, su concepción de la economía marxista, que desvela la estructura interna del capitalismo, es también necesariamente imperfecta. La producción capitalista presenta un carácter doble que proviene del carácter doble de la mercancía, a la vez valor de uso y valor de cambio. Todo trabajo es, al mismo tiempo, un trabajo concreto que crea objetos utilitarios, y un trabajo abstracto, que crea valor de cambio. Por tanto, el trabajo es, en el capitalismo, al mismo tiempo una producción de valores de uso para la sociedad y una producción de plusvalía. Para los capitalistas, es la función citada en último lugar, la formación de plusvalía, lo que constituye el fin esencial de la producción, pero ésta está ligada a la primera de manera indisoluble. La producción capitalista es, por consiguiente, al mismo tiempo *la producción de objetos indispensables*, sin los cuales no puede existir la sociedad, y *la explotación de los obreros*.

El anarquismo no ve este carácter doble; descuida el carácter de la producción y *no ve en el orden burgués más que una violenta opresión contra natura y condenable*. Sueña con destruirlo totalmente y establecer un nuevo mundo mejor sobre las ruinas del antiguo mundo perecido. Esta concepción es también la base de la idea anarquista de huelga general; gracias a un levantamiento único, que se adapta en su forma a la situación de los obreros, el yugo de los opresores es derribado, y la humanidad liberada organiza su mundo de manera completamente nueva. Esta idea conviene, ante todo, al ambiente intelectual de los pe-

queños burgueses y de los trabajadores pequeñoburgueses. Para ellos, el capital no es, como para el proletariado de la gran industria, la poderosa fuerza organizadora que edifica ya la sociedad futura en algunos de sus rasgos, sino solamente una fuerza opresora y explotadora. Es así como se presenta esta fuerza a los obreros cualificados de las pequeñas empresas, que ven que su habilidad artística o técnica se hace superflua a causa de las nuevas máquinas y, por tanto, ven su nivel de vida amenazado. Por esta razón están especialmente abiertos a las doctrinas anarquistas; los relojeros del Jura suizo fueron las primeras tropas de élite del anarquismo en la Internacional, y hoy, en Francia, las doctrinas sindicalistas revolucionarias encuentran en los ambientes de los obreros cualificados, que están amenazados de proletarización por la evolución técnica, a sus partidarios más sólidos.

El revisionismo cae en el error opuesto, que es mucho más grave porque el carácter explotador del capitalismo es su aspecto más importante. La producción capitalista es, ante todo, una producción de plusvalía; es lo que le da su naturaleza característica. Por esta razón se opone diametralmente a una producción socialista, que es una producción que corresponde directamente a las necesidades y que no conoce la explotación; es cierto que la producción socialista crece a partir de la producción capitalista, pero sólo por una ruptura, un derrocamiento, que la cambia en su contrario. El revisionismo desconoce este carácter del capitalismo puesto que él habla de una transformación progresiva del capitalismo en socialismo y considera toda reforma social ya como un trozo de socialismo. Su concepción es comprensible puesto que hace resaltar lo que es común a los dos modos de producción, a saber, el hecho de que se producen mercancías en un contexto mundial con grandes máquinas, y coloca lo que los opone

en segundo plano. *De este modo, la diferencia entre los dos modos de producción se convierte en una diferencia de grado*, y entonces está justificado concebir toda pequeña mejora como una mezcla de capitalismo y una porción de socialismo. Basta un aumento de esta porción, es suficiente energía y espíritu de consecuencia en la reforma, para transportarnos insensiblemente al socialismo. Todas las concepciones revisionistas particulares son reconocibles porque pasan por alto la contradicción fundamental, la cual tendrá su expresión en la *lucha final por la dominación política plena y total*.

Esta naturaleza burguesa del revisionismo se evidencia con gran nitidez en los debates sobre la *política colonial*. La política colonial es la forma más abominable de la explotación porque la sed de ganancia del capital no está limitada aquí por ninguna consideración hacia una clase obrera políticamente libre y, por tanto, en estado de defenderse. El revisionismo hace resaltar *el aspecto accesorio* de la política colonial actual: el hecho que se intercambien mercancías y que haya relaciones personales y comerciales entre la colonia y Europa. Dado que la comunidad socialista tendrá probablemente también relaciones de intercambio – aun cuando sean menos intensas – con pueblos menos desarrollados, concibe la posición del capitalismo actual y del socialismo futuro frente a la colonia como si fuesen de la misma naturaleza, y no diferenciándose más que en cosas accesorias y superficiales. Se descuida la contradicción brutal entre la conducta explotadora, que busca la plusvalía, del capitalismo y el socialismo que aporta la civilización y que sólo busca valor de uso. De este modo nace la quimera de una política colonial humana, que aporta la civilización, que se despoja, por tanto, de su crueldad y de su barbarie, y que puede ser puesta en obra ya bajo el capitalismo; sobre la base de esta quimera, los

socialdemócratas no pueden oponerse fundamentalmente a la política colonial.

Por tanto, si a ambas tendencias les falta la comprensión de la economía marxista, de modo similar se oponen a sus resultados, rechazándolos. El proceso de desarrollo del capitalismo, que hemos caracterizado por la expresión *concentración del capital*, es combatido de la misma manera por los revisionistas y los anarquistas. Y, en efecto, Bernstein, como se sabe, basó sus ataques a la táctica revolucionaria en la pretendida refutación de la teoría de la concentración del capital. Del mismo modo nos encontramos con que el anarquista Cherkesov, en uno de los escritos acerca de las teorías y los hechos de la socialdemocracia, batalla contra la ley de la concentración del capital: “De cualquier manera que se considere el asunto, siempre se encuentra un aumento del número de los explotadores. Hay que ser muy ingenuo para repetir el absurdo según el cual la burguesía se sometería tranquilamente a la expropiación decidida por el parlamento, porque el número de capitalistas es reducido por el proceso de concentración a una minoría en vía de desaparición.” Las dos tendencias impugnan así este hecho revolucionario fundamental, sobre el que descansa la certidumbre del advenimiento del socialismo; una, para deducir de ello que no se puede llegar al fin sin la ayuda o la benevolencia de los elementos burgueses progresistas, y que hay que contentarse con reformas; la otra, para suministrar la prueba de que se espera en vano un hundimiento material y que, por tanto, hay que golpear sin dudar, siempre y solamente, si se desea provocar un cambio. De este modo estas dos tendencias *recaen* necesariamente *en el viejo utopismo*; la gran conquista del marxismo, que consiste en haber descrito el socialismo como el resultado necesario de la evolución social, es abandonada por ellas nuevamente. Puesto

que no consideran el advenimiento del socialismo como el resultado cierto de la evolución social, deben recurrir a construcciones y recomendaciones. Los anarquistas, como se sabe, se entregan con todas sus fuerzas a tales construcciones y, en sus escritos, suministran comparaciones detalladas de los diferentes sistemas de comunismo y de libertad; tienen a los socialdemócratas por gentes que quieren realizar una organización social determinada, la organización colectivista, que es diferente de su objetivo final comunista. De modo análogo, Bernstein se atormenta a propósito de la cuestión de saber si debemos decir en nuestro programa cuáles son los medios de producción que queremos nacionalizar. En ambos casos, no comprenden que debe desarrollarse un nuevo modo de producción y que no puede ser puesto en marcha ya preparado, conforme a un plan determinado por adelantado.

Vemos, pues, cómo el revisionismo y el anarquismo representan dos deformaciones unilaterales del socialismo que se oponen entre sí. Puesto que no comprenden la concepción marxista, que une los dos aspectos en una unidad, cada una de estas tendencias confunde el marxismo con la otra tendencia y la combate como tal. Los revisionistas combaten la táctica marxista como si fuese romanticismo revolucionario e intentan incesantemente, a pesar de toda la experiencia práctica, hacer pasar a los marxistas por adversarios del trabajo cotidiano de hormiga y de las reformas; naturalmente, es porque la reforma y la revolución son, para ellos, contrarios inconciliables y no pueden comprender que alguien que coloca en primer plano el deber revolucionario del proletariado pueda tomar partido al mismo tiempo por pequeñas reformas. Los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios actúan al revés: consideran la táctica revolucionaria como la consecuencia necesaria de la socialdemocracia y combaten a es-

ta remitiendo a las teorías y a los hechos de los reformistas.

V. El parlamentarismo

El significado de la lucha parlamentaria

Las instituciones parlamentarias sirven para establecer y aplicar, para la conducta de los hombres entre sí, las reglas que son precisamente necesarias al modo de producción dominante. Restringen la libertad del individuo en interés del conjunto, o de lo que se ha convenido llamar así. El poder del Estado ha debido nacer necesariamente de la separación de la sociedad en clases dominantes y dominadas, explotadas, como instrumento en manos de los dominadores para oprimir a la clase dominada. Cuanto más se han desarrollado los engranajes de la sociedad, tanto más se han extendido las funciones del poder del Estado, tanto más se ha erigido éste como una organización poderosa e independiente que dominaba toda la vida social. El poder de Estado se ha convertido en el objeto de la lucha de clases; pues la clase que dispone de él, dispone también de los poderosos medios del Estado y puede imponer su voluntad a toda la sociedad por medio leyes. En el curso de las revoluciones burguesas, la burguesía arrancó el poder de Estado de las manos de la nobleza y de la realeza; tenía necesidad de él para abrogar las leyes que le perjudicaban - a saber, las que limitaban “la libertad del

trabajo” – y para introducir leyes favorables a su economía. Este poder de Estado sirve al mismo tiempo para mantener su dominación y reprimir los intentos de la clase obrera para hacer valer sus intereses. La legislación, la policía, la justicia, las autoridades, el ejército, todas estas instituciones son utilizadas cada vez más contra la clase obrera en lucha. Esto es lo que obliga al proletariado a fijarse como objetivo la conquista del poder de Estado.

El parlamentarismo es la forma normal de la dominación política de la burguesía. En los países gobernados de manera constitucional, como Francia, Inglaterra, Holanda, en los que la burguesía dispone plenamente del poder de Estado, el parlamento representa el poder real de Estado; el llamado “gobierno” (el poder ejecutivo, los ministerios) es un comité de la mayoría parlamentaria; la realza no tiene verdadero poder, y todos los demás órganos estatales: los tribunales, el ejército, el conjunto de la burocracia, están subordinados al parlamento. La lucha entre las diferentes clases y grupos de intereses se desarrolla en el marco de la lucha parlamentaria; cada clase intenta conquistar el mayor número posible de escaños en el parlamento, ya sea gracias a un sistema electoral que le sea favorable, o bien gracias a su influencia moral sobre la masa de los electores, la cual descansa en que su interés concuerde con lo que es sentido por la mayoría de los electores como el interés general más importante y necesario.

La clase obrera también toma parte en esta lucha; después que ha llegado a tener conciencia de clase, forma un partido político autónomo que combate a los demás partidos, los cuales representan los intereses burgueses. Ciertamente, el proletariado no ha considerado desde el principio el parlamentarismo como su medio de lucha más importante. Cuando este medio apareció en la escena de la historia, la burguesía misma no se había implicado todavía

en las luchas revolucionarias por el poder de Estado; para esto, tuvo necesidad, y se sirvió, de la ayuda del proletariado. De esta manera el proletariado, incluso sin una organización fuerte, ha podido esperar conquistar inmediatamente el poder político a través de sublevaciones armadas, utilizando simplemente situaciones favorables, con las armas que la burguesía debió darle. Pero este intento fracasó; con la ayuda de los antiguos poderes, la burguesía derrotó a sus aliados anteriores; supo incrustarse sólida e incontestablemente en el poder. Así es como terminó el primer período de la lucha de clase proletaria, que duró de 1848 a 1871. La perspectiva de arrancar, por así decir, por sorpresa, el poder a la burguesía, había desaparecido. El proletariado debía llegar al poder por un trabajo lento y progresivo; así es como comenzó el segundo período de la lucha de clase, el período del parlamentarismo. Con este nuevo método, el proletariado utiliza de la misma manera las armas que la burguesía le ha dado; pero ahora, estas armas son *los derechos políticos*. Con ellos, el proletariado ha tenido la oportunidad de progresar continuamente, sin dejar de ganar terreno por su trabajo pacífico de explicación y de agitación, y sin que la burguesía haya tenido la ocasión de emplear sus instrumentos de poder estatales superiores, como el ejército, por ejemplo. Rechinando los dientes, debe constatar que su enemigo se hace cada vez más poderoso y que su gran poder de gobernante no tiene efecto contra esto. Busca en vano medios que le permitan utilizar este poder intentando atraer, por medio de provocaciones, a los trabajadores ante los fusiles.

A primera vista puede parecer, sin duda, que la clase dominante tiene la posibilidad de cortar a los obreros el camino de la lucha parlamentaria, excluyéndolos simplemente del derecho de voto. Pero la dominación de la burguesía descansa en primer lugar en el hecho de que los

obreros no lleguen a la conciencia de clase, no se reconozcan a sí mismos como una clase particular. El fundamento de la sociedad burguesa es la ficción que todos los hombres son ciudadanos iguales y que tienen los mismos derechos; también los trabajadores tienen primeramente esta concepción antes de despertarse a la conciencia de clase. Sólo renegando de sus propios principios puede rehusar la burguesía el derecho de voto a los trabajadores, y no existe mejor medio para demostrar la falsedad de estos principios a los obreros. Mientras el proletariado es indiferente políticamente, puede imperar un derecho restringido de voto; pero desde el momento en que él también reclama el derecho de voto para sí, la burguesía debe *escoger entre dos males*: o bien dar este arma política a los trabajadores, o bien enfrentarse a ellos renegando de sí y desenmascarándose ella misma como una clase dominante. Alemania ofrece un ejemplo del ascenso rápido de un partido político autónomo de los trabajadores como consecuencia de la negativa de la burguesía liberal a tomar partido por el sufragio universal. En los países democráticos, en los que impera el sufragio universal, los obreros llegan mucho más difícilmente a una clara conciencia de clase.

Los éxitos importantes que ha aportado al proletariado la participación en la lucha parlamentaria han hecho nacer frecuentemente la ilusión de que la papeleta de voto es el único medio efectivo que nos permite apropiarnos progresivamente del poder político. En la medida en que nuestras ideas penetran por la agitación en círculos cada vez más vastos de la población, el número de diputados socialdemócratas aumenta hasta que lleguemos finalmente a la *mayoría* y hagamos las leyes según nuestros puntos de vista. La condición para que esto se produzca es que el sufragio universal esté siempre en vigor y que el parlamento disponga realmente del poder del Estado – lo que, en nin-

gún caso, es válido para Alemania. Pero, igualmente para los otros países, *esta idea de la conquista parlamentaria del poder político es una utopía.*

Detrás de las formas políticas, está la realidad social, la lucha de clases. Es, pues, comprensible que la clase poseedora no se deje apartar fácilmente del poder, como si estuviese paralizada por el respeto a las formas que ella misma ha creado. Ella ha creado las formas parlamentarias no por entusiasmo abstracto por su nobleza, sino por consideración práctica de su interés, y sólo está guiada por su interés cuando modifica estas normas. Y, naturalmente, ella no tolerará tranquilamente que estas formas sean utilizadas para su expropiación; en ningún caso abandonará su dominación sin haber empleado sus últimos instrumentos de poder. Mientras tenga la mayoría, tiene la posibilidad de abolir simplemente el sufragio universal de manera legal.

Hemos visto que la burguesía, colocada ante la cuestión de saber si debe dar más derechos políticos a los trabajadores que los reclaman insistentemente, puede elegir entre dos males. Mientras el movimiento obrero es todavía débil, preferirá darlos porque tiene muchos partidarios que perder; pero cuanto más insignificante se hace la masa de los obreros que cree perder, cuanto más amenazante aparece el peligro de una dominación de los obreros, tanto más se opondrá a las reivindicaciones de los obreros, rechazándolas abruptamente, tanto más pensará necesariamente en recortar los derechos políticos de los obreros antes que acrecentarlos. Esto no es necesario hacerlo siempre por medio de medias tales como las restricciones del derecho de voto, que chocan a las masas y las hacen sublevarse. Hay métodos mejores, más hábiles, y así con frecuencia basta simplemente con no mejorar un sistema electoral que ha envejecido poco a poco por la evolución.

El derecho de voto alemán al Reichstag ya casi no atemoriza a la clase dominante; el éxodo rural ha hecho las circunscripciones electorales tan desiguales en número de electores que una mayoría de electores socialdemócratas no puede, sin embargo, conseguir la mayoría en el Reichstag. Por tanto, la burguesía sólo necesita conservar la antigua división electoral y *la victoria parlamentaria de la socialdemocracia se hace imposible incluso con el sufragio universal*.

Otro medio consiste en menoscabar el poder del parlamento en el que cada vez se hacen más influyentes los socialdemócratas. En casi todos los países constatamos la tendencia del gobierno a hacerse cada vez más independiente del parlamento; incluso en la Inglaterra constitucional, el poder autónomo de la realeza se acrecienta de nuevo. Los cuerpos que, bajo el nombre de senado, de cámara alta, de cámara de los señores*, etc., forman parte del parlamento, pero que no son elegidos sobre una base democrática, y cuya competencia se reducía antes a un derecho formal de ratificación y de control, toman cada vez más importancia política autónoma como protectores de los intereses burgueses contra los parlamentos populares. En Inglaterra y en Francia proporcionan la ocasión a un brillante juego, puesto que los partidos burgueses aceptan bellas reformas en la cámara de los diputados a fin de conservar el favor de sus electores obreros, a sabiendas de que la cámara de los señores las tirará a la papelera. Allí donde la burguesía se ve obligada por las reivindicaciones proletarias a ampliar el derecho de voto, intenta simultáneamente, en compensación, acrecentar las competencias de estos cuerpos aristocráticos. O bien intenta, siguiendo el ejemplo americano, dar un derecho de control a un cuerpo no

* Término utilizado en Prusia y Austria (NdTf)

elegido, a los jueces, sobre las leyes votadas por el parlamento; de esta manera, en América, todas las reformas sociales decididas en interés de los trabajadores han sido abrogadas por las sentencias de los jueces que las declaraban contrarias a la constitución y, por tanto, nulas y sin valor.

Resulta, pues, que la clase dominante dispone de medios suficientes para transformar el principio democrático de un parlamento que se apoya en el sufragio universal en una democracia ilusoria. La concepción según la cual se podría conquistar el poder político gracias a la papeleta de voto equivale al absurdo según el cual los trabajadores sólo pueden conquistar el poder cuando la burguesía les autoriza a ello.

Pero si esto es así, ¿por qué llevan a cabo los obreros la lucha parlamentaria? ¿Por qué intentan conseguir el sufragio universal al precio de sacrificios tan grandes? La importancia del parlamentarismo está en un terreno muy distinto. En todas partes *se ha revelado como el mejor medio para acrecentar el poder de la clase obrera*. Si en todos los países donde reina el capitalismo se puede ver hoy grandes partidos socialdemócratas que agrupan y esclarecen cada vez más al proletariado, y que por todas partes llevan la lucha contra el orden dominante, este acrecentamiento magnífico de poder ha sido principalmente resultado de la lucha parlamentaria.

Las causas por las que el parlamentarismo ha tenido necesariamente este efecto son fáciles de señalar. La lucha parlamentaria tiene como efecto, en primer lugar, *esclarecer a los obreros sobre su situación de clase*. Sin duda se puede realizar este trabajo de explicación a través de discursos en reuniones públicas y en octavillas; pero la utilización de estos medios es ante todo limitada cuando el

movimiento es todavía débil y choca con una muralla de China de prejuicios e indiferencia. En muchas regiones no se pueden encontrar locales, o bien las gentes no vienen. Pero la voz de los representantes del proletariado llega a todas partes, incluso a los rincones más remotos. Incluso bajo la forma deformada en que son expuestas sus declaraciones en la prensa burguesa, las acusaciones que lanzan al rostro de los gobernantes encuentran un eco en el corazón de los oprimidos y despiertan en ellos, aunque todavía no osen expresarse en voz alta, una simpatía silenciosa y la primera débil luz de una conciencia de clase. La tribuna parlamentaria ha sido aún más importante para la agitación cuando era imposible cualquier otra forma de agitación a causa de las leyes de excepción. Y puesto que, bajo un gobierno reaccionario, siempre impera un pequeño estado de excepción ilegal, y jamás existe una perfecta libertad de reunión y de agitación, el parlamento, en tanto que tribuna de agitación, es siempre insustituible para ello.

Pero la importancia principal no consiste en esto. Consiste en las aclaraciones constantes que ofrece la lucha parlamentaria a los obreros conscientes mismos. *Nuestros representantes no están allí para pronunciar discursos de agitación desde el balcón sino para combatir a los partidos burgueses.* No son sus palabras, sino sus actos, los que educan a los trabajadores en un sentido socialista – si se nos permite esta distinción para una actividad que no puede consistir más que en palabras.

Los intereses antagónicos de las diferentes clases y grupos salen a la luz y se enfrentan en el parlamento; éstos tienen que defender sus reivindicaciones contra los otros en justas oratorias. Mientras no hay socialdemócratas en un parlamento, los amos se encuentran entre sí; actúan y se disputan el botín como si en el mundo no existiesen los intereses de los trabajadores. A partir del momento en que

intervienen los socialdemócratas, el cuadro se transforma; todas sus pretensiones son puestas en tela de juicio y criticadas desde el punto de vista del proletariado. Por esto los parlamentarios burgueses encuentran extremadamente desagradable ser molestados en sus querellas y ardidés por la intrusión de la socialdemocracia. Si antes podían atenerse a frases generales sobre el interés común y la justicia, la socialdemocracia en el parlamento les obliga a tomar posición en relación con los intereses reales de los trabajadores y mostrar así su verdadera faz. Quieren probar su benevolencia hacia los trabajadores gracias a reformas sociales, y se limitan, si es posible, a reformas ficticias; pero los representantes obreros les arrancan la máscara con su crítica y sus propuestas. Se lleva a cabo la lucha en cada ley, en cada reforma, en cada artículo, y esta práctica de la lucha parlamentaria, que se convierte en una parte de la lucha de clase, enseña verdaderamente a los trabajadores a conocer a sus enemigos. *Sólo siguiendo atentamente este combate político, los trabajadores adquieren la comprensión política fundamental que necesitan.* Y si todos los partidos recurren a su teoría general, a su concepción del mundo, para justificar su punto de vista en la práctica cotidiana, es precisamente a través de esta batalla oratoria como los obreros aprenden a comprender de modo profundo su propia manera de ver por oposición a las otras concepciones. La lucha parlamentaria no es, ciertamente, la lucha de clase misma, pero es, por así decir, *la esencia de la lucha de clase*; expresa en una forma condensada los intereses y las opiniones de las clases, de las masas humanas, en justas oratorias personales de un pequeño número de representantes.

La lucha parlamentaria es, pues, *uno de los medios de enseñanza más eficaces* para la clase obrera; gracias a ella eleva su saber, su comprensión social y política y, por

tanto, su poder. Por supuesto, no basta por sí sola para proporcionar una base sólida a esta lección de las cosas; ésta debe encontrar complementos en los libros, folletos, cursos de formación; sólo así el obrero puede aprender a comprender la base sólida que constituye lo que queda, lo que persiste, bajo los cambios de los hechos particulares multiformes de la lucha política; sólo así se protege contra las concepciones erróneas de esta lucha.

Además, la lucha parlamentaria no actúa solamente sobre la comprensión, sino también sobre los sentimientos espontáneos. No sólo hace a los trabajadores más avisados, sino también más morales en el sentido de la moralidad proletaria, de la solidaridad, del sentimiento de pertenencia a una comunidad. No sólo refuerza la comprensión, sino también la organización. Toda organización descansa en el sentimiento de solidaridad, y éste es suscitado por la lucha parlamentaria. En otros tiempos, los trabajadores iban a rastras de los partidos burgueses, aceptaban sus consignas y creían que la lucha política concernía a cosas eminentes como la religión, la libertad de conciencia, el progreso o incluso el santo orden del Estado. Que sus preocupaciones, sus tormentos y sus miserias pudiesen ser objeto de la política, esto sólo les venía a la cabeza cuando su situación se hacía completamente insostenible. Se sentían católicos, progresistas o protestantes, y no obreros; no sentían solidaridad. La entrada en el parlamento de un socialdemócrata que trate allí *su* situación como el asunto más importante de la política, que hable allí *en nombre de la clase obrera*, hace saltar de golpe en ellos la chispa de la conciencia de clase. Por este solo hecho, adquieren la conciencia de que todos los trabajadores son solidarios, incluso si aún no han superado las ideologías burguesas que los dividen.

El movimiento sindical también aporta un fuerte sentimiento de pertenencia; suelda a los trabajadores entre sí, pero sólo sobre la base inmediata del oficio. En la organización sindical, la clase obrera lucha en pequeños batallones separados contra diferentes capitalistas o grupos de capitalistas. La lucha política reúne a todos estos batallones, así como a miles que no están organizados; sin consideración de oficio o de posición, *conduce a la batalla a la clase obrera en su conjunto contra toda la clase capitalista*. La socialdemocracia no sólo dirige el ataque contra el capital industrial, sino también contra el capital bancario, el capital inmobiliario, el capital colonial. *La lucha política es una lucha general*. Por esta razón la participación en esta lucha da, en un alto grado, el sentimiento de solidaridad a *todos* los trabajadores. *La lucha política aporta la unidad de toda la clase*. Allí donde está ausente, se desarrolla fácilmente un espíritu corporativo limitado en las organizaciones sindicales, como en la Inglaterra del siglo XIX. La lucha política envuelve con un lazo sólido a toda la clase obrera, a todas las diversas organizaciones; la transforma en un cuerpo homogéneo y acrecienta así el poder que la clase obrera encuentra en su organización.

He ahí los efectos del parlamentarismo: ha transformado al proletariado, constituido a causa del poderoso desarrollo del capitalismo, en una clase apta para el combate, consciente y organizada. Es en esto en lo que consiste su gran valor, y no en la ilusión de que la papeleta de voto podría guiar nuestro navío, por vías pacíficas, sin tempestades, hasta el puerto del Estado del futuro.

El “parlamentarismo solo”

El significado del parlamentarismo para el movimiento obrero que acabamos de desarrollar más arriba se opone a otra concepción presentada por la forma más extendida del revisionismo. En efecto, la teoría de la toma gradual del poder político no puede realizarse en la práctica más que de una manera puramente parlamentaria; sólo puede consistir en un aumento constante del número de nuestros diputados y, por tanto, de nuestra influencia.

Según esta concepción, la lucha parlamentaria no es *un medio de acrecentar el poder del proletariado, sino que es la lucha por el poder político mismo*. Para los que alimentan esta concepción, el poder del proletariado sólo consiste en su poder parlamentario, en el número de sus diputados; por esta razón, toda merma del número de nuestros diputados, como en las “elecciones hotentotas”^{*} de 1907, es considerada por ellos como un debilitamiento, un retroceso de nuestro poder. La lucha política y la lucha parlamentaria constituyen una sola cosa. Por esto se puede designar a esta tendencia como el “parlamentarismo solo”.

Si es justo que la lucha política se desarrolle exclusivamente en el parlamento, entonces los parlamentarios son las personas que la llevan a cabo. No es la masa misma de los obreros la que lucha, sino que son sus represen-

* “Hottentottenwahl”: se designa con esta expresión las elecciones del 25 de enero de 1907 al Reichstag, porque fueron provocadas por la guerra contra los hotentotes, en la colonia alemana del Suroeste africano. Esta guerra colonial había provocado una crisis política por el rechazo de los centristas y de los socialdemócratas a votar los créditos complementarios pedidos por el gobierno del canciller von Bülow para continuar la guerra. El Káiser ordenó, por tanto, la disolución del parlamento el 13 de diciembre de 1906 y la campaña electoral que siguió fue teatro de violentos debates sobre la política colonial de Alemania. (NdTf)

tantes los que luchan por ella. La masa no entra en escena más que para votar; lo que puede hacer por su emancipación es elegir a las personas que necesita y hacer agitación para su elección. La agitación normal fuera del parlamento, de palabra o por escrito, sirve para asimilar la materia suministrada por los debates parlamentarios, a fin de preparar así las próximas elecciones; ganar el máximo de electores se convierte en la tarea principal, e incluso en la tarea única del partido.

Los representantes parlamentarios del partido acceden así a una posición eminente; se convierten en una clase particular de camaradas, los “dirigentes”. Por supuesto, es completamente natural que los camaradas más capaces, los que conocen más a fondo el socialismo, ejerzan por sus declaraciones una influencia sobre el partido. Pero la elección al parlamento de uno de nuestros agitadores o de uno de nuestros portavoces es, la mayoría de las veces, una cuestión del azar; es posible que en una circunscripción sea elegido un camarada, mientras que otro que es mucho más capaz y que tiene conocimientos mucho más profundos, sea derrotado. Y sucede incluso que se presente a un camarada cuyas concepciones manifiestan aversión por una lucha de clase estricta, basada en los principios, y están en desacuerdo con las de la masa de los camaradas, pero con quien se espera, *precisamente por esta razón*, recoger votos burgueses y, por tanto, conquistar la circunscripción. Cae de su peso que el refuerzo que experimenta la fracción parlamentaria en tales casos, es en realidad un debilitamiento del movimiento de clase. Tiene un efecto todavía más nefasto allí donde se concede, conforme a los estatutos, una influencia mayor a los parlamentarios que a los demás camaradas, cosa que era necesaria en otros tiempos bajo las leyes de excepción.

A esto se añade después otra concepción de la actividad parlamentaria: ésta sería una cosa especial. La fuerza de nuestros parlamentarios ya no estaría *en primer lugar en el socialismo*, que ellos defienden, ni en la fuerza de las masas organizadas que están detrás de ellos, sino *en sus capacidades personales* y en su habilidad política. Gracias a sus competencias técnicas en materia legislativa y administrativa, por el hecho de que se ocupan constantemente de las pequeñas combinaciones, de las intrigas y de los cálculos de la política cotidiana, se consideran superiores a los que no son parlamentarios; sólo ellos tienen un juicio competente, de manera que habría que aprobarlo siempre; pues sólo ellos disponen de los conocimientos suficientes de todos los detalles. Cuando su punto de vista entra en conflicto con los de los demás camaradas, necesariamente llegan, a fin de cuentas, simplemente a no tolerar sus críticas; los camaradas deben darse cuenta de que no tienen la comprensión suficiente para estas cuestiones, deben remitirse a sus “hombres de confianza”, puesto que éstos deciden en “conciencia”. De este modo la fracción parlamentaria se coloca por encima de la masa y del partido, por la “superioridad de su saber político”. Cuando la masa se deja tutelar, el sentimiento democrático dentro del partido se pierde.

La contradicción que aquí sale a la luz es la contradicción entre una política que ve claro y en grande, y que descansa en la ciencia socialdemócrata, y una politiquilla que va ligada al detalle y que es un arte para los parlamentarios. Ésta es una concepción burguesa de la política, aquélla es una concepción socialdemócrata. Gracias a la teoría socialista, el proletariado tiene por primera vez la posibilidad de determinar sus actos teniendo conciencia del éxito. La política ha sido siempre la expresión de la voluntad de las clases, pero esta voluntad era instintiva,

sin conocimiento del resultado. La ciencia de la sociedad la transforma en voluntad consciente, la política se convierte así en una acción consciente, intencionada, reflexiva, acerca del desarrollo social, en una *técnica de la sociedad*. La ciencia vive en el proletariado consciente; en función de esta comprensión de las grandes relaciones toma posición y decide su táctica.

Por el contrario, el "parlamentarismo solo" discurre completamente por la corriente de las ideas de la política burguesa. Para la burguesía y el conjunto de las clases burguesas, la lucha parlamentaria es un fin en sí; es un medio, no para llegar a cualquier otra cosa, sino para servir su interés de hoy; un medio, no para conquistar el poder político, sino para explotarlo. La lucha parlamentaria entre los diferentes grupos y fracciones no es una lucha por un ideal a realizar, sino por ventajas inmediatas. Los intereses que representan los partidos políticos, unos frente a otros, tampoco son completamente antagónicos; se oponen sólo de la misma manera que los miembros de una banda de ladrones que se pelean por el reparto del botín. Por esta razón sus intereses no son arreglados por una gran lucha de clase, sino por intrigas y camarillas, por coaliciones y formaciones de bloque, por pequeños cálculos y cábalas astutas. Los politicastros se asocian o se combaten en función de la situación del instante; hacen caer hoy un ministerio que apoyaban ayer, para convertirse ellos mismos en ministros mañana. Se trampea y se negocia en los pasillos, en reuniones secretas y en banquetes, mientras que, en las sesiones oficiales, se ofrecen en espectáculo con frases rimbombantes. No es la lucha sino el regateo el que decide entre los intereses contradictorios.

Los que consideran al partido socialdemócrata como un partido exactamente igual a los partidos burgueses, y que no perciben su carácter absolutamente diferente, no

dejan de aproximarse necesariamente a los métodos de la política burguesa en su política práctica. Bajo el término de “*política obrera*” comprenden una política que debe procurar a los obreros el máximo posible de ventajas particulares, de la misma manera que otros partidos intentan conseguir ventajas particulares para las clases medias, ventajas particulares para la industria pesada, ventajas particulares para los criadores de puercos, ventajas particulares para la bolsa. Una “política interesada” mediocre ocupa el lugar de la política socialdemócrata que representa el interés revolucionario duradero del proletariado. Se intenta ejercer una “influencia política” inmediata gracias a coaliciones y bloques, y no por una estricta lucha de clase basada en los principios; es olvidar que la socialdemocracia reina, indirecta pero completamente, sobre toda la política burguesa por la afirmación de sus principios. La participación en una mayoría gubernamental o la entrada de socialistas en el gobierno es la consecuencia natural de este punto de vista. Son defendidas por los revisionistas como una conquista parcial del poder político, como el primer paso en el camino de la conquista completa gradual. Esto se concibe si se considera el poder político, exactamente de la misma manera que los partidos burgueses, como la capacidad de conceder servicios y pequeñas ventajas al grupo que representamos. Desde el punto de vista socialdemócrata, la participación socialista en el gobierno no significa en absoluto un acrecentamiento de poder; puede ser, en el más alto grado, un síntoma de la necesidad que un partido burgués tiene de la ayuda de los trabajadores. Dado que los intereses de la clase dominante y explotadora y los de la clase oprimida y explotada son diametralmente opuestos, es imposible de todas maneras un reparto del poder entre ellas; es una u otra la que manda y hace prevalecer sus intereses.

Una táctica política que está dominada por esta concepción del “parlamentarismo solo”, no sólo se apoya en ilusiones, sino que necesariamente atentará contra el movimiento y *reducirá el poder de la clase obrera*. Por su búsqueda de resultados positivos inmediatos – casi siempre una búsqueda vana – es un obstáculo para nuestro gran fin: esclarecer y unir a la clase obrera.

Primero, porque tiene como objetivo principal ganar el máximo de electores. Estos electores que todavía hay que ganar, no son socialistas sino que están anclados profundamente en sus concepciones pequeño-burguesas. Están de acuerdo con algunos de nuestros objetivos cercanos y algunas de nuestras reivindicaciones inmediatas; pero un mundo de prejuicios y de estrecheces de puntos de mira les separa de nuestros objetivos lejanos, de nuestras concepciones generales. Para hacer realmente de ellos adherentes sólidos y convencidos, habría que llevar a cabo la lucha contra estos prejuicios pequeño-burgueses y, por un trabajo de educación difícil y de largo alcance, liquidar sus viejas prevenciones. Pero al hacerlo, es posible que seamos rechazados. Es mucho más fácil ganarlos solamente como electores, y más cómodo disimular lo que podría alimentar sus prejuicios hostiles. Pero precisamente de esta manera se pierde el objetivo de todos nuestros esfuerzos; mientras que no sean extirpados en los trabajadores los prejuicios pequeño-burgueses, mientras no sean realmente socialistas, no hemos avanzado ni un solo paso, incluso si dan su voto al candidato socialdemócrata porque éste defiende sus intereses inmediatos. Todavía es peor si se intenta ganar los votos de los campesinos y de los pequeño-burgueses, haciéndose cargo de sus deseos de mejora inmediata que están en contradicción con nuestra teoría, con el desarrollo real. Buscando resultados inmediatos en

la lucha electoral, se refuerzan las concepciones pequeño-burguesas y se contrarresta la educación socialdemócrata de los espíritus a causa de esta agitación.

El “parlamentarismo solo” es igualmente perjudicial para la organización. Cuando los trabajadores empiezan a creer que sus parlamentarios lo harán todo por ellos, entonces no tienen ninguna razón para construir fuertes organizaciones, a fin de arreglárselas ellos mismos. Su esfuerzo por salir adelante se limita a votar una vez cada tantos años, y todo su esfuerzo intelectual se limita a decidirse por el buen candidato. Los parlamentarios se ocupan de todo lo demás por ellos. Cuando predomina esta concepción, las organizaciones se debilitarán necesariamente pues no existe ninguna razón para desarrollarlas enérgicamente.

Otro resultado perjudicial del “parlamentarismo solo” en lo concerniente a la fuerza de la organización es la división que provoca en la clase obrera. Cuando los diputados socialdemócratas se comportan exactamente como los parlamentarios burgueses, cuando practican con ellos una política de bloque y de regateo, de la misma manera que aquellos hacen entre sí, *muchos trabajadores que tienen sentimientos revolucionarios se ven asqueados*. Éstos lamentan en la política socialdemócrata la ausencia de lo que sienten instintivamente como lo esencial, a saber, la hostilidad franca hacia toda la clase de los explotadores; por esta razón la práctica parlamentaria no tiene por efecto convencerles de la necesidad de la lucha política, sino exactamente al revés, ella les inspira desconfianza hacia toda acción política. De este modo el “parlamentarismo solo” revisionista tiene como consecuencia inevitable que los sentimientos revolucionarios confusos se giren hacia la concepción anarquista. La tendencia revolucionaria unilateral en el movimiento obrero tiene un carácter antipolítico

porque la tendencia reformista encuentra su expresión correspondiente en el parlamentarismo burgués. En Francia y en Italia, la política de bloque y el ministerialismo han aupado el sindicalismo y conducido los sindicatos a plantarse como enemigos del partido.

El anarquismo, el Estado y la burocracia

El anarquismo se basa en el rechazo de toda autoridad, estatal u otra. Ve en la opresión violenta ejercida por una institución de poder, como el Estado, la fuente de todo el mal. Por eso rechaza nuestro objetivo, la conquista del Estado, porque, en este caso, el poder no hace más que cambiar de manos, pero subsiste en tanto que principio. Quiere el derrocamiento del poder del Estado, la abolición de toda autoridad, a fin de que los hombres sean completamente libres. Rechaza toda participación en las luchas político-parlamentarias porque éstas corromperían a los trabajadores y despertarían en ellos la idea de que saldrían adelante *por el simple cambio de persona de los gobernantes*. Todos los partidos prometerían ayudarles, y cuando llegasen al poder, los gobernarían exactamente como los otros. Así ha sucedido con los liberales, los clericales, los radicales; así sería igualmente con los socialdemócratas. O bien, en realidad, la práctica de los ministros socialistas habría mostrado ya que representan un partido que es exactamente idéntico a los otros. Los partidos sólo serían *grupos de politicastos* que utilizan los votos de los trabajadores como medio para situarse, para acceder a los puestos gubernamentales* .

* Así el delegado francés Yvetot exponía recientemente el asunto en la sexta Conferencia internacional de secretarios sindicales: "El movi-

Según esta concepción anarquista, el Estado es considerado como una organización autónoma de poder, como una institución de dominación, que no descansa más que en la violencia y el ardid en la cima, en la superstición y la mentalidad de esclavo en la base. Desconoce la relación entre las instituciones políticas y la estructura económica. El Estado, los partidos y los políticos, todo es suspendido en el aire, y se ignora que hay clases detrás de los partidos y los políticos, e intereses de clase detrás de los programas políticos. Se trata, pues, del mismo error y de la misma concepción fundamental que en los revisionistas. En el revisionismo y en el anarquismo tenemos exactamente las mismas concepciones erróneas; ambos se dejan seducir por la misma superstición de las formas políticas; para uno, la “democracia” o la “república” son divinidades salvadoras; para el otro, el Estado es el demonio malo del que proviene todo el mal. Ambos consideran al partido socialdemócrata como un partido absolutamente idéntico a los partidos burgueses, ambos ignoran la contradicción fundamental que hay entre éstos y nosotros. Ambos son incapaces de imaginar una política diferente del método del parlamentarismo burgués. Pero, sobre la base de las mismas concepciones fundamentales, llegan a tomas de posición opuestas: el primero toma parte en este parlamentarismo, porque no ve ninguna otra política; el otro rechaza toda política porque considera que no es posible ninguna otra política.

Las maneras políticas de ver de los anarquistas y de los revisionistas se ven también favorecidas por las características particulares del Estado.

miento obrero no tiene nada que hacer con los partidos políticos. En el curso de los últimos años, hemos visto a gentes que han utilizado a la clase obrera exclusivamente para llegar a las cumbres, y cuando después han llegado, han traicionado a la clase obrera.”

El marxismo capta siempre las relaciones entre todos los fenómenos sociales; detrás de las formas políticas, ve siempre las relaciones económicas, las relaciones de clase. Pero estas relaciones no son tan simples que se las podría traducir a una fórmula elemental, fácil de aprender. Esto vale también para el Estado mismo. El Estado, el gobierno, es una organización que la clase dominante crea para la defensa de sus intereses. Pero las personas que detentan directamente el poder del Estado no lo utilizan únicamente en interés del conjunto de la clase dirigente, su mandante, sino también para su propio interés inmediato. El poder de Estado al servicio de la burguesía se hace independiente hasta cierto grado, y a continuación parece independiente. *La burocracia se convierte en una clase específica, con sus intereses propios*, que intenta hacer valer en contra de los intereses de la burguesía.

Naturalmente, esta independencia no es más que una apariencia engañosa. La burocracia puede permitirse procurar *en pequeño* sus propios intereses porque sirve *en grande* los de la burguesía. La burguesía se acomoda a ello como a un mal menor porque no puede salir adelante en intereses más grandes sin la burocracia. Así en Alemania soporta al gobierno de los junkers que se enriquecen a sus expensas porque necesita un poder de Estado poderoso contra el proletariado que la amenaza. La burocracia se recluta entre los miembros de la burguesía misma, que ve una buena sinecura para sus hijos y amigos en los innumerables puestos gubernamentales y administrativos, en crecimiento constante, en los cuales aquellos encuentran un buen nivel de vida sin que se les exija mucho en términos de competencia o de fuerza de trabajo. *La burocracia es, pues, a su vez una clase de explotadores* que extraen su parte de plusvalía global del producto de los impuestos y de los monopolios de Estado y que se pelean con las otras

clases explotadoras a propósito del importe de su parte. En los países gobernados de manera parlamentaria, como en Francia, las cúspides de la burocracia constituyen *una camarilla de políticos* que procura a sus amigos un lugar en las prebendas del Estado, y lo mismo ocurre donde hay un sistema de dos partidos, como en Inglaterra y América, incluso si son dos camarillas que gobiernan alternativamente. La masa de la burguesía puede indignarse a veces por este desbarajuste como demasiado costoso, pero está satisfecha del sistema puesto que la burocracia vigila la defensa de los intereses generales de su ganancia.

Esta apariencia de independencia del poder de Estado de la burguesía hace el juego por igual a la concepción sindicalista revolucionaria en Francia y a la concepción revisionista en Alemania. Allí, en Francia, confirma el punto de vista según el cual el poder de Estado no sería más que una institución opresiva en manos de políticos ambiciosos, de la que no tiene que preocuparse la lucha económica de los obreros, y según el cual los obreros que hacen política son manejados a su antojo por esas gentes. Aquí, en Alemania, lleva a la creencia de que el proletariado debería unirse a esta “burguesía” para la conquista del poder de Estado. Esta teoría, que ha sido predicada en la primavera de 1908 por Bernstein, Heine y otros, ha sufrido pronto su primera refutación práctica en las elecciones a las dietas territoriales, cuando los burgueses liberales han votado generalmente por los junkers conservadores.

VI. El movimiento sindical

Los sindicatos en la lucha del proletariado

Los sindicatos constituyen la forma de organización natural del proletariado; esta forma se deriva directamente de la función social del proletariado en tanto que vendedor de su mercancía, la fuerza de trabajo. El interés inmediato y directo del obrero no consiste en ninguna otra cosa más que en conseguir mejores condiciones para la venta de su mercancía; en su “empleador”, que lo explota directamente, se encarna, para él, la clase capitalista; la lucha contra el patrón por la mejora de las condiciones de trabajo es la primera forma, instintiva, de la lucha de clase.

Los sindicatos no son directamente órganos de la lucha revolucionaria de clase; no se fijan como meta el derrocamiento del capitalismo. Más bien son necesarios a la estabilidad de una sociedad capitalista normal. Cuando los obreros no están organizados todavía y, por tanto, son incapaces de una resistencia seria, los empresarios les dictan pura y simplemente las condiciones de trabajo. Se les paga entonces salarios demasiado bajos para conservar su salud y para reproducir su fuerza de trabajo, y la fuerza vital del trabajador es arruinada por un tiempo de trabajo desmesuradamente prolongado. *La mercancía fuerza de trabajo es pagada por debajo de su valor*; el comprador abusa de la debilidad del vendedor, y la estafa ocupa el lugar de un intercambio honesto de mercancías. Pero es precisamente esta explotación inhumana la que empuja los obreros a la

resistencia, a la organización. Cuando el sindicato logra imponer la detención de esta explotación bárbara y establecer condiciones de trabajo algo más decentes, en el fondo no hace más que poner en obra el principio fundamental de un capitalismo normal, es decir; se intercambian valores por valores iguales. Gracias al sindicato se rompe la preponderancia del empresario; patronos y obreros se enfrentan como partes de fuerza casi igual y firman contratos en los que la fuerza de trabajo se paga verdaderamente por su valor.

Es la primera gran tarea de los sindicatos y en todas partes es su objetivo esencial. Todas sus instituciones, su forma de organización y su actitud hacia el exterior, deben adaptarse a esta tarea. Por esto deben ser “neutros”, es decir, no exigir a sus adherentes que profesen concepciones políticas, u otras, determinadas; deben agrupar a todos los obreros que quieren luchar contra los empresarios por la mejora de sus condiciones de trabajo, cualesquiera que sean sus opiniones. Deben pedir cotizaciones elevadas pues, *sin cajas bien llenas*, es imposible llevar a cabo huelgas o soportar cierres empresariales. Deben contratar *empleados remunerados* pues las tareas administrativas, la conducción de las luchas, las negociaciones con los empresarios, no pueden ser ocupaciones secundarias y requieren también aptitudes y conocimientos especiales que no pueden adquirirse más que por la práctica. Al principio, cuando se despiertan por primera vez grupos de trabajadores y osan revolverse contra sus patronos, las huelgas son erupciones espontáneas de desesperación. El desarrollo de los sindicatos las transforma cada vez más en episodios, tranquilamente preparados, de una guerra ininterrumpida y llevada a la manera de los negocios, en la que se arrancan, ahora aquí, ahora allí, ventajas al enemigo donde y cuando la ocasión es más favorable. No se puede

hablar verdaderamente de una guerra ininterrumpida, pues las relaciones de los sindicatos con los empresarios y sus uniones se pueden comparar en cierta medida con las relaciones de las grandes potencias entre sí. Están en oposición constante; están incesantemente en pie de guerra y acechan la ocasión para atacarse y conquistar ventajas a expensas del adversario; es gracias a las negociaciones y a los tratados como se acaban las guerras, o bien como es posible prevenirlas.

En el curso de estas luchas, los sindicatos no se plantan *como enemigos del capitalismo*, sino que se sitúan *en su terreno*. No luchan contra el hecho de que la fuerza de trabajo sea una mercancía, sino que sólo intentan conseguir el mejor precio posible por ella. No pueden abolir el poder del capitalismo en la fábrica – consecuencia natural de que es el dueño de la mercancía comprada por él y dispone de ella para sus propios fines – sino sólo detener la arbitrariedad patronal que sólo representa una deformación y un abuso. *Su tarea se sitúa dentro del capitalismo, no supera los límites del capitalismo*. Por esto muchos políticos y sociólogos manifiestan con frecuencia simpatía hacia los sindicatos; su lucha concierne a la codicia del empresario *individual*, y no a toda la clase, no al sistema. Por el contrario, al conseguir mejoras reales para los trabajadores, disminuyen la miseria y la revuelta de las masas explotadas que amenazan el sistema mismo; en este sentido actúan incluso como una fuerza conservadora que consolida el capitalismo.

Pero este carácter constituye *solamente uno de los aspectos* de su naturaleza. Los empresarios, contra los que se lleva a cabo el combate sindical, forman todos juntos la clase, esa misma burguesía, que detenta el poder de Estado. Los obreros que llevan este combate son los mismos

obrerros que deben llevar el combate político, la lucha por el socialismo.

Si el capitalismo fuese una forma de producción inmóvil, que no se desarrollase, y en la cual nada cambiase, el sindicato no tendría más que este único aspecto. Se establecería entonces un estado de equilibrio en el que los capitalistas se contentarían con asegurar a los obreros tasas de salario convenientes por un tiempo de trabajo soportable; quedaría para ellos toda la plusvalía segura.

Pero el capitalismo se encuentra en un flujo constante, en un desarrollo rápido. El progreso de la técnica arrastra a los capitalistas a una competencia incesante. Ninguno de ellos está seguro de su ganancia; cada cual teme el peligro de ser superado por la técnica y debe *acumular el máximo de capital* a partir de sus ganancias para poder hacer más grande, y mejorar, su empresa. La búsqueda de la ganancia es la fuerza motriz, el poder dominante en los capitalistas. Por esto oponen una resistencia encarnizada a los intentos de los sindicatos de hacer aumentar los salarios y atentar contra su autocracia en la fábrica. El progreso técnico sustituye continuamente obreros por máquinas, y profesionales cualificados por fuerzas de trabajo no cualificadas que se pueden comprar más barato; hace venir a las zonas industriales legiones de campesinos y de extranjeros sin pretensiones que presionan sobre los salarios. El desarrollo capitalista hace alternar los períodos de prosperidad con las crisis, en las cuales, gracias al paro masivo, los empresarios están en condiciones de reducir a la nada las ventajas conseguidas antes por los sindicatos.

Este desarrollo continuo impide también a los sindicatos convertirse en las figuras conservadoras que sus amigos burgueses quisieran hacer de ellos. A pesar de toda su neutralidad, deben entrar en la relación más estrecha con el partido político y cumplir su tarea particular, la lu-

cha por las condiciones de trabajo, en el marco de la lucha obrera general. No se trata de gozar apaciblemente de las ventajas adquiridas a través de grandes luchas. Son como un nadador vigoroso que lucha contra una corriente violenta. Lo mismo avanza como es arrastrado hacia atrás; pero incluso si no avanza, sus esfuerzos no son en vano pues en caso contrario sería arrastrado a los abismos por la corriente. Los sindicatos constituyen también un elemento indispensable en el capitalismo sin reposo; son los únicos capaces de impedir, por un combate incesante, que la tendencia del desarrollo capitalista rebaje la clase obrera a un nivel de miseria y desamparo tan bajo que la producción misma se resentiría.

Pero son todavía más. Son al mismo tiempo *un elemento de transformación revolucionaria de la sociedad*. No porque se planteen nuevos objetivos y tareas, distintos de los ya citados, sino únicamente porque realizan lo mejor posible su lucha específica, es decir, la lucha por mejores condiciones de trabajo. No es un propósito consciente o un programa sino *la realidad misma la que hace de ellos órganos de la revolución*. Una vez más, se ve que el fin revolucionario del proletariado está ligado íntimamente a la lucha práctica cotidiana y que adquiere fuerza a través de ella.

Se ha expuesto más arriba que el progreso revolucionario consiste en el crecimiento del poder de la clase obrera. La lucha sindical no contribuye menos que la lucha política a este crecimiento. Se ha designado de buen grado a los sindicatos como la escuela preparatoria de la socialdemocracia. Sólo es justo en tanto que proporcionan una enseñanza práctica elemental de la lucha de clase. La práctica de los sindicatos aporta a los trabajadores la primera conciencia de clase y la primera *comprensión de la sociedad*. La adhesión a la organización sindical es prueba de la

primera aparición de su conciencia de clase. Pero sólo las experiencias de la lucha sindical les dan a conocer las motivaciones de los explotadores, la naturaleza del capitalismo y la necesidad de un combate incesante; en el curso de esta práctica desaparecen las ilusiones en las que han sido educados.

Sin embargo, la comprensión de la naturaleza del capitalismo que se alcanza de esta manera es todavía imperfecta. Es profunda, pero no es amplia, no es general. En la lucha sindical, se ve solamente al empresario o al sindicato patronal, pero no a toda la clase. La lucha no es dirigida contra todo el capital. No se encuentra al Estado más que en tanto que gendarme y en tanto que juez penal. Se está aquí en la raíz de la sociedad, en donde aparecen todas las relaciones en su forma más clara, más simple y más transparente; por esto la comprensión que se adquiere allí y que no tienen muchos hombres políticos que sólo habitan las regiones elevadas de las relaciones más complejas, es extremadamente preciosa por su profundidad.

Pero aquélla no basta al obrero en lucha. Éste debe conocer también las relaciones más complejas, tiene que adquirir una comprensión política. Debe ver que detrás de los empresarios y detrás de él mismo hay clases enteras, y que las clases luchan entre sí por el poder político. Sólo en tanto que un todo, cuando la clase obrera ataca al capital en su conjunto y avanza en el único terreno en el que se puede alcanzar al capital en su conjunto, puede vencer definitivamente a los capitalistas. Sólo la lucha política puede dar al obrero la comprensión general que necesita para ello, la inteligencia profunda de todos los fenómenos sociales y un juicio correcto acerca de la táctica general de lucha.

La importancia principal del movimiento sindical para el poder del proletariado está en otro terreno. Los

sindicatos constituyen las *organizaciones naturales* de la clase obrera. Los obreros que quieren formar una importante fuerza organizada con sus camaradas de clase, lo hacen adhiriéndose a los sindicatos. Pero todavía más importante que por la forma exterior de la organización, la lucha sindical es importante por su forma interior, por *el aprendizaje de la disciplina proletaria*. La práctica de la lucha sindical cotidiana es la práctica que enseña a los trabajadores a subordinar su interés inmediato, personal, al interés general, a sacrificar su ventaja personal por la victoria de la clase. Cada huelga ganada gracias a una unión sólida, cada lucha perdida a causa de la falta de solidaridad, les golpea en el espíritu la verdad que, cuando el individuo sigue su voluntad, todos pierden, pero que cuando cada individuo somete su voluntad al conjunto, todos ganan y progresan. Esta experiencia adquirida en la lucha arrastra con fuerza los trabajadores a la disciplina. Aislados hasta entonces, al haber conservado la costumbre de actuar de manera individualista a causa de su origen pequeño-burgués, los obreros se ven transformados en hombres nuevos, con costumbres nuevas, en hombres en los que la acción organizada ha llegado a ser natural, que se sienten estrechamente unidos con los camaradas, como una parte integrante de una masa animada de una voluntad unitaria. Es en este carácter nuevo donde reside la fuerza del proletariado en lucha; sólo presentándose siempre como una masa coherente a la que no se puede dividir, podrá esperar vencer un día las poderosas organizaciones del Estado de clase. De los dos grandes factores de fuerza del proletariado, el saber y la organización, el segundo es esencialmente fruto de la lucha sindical. El enorme trabajo de educación moral necesario para metamorfosear los débiles trabajadores en vencedores del capitalismo es obra de

los sindicatos. He ahí en qué consiste su importancia revolucionaria.

Las tendencias burguesas en el movimiento sindical

Esta concepción del papel y de la importancia del movimiento sindical se encuentra únicamente en el marxismo, el cual ve las condiciones de la transformación revolucionaria de la sociedad en la lucha cotidiana de hoy. O bien la concepción burguesa, no marxista, sólo ve esta lucha cotidiana por mejoras directas de las condiciones de vida, ignorando su ligazón con el gran combate de liberación del proletariado. O bien percibe el significado revolucionario de la organización sindical y quiere influir en la práctica actual de los sindicatos. Los sindicatos ingleses ofrecen el ejemplo clásico de la primera concepción, la concepción reformista; la segunda, sindicalista revolucionaria, hace que se hable mucho de ella en el movimiento sindical francés.

En Francia, la política del partido socialista, que es reformista y carece por tanto de un robusto punto de vista de clase, ha hecho nacer en los sindicatos, a modo de reacción, sentimientos revolucionarios más tajantes que se oponen al parlamentarismo. El fin de estos sindicatos no es la conquista del poder político sino el dominio de los obreros sobre la industria. *El movimiento obrero verdadero* consiste en la lucha en la que los obreros se manifiestan ellos mismos y no sus representantes. Su consigna es *actuar por sí mismo*, es decir, la acción directa. Las masas no pueden conquistar su libertad más que por sí mismas; no puede ser conquistada para ellas por jefes o representantes. Las masas obreras deben pensar y sentir de manera revo-

lucionaria por sí mismas; no basta que se unan simplemente para conseguir mejores salarios y una duración de trabajo más corta.

La práctica actual de los sindicatos debe corresponder a esta concepción. Ellos son las únicas organizaciones obreras verdaderas; por tanto, deben llevar a cabo la lucha política contra el gobierno – al menos, cuando el gobierno les importuna, si no, no prestan atención al Estado, pues es un asunto que les es indiferente. La conquista del poder sobre la sociedad se hará por medio de una huelga general durante la cual los obreros organizados sindicalmente pararán todo trabajo y se negarán simplemente a obedecer a los capitalistas. Los sindicatos deben igualmente educar a los obreros en estos sentimientos revolucionarios que son necesarios para este tipo de acción; naturalmente, no con discursos únicamente, sino sobre todo por la práctica misma de las huelgas. Estas huelgas se convierten de este modo en un fin en sí o, aún mejor, en una *gimnasia revolucionaria*, y poco importa que sus resultados inmediatos sean un éxito o un fracaso en lo concerniente a la mejora de las condiciones de vida.

La práctica ha demostrado que estos principios no son capaces de crear un movimiento sindical vigoroso y que, así, fallan su objetivo. Esta práctica pretendidamente revolucionaria no es capaz de agrupar en organizaciones de masa al conjunto de los proletarios que todavía no son conscientes, pues esto sólo puede conseguirlo una lucha tenaz que pretenda pequeñas mejoras progresivas. Aquella supone *a priori*, en los obreros que se adhieren, sentimientos revolucionarios que sólo pueden ser el *resultado* final de una larga práctica. Los sindicatos siguen siendo pequeños grupos de obreros con sentimientos revolucionarios cuyo ánimo fogoso no puede paliar la debilidad de la organización. El crecimiento que se produce de tanto en tan-

to no es consolidado por una firme centralización. Dado que intenta realizar una función distinta a la suya, la función de un partido político, el sindicato permanece incapaz de ejercer correctamente su función propia, la mejora de las condiciones de los trabajadores. Aquello que podría realizar por la revolución, la organización de masas, no lo hace, y lo que intenta realizar, la educación revolucionaria, lo hace de través.

El revisionismo en el movimiento sindical es mucho más importante para la práctica del movimiento obrero. El revisionismo encuentra en las condiciones naturales de existencia de los sindicatos un terreno abonado mucho más favorable que en el movimiento político. Ciertamente, como hemos explicado más arriba, es falsa la concepción admitida comúnmente, a saber, que el movimiento político y el movimiento sindical se enfrentarían de tal manera que el segundo llevaría a cabo la lucha por mejoras dentro del capitalismo, mientras que el primero conduciría el combate por la abolición del capitalismo y que, por consiguiente, el partido sería, conforme a su naturaleza, revolucionario y el sindicato, conforme a su naturaleza, reformista. Ambos combaten por mejoras inmediatas y ambos son útiles a la subversión revolucionaria. Pero en esta oposición hay un núcleo exacto. En la lucha cotidiana por estas mejoras, que es llevada a cabo de manera política, hay consideraciones e intereses generales que se hacen valer. Por esto, los argumentos en el combate político deben alzarse a un nivel superior; se pasa de las cuestiones del momento a los objetivos más alejados; al final, son las convicciones, las concepciones del mundo más profundas y generales las que se enfrentan. Los oradores socialistas se sirven de cada caso particular para atacar al conjunto del orden capitalista; sus adversarios responden intentando criticar las doctrinas so-

cialistas. De este modo, el objetivo final del combate proletario se encuentra siempre detrás de la lucha del momento, la cual no se esclarece correctamente más que gracias a este objetivo final. La lucha política es la forma *general* de la lucha de clases: en el curso de esta lucha, cada caso particular se presenta desde el punto de vista de lo que es general, cada interés específico se manifiesta como una parte del conjunto de los intereses de clase. Por esta razón la lucha política parece tomar con frecuencia la forma exclusiva de la lucha revolucionaria por el socialismo. Por esta razón, en la lucha política, el espíritu del trabajador está centrado en lo que es general, en lo que es grande, en lo que está lejos.

Esto está ausente de la lucha sindical. Aquí, los argumentos están directamente disponibles y conciernen al interés vital más simple. Aquí no es necesario interesarse en las razones y las concepciones más lejanas; y ni siquiera es deseado. En efecto, la tarea inmediata, consistente en reunir al conjunto de las masas obreras por un fin que cada cual conoce perfectamente, no es favorecida sino amenazada cuando se apela a consideraciones que no todas aquellas comprenden instantáneamente, que se oponen a sus prejuicios y quizás les choquen a causa de estos prejuicios. Por esta razón el movimiento sindical se ve llevado a limitar su mirada a lo que está más cerca, a lo que es inmediato, y a declarar todo lo que se sale de estos límites como “romanticismo” revolucionario maldito.

Pero aún hay otra razón por la que los sindicatos son más accesibles al revisionismo. Estos luchan en el terreno del orden político burgués, del Estado de derecho liberal. Para poder desarrollarse, necesitan un derecho de coalición sin obstáculos, una igualdad de derecho aplicada estrictamente, y nada más. Su ideal político *en tanto que sindicatos* no es el orden socialista, sino la libertad y la

igualdad del Estado burgués, que también eran el ideal del liberalismo democrático. Allí donde este ideal es realizado y donde ellos no son estorbados en su lucha por ningún obstáculo político, no necesitan preocuparse de política excepto cuando es necesario para el mantenimiento de esta situación. De ahí la indiferencia política de los sindicatos ingleses hasta que una decisión de la justicia prohíbe los piquetes de huelga y amenaza sus cajas. Allí donde la libertad del Estado burgués está lejos de ser perfecta, como por ejemplo, aquí en Alemania, deben tomar parte en una lucha política contra el sistema dominante. Pero, de nuevo, su interés en tanto que sindicatos no va aquí más allá de la derrota de los junkers y *la instauración de la democracia política*. Abstracción hecha de la cuestión de saber si tal derrocamiento puramente político es posible sin una revolución proletaria, está claro, no obstante, que el interés político de los sindicatos aquí coincide con las aspiraciones de los revisionistas, los cuales creen poder conquistar la democracia política con la ayuda burguesa, sin la supresión concomitante de todas las dominaciones de clase. La necesidad de libertad económica de movimiento conduce al acercamiento con los gobiernos y los políticos burgueses que la aprueban o la quieren instaurar.

Por tanto, las tendencias revisionistas en el movimiento sindical encuentran su alimento en sus condiciones naturales de vida; por esto no son consecuencia ni de la incomprensión de algunas personas, ni de una táctica errónea de partido. Hay que insistir sobre ello tanto más expresamente cuanto que la crítica de estas tendencias es comprendida frecuentemente como un ataque a la persona de los jefes sindicales. Aquí no se trata en absoluto de faltas personales, sino que los actos y las opiniones de las personas que tienen funciones dirigentes son siempre expresión de las tendencias objetivas del movimiento. Los

perjuicios y las dificultades que resultan de ello para el movimiento no son causados, pues, por el abandono de la vía justa, sino por su perseguimiento. No son los métodos y las concepciones erróneas los que producen los conflictos internos del movimiento obrero, sino una sobrestima unilateral de los aspectos particulares del método correcto, una fijación ciega en lo que se ha comprobado como bueno y justo, sin ver los límites y las condiciones dentro de los cuales esto es válido. Tampoco se trata, pues, de corregir errores y renunciar a falsos caminos, sino de explorar las fuerzas que trabajan contra las tendencias dañinas y apoyar conscientemente estas fuerzas, en cuanto dependa de nosotros.

Las tendencias revisionistas en el movimiento sindical debilitan el movimiento obrero en primer lugar porque disminuyen la clara comprensión y la conciencia aguda de clase. Mientras que la atención es dirigida siempre hacia lo que es inmediato y es desviada de las grandes relaciones sociales, se crea demasiado fácilmente un espíritu limitado, pequeño-burgués, que no comprende los grandes fines del socialismo. Que un movimiento sindical llegue a conseguir mejoras notables, y entonces se expande fácilmente la convicción de que la situación de los proletarios puede tomar un giro favorable de modo duradero en el marco del capitalismo. Entonces aparece un espíritu conservador y de autosatisfacción hostil a toda aspiración revolucionaria. Se constituye una aristocracia obrera que, porque se ha levantado por sí misma, por sus propias fuerzas, mira por encima del hombro de manera arrogante a las masas pobres de proletarios desorganizados y míseros. De esta manera, los esfuerzos de la socialdemocracia por llevar los obreros a una conciencia revolucionaria se ven contrarrestados.

Los sindicatos constituyen la organización de masa del proletariado. Pero solos, sin la comprensión, la visión a largo plazo y los ideales que desarrolla el movimiento político ante todo, no pueden agrupar al proletariado más que de manera imperfecta. La organización sindical sigue siendo una organización desmenuzada en federaciones de oficio o de industria separadas; los compañeros de una profesión luchan juntos y cuentan con una fuerte cohesión entre sí, y sólo excepcionalmente se necesita la ayuda de otras federaciones. Aquí es donde se manifiesta la importancia de la lucha política para la unidad de la clase obrera que ya hemos hecho resaltar más arriba. Allí donde está ausente esta lucha política revolucionaria, como era el caso en Inglaterra hasta hace poco, y donde el movimiento sindical predomina completamente en el espíritu de los trabajadores, éste desarrolla fácilmente un espíritu corporativo. Las federaciones se cortan unas de otras, desarrollan un fuerte espíritu de cuerpo en el que se pierde el sentimiento general de clase, y tienen vivos litigios de demarcación entre ellas.

El fin inmediato de la lucha sindical, es decir, la obtención de condiciones de venta más favorables para la mercancía fuerza de trabajo, domina necesariamente toda su práctica e impregna todo lo que se le presenta como indispensable y útil, incluso si esto provoca fenómenos inducidos desagradables. A medida que se desarrolla la gran industria, que ésta desencadena una poderosa lucha de clase y que hace nacer grandes sindicatos patronales que responden a cada huelga parcial con un cierre patronal general, las luchas adquieren una extensión mayor y los sindicatos deben acrecentar su centralización. Los comités directores y los jefes tienen cada vez más influencia en los arbitrajes que deciden la paz o la guerra; cada vez se ve más restringida la libertad de los grupos locales para co-

menzar o acabar una huelga. Las luchas se transforman en batallas gigantescas en el curso de las cuales, como en las guerras entre naciones, grandes ejércitos son mandados y dirigidos desde arriba. Si a continuación, para garantizar el carácter democrático de la organización, se llega a una especie de representación parlamentaria, se provoca entonces un nuevo acrecentamiento del burocratismo. Se produce aquí lo mismo que se ha descrito a propósito de la lucha parlamentaria; la dirección de los jefes pasa a primer plano, y la masa misma se retira. Los éxitos parecen depender de las cualidades personales de los dirigentes, de su visión de generales en jefe, de su justa apreciación de la situación, mientras que el entusiasmo y el discernimiento de las masas no entran en línea de cuenta en tanto que factores palpables. De la misma manera que en el Estado, en el movimiento obrero se forma una burocracia que va desde los servidores hasta los amos y las concepciones particulares de éstos se imponen con frecuencia en contra de las de las masas.

Los efectos perjudiciales de las tendencias revisionistas en el movimiento sindical sobre el poder del proletariado consisten en que hacen nacer sentimientos de auto-satisfacción antirrevolucionarios y aniquilan el trabajo de explicación de la socialdemocracia, originan un espíritu corporativo y diseminan al proletariado, y, finalmente, debilitan en las masas la conciencia democrática y la confianza en sus propias fuerzas. En la medida en que estas tendencias revisionistas nacen de la naturaleza del movimiento sindical, es también natural que el movimiento sindical produzca, por su desarrollo vigoroso, estos inconvenientes en mayor o menor medida, del mismo modo que el movimiento político produce igualmente sus inconvenientes conforme a su naturaleza. Pero estos inconvenientes no alcanzan su pleno desarrollo más que cuando las

concepciones se adaptan a estas tendencias, consideran su necesidad unilateral como de una justeza absoluta, y se pierde la visión del contexto general. Por el contrario, estos estropicios se reducen de manera significativa por una propaganda centrada en los principios, la cual proporciona a los trabajadores un espíritu socialista, los conduce a la conciencia de la unidad de la clase y los educa políticamente.

Pero esta propaganda no se opone a las tendencias materiales de la realidad a semejanza de un remedio preparado artificialmente. La realidad misma no sólo engendra las tendencias revisionistas del movimiento, sino que también hace que el suelo se hunda bajo sus pies. *El capitalismo no es sólo una realidad existente sino que es al mismo tiempo la subversión constante de todo lo que existe.* Es propio de la naturaleza de la realidad capitalista existente transformar las luchas sindicales en una pequeña guerra calculada fríamente, en la cual todo debe ser considerado desde el punto de vista de la ganancia práctica inmediata. Pero la concepción que considera todo lo que es bueno, útil y apropiado, en esta guerra, como algo absolutamente bueno y justo, sólo tendría razón si estas relaciones fuesen eternas e inmutables. La *subversión* continua de todas las relaciones capitalistas desvela su estrechez e implica su abolición. En la medida en que esta subversión trabaja para la revolución, el papel revolucionario de los sindicatos debe transformarse también, de un hecho lejano, en un hecho inmediatamente práctico.

El desarrollo moderno de la industria reúne ejércitos de obreros cada vez más grandes al servicio de cárteles y reyes poderosos de la industria que dominan también el Estado. Junto a esto, aumenta sin cesar el número de obreros en las empresas del Estado. La vieja ilusión de un Estado de derecho liberal que no se inmiscuye en los asuntos

privados del ciudadano, sino que tiene tendencia a dar a todos, comprendidos los trabajadores, una libertad total de movimiento, desaparece entonces poco a poco necesariamente. Las grandes huelgas, que se extienden por países enteros y que afectan a cientos de miles de personas, se convierten en acontecimientos políticos de primera importancia. Las luchas de masa de una clase ascendente no se dejan reducir a un juego de ajedrez con piezas grandes, ni siquiera a guerras modernas entre naciones, en las cuales se sabe bien que la iniciativa del soldado individual juega un papel. Algo semejante a una explosión, a una revolución en pequeño, va ligado a cada gran huelga. En estas grandes huelgas los sindicatos se ven obligados a abandonar su visión del interés inmediato para dirigirla hacia las grandes relaciones políticas. Ya no pueden mantenerse las viejas limitaciones corporativas; cae de su peso que esta subversión camina con la mayor facilidad allí donde se ha operado desde el comienzo una vigorosa propaganda socialista.

Con el crecimiento del poder del proletariado, que se presenta ante las clases dominantes como cada vez más amenazante, éstas deben emplear cada vez más el poder del Estado para someter a los obreros. Los obreros que tienen que soportar esta opresión y esta reacción son los mismos obreros que también están organizados en los sindicatos. La lucha política y la lucha sindical confluyen cada vez más en una lucha única de la clase obrera contra las clases dirigentes.

Así pues, son sólo las condiciones temporales particulares de un período determinado de la lucha de clase proletaria las que separaban las dos luchas y permitían a cada una desarrollar sus características específicas. En el período “parlamentario”, el proletariado ha debido adaptar sus métodos de lucha a las condiciones exteriores, es de-

cir, a la dominación indiscutible de la burguesía sobre el Estado, condiciones que se han mantenido sin modificaciones notables durante toda una generación. Estos métodos de lucha, el político y el sindical, han podido desarrollarse entonces totalmente según su característica, hasta un punto de vista exclusivo. Las condiciones de esta época marcaron los espíritus tan fuertemente que a muchos parece una locura tomar en consideración su desaparición en general, o bien su transformación radical en el dominio de la política y de la táctica “prácticas”; parecen no tener que cambiar a corto plazo, y considerar la posibilidad de otro terreno de lucha parece ser una quimera romántica. Un ejemplo de esta impresión es ofrecido por la resistencia de los ambientes sindicales a estudiar en definitiva la huelga de masas, sus condiciones y sus posibilidades.

Y, sin embargo, el desarrollo económico produce a paso de gigante tal cambio de las condiciones de lucha. Se instaaura poco a poco un *tercer período de la lucha de clase proletaria* en el que el anterior aumento progresivo de potencia encuentra su remate en una lucha por el poder. En esta lucha final revolucionaria, los dos aspectos de la lucha proletaria, que en el período parlamentario se habían autonomizado y opuesto como contrarios, confluyen en una unidad. La huelga de masas, considerada como táctica de todos los días durante el período parlamentario, que era una chiquillada sin valor práctico en tanto que “gimnasia revolucionaria”, se hace ahora una gran realidad.

Si las organizaciones de masas del proletariado entran en escena de manera política, entonces la huelga de masas es el único medio apropiado para imponer a las clases dominantes la voluntad de la clase obrera. La contradicción entre los objetivos del movimiento político y los del movimiento sindical desaparece entonces con una lucha sindical que tiene fines políticos. Los trabajadores de-

ben manifestarse ahora en tanto que clase única y coherente, dotada de un fin político determinado, es decir, en tanto que partido; deben manifestarse al mismo tiempo en tanto que organización de masas y, por tanto, llevar sus sindicatos a la batalla. Deben utilizar el arma sindical, la huelga, para fines políticos, en tanto que acción de masas contra el poder del Estado. En la huelga de masas, las dos maneras de luchar del proletariado confluyen; el discernimiento político y la disciplina sindical son aquí como la cabeza pensante y el brazo vigoroso de un solo combatiente.

Si las luchas sindicales se transforman en sacudidas políticas y las luchas políticas en movimientos de masas, entonces ya no se sale adelante con los viejos métodos políticos y sindicales. Ya no es la habilidad de los representantes y de los portavoces la que determina el desenlace de las luchas, sino la fuerza de las masas. En este sentido también, las dos maneras de luchar confluyen: eran diferentes por la persona de los jefes; sin embargo, las masas están compuestas por los mismos obreros en los dos casos. Las masas organizadas entran ahora en el campo de batalla dotadas de la conciencia de clase, de la disciplina y de la energía que han adquirido en los combates anteriores; los sindicatos constituyen su organización, su discernimiento político constituye el socialismo.

VII. Las otras clases

Las clases medias

Si el proletariado que trabaja en la gran industria y los capitalistas fuesen las únicas clases de la sociedad, la lucha revestiría un carácter muy simple; entonces no habría, en el sentido literal, más que este lado de aquí y aquel lado de allí. Pero la situación no es tan simple. Entre la burguesía y el proletariado hay *numerosas capas intermedias* que, poco a poco, por gradaciones imperceptibles, hacen pasar de una clase a otra. Por un lado, se trata de vestigios de las antiguas clases medias independientes: pequeños capitalistas, cuya delimitación con los grandes capitalistas es difícil establecer, pero que han sido oprimidos duramente por el gran capital, grandes campesinos, pequeños burgueses que, en parte, están al servicio del gran capital, hasta los pequeños campesinos y los artesanos que están explotados directamente por el gran capital. Por otra parte, hay clases aparecidas nuevamente: los oficiales y suboficiales de los ejércitos industriales, los cuales forman una serie ininterrumpida de empleados que van desde el contra maestro y el técnico, pasando por los ingenieros, los que tienen un doctorado y los jefes de oficina, hasta los directores; en las capas inferiores, forman parte de los explotados, y en las capas superiores, participan en la explotación.

Todas estas capas intermedias toman parte, con sus intereses particulares, en la lucha de clases. A veces, sus

intereses coinciden con los del proletariado, a veces, se oponen a ellos. De golpe, el marco de la lucha se complica y salen a la luz, en el partido, divergencias a propósito de la actitud a tomar hacia ellas.

El proletariado industrial no es la única clase explotada por el capital. El capital ha encontrado también otros medios, además del agrupamiento, en las fábricas, de obreros cuya fuerza de trabajo compra directamente, para procurarse hábilmente plusvalía. También sabe explotar capas de la población a las que deja, aparentemente, su antiguo modo de producción y su antigua independencia.

Por las razones más diversas, un campesino o un artesano, que, en tanto que trabajador independiente, es propietario de medios de producción de valor, como una casa, un almacén o un trozo de tierra, pide un préstamo de dinero hipotecando su propiedad. Espera aumentar el rendimiento de su trabajo mejorando su suelo, aumentando su fondo de operaciones, transformando su almacén, agrandando su campo; pero debe también cargar su propiedad de deudas que no le proporcionan nada, como los arreglos con los demás herederos en el caso de una herencia, o bien recibir dinero en caso de accidentes particulares. En efecto, en primer lugar siempre tiene que pagar los intereses en lo sucesivo. Si las deudas continúan aumentando a causa de la mala suerte en la gestión, de la situación del mercado, de la competencia de la gran empresa, los intereses a pagar serán una parte cada vez más importante del producto del trabajo. Mientras tenga que reunir los intereses al precio de un esfuerzo extremo y de la mayor economía, el hombre lo soporta pues sabe que su propiedad será subastada si no los paga.

Semejante pequeño burgués o campesino no es *nada más que un proletario explotado por el capital*. Del producto de su trabajo no se queda más que lo necesario

para vivir: *el valor de su fuerza de trabajo. Todo lo demás va al capitalista y constituye, pues, la plusvalía.* Pero aquí se lleva a cabo la explotación bajo una forma mucho peor que la explotación de los obreros de la gran industria, porque está disimulada. Los explotados creen que trabajan para sí mismos; por eso se desloman hasta el extremo y se contentan con el modo de vida más miserable. Viven mucho peor que los obreros industriales y tienen una duración del trabajo mucho más larga. Así, a pesar del atraso técnico de su modo de trabajo, aún aportan ganancias elevadas al capital.

De esta manera, amplias capas pequeño-burguesas son explotadas por el capital. Los pequeños campesinos, cuyo trozo de tierra está gravado por una pesada hipoteca, al igual que los comerciantes cuyo almacén está excesivamente endeudado, forman parte de aquellas. Los pequeños granjeros pertenecen a esta misma categoría; en lugar de pagar un interés hipotecario al banco, pagan un arriendo al propietario de la tierra; a ellos no les queda más que una mediocre retribución de su fuerza de trabajo. Y al propietario capitalista le es indiferente colocar su capital en créditos hipotecarios o comprar un trozo de tierra; en ambos casos, el campesino le suministra la plusvalía por su trabajo. Hay todos los estados intermedios entre el pequeño comerciante o el artesano, los medios de producción de los cuales son, en el fondo, propiedad del capitalista que les ha prestado el dinero, y el industrial o el obrero a domicilio para el cual el capitalista es el proveedor de materias primas y el que recoge el producto acabado; los primeros parecen pequeños burgueses independientes, mientras que todo el mundo sabe que los últimos forman la capa proletaria más oprimida. Pero todos tienen en común que el capital los explota conservándoles su modo de trabajo primitivo.

Estas capas tienen exactamente tantas razones para luchar contra el capital como los obreros asalariados. En tanto que clases explotadas, es también de su interés abolir toda explotación. Pero las condiciones en las que trabajan y son explotadas no conducen sus ideas y actos, por sí mismos, hacia el socialismo. No ven, a semejanza del proletariado de la gran industria, crecer los elementos del socialismo a su alrededor; no ven que la sociedad misma empuja necesariamente hacia el socialismo. En efecto, su trabajo no está organizado directamente por el capital y éste no ha aumentado su productividad; *sus condiciones de trabajo son aún las antiguas condiciones, mezquinas y primitivas*. No pueden, partiendo de su propia situación, concebir la idea de una gran empresa social como forma de producción futura. Las condiciones materiales no les enseñan, como al proletariado, la comprensión socialista, la conciencia de que constituyen una clase particular de trabajadores asalariados, la clase productora más importante.

El capital, que reúne y organiza los obreros asalariados industriales, no organiza estos otros explotados. Siguen siendo individuos aislados, y cada uno de ellos permanece impotente frente al capitalista. Son incapaces de organizarse sólidamente y, por ello, no sienten en absoluto la fuerza consciente de sus posibilidades de victoria que vive en el corazón de los obreros de la gran industria.

Estas capas jamás llegarían por sí mismas al fin y al programa de la socialdemocracia. Pero los socialdemócratas son los representantes de la única clase que combate por principio al capital, su opresor; y, por consiguiente, se ven atraídas por este partido que lucha por la abolición de la dominación del capital. Para ellas, no hay ningún otro partido que intervenga de una manera similar por sus intereses.

Por tanto, forman parte de la socialdemocracia por la comunidad de sus intereses más importantes, más generales, incluso si con frecuencia no llegan más que de manera extremadamente difícil a esta conciencia. Pero cuando se adhieren a la socialdemocracia, comprenden sus objetivos de una manera distinta al proletariado de la gran industria. *Por su propia experiencia no conocen al capital como una potencia revolucionaria que prepara el socialismo, sino solamente como el capital usurero que los estruja.* Vencer al capital no significa para ellas pasar a un modo de producción superior que abra la vía a un poderoso crecimiento de las fuerzas productivas, sino quitarse el vampiro que los importuna. *La sociedad socialista a la que aspiran consiste, para ellas, en una sociedad en la que predomina la pequeña empresa* cuyos frutos ya no son saqueados por el usurero capitalista sino que van a parar al productor mismo. Su ideal socialista es, por tanto, en el fondo un *ideal reaccionario*, el retorno a un modo de producción pequeño-burgués primitivo; sus teóricos intentan demostrar que representa la forma económica más productiva. Y a continuación, las mejoras inmediatas de su situación a las que aspiran revisten un carácter reaccionario; es decir, que si pudiesen realizarse, detendrían el desarrollo social, y precisamente por esto o bien son irrealizables, o bien sólo son realizables temporalmente y en apariencia.

En esto reside la diferencia con la clase revolucionaria del proletariado industrial. Para esta clase, la lucha por mejoras inmediatas de su situación coincide con la lucha por el socialismo. Todas las reformas sociales que le benefician inmediatamente van, al mismo tiempo, en interés del progreso revolucionario. Es posible que los aumentos de salario que arranca a los empresarios disminuyan el ingreso del capital, pero al mismo tiempo empujan a los empresarios a poner en obra mejoras técnicas.

Esos intereses no coinciden en las capas pequeño-burguesas proletarizadas. Como están compuestas formalmente de empresarios y no de obreros asalariados, si quieren elevar su nivel de vida no pueden hacerlo más que aumentando el producto de su trabajo, *desarrollando su actividad económica*. Que lo hagan gracias a un aumento de la productividad de su trabajo y, por tanto, que cambien, propiamente hablando, de clase, está excluido a causa de su falta de capital y de crédito. El interés social en el aumento de la productividad del trabajo en esta rama de explotación favorecería la desaparición de su modo de funcionamiento económico miserable, mientras que su interés personal está ligado a su reforzamiento. Y, por tanto, aquí *el interés del conjunto de la sociedad en el progreso está en contradicción con su interés personal*, lo que no es el caso de la clase de los obreros industriales. Esta contradicción conlleva otra, a saber, que el interés de su actividad económica, a la que está ligada su existencia, va más allá de las consideraciones de bienestar personal y de salud. Lo que les sería útil *personalmente*, lo que fortalecería su fuerza vital y su salud, una limitación del tiempo de trabajo y una buena alimentación, arruinaría *su actividad económica*; el interés de la actividad económica las arruina personalmente por la subalimentación y la duración excesiva del trabajo.

Los ingresos de su trabajo no pueden ser aumentados, aparte del plustrabajo y la subalimentación, más que por la elevación de los precios de sus productos y, por tanto, a expensas de las otras clases. Por esta razón sienten interés por los derechos de aduana sobre sus productos (carne, cereales), interés que se encuentra en contradicción aguda con la clase de los obreros industriales, la cual compra estos productos. Pero, finalmente, todo lo que se obtiene de esta manera no es verdaderamente ventajoso

para su nivel de vida. El excedente de ingresos aportado por la actividad económica cae pronto, por regla general, tras un alivio pasajero, en tanto que botín, en el capital explotador, puesto que, o bien aumenta el arriendo, o bien se pide un nuevo préstamo de dinero por el que habrá que pagar nuevos intereses.

Este interés inmediato en el aumento de los ingresos de su actividad es un interés pequeño-burgués que las capas proletarizadas tienen en común con la capa superior más próxima, la de los campesinos y pequeños-burgueses independientes. Esta clase es ante todo una clase de empresarios; obtiene su subsistencia gracias a la propiedad de medios de producción de que dispone y con los que trabaja, sola o con la ayuda de obreros. Sus intereses son, en primer lugar, intereses de empresarios y están ligados a la relación de su actividad económica. Para ella, lo que se ha dicho más arriba concerniente a las capas medias proletarizadas, a saber, que toman partido por todo lo que acrecienta los ingresos de su actividad económica, vale en un grado superior.

En tanto que pequeños propietarios que están amenazados por el gran capital, odian este gran capital – término bajo el que comprenden el capital que es más grande que el suyo – pero lo odian de una manera distinta a los pequeños campesinos y los pequeños burgueses proletarizados: no es su *explotación* la que los oprime, sino su *competencia*. Por más que se comporten de manera muy hostil hacia los capitalistas y echen pestes contra los “judíos”, para ellos sigue siendo extraño todo sentimiento proletario. A este respecto, no tienen nada en común con los obreros de la industria hacia los que la clase tratada anteriormente se siente atraída instintivamente. Y cuando ellos mismos emplean obreros y se mantienen gracias a la explotación vergonzosa de aprendices y, por tanto, cuando

se sienten amenazados directamente por las reivindicaciones salariales de los obreros y las leyes protectoras de los trabajadores, se convierten en *los enemigos más obtusos y rencorosos del proletariado*.

Pero, por otra parte, tienen algunos intereses en común con el proletariado, a saber, en el dominio político. En tanto que clase popular numerosa, tienen *sentimientos democráticos* y se encuentran con los trabajadores en la lucha por los derechos políticos. Cuando el poder político está en manos de una pequeña camarilla de grandes capitalistas o de junkers, se ven obligados a comprometerse por un derecho de voto democrático, por impuestos más justos y contra el militarismo. Es cierto que esto era más válido en otros tiempos que hoy. En la medida en que la clase obrera se ha hecho más fuerte política y sindicalmente y en que esta clase media ha retrocedido, tiene menos ganas de comprometerse con los obreros en un movimiento político en el que son éstos los que tienen la dirección y los que obtendrán el mayor beneficio.

Las contradicciones de intereses que les oponen a los otros capitalistas que son más grandes que ellos, existen en todas partes entre los diversos grupos capitalistas. Cada uno intenta obtener ganancias más elevadas a expensas de los demás, pero también perjudicando a sus clientes. Se puede incluso hablar de una explotación de la gran masa de los capitalistas por los cárteles del carbón y del acero, los cuales, protegidos por los derechos de aduana, les hacen pagar mucho más caro por estas materias de primera necesidad. A esto se añade la antigua contradicción entre los capitalistas agrarios y los capitalistas industriales. A veces, las contradicciones de intereses pueden ser utilizadas por el proletariado cuando un grupo se sirve de él contra otro. Es lo que ocurrió – aunque sólo al precio de un rudo combate por parte del proletariado – en 1847

por la jornada de diez horas en Inglaterra y en 1867 por el sufragio universal en Alemania. Pero estas contradicciones son siempre secundarias con relación al contraste poderoso y profundo de interés que separa al proletariado de toda la clase poseedora. Toda esta clase vive de la explotación de las clases laboriosas, y cuando hay grandes divergencias y contradicciones dentro de las clases dominantes, conciernen siempre *al reparto del botín* y son, por tanto, de un orden completamente diferente de su contradicción común con las clases explotadas. Toda la clase dominante tiene el mismo interés en el mantenimiento de la explotación, mientras que las clases laboriosas tienen un interés común en la abolición de la explotación.

De una manera diferente a la de los vestigios de las antiguas clases medias independientes, *las clases medias llamadas nuevas*, los intelectuales, los funcionarios, los empleados, constituyen una capa de transición entre el proletariado y la burguesía*. Se distinguen de las antiguas clases medias en un punto esencial: no poseen medios de producción, sino que viven de la *venta de su fuerza de trabajo*. Por tanto, no tienen *ningún interés en el mantenimiento de la producción privada*, en la conservación de la propiedad privada de los medios de producción. En este punto están de acuerdo con el proletariado; su mirada se dirige hacia delante y no hacia atrás. Se trata de *una clase moderna* que está en ascenso y que cada vez se hace más numerosa e importante a medida que se desarrolla la sociedad.

Sin embargo, su situación es significativamente diferente de la del proletariado. Sus miembros tienen, por

* Los empleados de comercio, que se consideran como formando parte de la burguesía, no pertenecen a ella por su remuneración proletaria, pero constituyen la capa proletaria más obtusa.

regla general, una fuerza de trabajo altamente cualificada cuya formación exige frecuentemente estudios costosos; por tanto, su remuneración es mucho más elevada, a causa de ello, que la de los obreros; y dado que se ocupan de puestos dirigentes o científicos de los que depende en gran medida la ganancia de la empresa, pueden elevarse, si dan pruebas de capacidad, a *puestos muy bien pagados*, y de este modo entre ellos conoce una renovación el viejo dicho de la burguesía independiente: “Cada uno es el artífice de su fortuna”. No se ven empujados por la miseria y la necesidad, como los proletarios, a una lucha implacable contra el capitalismo, sino que se sienten, algunos, muy a su gusto en este sistema.

Sólo de manera extremadamente difícil llegan a luchar por la mejora de su situación. Los altos funcionarios se sienten solidarios del capital y saben satisfacer sus pretensiones por otros medios; la masa de los empleados se descompone en tantos grupos, categorías y escalafones, con sus remuneraciones y reivindicaciones tan variadas, que no se funden como los obreros en un sólido cuerpo unitario. De alguna manera, constituyen todos los grados desde el general hasta el suboficial, mientras que los obreros representan la masa de los soldados rasos. No trabajan juntos, en masa, sino separadamente, como personas aisladas, y por esto se sienten débiles, sin conciencia de su fuerza, cosa que sí sucede al proletariado por el hecho de trabajar juntos y en masa. No están acostumbrados a la miseria y por esta razón temen el paro mucho más que los obreros. Todo esto tiene como consecuencia que son incapaces de llevar a cabo una lucha sindical organizada contra sus dueños capitalistas; sólo las categorías subalternas, que son a la vez las pagadas menos bien y las más numerosas, y que se acercan, consiguientemente, a los obreros

más favorecidos, llegan poco a poco a la organización y a la lucha sindical.

Los intelectuales se separan igualmente del proletariado por su ideología. Procedentes de ambientes burgueses, traen consigo una concepción burguesa del mundo que se ha reforzado y profundizado más por sus estudios teóricos. Los prejuicios de la burguesía respecto del socialismo han tomado en ellos la forma de doctrinas científicas. Su posición particular en el proceso de producción refuerza a su vez su concepción ideológica según la cual *el espíritu domina el mundo*. Ella les da una *arrogancia intelectual* por la cual se sienten por encima de la masa obrera; en tanto que inspectores y vigilantes, les coloca en la empresa incluso en oposición frontal con los obreros. Por ello se oponen firmemente también al ideal del proletariado, el socialismo: temen la dominación de las masas groseras e incultas que, gracias a la “nivelación”, suprimiría la jerarquía industrial que es la expresión de su posición privilegiada.

Tenemos aquí, por tanto, muchos factores importantes que separan esta nueva clase media de la clase obrera, a pesar de la similitud de su función económica. Con el desarrollo progresivo de la sociedad, cada vez más elementos de las capas inferiores de esta clase media serán atraídos por el combate proletario, pero sin que puedan llevarlo a cabo con la intransigencia, la brutalidad y el rigor que su situación impone al proletariado. Por esto su socialismo será un socialismo moderado, “civilizado”, al cual repugna el carácter áspero, encarnizado, de la lucha proletaria y que coloca en primer plano su carácter reformador, civilizador.

A la inversa, hay que señalar aquí que ciertas categorías en ascenso salidas del proletariado - los trabajadores que son indispensables por su formación y sus capaci-

dades particulares - están mejor pagadas y constituyen así una aristocracia obrera, que se acercan a las capas inferiores de los intelectuales y presentan algunos de sus rasgos.

La táctica socialista con respecto a las clases medias

Para la tendencia anarquista, la cuestión de saber cómo comportarse en relación con las otras clases no existe. En su moderna forma sindicalista-revolucionaria, hace que la lucha por la emancipación no sea llevada a cabo más que por los sindicatos. El movimiento se limita así sólo a la clase obrera o, incluso, sólo a la parte del proletariado que puede constituir organizaciones sindicales. Todas las demás clases son excluidas de la lucha en tanto que no sean enemigas.

Sin embargo, allí donde el proletariado lleva a cabo la lucha política, lucha en un terreno en el que se manifiestan todas las clases, las cuales tienen a veces intereses comunes, a veces opuestos. En su programa y en su táctica, el proletariado expresa su actitud respecto de estas diferentes clases, y las divergencias a propósito de la posición de estas clases con respecto al proletariado conducen a divergencias sobre el programa y la táctica, las cuales se dan aquí principalmente entre el marxismo y el revisionismo; es aquí donde reside incluso el punto esencial del revisionismo; su fin práctico, para el que sirven de argumentos todas las demás ideas, es: *intentar encadenar el proletariado a las otras clases* para así hacerlo más fuerte.

El proletariado no rehúsa en absoluto hacer causa común con otras clases. Sabemos muy bien que los acontecimientos sociales arrastran incesantemente fracciones

de las clases medias a la oposición contra los detentadores directos del poder de Estado y las empujan así al lado del partido obrero en tanto que partido más consecuente de oposición. Nosotros contamos con infligir de vez en cuando, precisamente de esta manera, derrotas aplastantes a los que dominan. La línea de nuestros éxitos exteriores acompaña de manera ondulatoria, con altibajos, el crecimiento regular y lento de nuestro poder. Cuando el gobierno y los grupos en los que se apoya han exasperado a la gran masa de la población por medidas especialmente indignantes, entonces amplias fracciones de las capas intermedias - al igual que los proletarios no conscientes todavía - se reúnen al lado de nosotros y nosotros golpeamos violentamente al enemigo en la cabeza. No por ello se han convertido en sólidos partidarios nuestros; la próxima vez, su interés inmediato los desviará de nosotros, su carácter burgués aparecerá en primer plano, y nosotros deberemos mantenernos firmes a continuación únicamente con nuestros batallones proletarios. Este cambio de actitud es natural y proseguirá en el futuro. Debemos contar con que el proletariado organizado llegará por primera vez al poder político cuando, a través de acontecimientos políticos particulares, el gobierno pierda todo crédito y atraiga hacia él el odio y el desprecio de las masas populares burguesas y proletarias, cuando las clases dominantes pierdan la confianza y ya no puedan resistir al asalto del proletariado. Pero no por ello está excluido que a continuación se instaure temporalmente una fase de reacción si las contradicciones de intereses entre el proletariado y sus aliados se manifiestan después de la victoria común.

El revisionismo no se contenta con que, conforme a la naturaleza de sus intereses, otras clases hagan, de vez en cuando, ruta común con el proletariado; cree poder favorecer, por medio de medidas especiales, este tramo de

camino en común. Gracias a principios programáticos apropiados, quiere integrar de modo duradero otras clases en el dominio de reclutamiento del partido socialdemócrata; gracias a una táctica apropiada en ciertos casos, quiere hacer el círculo de sus compañeros de lucha lo más grande posible, y el del enemigo a combatir, lo más pequeño posible.

Por el momento, son las categorías inferiores de los intelectuales, de la pequeña burguesía y del campesinado los que son tomados en consideración. Los revisionistas ponen siempre el acento en que el proletariado solo es demasiado débil para vencer, y por esto necesita la ayuda de otras clases. Esta concepción es favorecida también por el hecho de que el revisionismo atribuye una importancia primordial al trabajo parlamentario de reforma. Desde el punto de vista parlamentario, todo éxito depende de la posición de fuerza parlamentaria. Para realizar reformas, se debe disponer en el parlamento de una fracción que imponga respeto; para revolucionar el modo de producción, se debe disponer de la mayoría parlamentaria. El objetivo, pues, es conseguir muchos escaños, y el medio para ello es ganar el máximo posible de electores. Para ganar muchos electores, es necesario que el partido se decante por los intereses de clases sociales lo más numerosas posible. Para que esto sea posible, sólo deben ser presentados los intereses comunes al proletariado y a la pequeña burguesía, y deben rechazarse los que son contradictorios. El pequeño burgués y el campesino son despojados de su carácter de empresario y sólo son considerados como explotados por el capital que, fundiéndose en cuerpo y alma con nosotros, quieren llevar la lucha contra el gran capital.

En este terreno, se trata ante todo de los campesinos, la numerosa clase rural. Debemos ganar los campesinos a nuestra causa; se nos repite sin cesar que mientras el

campesino esté contra nosotros, jamás llegaremos a meta. Para ganar los campesinos, el revisionismo propone que se inscriban en nuestro programa los intereses específicos de los campesinos. Las propuestas de *protección de los campesinos* constituyeron el contenido principal de las resoluciones del programa agrario que fueron rechazadas en 1895 en el Congreso de Breslau. La protección de los campesinos significaba la protección de la actividad económica campesina, la protección de los campesinos en su calidad de propietarios y empresarios. Cuanto más eficaz sea esta protección, cuanto más segura sea su situación, tanto más desaparece la comunidad de intereses con el proletariado.

El proletariado defiende muchos puntos de programa democráticos que van en interés de las clases pequeño-burguesas, y la socialdemocracia es el único partido que los defiende. Pero no puede defender puntos que están *en contradicción con los intereses de los trabajadores*, trátese de los intereses inmediatos de los trabajadores o del interés general del proletariado por el socialismo, lo cual le prohíbe hacer algo que pudiese frenar la evolución hacia el socialismo. Si, bajo la dominación del capital, pudiese liberar a los campesinos de la explotación del capital, acrecentaría así su interés en el mantenimiento de la sociedad existente. Sólo cuando el capitalismo sea vencido, los campesinos serán liberados también de la opresión del capital explotador.

Por el contrario, el revisionismo se erige en representante de los intereses de los campesinos y de los pequeños burgueses. Para ganárselos inmediatamente, está dispuesto a comprometer el interés del socialismo; para hacerlo tiene que contar con la poca claridad en la que se encuentra una parte importante de la clase obrera a propósito de la evolución social. Y va tan lejos en la representa-

ción de estos intereses campesinos que los defiende incluso cuando se oponen diametralmente a los intereses inmediatos de la clase obrera. En Francia y en Alemania, los autores revisionistas han propuesto que el partido obrero tome la defensa *de los derechos de aduana sobre los productos alimenticios* con el fin de ganarse a los campesinos que tienen interés en que suban los precios de los productos alimenticios.

El revisionismo quiere una táctica que reúna al mayor número posible de clases en una acción común. Ya hemos mencionado su actitud en el movimiento por el derecho al voto de 1908. Entonces propuso una cooperación de la pequeña y media burguesía – designadas, a este efecto, con el término menos chocante de “ciudadanos” – con el proletariado, contra los junkers y los grandes capitalistas que, con el propósito de difuminar su carácter burgués, recibieron el nombre de “agrarios de las minas”. De esta manera debía ser trazada la línea de separación entre los monopolizadores y los parásitos, por un lado, y, por otro, las clases productoras útiles de los empresarios y los trabajadores que son explotados por los primeros. Tal coalición sólo era posible a condición de que se plantease el objetivo de manera tan restringida que pudiesen defenderlo todas las clases que se suponían iban a cooperar; por esto, la reforma electoral sólo debía ser tratada como una pura reforma parlamentaria y que estuviese excluida toda idea de una lucha de clase. El principio consistente en aislar al adversario lo más posible es, en sí mismo, muy razonable. Pero para ello no basta aislarlo sobre el papel e imponerse aliados sobre el papel. Las verdaderas relaciones e intereses resultan lesionados por tales construcciones; la masa de los empresarios, de la burguesía, veía en el proletariado a su enemigo principal y sentía la contradicción de intereses entre ella y el proletariado como infinita y significati-

vamente más importante que las contradicciones de intereses entre ella y los magnates del acero y los agrarios. Ella percibía la lucha de clase detrás de la reforma electoral y no tenía ganas de vencer con el proletariado. Si se hubiese seguido esta táctica, sólo habría tenido como resultado para el proletariado paralizar la fuerza de su ataque, fuerza que la naturaleza de la lucha de clase trae consigo.

El revisionismo cree poder cambiar, por medio de una toma de posición particular, las relaciones recíprocas entre las clases en otra cosa que lo que son realmente. No tiene en cuenta el hecho de que es la realidad misma la que dicta imperativamente el comportamiento de las clases entre sí, que sus intereses verdaderos son los que determinan sus acciones en la lucha entre las clases. La táctica marxista no parte del principio de que las capas intermedias se sitúan siempre al lado del gran capital; hace ver que sus intereses se oponen con frecuencia a los de los grandes capitalistas, sin que por ello se conviertan en aliados del proletariado. El revisionismo quiere conciliar intereses contradictorios y *servir a dos clases a la vez, intentando hacerles perder de vista esta contradicción*. Pero de esta manera sólo se llegará a dejar de lado los intereses de los trabajadores y a ocuparse de los asuntos de las otras clases a expensas del proletariado.

VIII. Ideología e intereses de clase

El socialismo en tanto que ideología

El socialismo es la ideología del proletariado moderno. Una ideología es un sistema de ideas, de concepciones y de fines, que constituyen la expresión espiritual de las condiciones materiales de vida y de los intereses de una clase. Pero estas expresiones espirituales no corresponden perfectamente a la realidad, su original. En las ideas y concepciones, el espíritu se expresa siempre bajo un aspecto general, en el cual no se reconoce siempre la realidad concreta particular de la que ha salido, y aquéllas se dejan ocupar por contenidos concretos muy diferentes. La idea de libertad, como consigna política, tuvo por origen el interés de la burguesía por la libertad de empresa y de competencia; pero cada clase que la ha utilizado, ha comprendido bajo esta consigna otra realidad económica. El liberalismo significa hoy una cosa diferente de lo que significaba hace cincuenta años. En tanto que generalidad abstracta, una ideología es apta para rechazar a segundo plano divergencias reales, para hacerlas pasar desapercibidas; si más tarde, en circunstancias nuevas, salen a la luz y se manifiestan en la práctica, entonces estalla una batalla ideológica a propósito del significado de las palabras: ¿cuál es realmente el significado de la palabra liberal, qué es la verdadera libertad?

El socialismo, en tanto que sistema de ideas, puede también acoger los contenidos y sentidos más diversos, en

función de la clase que está detrás de él y que lo presenta como una consigna, como un eslogan político. Ya hemos visto en el capítulo precedente cómo una clase pequeño-burguesa proletaria, cuando se apropia de las ideas del socialismo, les atribuye una interpretación completamente diferente de la que les da el proletariado industrial. Toda clase sólo puede elaborar sus pensamientos con los elementos de la realidad que ella misma conoce; no comprende lo que es ajeno a su experiencia y a su práctica, y no le concede atención. Por eso proyecta, en las ideas e ideales que adopta, las experiencias y deseos que provienen de su situación.

Es fácilmente comprensible que el socialismo tenga éxito y partidarios mucho más allá de la clase obrera de la gran industria de Europa occidental. Socialismo significa *anticapitalismo*; el partido socialista combate el capital por principio, como su enemigo mortal. Pero en todas las partes del mundo el capital domina y oprime; en todas partes, pueblos y clases sufren bajo su dominación, se revuelven contra ella e intentan desembarazarse de ella. El socialismo se convierte de golpe en su consigna común, y los partidos obreros de Europa Occidental se convierten en sus aliados naturales contra el enemigo común. Por tanto, esto no sólo vale para los pequeños campesinos oprimidos en el campo por el capital, y de los que ya nos hemos ocupado. Esto vale también para continentes extranjeros en los que el capital penetra como capital colonial y explota los recursos del país. El “socialismo” de Nueva Zelanda no es ninguna otra cosa más que la política de los campesinos y empresarios locales que quieren neutralizar el gran capital usurario europeo y hacer nacer libremente un capitalismo indígena. De igual modo, el socialismo de los intelectuales rusos anteriores, en la época de los populistas, que se ha prolongado en el partido social-revolucionario,

tenía el carácter de un socialismo campesino en lucha contra la explotación del capital europeo occidental.

El socialismo sale en defensa del derecho a la autodeterminación de todas las naciones, contra la opresión y la explotación, y contra el absolutismo. Por esta razón, en los países oprimidos nace una fuerte simpatía por el socialismo. Cuando la revolución rusa, las naciones oprimidas, como las del Cáucaso, proporcionaron fuertes contingentes para la fracción socialista en la Duma. Los elementos revolucionarios de los países orientales, expulsados de sus países, perseguidos por sus gobiernos, no encuentran en Europa occidental ayuda y apoyo enérgico más que en la socialdemocracia. Incluso cuando no presentan la menor huella de carácter proletario, permanecen en contacto constante con los socialdemócratas y recogen sus consignas y eslóganes. Las clases revolucionarias de Oriente se sienten próximas a *la clase revolucionaria* de Occidente porque tienen un enemigo común o análogo: los déspotas orientales son instrumentos del capital europeo. La ideología liberal de una clase que, en Occidente, domina y se pudre desde hace mucho tiempo, no puede ser útil a la burguesía ascendente de Oriente para una lucha brutal y entusiasta; sólo puede serlo el socialismo, la ideología más liberal. Sólo después, cuando aquélla aborde tareas prácticas, cuando las clases revolucionarias se diferencien y sean conscientes de sus intereses reales, sus portavoces se metamorfosearán de socialistas rojos en liberales moderados.

En una época revolucionaria, cuando es necesario un combate enérgico contra un régimen absolutista, *es la clase más enérgica, el proletariado, la que toma la cabeza del movimiento* y su ideología se convierte en el programa de todo el movimiento. En Finlandia no hay proletariado industrial numeroso; la masa popular se compone de pe-

queños campesinos. Pero éstos envían una fracción socialista numerosa al parlamento; el 40% de los electores votan socialdemócrata porque sólo el socialismo garantiza una lucha enérgica e implacable contra la opresión zarista. En otras circunstancias, estos campesinos no habrían elegido socialistas. Lo mismo ocurre con los armenios en el parlamento turco.

De estos hechos se deduce que sería equivocado considerar como semejante todo lo que lleva el nombre de socialismo. Los partidarios de la socialdemocracia, los miembros del partido socialdemócrata, no forman una masa unitaria, con concepciones, ideas y deseos idénticos en todos los puntos. Detrás de esta palabra y este nombre de partido hay diferentes grupos y clases, con intereses que en parte son distintos. La comunidad temporal o permanente de algunos de sus intereses los hacen converger; pero los intereses que son diferentes o completamente opuestos, entran en lucha. *Es esta lucha de interés la que toma a continuación la forma de divergencias tácticas en el partido.*

Ciertamente, todos los proletarios, todos los explotados, tienen en común un único interés principal en la caída del capitalismo, en la instauración del socialismo y, por tanto, puede parecer injusto hablar aquí de intereses antagónicos. Pero, de manera similar, se puede decir que el burgués también, que todo hombre, tiene interés en el socialismo puesto que éste aportará a *todos* una vida mejor, más feliz. Y, sin embargo, nosotros no pensamos en deducir una comunidad de intereses entre la burguesía y el proletariado. Cuando hablamos de los intereses que dominan las luchas del momento, se trata de intereses inmediatos tal como resultan de la situación particular de cada uno en esta sociedad, y tal como se manifiestan en el espíritu,

cuyas ideas y concepciones son determinadas también por la situación de clase de cada uno.

En este sentido, el proletariado, la clase de los explotados y oprimidos que la socialdemocracia considera como su terreno de reclutamiento, y a quien representa políticamente, constituye *un grupo social que ni está netamente delimitado, ni es similar en todas partes*. Se ha porfiado sobre la cuestión de saber si las capas pequeño-burguesas proletarizadas y las categorías inferiores de los empleados forman parte de él; de hecho, el partido penetra este ambiente, pero mucho más difícilmente que la clase de los obreros industriales. Los revisionistas insisten en que *todos* los oprimidos y descontentos deben unirse a nosotros. En América se discute sobre la cuestión de saber qué es, propiamente hablando, el proletariado; en el curso de este debate, se ha emitido la idea de que los obreros cualificados, los que constituyen la gran confederación sindical dirigida por Gompers, no forman parte verdaderamente del proletariado, el que el Manifiesto comunista llama a unirse, porque serán desplazados por las máquinas en tanto que artesanos experimentados, que perderán su posición privilegiada y que, por consiguiente, tendrían sentimientos reaccionarios. Esta concepción responde a la hostilidad con la que estos sindicalistas se oponen al socialismo. Pero, bajo este aspecto extraño, a saber, que se discuta a estos obreros su naturaleza proletaria, esta concepción encubre un núcleo justo: aunque aquí se la pueda poner en la cuenta de una comprensión limitada, hay, no obstante, dentro de la clase misma de los obreros industriales, diversidades considerables de intereses inmediatos.

Los grupos del proletariado industrial que, gracias a poderosas organizaciones, han conseguido una posición privilegiada, salarios más elevados y una duración de trabajo más corta, y que constituyen una especie de aristocra-

cia obrera, no sienten la misma necesidad apremiante de derrocar el capitalismo que sienten las categorías inferiores de la clase obrera. Se han instalado confortablemente, hasta cierto punto, en el orden existente; forman un poder reconocido que negocia con los empresarios y los hombres políticos. Su ideal es un ascenso gradual hacia mejores condiciones de vida; sus concepciones se acercan a las de los pequeños burgueses, dado que su situación corresponde a la de las categorías inferiores de las nuevas clases medias. No consideran la evolución técnica de la sociedad, que crea las condiciones del socialismo, como de un interés primordial para el proletariado pues, por el contrario, con frecuencia se ven amenazados por este progreso en su posición privilegiada. Y, efectivamente, es así como a veces manifiestan un estado de espíritu reaccionario. Es notorio que los sindicalistas ingleses y americanos constituyen una aristocracia obrera semejante. En la medida en que han adquirido una independencia política, representan una política obrera socialista moderada que no quiere saber nada de la lucha de clase y de la revolución, que se contenta con un derecho de voto limitado que hace electores sólo a los obreros mejor pagados, y que no se opone por principio a los gobiernos burgueses. Su socialismo es “evolucionista”, es decir, una doctrina del ascenso progresivo de los trabajadores y de la nacionalización gradual de las ramas de producción más importantes por un poder de Estado ético-filantropico: en una palabra, el socialismo revisionista del “partido obrero independiente” que representa políticamente a estas capas.

Las contradicciones de intereses que existen entre el proletariado industrial, por un lado, y los pequeños burgueses y los pequeños campesinos proletarizados, por otro, son mucho más graves. Ya hemos tratado de estas contradicciones. *El revisionismo representa, dentro de la*

socialdemocracia, los intereses de estas capas pequeño-burguesas así como los intereses de la aristocracia obrera cualificada, en relación con los intereses de la masa del proletariado industrial. La lucha entre las diferentes tendencias en la socialdemocracia no es sólo una lucha entre concepciones, una lucha intelectual por la justeza de ciertas teorías o ideas, como tampoco los debates parlamentarios constituyen una lucha por la verdad teórica. De igual modo que éstos son la expresión de una lucha radical de intereses entre las grandes clases sociales, de la misma manera las luchas internas de la socialdemocracia son en gran parte luchas de intereses – incluso si son menos radicales – entre grupos vecinos que forman, todos juntos, el proletariado. Esto permite comprender la violencia y la pasión con las que se llevan a cabo estas luchas.

Con frecuencia hay almas sensibles que se ven afectadas dolorosamente por la vehemencia con la que son defendidas en nuestro partido divergencias de opinión que pueden llegar hasta una enemistad personal real. Se inclinan a poner estas “malas costumbres” en la cuenta de las personas; ¿dónde está la época, preguntan, en que todavía trabajábamos como amigos y hermanos? Las explicaciones precedentes pueden mostrar que no se trata de defectos personales. El partido socialdemócrata no es, como imaginamos gustosamente en sueños sentimentales, una agrupación de amigos que trabajan juntos en cuerpo y alma por un fin común. *Es la representación política de un cierto número de capas sociales vecinas que se unen, por su interés común, para llevar juntas una lucha contra el enemigo común y que para hacerlo deben dejar a un lado sus divergencias y sus oposiciones, pero que todas se esfuerzan, en esta alianza, por hacer valer y predominar sus intereses particulares.*

En su obra sobre la literatura revolucionaria de los periódicos en Francia durante los años 1789-1794, Cunow escribe:

“Partido y clase tienen condiciones diferentes de desarrollo y de actividad. Va en el carácter de la clase hacer resaltar de manera cada vez más neta sus propiedades específicas, y separarse de las demás clases en tanto que grupo independiente. Por el contrario, el partido está obligado a valorizarse políticamente y, para ello, aumentar lo más posible el número de sus partidarios, pensar constantemente en nuevas adhesiones, a fin de tener la más fuerte representación posible en los lugares donde se deciden las cuestiones políticas. Pero esta tendencia conduce totalmente por sí misma a todo partido que combate el orden existente a reunir a su alrededor, si es posible, a todos los elementos que están descontentos de este orden y encontrar para ellos un terreno de lucha común, sin tener en cuenta su pertenencia de clase. La consecuencia de ello es siempre que las reivindicaciones políticas comunes de sus partidarios son puestas siempre en primer plano por tal partido, y que las reivindicaciones sociales, que podrían desencadenar disensiones internas entre las diferentes fracciones de sus adherentes, son dejadas de lado.”

Esto sólo vale parcialmente para la socialdemocracia. Ésta intenta también reunir a su alrededor, si es posible, a todos los descontentos. Pero no es porque rechace las reivindicaciones particulares de clase del proletariado a un segundo plano. En efecto, ella es también más que un partido puramente político. Es, al mismo tiempo, una organización de clase consciente. Como tal, dispone de otros medidos distintos a los medios parlamentarios, y, por este hecho, cada obrero industrial vale más que un pequeño campesino, y una gran masa organizada en una empresa importante vale más que muchos obreros diseminados en

pequeñas empresas. Y es que las cuestiones políticas no se deciden todas en el parlamento o en las urnas electorales.

Pero tampoco en la lucha político-parlamentaria son dejados de lado los intereses de clase específicos del proletariado a fin de ganar, por ello, a todas las clases descontentas. En la lucha del conjunto de las clases de todos los explotados, *debe imperar el interés del proletariado industrial*, que debe dominar la progresión común. No puede ser de otro modo pues este interés es el único que coincide con la única evolución real y posible y, por consiguiente, puede ser defendido con la perspectiva de un éxito duradero. Las otras clases explotadas deben seguir. Su interés específico no puede ser apoyado a carta cabal porque está en contradicción con la evolución objetiva; un partido que se deje determinar por este interés cae siempre en el callejón sin salida de una política reaccionaria, crypto-capitalista. Aquéllas sólo defienden realmente su interés en cuanto coincide con el del proletariado. La única actitud racional para estas clases en el combate político consiste, pues, en seguir al proletariado industrial, en alinearse a su lado, y en cederle el mando, dado que él es la clase más enérgica, la más ferozmente revolucionaria.

En esto se revela la verdadera naturaleza de la táctica revisionista. Si el partido acepta las reivindicaciones programáticas que representan el interés de las capas pequeño-burguesas, el cual está en contradicción con el del proletariado, esto significa *que los intereses pequeño-burgueses toman el mando en lugar de los intereses proletarios y son las clases pequeño-burguesas las que determinan la naturaleza del partido*. La naturaleza de un partido no depende de su nombre y ni siquiera de la naturaleza de sus miembros, sino de los intereses que determinan su política. Si el partido socialdemócrata defendiese la protección de los campesinos y de los derechos de aduana

sobre las importaciones de productos alimenticios, por ejemplo, entonces se convertiría en un partido campesino al que sigue el proletariado, y así abandonaría su naturaleza revolucionaria que coincide con la evolución social.

El papel de la ciencia

El socialismo ha sido designado más arriba como la ideología de clase del proletariado. Pero es todavía más, todavía algo distinto, en cuanto se opone a las otras ideologías de clase. Al final del segundo capítulo hemos expuesto ya lo que diferencia la teoría y la práctica de la lucha de clase del proletariado de todas las que le han precedido. Las ideas y las concepciones del proletariado descansan en una ciencia de la sociedad que lo capacita para prever las consecuencias de sus acciones y las reacciones de las otras clases. Mientras que las ideologías anteriores eran inconscientes y, por consiguiente, reflejos exagerados de la situación económica, el socialismo es una doctrina científica clara. *La diferencia entre la ideología y la ciencia*, que son, ambas, expresiones generales abstractas de la realidad concreta, consiste en que una ideología es una generalización *inconsciente* en la que se ha perdido la conciencia de la realidad que le corresponde, mientras que la ciencia se compone únicamente de generalizaciones *conscientes* y sus teoremas hacen que se conozca, sin equívoco, la realidad de la que han salido. Por tanto, la ideología es principalmente un asunto de sentimiento, y la ciencia un asunto de razón. La ideología expresa la impulsión espontánea, la pasión inconsciente, el interés sentido de manera inmediata, mientras que la ciencia afirma el entendimiento consciente, el interés reconocido claramente. La ciencia

permite a los trabajadores dejarse determinar en sus acciones no ya sólo por la impulsión inconsciente de su sentimiento inmediato, sino por la comprensión científica de un contexto más amplio.

En el curso de los capítulos precedentes hemos explicado que, aunque la ciencia indica un camino seguro y recto a nuestra acción, sin embargo, las divergencias a propósito de la táctica no deben concebirse como las simples consecuencias de una falta de comprensión. Son el producto inevitable de las condiciones materiales, al igual que el socialismo mismo. Son las consecuencias de los diferentes grados de desarrollo del capitalismo en las diferentes regiones y esferas de producción, las consecuencias de la naturaleza dialéctica del desarrollo capitalista, las consecuencias de las contradicciones de intereses dentro de la clase obrera misma. Por ello tienen un carácter necesario; nuestras disensiones en el partido no dependen de la buena o de la mala voluntad de los camaradas; lo que en ellas sale a la luz son las contradicciones internas entre las clases sociales que juegan un papel en el partido.

Pero no es necesario que esta consideración nos lleve a una concepción fatalista según la cual deberíamos soportar estas disensiones, estas luchas de interés, como algo ineluctable, sin que se pueda ejercer una influencia sobre ellas. Esto sólo es cierto en la medida en que admitimos que la acción de las clases esté determinada en todas partes por el interés inmediato, sentido espontáneamente, en la medida, pues, en que falta la ciencia consciente de la sociedad. Pero esto ya no es totalmente cierto para el proletariado socialista. La clase obrera ya no está determinada, en todos sus actos, por un interés sentido inmediatamente, sino también por la comprensión de sus intereses generales, durables, más profundos, y que no pueden ser conocidos más que por la ciencia. No está dominada úni-

camente por un sentimiento ciego, como las otras clases, sino también por la razón consciente. Y será así cada vez más en la medida en que se forme teóricamente, en que comprenda la teoría socialista.

El papel de la teoría en el movimiento obrero es, pues, sustraer la voluntad a la omnipotencia de la impulsión inmediata e instintiva y subordinarla al conocimiento consciente y racional. El discernimiento teórico eleva a los trabajadores por encima de la influencia del interés inmediato limitado y les permite dejarse determinar en su acción por el interés general de clase del proletariado, por el interés durable del socialismo. Todas las tendencias que desvían al proletariado del camino justo, que le hacen volver en parte a concepciones burguesas y por vías reaccionarias y sin perspectivas, que hacen su lucha más difícil y larga, todas estas tendencias, pues, son tanto más impotentes, tanto más sin influencia, cuanto los trabajadores comprenden mejor la teoría socialista, el marxismo. Si constatamos que la influencia de la aristocracia obrera sindical es mucho más débil en Alemania que en Inglaterra, la causa de ello reside en gran parte en la formación socialista de los obreros alemanes.

Tal es también el medio por el cual las contradicciones en el seno de la clase explotada pondrán lo menos en peligro la unidad del movimiento obrero. La explicación teórica, una propaganda que lleve los trabajadores a no pensar ya en sus intereses particulares sino en el contexto general de la sociedad, atajará las oposiciones, hará dirigir la pasión por la razón, y quitará una parte de su agudeza a las disensiones. *La atención concedida a la teoría, al fundamento científico del socialismo, contribuirá el máximo a dar al movimiento un curso tranquilo y seguro, a hacerlo pasar de un instinto inconsciente a un acto consciente de hombres que comprenden.*

ÍNDICE I

Página

EL MATERIALISMO HISTÓRICO	1
Nota del traductor.....	3
Prefacio de K. Kautsky	5
I. El tema del folleto	15
II. Lo que el materialismo histórico no es ...	17
III. El contenido de la doctrina	20
IV. Nuestros ejemplos	29
V. El ser social determina el espíritu	39
A. La ciencia, el saber y el	
aprendizaje.....	39
B. Las invenciones	48
C. El derecho	56
D. La política.....	65
E. Costumbre y moral.....	80
F. Religión y filosofía.....	121
G. El arte	147
VI. Conclusión	148
La fuerza de la verdad	152
La fuerza del individuo	154

ÍNDICE II

Página

LAS DIVERGENCIAS TÁCTICAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO	159
I. El objetivo de la lucha de clase	161
II. El poder del proletariado	172
III. Las divergencias tácticas	183
Los orígenes de las divergencias....	183
Las regiones atrasadas.....	189
IV. Revisionismo y anarquismo	195
Las contradicciones del desarrollo	195
La táctica de la burguesía	205
Las concepciones burguesa y proletaria del mundo	218
V. El parlamentarismo	228
El significado de la lucha parlamentaria.....	228
El “parlamentarismo solo”	239
El anarquismo, el Estado y la burocracia.....	246
VI. El movimiento sindical	250
Los sindicatos en la lucha del proletariado	250
Las tendencias burguesas en el movimiento sindical	257

VII. Las otras clases.....	269
Las clases medias	269
La táctica socialista con respecto a	
las clases medias.....	280
VIII. Ideología e intereses de clase	286
El socialismo en tanto que	
ideología.....	286
El papel de la ciencia	295

Precisamente el punto sobre el que insiste incansablemente Gorter, el desarrollo permanente de la técnica como base de la producción social y como resorte que impulsa incesantemente la revolución en la manera de producir, en el modo de producción, es también la causa de que continuamente las nuevas máquinas y procesos de producción desplacen sin cesar a los trabajadores, a los que envían al paro y, por consiguiente, los condenan a la miseria, al hambre y a la muerte. Este punto es, no sólo importantísimo, sino vital, pues demuestra que todos los discursos de todos los gobernantes de todos los países sobre el esfuerzo que hacen y quieren seguir haciendo para acabar con el paro es pura demagogia y pura mentira, pues el propio funcionamiento del capitalismo es el que engendra incesantemente el paro, y no puede dejar de hacerlo, pues si realmente quisiera hacerlo debería organizar la producción no para que cada empresa en particular obtenga beneficios, sino para satisfacer las necesidades sociales. Lo primero, la obtención de beneficios, obliga a toda empresa a ahorrar gastos, por consiguiente, a prescindir de trabajadores en cuanto puede y, por tanto, enviarlos al paro. Lo segundo, organizar la producción para satisfacer las necesidades sociales, es algo que sólo puede hacer una sociedad socialista, lo cual presupone el derrocamiento de la sociedad capitalista.

Pannekoek: “La naturaleza de un partido no depende de su nombre y ni siquiera de la naturaleza de sus miembros, sino de los intereses que determinan su política.”